LOS PRINCIPES DE LA LITERATURA

Ladislao Reymont

LOS CAMPESINOS

I. Otoño

EDITORIAL CERVANTES

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/loscampesinos0000rjsl

Los príncipes de la Literatura

I

LADISLAO REYMONT

Premio Nobel de 1924

LOS CAMPESINOS

I

Otoño

Traducción, del polaco, de

R. J. SLABY

y

FERNANDO GIRBAL

Precedida de un estudio crítico de

F. GIRBAL

EDITORIAL CERVANTES

Muntaner, 65

BARCELONA

1926

A.B.

De esta obra se ha hecho una tirada especial de 25 ejemplares, en magnífico papel de hilo, numerados y encuadernados en pasta valenciana.

Esta obra es propiedad de la Editorial Cervantes y serán perseguidas conforme a la ley las ediciones fraudulentas.

GRÁFICA MODERNA DE L. CORTINA : Calle de Mallorca, 206 : BARCELONA

PRÓLOGO

Ladislao Reymont y su novela "Los campesinos"

En la madrugada del 5 de diciembre de 1925 falleció en Varsovia Ladislao Estanislao Reymont, titular del premio Nobel de Literatura de 1924 por su obra «Los campesinos», cuya traducción íntegra ofrece hoy al público la EDITORIAL CERVANTES.

Ladislao Estanislao Reymont, nacido en 1868 en la aldea de Kobiele, provincia de Piotrkow, es uno de los más eminentes entre los primeros escritores naturalistas que han labrado la gloria literaria de Polonia.

De temperamento inquieto y curioso y dotado de grandes dotes de observador no pudo sujetarse nunca a la vida del medio modesto. Había viajado bastante «por el vasto mundo», como dicen sus *campesinos:* su traductor francés, que reside en San Francisco, nos hace saber que su traducción la llevó de Chicago a París el autor en persona; pero ignoro si su cuadro «Los toros», que no conozco, en el que describe la típica fiesta española, lo trazó *de visu* o de oídas; parece haber vivido largo tiempo, o repetidas veces, en París. Este viajar incesante, dice uno de sus biógrafos, fué su escuela, pues nunca frecuentó la Universidad, y su asistencia a las escuelas de aldea le fué probablemente de poco provecho. Hijo del organista de su aldea natal, pasó su niñez cuidando del ganado en el campo como los demás hijos de aldeanos; pero, todavía muy joven, abandonó la casa pa-

terna y recorrió la nación polaca, siendo practicante agrónomo, y luego, dos veces, cómico de la legua o poco menos, formando parte de una compañía de provincia. Cabe suponer que no tendría condiciones para esa profesión, puesto que, después de arrastrar durante varios años una vida de miseria y privaciones sin lograr ser un actor mediano, volvió a la vida vulgar y sedentaria, aceptando un puesto en una empresa de ferrocarriles, con un sueldo mensual de diez rublos (40 pesetas). No le duró mucho tiempo este empleo, y emprendió otra vez la vida de comediante de pueblo, de la que nuevamente se cansó a los pocos meses, aceptando en cambio un puesto inferior al que antes tenía en la misma compañía de ferrocarriles. Y para que la vida le ofreciese un nuevo punto de observación, le vemos llamar a la puerta de un convento y vestir durante algún tiempo el hábito de novicio.

En la segunda etapa de su vida de empleado, empezó a escribir, sintiendo la comezón de trasladar al papel las muchas cosas que había podido observar durante sus viajes. Cada una de sus sucesivas profesiones le dió ocasión para estudiar un aspecto de la vida real, y algunas de sus novelas pueden referirse a un período determinado de su vida. Así el primer libro que publicó titulado *Peregrinación a Yasna Gora,* 1895 (o, según otra versión, *Peregrinación al Monasterio de los Padres Paulinos,* 1894), y que obtuvo un éxito resonante, declara ya por su título su relación con los conatos claustrales del autor.

Estimulado por este éxito, publicó en 1896 *La comedianta,* novela en la que retrata la vida de los actores de provincias, evocación de los recuerdos de su vida entre bastidores, y de la cual es segunda parte *Los fermentos,* publicado el año siguiente, análisis de un interesante caso psicopatológico de desdoblamiento de la personalidad, que tiene por escenario una estación de ferrocarril, y, por lo tanto, argumento vivido, o copiado de la realidad, como casi todas sus obras.

Su labor, desde esa fecha, es abundante, y progresivamente fué consolidando su fama de escritor de primer orden.

En lo que más se ha distinguido es en la pintura de los aldeanos y de su ambiente, y en esta pintura es el primero de los escritores polacos y, tal vez, del Mundo.

En 1897 publicó un libro de cuentos titulado *Un encuentro*, al que siguió *Justicia* (1899), boceto de novela en la que logra completamente su propósito dramático.

Su popularidad fué en aumento, y para corresponder a ella trató de hacer un libro social de grandes vuelos con ambiente buscado intencionadamente, y estudió en Lodz, el Manchester de Polonia, la vida y costumbres de tan importante centro industrial. De este estudio resultó *La tierra prometida* (1899), espléndida y minuciosa visión de la vida capitalista en el centro más industrial del país, en el que se acredita como perfecto novelista.

Alternó después la publicación de cuentos con la de su obra maestra *Los campesinos*, que ha sido traducida a casi todos los idiomas europeos, lo que le valió el universal renombre de que gozaba y el que se le concediera en 1924 el premio Nobel.

Terminada la publicación de *Los campesinos*, Reymont dedicó su actividad literaria a la publicación de estudios y novelas históricos, sin descuidar, no obstante, por completo la labor puramente literaria.

La primera etapa alcanza desde 1899 a 1909, y durante estos diez años publicó: *Lili*, novela (1899); *Noche de otoño*, cuentos (1900); primer tomo de *Los campesinos* (1902); *Antes del alba*, cuentos (1902); *Komurasaki*, novela (1903); *Extracto de memorias*, cuentos (1903); segundo y tercer tomos de *Los campesinos* (1904 y 1906); *La tormenta*, cuentos; *Al borde del abismo*, cuentos (1907), y el cuarto tomo de *Los campesinos* (1909).

Muchos de los cuentos contenidos en estos tomos son relatos de viajes, entre los que figura el titulado *Los toros*.

De la segunda etapa, que alcanza de 1910 a 1925, son los libros siguientes: *De la provincia de Chelm*, *Impresiones de viaje* (1910); *El soñador*, boceto de novela (1910), *El vampiro*, novela (1911); tres novelas históricas reunidas bajo el título común de *El año 1794*, con los subtítulos *La última*

Dieta de la República, Nihil desperandum e *Insurrección*, publicadas durante los años 1913, 1916 y 1918, respectivamente; *A retaguardia,* colección de cuentos en la que los héroes no son soldados, sino los campesinos que luchaban contra la rapacidad del invasor durante la guerra europea.

En 1920 publicó otro volumen de cuentos y en 1923 dos más, titulados *Juzgada* y *La princesa.*

El día que se supo en Polonia que se le había concedido el premio Nobel (1924), se había puesto a la venta su último libro, *La revolución.*

La muerte le sorprendió en plena madurez y cuando la literatura podía esperar nuevas riquezas de sus profundos conocimientos y de su fino espíritu de observador minucioso y certero.

* * *

Se ha establecido parangones entre Ladislao Estanislao Reymont y Esteban Zeromski, su parejo coloso en la literatura polaca contemporánea, muerto, también, a fines de 1925. «Había una llama común — dice Aurelio Palmieri (1) — de inspiración en los dos literatos que habían recogido la herencia de Enrique Sienkiewicz y continuado su misión; pero los caminos que seguían no eran paralelos. Un escritor polaco, Leonardo Kociemski, trazaba bellamente las características literarias de ambos en estos términos: «Con Zeromski ha perdido Polonia el orgulloso confesor del heroísmo de la historia polaca, un corazón que sabía amar y odiar por millones, una mente en que el pasado, el presente y el futuro de la nación y de la Humanidad se fundían en el crisol del pensamiento para hacer florecer por encima del tejido de las vicisitudes pasadas o presentes las maravillas de las valoraciones, de las advertencias, de las profecías. Con Reymont Polonia ha perdido al hombre cuyo intelecto se alimentaba con los mismos jugos vitales que penetran

(1) I LIBRI DEL GIORNO, Marzo 1926: *Stefano Zeromski,* pág. 153.

en las raíces de las plantas: Reymont creaba sus maravillosas páginas de sencillas, llanas y trágicas historias del mismo modo que el fluído vital adormecido en las células de las plantas crea en primavera el lujuriante verdear de las flores del renacimiento.»

Dicho en dos palabras: Zeromski, era el idealista; Reymont, el realista; común denominador de ambos, el sentimentalismo, pues Reymont es un realista sentimental, y en su obra capital, *Los campesinos*, un enamorado del tema de su cuadro, y, más aún, del ambiente del mismo.

También se le ha comparado con su predecesor Sienkiewicz, haciendo resaltar que los tonos flamígeros y ensangrentados de los fondos o escenarios de éste, hacen desvanecer un tanto el perfil, amortiguan el relieve de las figuras, mientras que los paisajes o escenarios de Reymont son de un colorido que favorece y hace resaltar el valor de las figuras.

Se ha dicho que las comparaciones son odiosas; conformes; pero como en este caso no las he establecido yo, y no puedo deshacer ni desvirtuar el hecho de que se hayan tomado como primer elemento para estudiar la personalidad artística de Reymont, aun tendré que volver, mal de mi grado, sobre este punto de las ponderaciones respectivas y las comparaciones más o menos caprichosas, arbitrarias o imposibles. Pero, ahora, me conviene acabar el bosquejo personal de mi autor, dejando para luego el de la valorización de su obra mayor.

Si no estoy en un error, la literatura polaca es casi desconocida en lengua castellana: como obra difundida no creo que pueda contarse otra que *Quo vadis?*, de Sienkiewicz, y su conocimiento y difusión, se han verificado — puede asegurarse sin pecar de malicioso ni de muy lince, — excepción hecha de las traducciones del profesor Sr. Slaby, a través del francés, lo cual es otra espina. Esto es un hecho naturalísimo y lógico, porque Polonia está muy lejos, ha permanecido en letargo o en estado cataléptico durante casi siglo y medio, y, en fin, apenas si hay españoles que sepan el polaco, y los que lo saben — *rara avis*, maravilloso mirlo

blanco, —probablemente no sabrán o no se dedicarán a escribir o a traducir: será algún exportador de naranjas, o de pasas, o de vinos andaluces, como se encuentran en todas las naciones, que generalmente viaja por el mundo entero —¡oh prodigio del comerciante emprendedor! —sin saber otro idioma que el suyo... limitado o bastardeado al estilo de «su tierra», región o comarca, y que, por práctica, consigue «hacerse entender» en la lengua del país que frecuenta, o donde reside con más o menos continuidad. Quedamos en que apenas si hay españoles que sepan el polaco. Y ¿de Polonia?... Sí, algo, no mucho, los estudiantes de la Facultad de Letras, y todos los que hayan leído algún tratado de Literatura universal, o tratados especiales; hay manuales que pueden obtenerse en francés y en alemán por cuatro pesetas o su equivalencia; raramente en español.

A mí no me cumple «llenar un vacío»; Dios me libre de meterme en los libros de caballerías a que alude esta resobada frase: ni este es el lugar, ni yo me creo apto para tamaño trabajito, ni creo que haga falta intentarlo; pero sí me es indispensable decir cuatro palabras (cuatro nada más) para fijar la situación geográfica de mi autor y su obra, en el pequeño mundo de la literatura polaca contemporánea: nada más que buscar, siquiera aproximadamente y no al segundo, ni al minuto, los grados de longitud y de latitud del uno y de la otra. Toda obra tiene casi siempre, y siempre debiera tener, un valor intrínseco, independiente de toda consideración externa; pero las circunstancias de tiempo y de lugar pueden modificar mucho aquel valor esencial, pueden acrecentarlo hasta la enésima potencia —no digo al infinito, porque en la vida humana el infinito sólo existe para lo desconocido —, y empequeñecerlo hasta la enésima raíz, anularlo, reducirlo a cero —y ¡cuántos valores hay en lo humano (individuales, colectivos, espirituales y materiales) reducidos a cero, es decir, que han dejado de ser valores, que no son más que nociones sin vida, o que ya no son nada! —Aquí, sí; aquí cabe el infinito, que es la continuación del fin, la eternidad del *nihil*. Todo, incluso los valores, depende, pues, de las circunstancias.

Desmembrada Polonia, reino católico, en el período de 1772 a 1795, y repartido su territorio entre los tres imperios ruso, ortodoxo, Prusia, reformada, y la «apostólica» Austria, *reinó la paz en Varsovia* como todo el mundo sabe, y todo el mundo sabe también que nunca con mayor verdad se aplicó a una nación el epíteto de «mártir» que a la desgraciada Polonia, de la cual fueron jueces y verdugos en una sola pieza los tres últimos emperadores que quedaban en el Mundo. Prusia no era entonces más que reino; Alemania no estaba confederada cuando se despojó y desmembró a Polonia; pero desde 1871, el rey de Prusia era emperador de Alemania y para que resucitase Polonia hubieron de sucumbir los tres imperios. Ahora bien: tan verdugo fué Federico II *el Grande* (sus contemporáneos le llamaban *el Viejo)*, primer detentador de la Postnania, como el último de los Hohenzollern, bajo cuyo régimen, y para germanizar aquella provincia, los maestros de escuela obligaban a los niños, con el palo en la mano, no sólo a hablar en alemán, sino a no rezar en polaco, porque sabían que el idioma y la religión eran la vida del alma polaca.

La situación dolorosa en que quedó el país, convirtió todas las manifestaciones de la actividad nacional, sin exceptuar la literatura, en instrumento de lucha y elemento de resistencia: todo estaba subordinado al servicio de la nación, al mantenimiento del espíritu nacional, a la alimentación de la conciencia de sí mismo de un pueblo que no quería desaparecer, que no renunciaba a revivir. De ahí el carácter idealista y colectivista de su literatura. Las clases intelectuales encaminaban todos sus esfuerzos, que eran múltiples y formidables, que alcanzaban a veces las proporciones del sacrificio, a un cambio total, a la transición de una vida física vegetativa que se arrastraba lenta y triste en el limbo de una sumisión odiosa, a otra vida propia, independiente, libre y, por lo tanto, feliz. El presente no preocupaba si no era para acabar con él; se vivía para el día de mañana, preparando, saliendo al paso al anhelado porvenir. Formando parte de la trabazón y ensamblaje de todas las energías, la literatura, en vez de reproducir la realidad, que

es el presente, la mistificaba idealizándola, porque el ideal era el futuro en que se soñaba, era la victoria por la que se luchaba. Supeditado todo al móvil del bien común, desapareció el individualismo, no hubo más individualidad que la entidad humanamente suprema, la Patria; jamás se ha dicho con mayor exactitud que el hombre es la célula social, la única unidad corpórea de la nación que había de resurgir mañana. Empujado todo por la misma corriente, inspiradas todas las manifestaciones de la vida por la misma tendencia, la literatura hubo de ser forzosamente tendenciosa: anulado el individualismo, proscrito el presente, desestimada la realidad, la literatura, por sectaria, parcial, política, tendenciosa, llámesela como se quiera, dejó de ser un arte bella y libre para ser un instrumento. Poco importa que el instrumento fuese poderoso, eficaz, bien templado, activo, etcétera, o no lo fuese: lo trascendente es que dejó de ser lo que debía: fué un árbol frondoso al que se amputan todas las ramas menos una; es evidente que un árbol normal ha de tener todas las ramas que puede nutrir su savia, sin amputar más que las excesivas o perjudiciales.

Tal era el estado de la literatura polaca en 1897.

Las sucesivas insurrecciones de 1846, 48, 61 y 63, todas fracasadas y ahogadas en sangre por el cruel invasor, habían contribuído no poco, si no fueron la causa única, a tal estado de cosas.

Pero, en 1897, hubo un movimiento de revolución literaria que protestó contra aquella situación y levantó bandera nueva, proclamando una nueva doctrina, y adoptando la divisa de *el arte por el arte;* o sea el arte independiente, el arte libre; libre para acometer todos los temas y adoptar todos los procedimientos, sin escuelas, sin partidos, sin tendencias, sin pie forzado, sin finalidad preconcebida, y, por lo tanto, y de manera explícita, sin sujeción a fines políticos como hasta entonces. El jefe del nuevo movimiento, Estanislao Przybyewski, en su manifiesto-programa, decía:

«El arte es la reproducción de lo eterno, de lo que se sustrae a la influencia de todos los cambios y azares... No tiene ningún fin si no es el fin en sí mismo, esto es, lo ab-

soluto... El arte de tesis, el arte didáctico, el arte-juego, el arte-patriotismo, el arte que tiene algún fin social o moral deja de ser arte y se convierte en una *biblia pauperum* para la gente de instrucción demasiado defectuosa para poder satisfacer su curiosidad por medio de los manuales científicos apropiados...»

«Reymont — dice en un prólogo Tadeusz Peiper — es uno de los devotos más convencidos de las ideas introducidas por la corriente de 1897, y tal vez el único entre ellos que logró encarnar los artículos del nuevo código en una obra de un valor imperecedero. Es incondicional su culto por el arte puro, desinteresado, desprendido de fines que rebasan los límites de su esencia y de su definición. En la literatura no pretende hacer más que literatura. Ni tesis, ni ideal, ni problemas nacionales. La realidad.

»Probablemente, más que las teorías lo que empujó a Reymont hacia esta actividad independiente y lo que le mantuvo en ella, fué su vida, una vida que, en su período de formación espiritual, fué un continuo y directo contacto con las manifestaciones más crudas de lo real, y una irresistible inclinación a observar el mundo con mirada propia, firme, desengañada...

»Como todas las producciones anteriores del escritor, *Los campesinos* están escritos con un espíritu de absoluta independencia del Arte. Ninguna ingerencia de ideologías políticas, nada de aquellas síntesis sociales o culturales que muchas veces no difieren en nada de un *parti pris* inconfesado. En *Los campesinos* todos los recursos estéticos, toda la alquimia literaria, todo el atomismo de la observación analítica y de la reconstrucción artística, todo está puesto al exclusivo servicio de la obra como una creación de arte.

»Sin embargo, no es difícil advertir que la obra representa una cierta reconciliación con el espíritu dominante de la literatura polaca. Esta reconciliación, delicada y absolutamente ajena a todo oportunismo, se evidencia en la elección del asunto. Polonia es un país agricultor por excelencia. La mayor parte de los habitantes viven de la explotación de la tierra. Pero lo que caracteriza la fisonomía social del

campo, en Polonia, es el marcado predominio de los pequeños propietarios. A ellos pertenecen las tres cuartas partes de todas las tierras cultivadas. Tal estado de cosas ha de tener naturalmente su reflejo en la vida política y cultural del país. Desde la insurrección de 1863, cuyo fracaso atribuían particularmente algunos historiadores a la indiferencia de la poderosa clase de los campesinos, los patriotas empiezan a dirigirse a la aldea con una preocupación creciente. Aquí reside ahora la esperanza suprema de la nación; la opinión acostumbra a ver en la clase rural el firme cimiento sobre el que se alzará un día el reconstruído edificio de la patria. La tarea más urgente que se impone a los patriotas es la de despertar en el *chlop* (campesino) la conciencia nacional y elevar el nivel de su instrucción. Para conseguirlo, dedícanse a su labor con una abnegación para la cual no existen peligros personales, sin tener en cuenta las multas y persecuciones de las autoridades gubernativas. Se organizan en los pueblos escuelas clandestinas, donde las mujeres y las hijas de los terratenientes, rodeadas de los humildes, ávidos de la palabra ilustradora, evocan, durante las largas veladas de invierno, las pasadas glorias de la Patria, sugieren la necesidad de la lucha contra la opresión, se esfuerzan en despertar en los espíritus, aprisionados en la estrechez de un solo distrito, el interés por las cosas del Mundo, o se contentan con estimular en ellos siquiera un pequeño interés por el abecedario. La juventud instruída propaga en conferencias populares, accesibles a todos, los últimos resultados de la ciencia. Se fundan diarios y bibliotecas para el pueblo y el número de sus adeptos crece de día en día.

»Poco a poco entra el *chlop* en la escena política. En Galizya, donde la reforma del sufragio hizo posible una libre expresión de la voluntad del país, el partido llamado *populista*, que representa la clase de los pequeños agricultores, logró desempeñar un papel de primer orden en la vida de la nación, y entre los jefes del partido se contaba un número muy considerable de campesinos, conscientes de su misión nacional, lo que permitía apreciar de un modo palpable la fructuosidad del trabajo cultural de tantos años.

»A la mirada vigilante de la literatura no puede pasar en silencio la creciente importancia de la clase recién venida a la vida nacional. Los escritores más eminentes se ocupan de los labriegos, cada uno a su manera. Un gran poeta lírico, Kazimierz Tetmajer, célebre jefe de la escuela que tiene más adeptos entre la joven generación poética, favorito del público, que durante muchos años hipnotizaba a los lectores con los lánguidos acentos de su melancolía y los refinados perfumes de su sensualismo individualista, se sumerge repentinamente en el mundo primitivo de las montañas, y publica una serie de cuentos rupestres que el público acoge con un entusiasmo frenético. Una poetisa, Marya Konopnicka, muy venerada y querida, dedica toda su producción a cantar las penas y sufrimientos de los que en la dura lucha con la tierra ganan su pedazo de pan, y corona su labor poética con una epopeya casi clásica, que cuenta en octavas, cuidadosamente labradas, las aventuras de un grupo de campesinos polacos emigrados al Brasil. En fin, Estanislao Wyspianski, el poeta que logró tomar en sus manos el cetro de nuestra literatura contemporánea, nos lleva en su drama *La boda* — obra que obtuvo un éxito desconocido entre nosotros desde la época de nuestros grandes románticos, y cuya inmortalidad está ya asegurada —, en medio de una pequeña aldea cerca de Cracovia, e introduce en el drama los tipos representativos de los campesinos y de los *señores* para oponer el vigor de raza de los primeros, su reserva de energías latentes, su capacidad de acción, a la cansada pereza, a la poesía adormecida, a la sensibilidad superficial de los segundos.

»Hay todavía más. De un predilecto asunto de arte, el campesino pasa a ser un maestro del arte. Un eminente estético, Stanislaw Witkiewicz, según muchos el iniciador más importante de ideas estéticas en Polonia, durante los últimos cincuenta años, cree descubrir en las casucas de Zakopane, pueblo de las montañas de Tatra, el modelo más apropiado de arquitectura y artes aplicadas, verdaderamente nacionales. Bajo la denominación de *estilo de Zakopane*, surge y se extiende por todo el país un intenso movimiento artístico

que en la arquitectura, en el mobiliario, en los objetos de uso cotidiano, imita el arte primitivo de los zakopianos. Durante algún tiempo pareció que Polonia iba a deber la fortuna de haber encontrado su propio estilo a la inspiración de un pequeño pueblo montañés. La tentativa fracasó; pero queda en la historia ideológica del país como la significativa expresión de nuestra campesinomanía de estos últimos tiempos.

»Esta atmósfera se encuentra igualmente en la génesis de *Los campesinos*, de Reymont. Sin la importancia que adquirió en la vida nacional la clase rústica, sin la preocupación que despertó en los patriotas, sin el interés que inspiraba a los artistas, la obra de nuestro escritor no sería lo que es.»

Por esto saqué antes a relucir la relatividad de los valores y la gravitación de las circunstancias de tiempo y de lugar. Y con esto creo haber fijado aproximadamente la *situación* (todavía no el valor) de la personalidad literaria de Ladislao Estanislao Reymont.

* * *

He aludido anteriormente a la escasa divulgación de la literatura polaca en lengua española, y a esto he de añadir que Reymont es un autor poco menos que inédito en nuestro país. Existe un breve resumen o arreglo de una parte del *Otoño* y algo, también, del *Invierno*, tomos primero y segundo de *Los campesinos*, editado en Madrid (1), debido a Tadeusz Peiper, cuyo prólogo es digno de elogio, en el que

(1) También existe una edición abreviada y no autorizada por el autor, y, por lo tanto clandestina, del primer tomo de *Los campesinos*, que firman Marian Bielski y Carlos Pereyra, según noticia publicada por la importante revista bonaerense *Nosotros*. En este punto, y en aras de la justicia, debo hacer constar que la única edición de *Los campesinos*, en español, autorizada por Reymont, es esta que hoy ofrece la EDITORIAL CERVANTES.

se declara que la obra, «únicamente conocida entera puede dar idea de la grandiosidad de su concepción» (1).

Y antes de hablar de la obra íntegra paréceme necesario decir algo sobre la dificultad que ofrece esta traducción y dejar para lo último la mención de lo más relevante del libro o del libro mismo en concreto, abstracción hecha de la mayor o menor alteración y perjuicio que represente para él el paso de un idioma a otro. Hablar de la obra y de sus múltiples bellezas es tarea por demás agradable que podría diluirse hasta la prolijidad. No puede decirse lo mismo del tema «traducción».

El prologuista que antes he citado, dice textualmente: «Desgraciadamente, las dos cualidades primordiales de *Los campesinos* son difícilmente accesibles para el lector extranjero. El idioma de Wladyslaw Reymont es casi intraducible, y, por otra parte, la longitud de la obra... exige de parte del lector una dosis de paciencia a que tal vez no tiene derecho la aldea polaca.»

Desgraciadamente, digo yo también, esa es la pura verdad, y, además, verdad un poco amarga, como la mayor parte de ellas. Y, sobre este punto, la conformidad es unánime.

Mr. Franck L. Schoell, autor de la traducción francesa completa, publicada por Payot, se anticipa a prevenir al lector, al formular con una humildad que le honra: «Podrá parecer presunción que un francés que reside en San Francisco, que no conoce de Polonia más que las ciudades... haya intentado, solo, la traducción de estas mil seiscientas páginas enteramente escritas en dialecto campesino. Tal presunción resultará menor cuando el lector sepa que esta traducción probablemente no habría sido nunca intentada si el traductor no hubiese leído toda la obra, hallándose cau-

(1) «Extractar argumentos así es un sacrilegio; hasta parece endeble y vulgar el enredo, frío y pálido el asunto. Lo interesante es la manera de exponer drama tan sencillo.» Juicio que viene de molde. Emilia Pardo Bazán: *La revolución y la novela en Rusia*, capítulo dedicado a Iván Turguenef, comentario a la novela de éste *El nido de nobles*.

tivo en Alemania, con un amigo polaco que había vivido años entre los campesinos de las inmediaciones de Kielce y de Piotrkow: Tomás Kincinski. Después, Tomás Kincinski, bella alma de polaco si las hubo, murió por la Polonia. Sea al menos su recuerdo evocado aquí con la gratitud emocionada de la más profunda amistad».

Y él mismo nos dice que en un artículo publicado poco antes, el docto traductor italiano de algunas de las novelas de Reymont se excusaba de no proponerse traducir *Los campesinos*. «Escrita en dialecto campesino polaco, dice el traductor italiano, esta novela no podría ser adecuadamente vertida al italiano sino mediante la colaboración de un polaco y un italiano».

Mediante una colaboración semejante ha sido hecha la presente traducción española.

La sintaxis del labriego polaco es extremadamente libre, las elipsis y sobrentendidos abundan, la expresión cruda y realista, no asusta a quien la emplea. Hemos procurado conservar lo más posible este sabor del original; pero parece superfluo decir que no podíamos pretender darle un sello de campesinismo español por dos razones evidentes, tangibles: lo que importa es trasladar al español al labriego polaco, pero dejándolo lo más polaco posible, sin españolizarlo; y, luego, desde el momento en que se hubiese querido adoptar un lenguaje o un estilo campesino, forzosamente habíamos de regionalizarlo, ya que no existe en España un dialecto común a toda la gente del campo; nuestros campesinos hubieran resultado aragoneses, o andaluces, o charros, o gallegos, y como se trata de campesinos polacos, era preferible traducir en el lenguaje que todo el mundo entiende y lee en España, exceptuando ocasiones muy contadas en que, desde luego, el lector comprenderá que la rareza o forma sorprendente de una expresión (mi hombre, y no mi marido; yo y mi mujer, etc.) es una libertad que exige la fidelidad, acaso excesiva, del giro del idioma original.

No hemos traducido los nombres propios por una razón análoga. En muchas comarcas rurales de España cada individuo es Fulanito mientras es niño, Fulano mientras es

mozo y el tío Fulano cuando se casa, o cuando es padre de familia, o cuando empieza a ser hombre maduro; el nombre suelen imponerlo los padrinos, mientras que en otras tierras, el primogénito, por costumbre, lleva el nombre del padre, pero a muchos individuos no se les llama nunca, o se les llama durante muy poco tiempo, por el diminutivo de su nombre de pila, y esto se explica por ser el español no sólo una de las lenguas más ricas en diminutivos, en competencia con las de cualquier grupo y familia lingüísticos, sino que lo es también en aumentativos, los cuales, en la mayor parte de idiomas y dentro de éstos en la mayor parte de los nombres, sólo son posibles anteponiéndoles el adjetivo *grande*. De ahí que no sean pocos los muchachos a quienes, desde edad muy temprana, se les llama Juanón Pepazo o Pedrote y no Juanillo, Pepito o Pedrín. Y, ahora bien; *Jas, Jasiek, Jasio*, son diminutivos de *Jan*, que es el positivo Juan, por ejemplo; y otro: de *Antón* (Antonio), *Antek* (Antoñito) y de *Antek, Jantos* (Antoñuelo o Antoñitito). Sencillamente: llamar al *Antek* de nuestra novela, un mocetón como una encina, un hércules malhumorado, vengativo, duro, salvaje, casi parricida, Antoñitín o Antoñinico, resultaría una ironía o una burla, algo enteramente fuera de lugar, estrafalario, y, por lo tanto; un despropósito.

Sin pizca de vanidad, que por lo que llevo dicho, no cabe, bien puede decirse que la traducción de *Los campesinos* no es un trabajo de tres al cuarto, o de poco más o menos. Es una labor a un tiempo agradable y dolorosa, y esto no es una paradoja: es agradable en cuanto procura casi siempre al traductor, si es artista, si siente la belleza literaria, la contemplación de cerca, el análisis, el estudio de tan magnífica construcción, la anatomía de tanta figura escultórica como contiene, la técnica del colorido, el vigor de la pincelada, la riqueza, el derroche de matices de tan genial paleta; y es dolorosa por lo difícil: ¿quién es capaz de reproducir a Miguel Angel hasta confundirse con él? El genio es genio porque es inimitable: a nadie se le ha atribuído una obra del Buonarrotti; en cambio, hay en todos los museos del Mundo el letrerito «escuela de Rubens» al pie de cuadros

que podían ser suyos, o de sus discípulos, o de todos juntos... porque Rubens no era ningún genio a lo Miguel Angel. Y no titubeo en afirmar que en esta obra que acabamos de traducir hay rasgos artísticos de tanto vuelo y tanta fuerza que hacen pensar en Shakespeare, Dante, Homero y San Juan Evangelista. Reproducir tanta magnificencia sin detrimento suyo... es, por lo menos, ardua tarea.

Con esto creo haber dicho lo más esencial en cuanto a la presente traducción.

* * *

La elección de modelo para un escultor, de asunto para un cuadro, para un pintor, y de tema o argumento para un literato pueden ser obra de la casualidad (un hallazgo, dar con ello sin buscarlo ni esperarlo), u obra del autor; cuanto más artista sea éste, mayor partido sabrá sacar de su modelo, asunto o argumento; y, al mismo tiempo, más difícil será al *espectador* adivinar, si no está previamente instr ído, si el tema en cuestión fué encontrado o buscado, pues cuanto más perfecta sea la obra, más lo segundo puede tener apariencias de lo primero. En el caso de Reymont, me inclinaría a suponer que el asunto del cuadro *Los campesinos*, fué buscado y felizmente hallado; pero no fué obra de la casualidad; por más que...

Ortega y Gasset cree (1) que «el género novela, si no está irremediablemente agotado, se halla de cierto en su período último y padece una tal penuria de temas posibles que el escritor necesita compensarla con la exquisita calidad de los demás ingredientes necesarios para integrar un cuerpo de novela».

Como dijo el otro que el movimiento se demuestra andando, Reymont ha demostrado, llevando a cabo su voluminosa obra, que su tema era posible, o que la exquisita calidad de los demás ingredientes necesarios por él emplea-

(1) *La deshumanización del Arte e ideas sobre la novela*. «Revista de Occidente», Madrid, 1925.

dos lo han hecho posible; y aquí me place subrayar la idoneidad, lo a propósito de los principales preceptos contenidos en el reciente folleto del ilustre profesor español para que, según ellos, quede situada la obra de Reymont en lugar eminente, al clasificarla entre las que llevan en su cuño las condiciones que debe tener la novela hoy posible.

No me detendré mucho en el cotejo de las ideas del crítico con los aciertos o coincidencias del novelista, lo cual es un verdadero sacrificio a la brevedad, ya que, transcribiendo aquéllas y señalando éstos, tendría esta escueta reseña el adorno de unas cuantas páginas muy agradables. Apuntaré sólo lo más pertinente.

Acabo de decir «voluminosa obra», y antes transcribí que «la longitud de la obra... exige de parte del lector una dosis de paciencia...» Pero entendámonos: eso no es un defecto porque la novela es un género moroso: la novela ha de ser hoy lo contrario que el cuento; el cuento es la simple narración de peripecias. Pero la aventura no nos interesa hoy, o a lo sumo, interesa sólo al niño interior que en forma de residuo un poco bárbaro, todos conservamos... Es muy difícil que hoy quepa inventar una aventura capaz de interesar a nuestra sensibilidad superior... Hay que aceptar las cosas como son. La novela no es un género ligero, ágil, alado. Debiera haberse entendido como un guiño orientador el hecho de que todas las grandes novelas que hoy preferimos, son, desde otro punto de vista, libros un poco pesados. El poeta puede echar a andar con su lira bajo el brazo; pero el novelista necesita movilizarse con una enorme impedimenta, como los circos peregrinos y los pueblos emigrantes. Lleva a cuestas todo el *atrezzo* de un mundo» (1).

Explican, además, la extensión material de la obra la grandiosidad, las dimensiones que Reymont ha dado a su cuadro. Es un cuadro completo y emocionante de la vida, con todos sus elementos, luchas, rivalidades, pasiones, sufrimientos, virtudes y miserias, del labriego polaco; y está trazado con tanto cariño, con tanto cuidado, con tanto ge-

(1) Ob. cit., pág. 141.

nio que las opiniones son unánimes en considerarlo superior a todos los trazados anteriormente de la vida del hombre del campo. Balzac, en la dedicatoria de la *Vie de Campagne*, se extrañaba de que el pueblo agricultor de las aldeas hubiese sido olvidado por tantas plumas como buscan temas nuevos, cuando se ha poetizado a criminales, se ha tenido compasión de verdugos y casi se ha deificado al proletario; y él mismo escribió *Les Paysans*, declarando que en el espacio de ocho años había abandonado cien veces aquel tema para continuarlo otras tantas y una más. Hoy, los mismos franceses dicen que no es ningún estudio de campesinos. Y lo mismo, o casi lo mismo, o peor, dicen de Zola, autor de *La Terre*, no sin un tantico de ironía o de sátira por su tesis... naturalista, que ya se hubieran guardado bien de criticar hace veinticinco años, o mientras vivió el autor del famoso *J'accuse!* Todo pasa. Hasta las idolatrías populares.

Para mí no tiene interés comparar la obra de los escritores que se han ocupado del campo, porque si fuera para aquilatar sus respectivos méritos, entraría por mucho el campo de que se trata: ni los campesinos polacos pueden compararse a los de Zola, ni los de Zola a los de España. La gente del campo o de la montaña, o de la costa, de Pereda, de Palacio Valdés, de Alarcón, de Fernán Caballero, de Blasco Ibáñez, de Morales San Martín en *Tierra Levantina*, y de tantos otros, son puros personajes de arcádicos idilios, comparados con aquella gentuza que más tiene de lobo que de cristiano. Y no porque la pintura de nuestros escritores no sea fiel y vigorosa, sino porque somos otra gente. Ni las flores de Andalucía, ni las frutas de la huerta de Valencia, ni los viñedos y olivares de casi toda España pueden hallarse en otra parte, ni lo de otras partes podría aclimatarse aquí sin transformarse (y si se transformase dejaría de ser lo que es). Para nosotros la campiña polaca con sus paisajes, su clima y sus habitantes, es algo tan exótico como cualquier otro país lejano, mucho más lejano, la Siberia, Alaska o Australia. El arte insuperable del autor dará al lector español la impresión de estar viendo los paisajes que con profusión describe y de estar viendo y oyendo a

los personajes que nos representa; pero, nunca le harán exclamar: «¡Esta cabaña la he visto yo! o: ¡Toma, si este es Fulano! o: ¡este es tal pueblo de mi provincia!» No: Todo aquello es muy amplio, muy extenso, muy desolado, muy inclemente, muy crudo, duro y áspero; lo nuestro es meridional; por triste, hosco e inhospitalario que sea el más menguado de nuestros villorrios, el más yermo de nuestros paisajes, no resiste la comparación con aquellas pobres llanuras ya tan vecinas de la estepa rusa.

Pero la novedad es un motivo de interés. Me refiero, a la vez, al paisaje, o la localidad, y a los personajes; pero no hay que decir que en éstos hay cualidades básicas, porque el hombre es en todas partes hombre, y, en circunstancias iguales, ha de tener puntos de semejanza: es uno de ellos el apego salvaje, la fidelidad y el amor al terruño, el instinto y la pasión feroz por poseerlo cuanto antes, conservarlo y aumentarlo, para cuyo fin el matrimonio no es más que un medio sin otro valor ni transcendencia, como los procesos, como la avaricia, como la discordia familiar, como el hurto, como la hipocresía y la mala fe, como... cualquier medio que sea: todo lo justifica la obtención y mejora de la tierra.

Pero ese apego, esa atracción a la tierra, más exaltado en los países donde la propiedad está muy repartida, como sucede en Polonia desde 1865, toma en *Los campesinos* proporciones exorbitantes para lo que es corriente en nuestras regiones agrícolas. Cierto que ya Balzac, un latino, uno de nuestra raza, un primo hermano, «había observado que los campesinos no tienen en sus costumbres domésticas la menor delicadeza; que los hijos son para ellos o capitales o instrumentos de bienestar; que el interés es el móvil de sus ideas y que para ellos nunca es cuestión de saber si un acto es legal o inmoral, sino si es provechoso. Zola creyó un deber reaccionar aun más violentamente contra el prejuicio siempre renaciente que pretende hacer del campesino un hombre dulce y bonachón, el más dichoso y el más virtuoso de los mortales. Sus bocerones — campesinos de Beauce — son más groseros que los animales y cien veces más crueles. No son ya bocerones de Beauce, ni franceses de Francia,

sino bocerones de Zola... Los normandos de Maupassant son algo primos suyos: son maniáticos y borrachos, amantes de la vil trapacería y sórdidamente avaros» (1).

Esta cita parece descubrir un franco repudio: el crítico francés entiende que los novelistas franceses han cargado la mano al dibujar sus campesinos, o se han inspirado en modelos excepcionales, lo cual probaría que los normales son muy distintos.

Para hacer resaltar la diferencia entre ellos (los de Reymont) y los nuestros, bastará un botón de muestra: Antek, hijo del protagonista — expresión poco exacta, ya que los protagonistas son muchos: se trata de un cuadro de multitudes, de un estudio de la colectividad —, como si dijéramos el galán joven de la tragicomedia, al observar que algunos le miran de reojo o con desvío después de haberse peleado con su padre, protesta y se revela en su interior como contra una injusticia manifiesta. ¿Por qué — viene a decir — esa hostilidad para conmigo, cuando lo que ha pasado entre mi padre y yo ocurre todos los días, en casa de cada vecino, y nadie hace caso?

Creo que no he de esforzarme en convencer a nadie de que los palos, y en ciertos casos el matar a palos, de hijos a padres, al exigir la donación en vida de sus bienes, serán, no lo discuto, una costumbre, un atavismo en aquella «santa tierra»; pero, en la nuestra, a Dios sean dadas, son una hierba muy exótica.

* * *

El exotismo de *Los campesinos* reside y resalta en todo, en el paisaje, en el color negro de la tierra, en el cielo bajo, pesado y aplastante, en las espesas brumas de la mañana, en la frecuencia de estanques y pantanos, en la apariencia de las grandes chozas, como agachadas en el suelo, en las

(1) Frank L. Schoell, *Les Paysans de Ladislas Reymont*, «Revue de Paris», 15 sept. 1918. Lo referente a Balzac es transcripción de *Les Paysans*, 1.ª parte, cap. III.

dunas que se encuentran de vez en cuando, en los prados rezumantes de humedad, en los campos encharcados de agua o anegados de nieve, en los horizontes grises, en la figura de sus chozas con techumbre de bálago y en su disposición original, de lado al camino o carretera y no de cara, la cual da a un patio, mientras su parte posterior se vela con la frondosidad de los frutales del huerto, todo bordeado por setos vivos que sólo se abren para trazar un breve sendero que da salida al camino; en la distribución de sus viviendas, siempre partidas por un corredor; en su mezquino mobiliario, que no se compone más que de dos bancos para sentarse y otro más alto que sirve de mesa, una o varias camas, un arca para cereales, un armario para la ropa blanca, la rueca de las mujeres y algunas estampas de santos; en la indumentaria tan nacional, tan rutilante de color, el rojo, el azul, el amarillo; las mozas con su pañuelo anudado bajo la barba, las casadas con un gorro de encaje blanco almidonado; aquéllas con las trenzas colgantes, éstas con el pelo cortado como las espartanas de hace más de dos mil años... o como las *garçonnes* de último modelo; y, unas y otras, con el corpiño de terciopelo azul, verde o violeta, cuajado de brocados y avalorios, y los imprescindibles collares de coral o de ámbar, de granos gruesos como avellanas. Y, luego, el carácter tradicionalista, arcaico, del polaco que no ha salido de su tierra, su ignorancia — que contrasta con su inteligencia cuando se emancipa, pues es notable el hecho de que, siendo Polonia, por designio preconcebido de Rusia que quería tenerla distanciada de la ciudad y privada de urbanización y civilización, uno de los países más atrasados de Europa, cuente entre sus hijos un número tan grande de hombres eminentes en todos los ramos —, su miseria periódica, la aprensión del hambre que amenazaba cada año antes de la cosecha, la autonomía restringida, pero efectiva, de que gozaba la *gmina* o agrupación de aldeas de los campos, un verdadero *ayuntamiento* que era un medio poderoso para la conservación del espíritu nacional; la diversidad de razas que poblaban su suelo, unas, aborígenes, y otras, tenidas por éstas como intrusas, y, finalmente, y sobre todo, la re-

ligiosidad rayana en el misticismo, la fe y la credulidad, el fanatismo y las supersticiones del *chlop*.

Porque, como dice Schoell, «no estriba solamente en las condiciones exteriores de la vida, por providenciales que sean para un observador perspicaz, la profunda religiosidad del *chlop* polaco: creemos que hay que buscarla en el alma que le han formado siglos de una existencia primitiva y precaria, en su candidez soñadora, y en la exuberancia de su imaginación eslava; en su fe ardiente, infantil, y en sus supersticiones, en sus instintos de súbita bondad, o en sus bruscos retornos de caridad; en su fatalismo religioso, en su conservadurismo, tan feroz como irrazonado».

Y son los mismos personajes quienes nos lo dicen casi todo, ya que por lo menos dos terceras partes de la obra la hablan los personajes, con un verismo, con un realismo que hace olvidar que se lee (1).

---

(1) «No, no es el argumento lo que nos complace, no es la curiosidad por saber lo que va a pasar a Fulano lo que nos deleita. La prueba de ello está en que el argumento de toda novela se cuenta en muy pocas palabras y, entonces, no nos interesa. Una narración somera no nos sabe: necesitamos que el autor se detenga y nos haga dar vueltas en torno a los personajes. Entonces, nos complacemos al sentirnos impregnados y como saturados de ellos y de su ambiente, al percibirlos como viejos amigos habituales de quienes lo sabemos todo y al presentarse nos recuerdan toda la riqueza de sus vidas... Alguna vez he intentado aclararme de dónde viene el placer — ciertamente modesto — que originan algunas de estas películas americanas con una larga serie de capítulos, o, como dice el nuevo y absurdo burgués español, de «episodios»... y, con no poca sorpresa, he hallado que esa complacencia no procedía nunca del estúpido argumento, sino de los personajes mismos. Me he entretenido en aquellas películas cuyas figuras eran agradables, curiosas tanto por el papel que representaban como por el acierto con que el físico del actor contribuía a realizar su idea. Una película en que el detective y la joven americana sean simpáticos puede durar indefinidamente sin cansarnos. No importa lo que hagan: nos gusta verlos entrar y salir y moverse. No nos interesan por lo que hagan, sino al revés; cualquier cosa que hagan nos interesa por ser ellos quienes la hacen.

Recuérdense ahora las novelas del pasado que han conseguido triunfar de las enormes exigencias planteadas por el lector del día, y se

El argumento, si hay un argumento único y no un enlace de argumentos, es secundario: un *gospodarz* (1) viejo se casa con una moza guapa y coqueta que, solicitada por el hijo de su marido, se entrega a él como antes se había entregado a otros, y de ahí deriva un sin fin de males y disgustos; pero, a la par de este argumento, se desarrollan otros, pues como ya he dicho, estamos ante un cuadro de multitud, no de un retrato o del de una pareja, y, al mismo tiempo, presenciamos la novela o la vida de muchos personajes.

Y esta vitalidad en la acción y la esplendidez escenográfica, hacen de la obra un conjunto monumental.

Como he dicho, el autor habla poco por su cuenta, y esto en el mismo estilo que los actores, y por ser paisaje y figuras tan vividos y tan vivientes, no sabría decidir en cuál de los dos elementos se sobrepuja a sí mismo. Esto me recuerda al protagonista de una saladísima novela de Palacio Valdés, a quien éste hace autor de afición, que dice al principio de su relato, algo arrepentido de haberse metido a autobiógrafo, que «fía mucho en las descripciones».

Reymont, que también se hace el profano con su lenguaje campesino, sería de los que pueden fiar y confiar. Pero lejos de mí el propósito de citar o enumerar ni siquiera las principales. De querer señalar las innumerables bellezas de este libro, habría que llenar un tomo... y yo he de pensar ya, aunque me duela, en dónde pongo el punto final.

Por citar uno, el cuadro del otoño trazado en el capítulo V del primer tomo, es, pura y sencillamente, magistral.

---

advertirá que la atención nuestra va más a los personajes por sí mismos que a sus aventuras. Son Don Quijote y Sancho quienes nos divierten, no lo que les pasa. En principio, cabe imaginar un «Quijote» de igual valor que el auténtico donde acontezcan al caballero y su criado otras aventuras muy diferentes. Lo propio acontece con Julián Sorel o con David Copperfield. Nuestro interés se ha transferido, pues, de la trama a las figuras, de los actos a las personas.»

J. Ortega y Gasset: *Ideas sobre la novela*, págs. 97-98.

(1) **Campesino propietario.**

El autor se revela paisajista consumado, dominando el asunto y la técnica, a la vez grandioso y minucioso, conocedor del brochazo vigoroso que da el mayor relieve, y cuidadoso del detalle delicado que hace el cuadro acabado, la descripción completa.

La del invierno, o sea gran parte del capítulo primero del tomo segundo, tiene rasgos dantescos, tonos apocalípticos. Y no puedo decir más; allá el lector.

Tiene frases (descripciones, comparaciones o simples expresiones *naturales*) que hieren como un latigazo, vibran como un relámpago o clavan como un saetazo. Estas frases, ya se comprende, suelen ser muy breves:

«El viento se levantaba más y más fuerte, se estrellaba en la carretera, y, al topar con los chopos, les daba tales sacudidas, que se encorvaban gimiendo y silbaban de cólera.»

¿Quién no ve ahí, y no siente en la epidermis, azotándole el rostro, cegándole los ojos, la primera ráfaga de la inclemencia invernal?

«El viento se engolfaba tan bien por un cristal roto, que la lámpara suspendida detrás del mostrador se balanceaba como una flor de oro.»

Pero no se puede enumerar las figuras, las alegorías, los símiles poéticos de que están sembradas todas las páginas del libro: son como las estrellas de una noche serena de verano.

Pero nunca se olvida de su tema campesino: los símiles que se le ocurren son los que podrían ocurrírsele a un gañán que comparase con lo que ve:

«Todo su furor concentrado destilaba de su corazón gota a gota, como se derrite la nieve endurecida de los tejados de bálago cuando la entibia el sol primaveral.»

Pero cuando surge la nota pasional, el conflicto dramático, por debajo del labriego o de su lenguaje, asoma en seguida el psicólogo, el observador:

«Su amor despertó; el deseo angustiado levantó la cabeza erizada de dardos: un deseo tan espantoso, que era para estrellarse la cabeza contra la pared y para hacerle aullar de dolor.

»... le asaltaban recuerdos; recuerdos que se arrastraban hacia él desde todas partes, desde los campos desnudos, desde las carreteras, desde los huertos frutales ennegrecidos y torcidos y que le sitiaban el corazón, se colgaban a su espíritu, se erguían ante sus ojos... Allí, en el huerto... y aquel otro día, en el bosque... y aquella vez que habían vuelto juntos de la ciudad... ...Cuántas veces se había propuesto mirar a su padre en el blanco de los ojos, y decirle: ¡usted no puede casarse con Jagna, porque es mía! Pero el espanto le ponía los pelos de punta: ¿qué iban a decir los viejos, y los demás, y todo el pueblo?

Y con la misma facilidad, con el mismo acierto, nos ofrece las visiones plácidas: aquí está el pobre Kuba, el miserable mozo de un *gospodarz* rico y avaro, tan falto de bienes terrenales como rico de bondad, asistiendo a una misa solemne con procesión, inundado su corazón de beatitud y piedad, de religiosa ternura e infantil idolatría (su corazón es el de un niño) y, como un niño, empeñado en seguir de cerca, lo más cerca posible, a Nuestro Señor:

Kuba tenía el espíritu tan ausente, que le ocurría tropezar y pisar a alguien. (E iba en la procesión, casi junto al palio, embelesado como en un deliquio místico.)

»— ¡Eh, ten cuidado, idiota!

»— ¡Aborto, cojo marrano! — le apostrofaban los demás, sin privarse de largarle porrazos.

»Pero él no oía nada de todo aquello; el canto de los fieles aumentaba de volumen, subía como una columna, se abatía como una ola, e iba a herir al sol pálido; las campanas sonaban sin interrupción con sus labios de bronce, hasta hacer temblar los tilos y los arces; aquí y allá alguna hoja rojiza se desprendía y caía sobre las cabezas como un pájaro espantado. En lo alto, muy en alto, por encima de la procesión, por encima de las cúspides de los árboles inclinados, por encima de la torre de la iglesia, se cernía una bandada de palomas asustadas...»

No cabe un croquis, una impresión más justa de la devota procesión lugareña en el ambiente luminoso y vivo del paisaje rural.

La trágica muerte de este infeliz Kuba, precisamente durante el gran jolgorio de la boda de su amo, su terror, no de la muerte sino de que llamen al cura y éste haya de verle y auxiliarle en aquella cuadra, en aquel estercolero, es el final de un drama; pero, digo y repito, que hay en *Los campesinos* material sobrante para doce novelas, dramas y comedias.

Ya me está obsesionando el punto final. Y por tan poderoso motivo no señalo siquiera la figura preeminente de Boryna, figura que ha de ser esculpida junto al pedestal de su autor; y no será posible esculpirlo en material más duro del que empleó aquél al crearlo: campesino polaco de temple de acero o de granito... con corazón de carne humana.

Poco importa, y poco le importa al autor, que los personajes sean buenos o malos, simpáticos o repulsivos; él los saca a la luz tales cuales son, a veces sensibles y a veces despiadados, débiles o indomables; como sean, como son: de ahí que todos tienen vida.

Personajes decorativos, algo caricaturescos, trazados a manera de personajes de comedia (no hay que olvidar que el autor perteneció a la farándula), son el alcalde —¡soy yo quien os lo dice! — Jambrozy, todos los judíos que intervienen más o menos, el organista, o mejor dicho, los organistas, y Jagustynka; como segundo galán Mateusz cumple como bueno en todas las situaciones.

Todos los demás, los principales, entran en la alta comedia, pasan al drama, rozan la tragedia, y no son nada fáciles; la simplicidad de sus almas tan primitivas, tan en bloque, tan de una pieza, se traducirían mal sin disponer de una gama riquísima de matices, de semitonos y claroscuros que ha de poder recorrer desde el suspiro y el trémolo y el registro celeste, sin desafinar ni falsear, al rugido, al trueno, al estampido, a lo feroz, a lo horrísono.

La mayor parte de esos campesinos tan primitivos, tan religiosos, tan ignorantes, son inconscientes de ellos mismos, no se conocen, no se han estudiado nunca, no saben lo que es estudiarse; si alguna vez callan lo que piensan, es por miedo o por respeto — y no me atrevería yo a decir que no

sea éste un derivado de aquél — ; pero casi no saben lo que han de callar ni lo que han de decir. Fsa Jagna, por ejemplo, tan indiferente al principio, que cree y dice que el decidir su casamiento, el elegir marido no es «cosa suya», sino de su madre, y que algunos meses después siente en su alma y en su cuerpo todo el fuego de la pasión, todo el infierno del odio, y pierde el respeto a su marido y el pudor ante todo el mundo y se entrega a su amante sin percatarse de los demás, es, a pesar de tan abominable transición, antes y después, una ingenua, una inconsciente. Ella no sabe nada, ni sabe de nada; no sabe ni lo que quiere:

«¿Acaso no se hallaba bien en casa de su madre? Hacía lo que quería, nadie se metía con ella. ¿Qué le importaban a ella la tierra y los bienes, las indemnizaciones y las donaciones?... No eran pocos los mozos que le iban a la zaga. Si ella hubiese querido se habrían presentado todos en una misma noche... y sus pensamientos se alargaban perezosamente como el lino de la rueca y de la misma manera se arrollaban siempre alrededor de lo mismo: que ella, si su madre quería, se casaría con Boryna... Ciertamente que lo prefería a los demás porque le había comprado la cinta y el pañuelo de seda... sí, ciertamente... pero, Antek, le habría comprado lo mismo, y los demás acaso también, con tal de que hubiesen tenido el dinero de Boryna. Todos eran buenos y todos lo eran a un tiempo... ¡Como si ella tuviese cabeza para pensar mucho tiempo en escoger uno!... Para eso estaba la madre, para hacer lo que fuese necesario...

»Y de nuevo quedó su mirada fija. Miraba a través de la ventana, pues las dalias marchitas, ya negruzcas, se asomaban a los cristales; pero pronto olvidó también esto, lo olvidó todo, se olvidó hasta de sí misma, y cayó en una beatífica insensibilidad, como la madre tierra durante las noches muertas del otoño, porque el alma de Jagna era como la santa tierra, enteramente como esta tierra; se sumió en los abismos que nadie puede sondar, en el caos del ensueño, gigantesco y desconocido; pero sin voluntad, sin volición, sin deseos, con rigidez de muerte y, sin embargo, inmortal; y como a esta tierra, cada viento la cogía, la

envolvía, la bamboleaba, y se la llevaba donde quería... Era como la tierra a la que despierta el cálido sol de primavera, fecundándola de vida con la mirada de fuego del deseo; a la que el amor sacude, y ella da frutos porque es necesario; vive, canta, reina, trabaja y destruye porque debe hacerlo, porque debe ser... porque el alma de Jagna era como esta santa tierra, ¡nuestra tierra!»

Otra autopsia admirable es la de esta figura de mujer, extraña, taciturna, callada casi siempre, miedosa... que nadie es capaz de contener cuando la pasión o el interés (su segunda pasión) la ponen en el disparadero, la enloquecen, la sacan de sí: Hanka.

¡Qué estudio de alma de mujer enamorada, fiel, esclava, desengañada, humilde, convencida de sus pocos atractivos, resistiéndose a ser celosa, no queriendo creer en la infidelidad de su adorado *hombre*, procurando beberle los pensamientos, «mirándole continuamente dentro de los ojos para adivinar de qué podía tener necesidad y tratando de prever por dónde vendría la desgracia, porque ella sentía muy bien que bullía en él no sé qué cosa de terrible, algo que él reprimía haciendo un gran esfuerzo, que se pegaba a él, se disimulaba en él, y le sorbía el alma, se la sorbía...»

¡Y qué reacción, qué carácter, que indomable energía cuando se subleva! Y, muerta, o ahogada la pasión, ¡qué sentido práctico, también feroz!

Hay que decir que Reymont derrocha el color, lo gasta en pasta, a chorro; y en su variada paleta, o directamente sobre la tela, ha exprimido muchos tubos grandes de «ferocidad campesina». Viene a ser algo como un «azul de Prusia» fabricado con ácido prúsico.

En el capítulo II del tomo segundo hay (en un sólo capítulo) tres crueldades de naturaleza distinta, pero de igual valor, puesto que, en cuanto a la intensidad, están las tres en superlativo:

El pobre Bylica, a quien su hija, Hanka, le quita lindamente la propina que le habían dado por aguantar la cuerda, al vender la vaca que él mismo le había dado a ella. Y se la quita razonadamente: explicándole que puesto que él

tiene todo lo que necesita, no le falta nada... ¡Y el infeliz viejo carece de cama y de tabaco!

La manera como la mujer del organista echa de casa a Magda, su criada, que está sufriendo los primeros dolores del alumbramiento.

Y el abrazo y el beso de Hanka, calenturiento de amor por su marido, que ni siente ni ve el abrazo ni el beso... porque está viendo en el claro de luna los ojos azules de la otra.

Tres poemas de dolor en un sólo capítulo.

Pero en este libro hay de todo, como en todas las grandes novelas, y aunque casi todos los personajes revelan una candidez (no hablo de los judíos) digna de los moradores del limbo, no faltan tampoco los avisados, ladinos y socarrones:

El jornalero Bartek dice que hay que hacer las cosas despacio porque... la prueba: el señor Jesús hubiera podido crear el mundo en un instante, en el fulmíneo lapso de tiempo del acto volitivo divino... y, sin embargo, lo hizo en seis veces, y, después, descansó... para enseñarnos cómo deben hacerse las cosas: reposadamente.

Y, luego, hablando de mujeres, por las que Bartek manifiesta un superior desprecio, el atormentado Antek, arguye meláncolicamente:

—A lo que parece también las hay avisadas...

A lo que su cazurro interlocutor opone, sin titubear, esta refutación:

—¡También se dice que hay cornejas blancas; pero nadie las ha visto!

Y ya que he mentado la simplicidad:

En la pintoresca fábula del perro *Burek* es curiosa, sobre todo, la indumentaria si no lo es más la topografía, o la urbanización que, por lo visto, no ha variado nada en dos mil años.

Nuestro Señor Jesús llevaba pantalones... como un contemporáneo.

Los insultos que lanza Jesús al pueblo corrompido, pero no incrédulo, aunque él lo acuse de ateo: «Es decir, bribo-

nes, borrachos, que tenéis miedo de un perro; pero no lo tenéis del Señor Jesús ¿eh?», son de una candidez, de una transparencia, de un primitivismo lugareño insuperables.

Más adelante, cuando Jesús tenía hambre, *Burek* iba a caza de ánsares y corderillos... y... nadie cae en la cuenta de que eran robados.

Pero, claro, siendo para el Señor Jesús, ya no lo eran. La piedad ciega las almas...

Y la incongruencia es deliciosa: aquel pueblo de pillos, bribones, borrachos, blasfemos, hombres malos... por el mero efecto de ser de tal modo apostrofado, se vuelve de pronto humilde, arrepentido, sumiso, tierno, llorando de tal modo, «besando contrito las manos y las santas piernas» — es delicioso de piedad — que llega a prometer «te seremos fieles como un perro...» aunque «en aquel tiempo, todavía los perros no estaban en liga fraternal con los hombres» —se dice al principio — y aunque sólo después de tanta imprecación aseguró Jesús que «en adelante él os servirá.»

La psicología que resulta de la falta de lógica del sermón del jubileo — habida cuenta de la mentalidad y cultura del orador y del auditorio — es de lo más pintoresco, natural y artístico que pueda inventarse, en unos tiempos en que ya todo está agotado.

Y, sobre la delicadeza del desenlace:

— *Burek*, vente conmigo.

Y el perrito muere por seguir a su Señor... No hago ningún comentario; me parece ocioso.

Otro ejemplo de lo mismo, y del mismo original orador:

Rocho, cuenta historias de Navidad, y al comenzar una de ellas, dice: «Debía de ser verano, porque el bosque estaba verde, oloroso y resonante de voces vivas...» Y luego resulta que era la víspera de Navidad, el 24 de diciembre... de un año, al parecer, de eterna primavera. En el mismo cuento «ya distinguía los campos verdes que ondulaban... divisaba gentes que araban sus tierras y una bandada de cigüeñas que volaba hacia los pantanos... cuando de pronto se paralizó todo, el sol quedó como solidificado... el labriego

que araba se detuvo con el látigo levantado... Cuando de pronto cantaron los ángeles que el Señor había nacido.» Luego, nació en pleno día y no a media noche, como siempre se ha dicho.

Pero ¿qué importa?

Piedad, religiosidad e inocencia, todo en una pieza:

El zagalillo Witek tiene dos *zloty* (por junto, 1,20 pesetas) que le dió su amo el día de la feria, y él los guarda para el descanso de las almas de los suyos, es decir, para darlos a la iglesia... y ahora viene lo bueno (o lo más triste): el no tiene; como suele tener todo el mundo, «sus difuntos»; él no tiene padre, ni madre, ni perrito que le ladre, como no sea el perro de su amo: el pobrecito es expósito. A pesar de lo cual, después de una crisis de llanto que lo trastorna, de repente, por vergüenza, por amor filial sin objeto, por lo que sea, va resueltamente a la mesa donde el organista cobra y apunta los nombres de los muertos por quienes se ha de decir las misas, y dando tres nombres cualesquiera, los primeros que se le ocurren, paga las misas por «sus difuntos».

Y, ahora, sí que va el punto final: la muerte. El día de Difuntos. Todo el pueblo en masa rezando, meditando compungido en el cementerio.

«Todos hemos de morir — suspiraban lentamente, con una resignación de piedra; y se arrastraban más allá, se sentaban sobre las tumbas de sus padres, decían oraciones, o se quedaban sentados, mudos, distraídos, sordos a la vida, sordos a la muerte, sordos al dolor, como los árboles; y como los árboles, sus almas se balanceaban en un vago sentimiento de angustia...»

Y el párrafo siguiente, y, en seguida, la descripción del cementerio antiguo abandonado, con ser un cuadro a obscuras, son de una fuerza impresionante. Todo, hasta el final del capítulo, es de un arte maravilloso. Verdad que el tema es un hallazgo, una joya (tema extraño, original, personajes de cuerpo entero y alma blanca, sinceridad, simplicidad, superstición, unción... ¡no falta nada!)

Para terminar este deshilvanado comentario con algo

concluyente, tomo prestada la siguiente definición del gran Ortega y Gasset (1):

«Novelista es el hombre a quien, mientras escribe, le interesa su mundo imaginario más que ningún otro posible. Si no fuera así, si a él no le interesa, ¿cómo va a conseguir que nos interese a nosotros? Divino sonámbulo, el novelista tiene que contaminarnos con su fértil sonambulismo.»

Quisiera yo ver cuál es el lector de este libro que a las pocas páginas no se contamine.

Fernando Girbal.

30 mayo 1926.

(1) Op. cit., pág. 138.

OTOÑO

I

UE Jesucristo sea glorificado!

— ¡Por los siglos de los siglos! ¿Y a dónde va usted así, Agata?

— ¡Por el mundo, entre los hombres, querido señor cura... por el ancho mundo! — Y, con su bastón, describió un arco de levante a poniente.

El cura miró vagamente en lontananza, y bajó los ojos con rapidez, pues el sol deslumbrador estaba como suspendido encima del horizonte; luego, se informó, con voz queda, casi medrosamente...

— ¿Entonces, los Klemby (1) la han echado de casa? Tal vez no sea más que un enfado... tal vez...

Ella no contestó en seguida, pero se irguió un poco, y paseó su torva mirada extinguida, de vieja, por los campos sin mieses, otoñales, y por los tejados de la aldea, agazapada entre huertos de frutales.

— Dios mío, no... no me han echado de casa... no quiera usted creer... son buena gente, somos parientes. En cuanto a querellas, tampoco las ha habido. Pero yo he comprendido que era tiempo para mí de ir por los caminos. Cuando se va en la carreta de otro, no hay más, ¡hay que bajar aunque sea en el río! Era preciso... Ya no tenían trabajo

(1) Klemby, plural del patronímico Klomb.

para mí... El invierno se acerca... ¿querría usted que por nada me diesen sopa y un rincón para dormir?... Además, ¡precisamente ahora acaban de quitarle el ternero a su madre... y los ánsares hay que resguardarlos bajo techado por ser las noches más frías! Así es que les he dejado mi sitio,... ¡hubiera sido lástima para las pobres bestias; son también criaturas de Dios!... Son almas buenas que me han prestado su cabaña todo el verano y dado, sin refunfuñar, un rincón y qué comer; yo me pavoneaba como una verdadera propietaria... Llegado el invierno, me toca a mí ir por el mundo, a mendigar. — Hubo un silencio y continuó: — No necesito mucho; pediré limosna a la gente de bien, y ya llegaré a la primavera, con la ayuda de nuestro Señor Jesús, y aun ahorraré algunos *grosz* (1). Justamente les vendrán de perilla en los momentos difíciles de antes de la recolección... y luego, ¡a ver! somos parientes... ¡Y bien seguro es que el buen Niño Jesús no abandona a los pobres!

— ¡Muy cierto es que no les abandona! — exclamó con presteza el cura, deslizándole furtivamente en la mano una *zlotowka* (2).

— ¡Señor cura, nuestro buen señor cura!—La vieja cayó ante sus rodillas, que rozó con su cabeza vacilante, y por su rostro gris, parecido a una tierra de otoño labrada, se esparcieron lágrimas como guisantes.

— ¡Vaya con el Señor, vaya! — murmuró él, embarazado, levantándola del suelo.

Con sus manos temblorosas recogió su alforja y su bastón guarnecido al extremo con pinchos de erizo, se santiguó y se fué hacia el bosque, por el ancho camino lleno de rodadas y baches; sólo de vez en cuando volvía la cabeza hacia la aldea, hacia los campos donde arrancaban patatas, y hacia las humaredas de hogueras de pastores que se ele-

---

(1) El *grosz* o gros polaco valía antes de la guerra de 1914 el 1/30 de un florín polaco ó *zloty*, o sea unos dos céntimos de peseta.

(2) Florín polaco, moneda de plata, del valor de unos 60 céntimos.

vaban en espirales a ras de los trigos; miraba tristemente, y, al fin, desapareció detrás de los zarzales del camino.

El cura volvió a sentarse cerca del arado, tomó un polvo de rapé y abrió su breviario, pero su mirada se deslizaba lejos de las letras rojas; corría por la inmensa campiña sumida en el ensueño otoñal, y luego vagaba por el cielo pálido o se posaba en el gañán inclinado sobre la esteva.

— ¡Eh!... ¡Walek (1), el surco va atravesado!... — exclamó irguiéndose un poco; y se puso a seguir con los ojos, paso a paso, a los dos robustos caballos blancos que tiraban del rechinante arado.

Otra vez paseó una mirada distraída por encima de las letras rojas de su breviario, moviendo los labios, pero a cada momento seguía con la mirada, o los caballos, o una bandada de cornejas que saltaban prudentemente a lo largo del surco con el pico tendido, y que a cada chasquido del látigo, a cada media vuelta del arado, emprendían pesadamente el vuelo, para posarse en seguida en la tierra labrada y afilarse el pico en los terrones secos y duros.

— ¡Walek! ¡Dale a la yegua de la derecha en los riñones, que se rezaga!

Sonrió, porque, apenas fustigada, la bestia se puso a tirar al compás de la otra. Cuando los caballos llegaron a la carretera, se levantó con presteza y les acarició el cuello amigablemente, tanto que acercaron a él las narices y le olieron amistosamente la cara.

— ¡Aaaalt-o!... — gritó Walek con su voz cantante; sacó de tierra la reja que brillaba como plata, la levantó ligeramente, atrajo hacia él los caballos con las riendas, haciéndoles describir un corto semicírculo, plantó el reluciente arado en el antiguo centenal, manejó el látigo, y la yunta tiró al punto con tanta fuerza que las boleas rechinaron. Y continuó arando el gran pedazo de tierra que formaba ángulo recto con la carretera y que, como una larga trama de basto tejido, se desarrollaba en suave pendiente hasta

(1) **Walenty, Valentín.**

el pueblo, situado en la hondonada y como anegado entre los huertos de árboles frutales rojizos y amarillentos.

Todo estaba tranquilo y soñoliento en la tibieza del aire.

Aunque ya era a fines de septiembre, el sol calentaba aún bastante; estaba suspendido a mitad del camino, entre mediodía y poniente, por encima de los bosques, de modo que las malezas y las piedras, y los perales en los campos, y hasta los terrones duros y desecados, proyectaban ya por detrás sombras frías que hacían pensar en la noche.

El silencio se cernía sobre los campos desiertos, y una dulzura embriagadora llenaba el aire polvoreado de sol; muy en alto, en el azul pálido, flotaban blancas nubes esparcidas aquí y allá en desorden, como bancos de nieve acumulados por el huracán y deshilachados.

Y debajo de ellas, tan lejos como alcanzaba la mirada, se extendían campos grises como un inmenso plato cuyo borde era el bosque azul obscuro, una escudilla en cuyo fondo lucía como un hilo de plata reluciente al sol, el sinuoso río bordeado de álamos y sauces. Se ensanchaba en medio del pueblo en forma de gran estanque alargado, y por una brecha entre las colinas huía hacia el norte; el pueblo estaba acurrucado enteramente al fondo, alrededor del estanque, y jugueteaba al sol entre los vergeles de colores otoñales como una oruga roja y amarilla apelotonada sobre la hoja gris de un lampazo. Entre él y los bosques se extendían el largo tejido un tanto confuso de los campos, la tela basta de las tierras grises, los cercados de guijarros y de ciruelos silvestres. De vez en cuando, arroyos de oro se vertían en aquella grisura argentada. Los altramuces en flor amarilleaban, exhalando perfume; los lechos desecados de los torrentillos deslumbraban de blancura; carreteras arenosas, soñolientas, bordeadas de enormes chopos, trepaban lentamente para alcanzar los grandes bosques.

El cura salió de pronto de su distracción porque se oyó no lejos de allí un mugido triste y prolongado que puso en fuga a las cornejas que, dando un grito, volaron oblicuamente hacia los campos de patatas; y su sombra

negra y brillante corría debajo de ellas a nivel de los rastrojos y de las tierras labradas.

Resguardándose los ojos con la mano, miró hacia el sol: una muchacha venía por la carretera tirando de la cuerda a la que iba sujeta una gran vaca roja. Al pasar alabó a Dios y quiso detenerse para besarle la mano al cura; pero la vaca tiró bruscamente hacia el otro lado y empezó a mugir de nuevo.

— ¿Vas a venderla?

— No... sólo la llevo al toro del molinero... ¡Párate, mala bestia!... ¿Es que estás rabiosa?... — gritaba la niña sin resuello, tratando de dominarla; pero la vaca la arrastró y las dos emprendieron tal carrera que una nube de polvo las envolvió.

Luego pasó el trapero judío, arrastrando pesadamente la pierna. Avanzaba tirando de una carretilla bastante cargada, y de tiempo en tiempo se sentaba para tomar aliento.

— Y, pues, ¿qué noticias hay, Moisés?

— ¿Qué noticias?... Cuando va bien, las noticias son buenas. Gracias a Dios, las patatas dan, no hay que quejarse del centeno, habrá coles. ¡El que tiene patatas, centeno y coles, tiene con esto buenas noticias!

Besó la manga del sacerdote, volvió a ponerse el tirante al hombro y desamarró con su carretilla, con paso más fácil, porque el camino empezaba a descender agradablemente.

Después apareció en medio del camino un pordiosero ciego, guiado por un mastín atado a un bramante. Arrastrando los pies, barría el polvo.

Seguidamente desembocó por el bosque un rapazuelo llevando una botella, pero al divisar al sacerdote al borde de la carretera, lo evitó de lejos y se fué a la taberna atravesando campos.

Por último, pasaron un campesino del pueblo vecino que llevaba una carretada al molino, y una judía azuzando una manada de gansos que acababa de comprar.

Y todos alababan al Señor, cambiaban algunas pala-

bras, y proseguían su camino, no sin una palabra o una mirada benévola del cura, que, viendo que el sol descendía más y más, se levantó y gritó a Walek:

—Ara hasta los abedules y luego vete a casa...; no hay que fatigar a los caballos por nada.

Y se alejó lentamente, siguiendo las lindes de los campos, recitando oraciones a media voz y envolviendo la gleba en una mirada clara llena de amor...

...Hileras de mujeres formaban manchas rojas en los campos... Se oía el ruido opaco de las patatas vertidas en los carros... En algunos puntos se trabajaba todavía para poder sembrar... Por los campos en barbecho pasaban rebaños de vacas manchadas... Algunas parcelas de color gris ceniciento, donde empezaban a brotar trigos recientes, tomaban tintes de herrumbre... Más lejos, en los prados rapados y enrojecidos, los ánades parecían placas de nieve... En alguna parte mugía una vaca... Brillaban fuegos, y largas trenzas de azulinas humaredas se desflecaban por encima de las tierras... Un carro gemía, o una carreta rechinaba contra una piedra... El silencio envolvía de nuevo la campiña por un instante, hasta el extremo de poderse oír el sordo susurro del río y el bronco ruido del molino escondido detrás del pueblo en un tupido bosquecillo de árboles amarillentos... Luego, de nuevo, un canto rompía el silencio, o un grito salido no se sabe de dónde, se lanzaba a ras del suelo, se arrastraba por el hueco de los surcos, y se perdía sin eco por entre la grisura otoñal, por los rastrojos donde se extendían plateadas telarañas, por las carreteras desiertas y soñadoras sobre las que se inclinaban las pesadas cabezas sangrientas de los serbales... En otras partes rastrillaban los campos, y un torbellino de polvo gris, secular, alzándose con ímpetu detrás del rastrillo, se ensanchaba y trepaba como por el flanco de una colina, volviendo a caer, y se veía emerger de él, como de una nube, un gañán con los pies descalzos, la cabeza descubierta, el torso ceñido con una tela; caminaba lentamente, sacaba grano de la bolsa y sembraba con un gesto monótono y piadoso, como si bendijera

la tierra. Llegaba al extremo del campo, se reaprovisionaba del saco de trigo, volvía sobre sus pasos, y ganaba lentamente la colina, de modo que, primero su cabeza desgreñada, luego sus brazos, y, por fin, todo su cuerpo se perfilaban claramente sobre el fondo soleado; con el mismo gesto de sembrador bendiciente, con aquel mismo religioso movimiento de brazos, arrojaba el trigo, que caía en tierra en un torbellino circular, como polvo de oro.

El sacerdote iba cada vez más despacio; a veces se detenía para respirar, luego contemplaba otra vez sus yeguas blancas, para mirar en seguida a unos chiquillos ocupados en tirar piedras a un enorme peral: toda la banda corrió hacia él, y ocultando las manos detrás, los muchachos besaron las mangas de su sotana.

El cura les acarició la cabeza, amonestándoles:

— ¡Sobre todo no rompais las ramas, porque sino, no tendréis peras el año que viene!

— No es por las peras por lo que tirábamos piedras; hay un nido de cornejas de pico blanco — explicó el más atrevido. El sacerdote sonrió con indulgencia y pronto se paró otra vez, junto a los cavadores.

— ¡Dios os asista en vuestro trabajo!

— ¡Que Dios se lo pague! ¡Gracias a usted! — contestaron todos a un tiempo irguiéndose y disponiéndose a besar las manos de su querido cura.

— ¡El buen Dios ha dado este año abundancia de patatas, eh! — exclamó ofreciendo abierta a los hombres su caja de rapé.

Concienzudamente pellizcaron un polvo, pero no se atrevieron a consumarlo, por respeto a él.

— Sí, sí; las patatas son grandes como cabezas de gato, y hay muchas bajo la hojarasca.

— De golpe va a subir el precio de los cerdos, porque hay más de uno que querrá guardar los suyos para engordarlos.

— Como caros, lo son ya; la epidemia ha hecho reventar no pocos este verano, y se compran para la Prusia.

— ¡Es verdad, es verdad! ¿Y de quién son esas patatas que arrancais?

— ¡De Boryna, pardiez!

— Como no veo al patrón, no he podido adivinarlo.

— Padre se ha ido ahora mismo al bosque con mi hombre.

— ¡Ah! ¿Es usted, Ana? ¿Cómo va eso?

Y se volvió hacia una mujer joven y bonita, tocada con un pañuelo rojo. Como tenía los dedos sucios de tierra, le tomó la mano poniendo por medio su delantal, y se la besó.

— ¿Cómo va su pequeñín, el que yo bauticé cuando la recolección?

— Que Dios le bendiga, señor cura: está en buena salud y empieza a decir cosas.

— ¡Vamos, el Señor sea con vosotros!

— ¡Dios le bendiga!

Y el sacerdote, tomó por oblicua derecha el camino del cementerio, que estaba por aquel lado del pueblo, cerca de la carretera bordeada de chopos.

Con los ojos siguieron largo tiempo, en silencio, su silueta alta y un poco encorvada; sólo cuando estuvo más allá de la cerca baja de piedra del cementerio y se metió por entre las tumbas para ir a la capilla, rodeada de abedules amarillentos y de arces escarlata, se desataron las lenguas.

— Aunque se buscase por todo el mundo, no se encontraría otro mejor — empezó diciendo una de las mujeres.

— ¡Ya lo creo! Por eso querían darle un cargo en la ciudad, y si padre no hubiese ido con el alcalde a suplicar al obispo, es seguro que ya no lo tendríamos... ¡Vamos, cavad, cavad! No falta mucho para anochecer y aun quedan muchas patatas.

Y diciendo esto, Ana vació su cesto en el montón amarillo empezado en la parte ya hurgada y recubierta de hojarasca seca.

Se entregaron otra vez al trabajo, en silencio, y no se oía más que el choque de los azadones contra la tierra endurecida, o a veces el ruido seco del hierro tropezando con una piedra. De tiempo en tiempo, alguno enderezaba el espinazo, encorvado y dolorido, respiraba profunda-

mente, contemplaba maquinalmente al sembrador próximo, y vuelta a dar a la tierra con el almocafre, desagregando las amarillas patatas del suelo gris y echándolas a un cesto, puesto a un lado.

Serían tal vez una docena o más, en su mayor parte viejas y jornaleros, y detrás de ellos, dentro de dos telas blancas suspendidas de picas cruzadas, había chiquillos acostados que lloriqueaban de tiempo en tiempo.

— Entonces, siendo así, ¿la vieja se ha ido por el mundo? — preguntó Jagustynka (1).

— ¿Quién? — preguntó Ana, irguiéndose.

— ¡La vieja Agata, pardiez!

— ¿Para mendigar?

— ¡Claro, que para mendigar! ¡No para divertirse! ¡Ha trabajado para sus sobrinos, ha zancajeado por ellos todo el verano, y ahora la mandan a respirar aire fresco!

— Ya volverá en la primavera; les traerá en su alforja un poco de azúcar, te, o algunos *grosz*, y veréis qué buen recibimiento le hacen: la harán dormir en una cama, bajo la colcha de plumón, no la dejarán trabajar, para que se reponga... y le dirán tía por acá, tía por allá, hasta que le hayan sacado el último *grosz*. Y, en otoño, ¡ya no habrá sitio para ella, ni en el corredor, ni junto a los cochinos! ¡Carroñas! ¡Esos no son sobrinos, son perros apestosos! — estalló Jagustynka, y tal furor la sacudió que su cara de vieja se puso azul.

— Así es; a la gente pobre el viento le sopla siempre en los ojos — profirió uno de los jornaleros, un viejo de aspecto miserable y con la bocaza torcida.

— ¡Al trabajo, vamos! ¡Al trabajo! — exclamó Ana, descontenta del giro que tomaba la conversación.

Pero como Jagustynka no podía estar mucho tiempo sin parlotear, dijo, mirando a un hombre que estaba en pie, no lejos de allí:

— Estos Paczes, son chicos que van entrando en años; ya los pelos empiezan a írseles de la cabeza...

---

(1) Augustynka, Agustina.

— Pero siguen siempre solteros — observó otra mujer.

— ¡Y pensar que hay tantas solteras que envejecen o que se van a hacer de criada!

— Y, sin embargo, ¡ellos tienen sus quince fanegas, y, además, la pradera de detrás del molino!

— Pero sería cosa del diablo, si la madre les permitiese casarse... ¡Les ata corto!...

— Pues, ¿quién ordeñaría las vacas, quién lavaría la ropa, quién se ocuparía del cortijo y de los cerdos...?

— ¡Pardiez, la madre da vueltas alrededor de su Inesilla! ¡Esa Inés es como una señora, como otra propietaria; no hace más que adornarse y lavarse y mirarse al espejo y arreglar sus trenzas!

— ¡Y se pasa el tiempo buscando a quién podría invitar a dormir en su lecho de plumas, un mozo bien formado! — añadió aún Agustina con maligna sonrisa.

— Joselito Bandchow ha enviado *wodka* a su casa (1), pero ella no ha querido aceptar.

— ¡Vaya!... ¡maldita propietaria, vaya!

— ¡Y la vieja que se pasa el tiempo en la iglesia, rezando en su libro de misa, a no ser que corra en busca de indulgencias!

— Es verdad, pero eso no impide que sea también bruja; ¿quién crees que ha quitado la leche a las vacas de Lorenzo? Y al muchacho de Juan, que le robó ciruelas en su huerto, le debió hacer algún mal hechizo, y en seguida le atacó la plica (2) los cabellos, y tuvo uno de esos cólicos... ¡Jesús!

— ¿Y queréis que la bendición divina caiga sobre la pobre gente, estando en el pueblo bruja semejante?

— En otro tiempo, cuando yo apacentaba aún las vacas de mi padre, a las mujeres así se las echaba del pueblo, ¡yo me acuerdo! — observó de nuevo Agustina.

---

(1) Es decir: ha hecho pedir su mano. *Wodka:* aguardiente dulce, relativamente.

(2) Plica: enfermedad de los cabellos, que enredándose unos con otros, al cortarlos echan sangre.

— ¡No hay cuidado que les suceda nada malo, porque hay quien vela por ellas!... — Y mirando de reojo hacia Ana, que cavaba avanzada en el primer surco junto al borde del camino, Agustina bajó la voz y murmuró a sus vecinas:

— Y el primero de todos, dicen, en defenderla, es el marido de Anita... ¡va detrás de ella como perro tras de perra salida!...

— ¡Bondad divina!... ¡qué terribles cosas decís!... ¡Pero eso sería un pecado y una ofensa a Dios!... — cuchichea-ban ellas entre sí, cavando sin levantar la cabeza.

— ¡Como si fuese el único!... Los mozos le dan caza como a una perra.

— ¡Pardiez! Como hermosa, lo es mucho; gorda como una novilla, un lindo hociquito blanco, unos ojos que parecen flores de lino... ¡y, con todo esto, fuerte! ¡Más de un mozo no podría con ella!...

— ¡Toma! no hace más que comer y dormir a pierna suelta; ¡no es milagro ser guapa contando con eso!

Al cabo de cierto tiempo se callaron, porque habían de llevar las patatas al montón.

Luego volvieron a empezar los comentarios, pero más escasos, sobre una cosa y otra. Finalmente, se callaron porque una de ellas había distinguido a Jozka Borynianka (1) que venía del pueblo a través de los campos de centeno.

Venía corriendo, casi sin aliento, y aun estaba lejos cuando comenzó a gritar:

— ¡Anita, vuelve pronto a casa, que la vaca se ha hecho daño!

— ¡Jesús! ¡María! ¿Y cuál?...

— ¡La... la *Manchada*... no... no puedo respirar!...

— ¡Dios, el miedo que he tenido! ¡Creí que era la mía!... — exclamó Anita, lanzando un suspiro de desahogo.

— Witek (2) acaba de traerla, porque el guarda las ha echado fuera del bosque. La vaca se ha enardecido, ¡como

(1) Josefinita, hija de Boryna. Jozka, Jozefka, Jozia: Josefa.
(2) Vito.

está tan gorda!... y de repente se ha caído delante del establo... y no quiere comer ni beber y no hace más que revolcarse y mugir hasta dar compasión.

— ¿Y padre no está?

— No, no ha vuelto aún. ¡Oh, Jesús, Jesús mío, una vaca tan hermosa que daba su medida completa de cuatro litros cada vez que se la ordeñaba! Ven pronto, sobre todo.

— ¡Voy al minuto!

Y, en efecto, tomó al crío en su tela, le puso el gorrito con perendengues, lo envolvió en su delantal y partió a escape. La noticia la preocupaba tanto que se olvidó de desprender los bajos de la falda de lana que llevaba recogidos a la cintura, y sus piernas, desnudas hasta las rodillas, se destacaban blancas sobre el fondo de tierra. Jozka corría delante.

Entretanto, los cavadores, cada cual encorvado sobre su hilera, avanzaban lentamente, porque ya no había nadie que los vigilase y aguijonease.

El sol rodaba ya hacia el ocaso, y como si se hubiese incendiado en su loca carrera, no era más que un enorme disco rojo que resbalaba detrás de los grandes bosques negros. El crepúsculo se hacía más denso y ya trepaba por encima de la gleba; se quedaba encondido en los surcos, se ocultaba en los fosos, se acumulaba en la maleza y se desparramaba lentamente sobre la tierra; apagaba, envolvía y ahogaba los colores hasta que sólo las cimas de los árboles, las torres y la techumbre de la iglesia enrojecían todavía. Más de un labriego abandonaba ya los campos, de regreso a casa.

En el aire tranquilo y crepuscular, había un ruido cada vez más sonoro de voces humanas, de relinchos, de mugidos, de ruedas de carros.

La pequeña campana de la iglesia empezó a tocar el ángelus con su gorgeo de bronce; y las gentes se detuvieron y el murmullo de su oración fué como el susurro de hojas que caen.

En medio de cantos y gritos de júbilo, los pastores conducían de los pastos el ganado que atestaba las carreteras

entre torbellinos de polvo. Desde lejos sólo se destacaban hocicos formidables y matorrales de cuernos.

Aquí y allá balaban corderos, manadas de gansos abandonaban los prados, tan inundados de los destellos del poniente que sólo su grito penetrante indicaba en el aire su presencia.

— ¡Lástima de *Manchada*, con lo bien que paría!

— ¡Bah! ¡no es ningún pobre el que la pierde!

— ¡No importa, es lástima que el ganado perezca!

— Boryna no tiene nadie que lleve su casa; así es que allí todo pasa como por un tamiz.

— ¿Y Anita, no lleva la casa?

— ¡Ya lo creo! ¡La suya propia!... Están en casa de su padre como quien dice a jornal y así no piensan sino en sacar por su parte todo lo que pueden; en cuanto a los bienes del padre ¡que los guarde el perro!

— Y Jozka, ¿qué queréis que haga? ¡No es más que una niña, una tontuela!

— ¡Bien podría Boryna traspasar su tierra a Antek!

— ¿Para tener que vivir luego a expensas de su hijo? ¡Sí, hombre sí!... Ya va usted entrando en años, Lorenzo, y todavía no es más que un inocente — arguyó Agustina con viveza: — ¡Eh, eh! ¡Boryna está verde todavía, puede volver a casarse, y sería muy tonto si diese sus bienes a sus hijos ante notario!

— Como verde, seguro que lo está todavía; ¡pero ya tendrá sus sesenta años!

— No pases cuidado por él, Lorenzo; no tiene más que decir una palabra, y no habrá una sola joven que no esté bien dispuesta a casarse con él.

— Ya son dos las mujeres que ha enterrado.

— ¡Y bien! ¡Que entierre a la tercera, buen provecho le haga! Pero mientras viva, que no les dé una fanega, ni un estadal, ni tanto de tierra siquiera como tiene debajo del talón. ¡Los carroñas le ajustarían las cuentas como me las han ajustado a mí! ¡Qué buen tiempo tendría en su casa! No le quedaría más recurso que ir a alquilarse, morir de hambre o ir a mendigar el pan. Da lo que tengas a tus hijos

y ellos en cambio te darán lo necesario para que te compres una cuerda, o una piedra para echártela al cuello...

— ¡Vamos, buena gente, es tiempo de volver, es de noche!

— ¡Ya lo creo que es tiempo! El sol ya se ha puesto.

Recogieron con presteza sus azadas, sus cestos, sus botes de llevar la comida, y se pusieron en marcha, lentamente, en fila indiana, siguiendo el borde de los campos, charlando más y mejor. La vieja Agustina despotricaba siempre con violencia contra sus propios hijos; después, acabó por buscar camorra a todo el mundo.

Y, al mismo tiempo que ellos, iba por el camino una muchacha, empujando una marrana con sus lechones y cantando con voz aguda:

¡Ohé, no te frotes en el carro,
Ohé, no te sientes en el eje,
Ohé, no des el hocico a ese muchacho
Ohé, aun cuando te lo pida cortésmente!

— ¡Anda, tonta! ¡Pues no grita como si la estuvieran desollando!

II

Buen golpe de gente se había congregado ya en el patio de Boryna, encuadrado por tres lados por el cortijo y sus dependencias y el cuarto por el huerto de frutales que lo separaba de la carretera; algunas mujeres discutían, examinando curiosamente la enorme vaca roja y blanca, que yacía delante del establo, sobre un montón de estiércol.

Un perro viejo algo cojo y con los flancos pelados, daba vueltas alrededor de la *Manchada;* la olía, ladraba, luego se lanzaba por entre la empalizada, desalojando en la carretera a los chiquillos que se habían encaramado sobre las cercas con los ojos encendidos de curiosidad, o bien iba a molestar a la marrana que estaba echada delante del cobertizo y daba quedos gemidos porque sus lechoncillos blancos estaban mamando.

Hanka (1) apareció en aquel instante, sin aliento, se precipitó sobre la vaca y se puso a acariciarle la cabeza y el morro.

— ¡La *Manchada,* pobrecita mía, la *Manchada!* — lagrimeó prorrumpiendo en sollozos; tanto rebosaba de pena su corazón.

---

(1) Anita.

Entretanto, las mujeres no cesaban de proponer nuevos remedios; le echaban en la garganta sal disuelta con agua, y hasta cera derretida de un cirio bendecido, en la leche; otra aconsejaba agua de jabón con leche desnatada. Otra, aun, gritaba que se debía sangrarla, pero de nada servía porque la vaca se postraba cada vez más; a veces levantaba la cabeza y lanzaba un prolongado mugido doloroso, como para implorar socorro; después, sus hermosos ojos, cuyo blanco era rosa, se velaron de niebla, su pesada cabeza cornuda sucumbió tras este esfuerzo, y no pudo hacer más que sacar la lengua y lamer la mano de Hanka.

—Tal vez sepa Ambrosio algún remedio — propuso una.

— Es verdad; él entiende de enfermedades — contestaron todas.

— Corre en seguida, Jozia. Acaba de tocar el ángelus, y, por lo tanto, aun no puede estar lejos de la iglesia. ¡Qué desgracia! ¡Cuando vuelva padre, habrá que ver la bronca que arma! Y, con todo, no es culpa nuestra — se lamentó Hanka.

Y se sentó en el umbral del establo. Como su pequeñuelo chillaba, le encajó entre los labios el pezón de su hermoso seno hinchado, mirando con angustia infinita tan pronto a la vaca que estertoreaba, tan pronto hacia el camino, con el oído atento.

En el tiempo de un padrenuestro estuvo de vuelta Josefina, gritando que Ambrosio venía en seguida.

En efecto, se presentó al instante. Era un viejo de acaso cien años, derecho como un cirio, a pesar de su pierna de palo y su bastón; tenía la cara seca y arrugada como una patata en primavera, y gris también; las mejillas afeitadas y cortadas por cicatrices. Sus cabellos, blancos como la leche, le caían en mechones sobre la frente y la nuca, porque iba con la cabeza descubierta.

Se fué derecho a la vaca, y la examinó cuidadosamente.

— ¡Oh! ¡Oh! A lo que parece, ¡vais a comer carne fresca!

— ¡Oh! ¡Por favor, ayúdela, cúrela! ¡Es una vaca que

bien vale sus trescientos *zloty* (1) y que acaba de parir! ¡Ayúdenos! ¡Oh, Jesús misericordioso! — exclamó Jozia.

Ambrosio sacó de su bolsillo una lanceta, la afiló en la caña de su bota, examinó el filo a contraluz y le cortó a la vaca las arterias del vientre; pero no brotó la sangre, sino que salió lentamente, negra y espumosa.

Todos estaban en pie, en torno, y miraban inclinados, sin atreverse a respirar.

— Demasiado tarde, ¡ay!... La bestia echa el último aliento — exclamó solemnemente Ambrosio. — ¡Esto no puede ser más que las fiebres malignas o alguna otra cosa!... Hubiérais debido avisar en seguida que le dió el mal... pero estos diablos de mujeres, no sirven más que para lloriquear y cuando hay que tener serenidad se ponen a balar como corderos. — Escupió en señal de desprecio, dió la vuelta en torno a la vaca, observó sus ojos, examinó la lengua, enjugó sus manos ensangrentadas en la piel blanda y reluciente de la bestia, y se dispuso a marcharse.

— ¡Ahí tenéis un entierro por el que no tocaré las campanas! ¡No habréis de hacer más que tocar vosotros en vuestras marmitas!

— ¡Ahí viene padre con Antek! (2) — exclamó Jozka; y corrió hacia la carretera, por donde se oía un ruido sordo y pesado de ruedas al otro lado del estanque, donde se veía un largo carro tirado por caballos, que parecía negro dentro de la polvareda enrojecida por los destellos del ocaso.

— ¡Oiga, padre!... ¡La *Manchada* está a punto de reventar! — exclamó yendo al encuentro de su padre, cuando el convoy desembocó en la parte de acá del estanque. Antek seguía detrás, sosteniendo el largo pino que acarreaban.

— ¡No me vengas con semejantes noticias! — refunfuñó él, fustigando los caballos.

— Ambrosio la ha sangrado y no ha servido de nada; le han echado cera derretida en el gaznate y tampoco ha

---

(1) Unas 190 pesetas antes de la guerra.
(2) Antón.

servido de nada... y sal, todo para nada... Seguro que son las fiebres malignas. Witek ha dicho que el guarda le ha echado del bosque y que la *Manchada* ha empezado a acostarse y a gemir hasta que la ha traído...

— ¡La *Manchada*, mi mejor vaca! ¡Carroñas, así es como tenéis cuidado de ella! — y arrojando las riendas a su hijo, corrió adelante, con el látigo en el puño.

Las mujeres se apartaron, pero Witek, que durante todo aquel tiempo se había estado entreteniendo en nonadas, muy tranquilamente, delante del cobertizo, se apresuró a saltar de un brinco al huerto y desapareció, de miedo que tenía. Hasta Anita se puso en pie sobre el umbral, perpleja y llena de angustia.

— Me han matado mi vaca... — gritó finalmente el viejo, después de examinarla. — Trescientos *zloty* como echados al arroyo. Cuando se trata de comer, los carroñas están siempre presentes, pero para vigilar mi hacienda, ¡nunca hay nadie! ¡Una vaca tan hermosa, una vaca tan hermosa! No puede uno moverse de casa sin que haya en seguida duelos y quebrantos...

— Desde mediodía estuve en las patatas — explicó Ana en voz baja.

— ¿Acaso ves tú nunca nada? — gritó él furioso. — ¡Te ríes tú poco de mi hacienda!... ¡Una vaca tan hermosa! ¡Una bestia como no se encontraría otra en ninguna granja señorial!

Se desolaba más, dando vueltas alrededor de la bestia. Intentó levantarla, le tiró de la cola, le examinó los dientes; pero la vaca alentaba con una respiración ronca y con creciente opresión. La sangre dejó de manar, coagulándose en negros cuajarones; el animal estaba a punto de morir.

— No hay más, hay que degollarla; cuando menos, aprovecharemos la carne — acabó por decir. Luego fué a la granja en busca de su hoz, la afiló un poco con la piedra que estaba bajo la canal del establo, se quitó el chaquetón, se arremangó las mangas de la camisa, y se dispuso a dar el golpe de gracia...

Ana y Josefina estallaron en sollozos, porque, como si hubiese sentido la muerte, la *Manchada* levantó la cabeza haciendo un esfuerzo, lanzó un mugido sordo,... y cayó con la garganta cortada, con un estremecimiento de piernas...

El perro lamió la sangre que se coagulaba al contacto del aire, luego saltó hacia los silos de patatas y ladró a los caballos que estaban enganchados al carro junto al cercado, donde los había dejado Antek, que había asistido tranquilamente al degüello.

— ¡Eh, no llores, tonta! ¡Es la vaca de padre, y por lo tanto no la perdemos nosotros! — dijo colérico a su mujer; y se puso a desenganchar y quitar las guarniciones a los caballos, que Witek llevaba por las crines a la cuadra.

— ¿Quedan patatas en el campo? — preguntó Boryna mientras se lavaba las manos en el pozo.

— Sí; mal contadas habrá siempre unos veinte sacos.

— Hay que entrarlas hoy.

— Pues, bueno, éntrelas usted mismo; yo no sé dónde tengo las piernas ni la espalda... y el caballo de tiro cojea de una pata delantera — protestó Antek.

— Jozka, ve a decirle a Kuba (1), que está en el campo de patatas, que enganche la potranca en vez del caballo de tiro. Hay que entrar las patatas hoy mismo. Podría muy bien llover.

Boryna ardía de rabia y de pesar, y a cada instante se detenía ante la vaca, jurando como un hereje; luego, divagaba por el patio, y daba una ojeada, ya al establo, ya a la cuadra, ya a la cochera. El mismo no sabía lo que buscaba, tanto le roía el corazón aquella pérdida.

— ¡Witek! ¡Witek! — llamó de pronto, desabrochándose el ancho cinturón; pero el chiquillo no se dejó ver.

La gente se dispersó, pues comprendía que una pérdida semejante y tanto pesar, no podían acabar más que en golpes, tanto más cuanto Boryna estaba de ordinario bastante dispuesto a ello. Pero aquel día el viejo se contentó con jurar y se metió en la casa.

---

(1) Santiago.

—¡Hanka, danos de comer! —gritó a su nuera por la ventana abierta, antes de pasar a la parte suya de la casa.

Era la casa ordinaria del campesino, partida en dos, de un extremo a otro, por un inmenso corredor. La parte trasera se apoyaba en el patio, mientras que las cuatro ventanas de delante daban al huerto, hacia la carretera.

La mitad correspondiente al jardín, la ocupaban Boryna y Jozia; en la otra habitaban los Antek. El mozo y el pastor dormían en la cuadra, junto a los caballos.

En la habitación era ya bastante densa la penumbra, pues la claridad penetraba mal por las ventanillas que abrigaba el reborde del tejado y que los árboles tapaban; y, por otra parte, afuera, anochecía ya. Sólo brillaban aún los cristales de las santas imágenes que formaban una hilera negra sobre las paredes blanqueadas; la habitación era grande, pero aplastada por el techo negro y las enormes vigas del cielo raso. Estaba tan repleta de toda especie de utensilios que casi no quedaba espacio libre sino junto a la gran chimenea saliente, adosada a la pared del corredor.

Boryna se quitó las botas y penetró en la alcoba obscura, cerrando la puerta en pos de sí; quitó la tablilla que había delante del pequeño cristal del ventanuco, y la luz del sol poniente inundó la alcoba.

El cuartito estaba lleno de distintos instrumentos y útiles de jardinería; de unas perchas puestas horizontalmente colgaban pieles de carnero, vestidos de lana con franjas encarnadas, casacas blancas, paquetes enteros de madejas de hilo gris, vellones de carnero sucios arrollados en forma de tapón y sacos llenos de plumas. Sacó del montón una casaca blanca y un cinturón rojo, y seguidamente manoseó largo tiempo dentro de unos barriles llenos de trigo, y, después, en un rincón, bajo un montón de correas fuera de uso y de hierro viejo; pero al oír que Ana andaba por el aposento inmediato, volvió a poner la tabla delante de la lumbrera y otra vez se puso a registrar detenidamente en el trigo.

La cena humeaba ya sobre el banco, delante de la ventana; un olor de tocino escapaba de la enorme marmita

de coles y de la muy presentable fuente de huevos revueltos.

— ¿Dónde ha llevado Witek a pastar las vacas? — preguntó cortándose una magistral rebanada de pan del mollete grande, como una criba.

— Al bosque del castillo, y el guarda le ha echado de allí.

— Los carroñas me han reventado mi vaca.

— ¡Digo, una vaca tan grande! ¡Se ha enardecido con la persecución y esto le ha quemado la sangre!

— ¡Cochinos, indecentes! Tenemos derecho al pasto, está en el registro en blanco y en negro, y continuamente nos echan y dicen que es suyo.

— También han echado a otros y han atizado no sé cuantos bastonazos al zagalillo de Walek.

— ¡Diablo! Habrá que ir por justicia o ante el comisario. Valía trescientos *zloty* como nada.

— ¡Vaya que sí, vaya que sí! — aprobó Ana, feliz de que el viejo se hubiese calmado.

— Díle a Antek que en cuanto hayan entrado las patatas se dediquen a la vaca; hay que desollarla y descuartizarla. Cuando yo vuelva de casa del alcalde, os echaré una mano. Que la cuelguen de una viga en el granero y así estará al abrigo de los perros y demás animales...

Acabó de cenar deprisa y se levantó para mudarse un poco, pero sentía en su cuerpo tal pesadez, tales agujetas en las articulaciones y tal necesidad de dormir, que se echó en su cama tal como estaba para descabezar un sueño.

Ana se fué a la parte de la cabaña que ella habitaba y se puso a trabajar, asomándose a la ventana de vez en cuando para mirar a Antek que comía en la galería, delante de la casa; como de costumbre, tenía el plato algo distante de él, y lo vaciaba lentamente; su cuchara rechinaba en los bordes desportillados.

De tiempo en tiempo miraba hacia afuera, hacia el estanque, porque el crepúsculo era todavía claro, y sobre el agua había unos a modo de arco iris de púrpura dorada y redondeles flamigerantes a través de los cuales nadaban los gansos, cloqueando, como nubes blancas, vertiendo por el pico collares de perlas sangrientas.

El pueblo empezó a hervir de vida y de movimiento; en la carretera, a ambos lados del estanque, se elevaban sin cesar chorros de polvo; no se oía más que traqueteo de carros y mugidos. Las vacas se metían en el estanque hasta las rodillas, bebían lentamente y levantaban sus cabezas pesadas, y delgados hilos de agua caían de sus anchos hocicos como largos collares de ópalo.

Al otro lado se oía el ruido de batidores de las lavanderas, y un martilleo sordo, monótono, de trillos en alguna granja.

— Antek, astíllame unos pocos palitos; sola, no acabaré nunca — rogó Ana tímidamente, hasta miedosamente, porque sucedía que por un sí o por un no, su marido se ponía a jurar y aun a pegar.

El no contestó siquiera, como si no hubiese oído. La mujer no se atrevió a repetirlo y fué ella misma a hacer leña menuda de una astilla. De mal humor, Antek callaba, derrengado por el trabajo de toda la jornada, y miraba ahora al otro lado del estanque, hacia una gran casa de la cual relucían las blancas paredes y los cristales de las ventanas, porque el sol poniente le daba de lleno. Tupidas masas de dalias rojas se inclinaban por detrás de la cerca de piedra y parecían llamas puestas sobre el fondo blanco del muro, y delante de la casa, en el huerto, o entre los setos, una alta silueta pasaba y volvía a pasar, y no se podía distinguir su cara, porque a cada instante desaparecía en el corredor o bajo los árboles.

— Mientras él duerme como un señor a mí me toca apencar como un criado — rezongó colérico, porque hasta en la galería se oían los ronquidos de su padre.

Pasó al patio, y examinó de nuevo la vaca.

— Claro que la vaca es de padre, pero es también una pérdida para nosotros — dijo a su mujer, que, al ver a Kuba que traía las patatas del campo, dejó de astillar leña menuda y se había acercado al carro.

— Los silos no están preparados; hay que descargarlas en la era.

— ¡Pero como padre ha dicho que habías de desollar la vaca y hacerla pedazos en la era con Kuba!

— ¡Bah! hay sitio para la vaca y hay sitio para las patatas — murmuró Kuba, abriendo de par en par las puertas del hórreo.

— ¡Acaso soy carnicero para que sea yo el que desuelle la vaca! — murmuró Antek.

Luego, se callaron. No se oyó más que el ruido de las patatas al caer en la era.

El sol había desaparecido; anochecía; los últimos arreboles iluminaban todavía con sus resplandores de sangre y oro cuajados y espolvoreaban el estanque como con polvo de bronce. Las aguas tranquilas se estremecían, bajo escamas de herrumbre, con un murmullo adormecido.

El pueblo se hundió en la obscuridad, en la calma profunda, inerte, de una noche de otoño. Las cabañas se volvían más pequeñas, como si se hubiesen aplanado en el suelo, como si se hubiesen apretado contra los árboles dormidos, contra los setos grises.

Antek y Kuba manipulaban las patatas, mientras Hanka y Jozia se ocupaban de las bestias: había que entrar a los gansos durante la noche y dar de comer a los cerdos, porque se empujaban gruñendo hasta la entrada del corredor y metían glotonamente sus jetas en los cubos donde bebía el ganado.

¡Y las vacas por ordeñar! Precisamente en aquel momento Witek traía las últimas de la pradera y les echaba en el comedero un puñado de heno a cada una para que se estuviesen quietas.

Josefina se disponía a ordeñar la primera de la fila, cuando Witek se escurrió de lo alto del comedero, y lleno de angustia, preguntó en voz baja:

— ¡Jozia, está enfadado el amo?...

— ¡Oh, Jesús! Te va a pegar, muchacho, te va a pegar... ¡lo que ha llegado a jurar! — contestó ella volviendo la cabeza hacia la luz y protegiéndose la cara con la mano, porque la vaca daba grandes coletazos para defenderse de las moscas.

— Vamos a ver... ¿Es culpa mía?... a ver... El guarda me ha echado, y aun quería arrearme bastonazos, pero yo

me he escurrido... y, en seguida, la *Manchada* ha empezado a tumbarse, y a bramar y a gemir; entonces, la he traído a casa...

Se calló, pero se oían sollozos sordos y dolorosos y sorbetones con la nariz.

— Witek... ¡no llores como un ternero, vamos! ¡Después de todo no es la primera vez que padre te ha pegado!...

— ¡Ya lo creo que no es la primera vez, pero tengo siempre tanto miedo!... Yo no sé porqué; pero no puedo sufrir que me peguen...

— ¡Que tonto eres! ¡Un chicarrón como tú y tiene miedo!... Yo le explicaré a padre lo que ha pasado...

— ¿Se lo explicarás, Jozia? — exclamó él lleno de júbilo. — El guarda me echó con las vacas, ¿comprendes?

— Se lo explicaré, Witek, pero no has de tener miedo...

— Si es así... bueno, toma... te regalo este pájaro — murmuró alegremente. Metió la mano entre pecho y camisa, y sacó una pequeña maravilla de madera. — ¡Mira como se mueve solo!

Lo puso sobre el umbral del establo, le dió cuerda y el pájaro comenzó a moverse, a levantar sus largas piernas y a saltar.

— ¡Jesús, una cigüeña que se mueve como si estuviese viva! — gritó ella admirada, y, apartando el cubo de ordeñar, se agachó delante del umbral, y radiante, no tenía ojos bastantes para mirar.

— ¡Jesús! ¿Acaso eres un mecánico?... ¿Entonces, esto se mueve solo?

— Claro que sí, solo, Jozia. No hay más que darle cuerda con la anillita y en seguida se pasea como un señor que se levanta de comer, mira...

Le dió cuerda, y serio y cómico a un tiempo, el pájaro levantó en seguida su largo cuello y anduvo.

Se pusieron a reír de buena gana y a divertirse con sus movimientos; de vez en cuando Josefina levantaba los ojos hacia el muchacho; en su mirada había extrañeza y admiración por el chico. La voz de Boryna resonó entonces.

— ¡Jozia!

— ¿Que pasa?... — contestó ella.

— ¡Ven!

— ¡Estoy ordeñando las vacas!

— Vigila esto, yo voy a casa del alcalde, — dijo, metiendo la cabeza en el obscuro establo. — ¿No está aquí ese granujilla?

— ¿Witek?... No, se ha ido a las patatas con Antek, porque Kuba ha de preparar paja corta para los caballos — contestó precipitadamente, algo inquieta, porque Witek, lleno de espanto, se había acurrucado detrás de ella.

— ¡Pillo arrastrado! ¡Pero se le zurrará la badana, por haber dejado perder una vaca así! — masculló, volviéndose a la cabaña. Se endosó el nuevo capote blanco, se puso el alto sombrero negro, se envolvió en su faja roja, y se dirigió hacia el molino por la carretera del estanque.

— Y todavía tanto que hacer... acarrear los árboles... acabar las siembras... arrancar las coles... el lecho de ramillas de pino que hay que ir a buscar al bosque... arar el campo para las patatas... y habría que hacerlo también para la avena... y, además de todo esto ¡ir al tribunal!... ¡Miseria de las miserias, no se ve nunca el fin del trabajo, siempre como un buey bajo el yugo!... ¡Ni siquiera el tiempo de dormir una siesta o de descansar!... — pensaba. — ¡Y, además, esta cuestión del tribunal! ¡Qué carroña, esa arrastrada! ¡Que yo me he acostado con ella!... ¡Así se te seque la lengua en la boca!... ¡Mala hembra... perra!...

Escupió de furor, llenó su pipa de tabaco de hebra y estuvo largo tiempo frotando cerillas un poco mojadas, en su pantalón, antes de conseguir encender una.

Iba muy despacio, lanzando de vez en cuando una bocanada de humo. Le dolían todos los huesos, y, a veces, el pesar por la pérdida de su vaca lo desolaba y lo atenaceaba.

¡Y nadie contra quien desahogar la cólera, nadie contra quien poder quejarse... solo como una pica en un campo! ¡solo para pensar en todo, para devanarse los sesos, solo para montar la guardia en todas partes como un perro... y nadie a quien decir una palabra, nadie a quien pedir ayuda y consejo! Y dondequiera, pérdidas y desgracias...

y todo el mundo como lobos tras de un carnero, desplumándole a uno cuanto pueden, acechando la ocasión de haceros pedazos...

Había obscurecido en el pueblo; por las puertas y ventanas abiertas, como la noche era tibia, salía a ráfagas el humo de los hogares y el olor de patatas hervidas o de pisto de salvado con leche y azúcar; aquí y allá comían en los corredores, o abiertamente delante de las casas, y no se oía más que el tintineo de cucharas y rumor de voces.

Boryna andaba cada vez más despacio, pues la cólera le abrumaba enteramente, y luego, el recuerdo de la difunta, a la que había enterrado en la primavera, le oprimía la garganta.

—¡Por vida de!... Si viviera (Dios la tenga en gloria) no hubiera sucedido esto de la *Manchada*... Como ama de casa, ¡lo era!... Evidentemente, era gruñona y huraña y nunca tuvo una buena palabra para nadie y no hacía más que agarrarse del moño con las otras mujeres... ¡pero era siempre mi mujer y buena ama de gobierno!

En este momento lanzó un piadoso suspiro a su memoria y un pesar aun más grande le ahogó porque se acordaba de cómo iban las cosas por aquel tiempo.

Volvía él del trabajo, deslomado; ella le servía una buena cena abundante, y más de una vez le añadía salchicha, a escondidas de los hijos... ¡Y qué bien salía todo!... Los ternerillos, los ánsares y los lechoncitos... A cada feria se podía llevar alguna bestia a vender en la ciudad y siempre había dinero contante, sólo del aumento de las crías de cada año... Y en cuanto a sus coles con guisantes, ¡no había otra que las hiciese tan bien como ella!...

¡Y ahora!... Antek no hace más que tirar por su lado; el herrador acecha todas las ocasiones de echar mano sobre algo, y Jozka... una mocosilla que tiene salvado en la cabeza en vez de sesos; y eso no es de extrañar en una chiquilla que no tiene ni siquiera diez años... Hanka que se arrastra como un alma en pena, y que está siempre enferma y que hace tanta faena como un perro que aúlla...

Así es como todo se acaba. No había habido más remedio

que degollar a la *Manchada*... como a aquel cerdo en cebo que reventó cuando la cosecha... Las cornejas se habían servido tan bien que no habían quedado más que la mitad de los ánsares... Nada más que pérdidas y desgracias... todo se iba como por un cedazo, sí, como por un cedazo...

— ¡Pero no les dejaré hacer! — exclamó casi en voz alta. — Mientras pueda servirme de mis cuatro remos, no os cederé una fanega, y no viviré de vuestra limosna... Cuando Grzela vuelva del regimiento, Antek tendrá que volverse a la tierra de su mujer... De mí no tendrán nada.

— Alabado sea el Señor — dijo una voz.

— Por los siglos... — contestó él maquinalmente, y dejando el camino se metió por entre dos altos y largos setos, pues las casas del alcalde estaban un poco atrás.

Por las ventanas salía luz y los perros se pusieron a ladrar.

Entró directamente en la sala general.

— ¿Está en casa el alcalde? — preguntó a una mujerona que, arrodillada ante una cuna, daba el pecho a una criatura.

— Estará aquí en seguida, ha ido a las patatas. Siéntese, Maciej (1); aquí hay también otro que le espera. — Y con un movimiento de su mentón, le indicó un mendigo sentado cerca de la chimenea; era aquel viejo ciego que guiaba su perro. La luz rojiza de los tizones iluminaba de lleno su gran rostro macilento, su cráneo pelado, sus ojos muy abiertos, velados por una catarata, fijos, inmóviles, bajo las cejas blancas, enzarzadas...

— ¿Y de donde viene, por la gracia de Dios? — preguntó Boryna, sentándose al otro lado de la lumbre.

— ¡De por el mundo, pardiez, patrón! — respondió el otro lentamente, con su voz gangosa y quejumbrona de mendicante; y aplicó cuidadosamente el oído, sacando su tabaquera.

— ¿Un polvo, patrón?

---

(1) Matías.

Maciej tomó el rapé concienzudamente y estornudó hasta tres veces consecutivas. Le lloraban los ojos.

— ¡Cuerpo de tal! ¡Qué fuerte es! — y enjugó con la manga sus ojos lacrimosos.

— ¡Salud, salud! Es de Petersburgo, es bueno para los ojos.

— Pues venga mañana a mi casa; he degollado una vaca, de modo que siempre quedará un pedazo para usted.

— ¡Dios se lo aumente!... Es Boryna, me parece, ¿eh?

— ¡Caramba, sí! ¿Cómo me ha reconocido? ¡Es curioso!

— Toma, en la voz y en la manera de hablar.

— ¿Y qué es lo que pasa por el mundo? ¿Va siempre de camino?

— Dios mío, ¿qué quiere que pase? Tan pronto cosas buenas, como cosas malas, como las dos cosas; así va el mundo. Todo el mundo refunfuña y pone el grito en el cielo cuando se trata de dar algo a un mendigo o no importa a quién, pero ¡siempre hay para las copitas!

— ¡Es la pura verdad, así es!

— ¡Je, je!... Con el tiempo que uno lleva yendo y viniendo sobre esta santa tierra, se ha aprendido algo.

— ¿Y qué hizo usted con el niño expósito que le guiaba el año pasado? — inquirió la mujer del alcalde.

— ¡Se las piró, el carroña, se las piró después de volverme bonitamente del revés las alforjas!... Yo había recibido de almas caritativas algunos *grosz*, y es más, que los llevaba en voto a la santa Virgen de Czenstochowa (1). ¡El canalla me los cogió y escapó!... ¡Cállate, *Burek!* Es el alcalde, seguramente.

Tiró del cordel y el perro cesó de ladrar.

Había acertado, pues entró el alcalde, quien, arrojando el látigo a un rincón, gritó desde el umbral:

— ¡Mujer, la comida! Tengo un hambre de lobo. ¿Cómo va eso, Maciej? ¿Y usted, qué quiere usted, viejo?

Vengo a verle por el asunto que ha de fallarse ma-

(1) Patrona nacional de Polonia.

ñana... Puedo esperar, señor alcalde. Si quiere usted que me vaya al corredor, también estaré bien allí; y si me deja usted junto al fuego, porque soy un viejo, bueno, me quedaré, y si me da usted una escudilla de patatas, o bien un cuscurro de pan, diré un padrenuestro, y hasta dos, por usted... como si me hubiese dado un *grosz* de veras, o hasta una *dziesiontka* (1)...

— Quédese sentado; le darán también de cenar, y si quiere, pasará la noche...

Y el alcalde se sentó ante una fuente tapada por el vapor de patatas recientemente aplastadas y abundantemente rociadas con chicharrones; en otra terrina había leche cuajada.

— Siéntese con nosotros, Maciej, ¡a lo que dé la olla! — invitó la mujer, poniendo sobre la mesa una tercera cuchara.

— ¡Dios os bendiga! Al volver del bosque, he comido un buen bocado...

— Con todo, eche usted mano a la cuchara, no le hará ningún daño. ¡Las veladas son largas a estas horas!...

— ¡Oración larga y plato lleno, nunca han llevado a nadie al cementerio! — comentó el pordiosero.

Boryna se hizo rogar, pero, como el olor del tocino le cosquilleaba las narices, se sentó a la mesa, y comió lentamente, con recogimiento, como lo exige la buena crianza.

La mujer se levantaba de vez en cuando y añadía patatas o leche cuajada.

El perro del mendigo se agitaba y lanzaba sofocados ladridos, viendo comer a los hombres.

— Acuéstate, *Burek*, ahora comen los amos... tú también, tú también tendrás algo, no tengas cuidado... — Así le calmaba el mendigo, que aspiraba con las narices el sabroso perfume, calentándose las manos a la lumbre.

— ¿Entonces, a lo que parece, Jewka le ha denunciado? — empezó el alcalde, luego que se hubo lastrado un poco.

— ¡Sí, sí! ¡Diciendo que no le he pagado su salario! Se

(1) Piececilla de 10 *grosz* (unos 20 céntimos).

lo he pagado tan cierto como Dios está en el cielo, y aparte de esto, di voluntariamente un saco de avena al cura cuando se hizo el bautizo...

— Ella dice que ese chiquillo es...

— ¡En el nombre del Padre y del Hijo! ¿Se ha vuelto loca, o qué?

— ¡Je, je! Ya no es usted joven, pero todavía es fuerte. — Y el alcalde se echó a reír.

— Esas cosas suceden más a menudo a los viejos; ¡caramba, habiéndose practicado más, tienen más experiencia! — murmuró el mendigo.

— ¡Miente como una perra! ¡No la he tocado siquiera! ¡No faltaría más! ¡Una arrastrada como ella!... Estaba a punto de morir de hambre al pie de un seto, y lloriqueaba porque yo la tomase, que no pedía más que la comida y un rincón para dormir, porque se acercaba el invierno. Yo no quería, pero la difunta, dijo así: «Tomémosla, será útil para la casa. ¿A qué tomar gente asalariada?... tendremos alguien bajo nuestra mano»... Por mí, yo no quería, porque, en fin, en invierno no hay trabajo, y una boca más... Pero la difunta, dijo así: ¡No te hagas mala sangre! Parece que ella sabe tejer la lana y la tela, yo la pondré en ello, y pase lo que pase, ¡siempre se sacará algo! ¡Y ya está! Se quedó, volvió a emplumar, y nada le corrió más prisa que hacerse embarazar... ¿Quién es el compadre? ¡Se ha picoteado ya mucho sobre esto!...

— Usted es a quien ella acusa.

— ¡La voy a matar, la carroña, la embustera!

— Entretanto, tiene usted que ir al tribunal.

— Iré. Dios le pague el haberme dicho eso, porque sólo estaba informado de lo de las pagas, pero yo la pagué, ¡tengo testigos! ¡Maldita tunanta pordiosera! ¡Miseria de miserias! ¡Con todos estos fastidios hay para perder la cabeza! Y luego, ¡mi vaca iba a morir, y he tenido que matarla! ¡No se acaban nunca los tormentos! Y a todo esto, ¡sólo como el pulgar de mi mano!

— El viudo es como el carnero entre los lobos — pronunció de nuevo el mendigo.

— Sí, su vaca, ya sé, me lo han dicho en los campos...

— El castillo ha sido la causa; parece que el guarda las ha echado del bosque. ¡Mi mejor vaca! ¡Valía muy bien sus trescientos *zloty!* Pesada como era, se ha calentado y ha pillado las fiebres malignas; no ha habido otro remedio que matarla... pero el castillo tendrá que habérselas conmigo... Voy a querellarme...

Pero el alcalde se puso a explicarle que haría mejor estándose quieto, que «en la primera cólera siempre decide uno al revés», pues él tenía interés por el castillo; y, al fin, para desviar la conversación, dijo guiñando el ojo a su mujer:

— ¿Cómo es que no se vuelve usted a casar, Maciej? Tendría usted alguien que vigilase su casa.

— No, pero ¿es que bromea usted?... ¡Por la Asunción dije adiós a mis cincuenta y ocho años! ¿Qué le pasa a usted por la cabeza? ¡Y mi difunta, que aun no se ha enfriado del todo!

— ¡Tome usted esposa de su edad, y en seguida, todo le saldrá bien! — añadió la mujer del alcalde, poniéndose a levantar la mesa.

— Una buena esposa es una corona sobre la cabeza de su marido — hizo observar el mendigo, tentando el plato que el ama de la casa le había puesto delante.

Boryna se defendía bien, pero en el fondo, se preguntaba a sí mismo cómo aquella idea no le había venido a las mientes. Porque cualquiera que sea la mujer sobre la cual se cae, siempre vale más estar con ella, que penar solitario...

El mendigo, mientras iba comiendo, dijo:

— La una es tonta y presumida, la otra es buscapleitos, otra saltaría a los ojos de su marido, otra es una corrida que no piensa más que en música y taberna, y, sin embargo, el labriego es más dichoso con ella y encuentra ventaja.

— ¡Buenos comentarios se harían en el pueblo! — añadió Boryna.

— ¡Y qué! ¿Acaso la gente del pueblo le devolverá su vaca, o le ayudará, o se ocupará de su granja o tendrá compasión de usted? — repuso con viveza la mujer.

— ¿O le preparan ellos el calentador para su cama? — añadió el alcalde riendo. — Sin embargo, hay tantas muchachas en el pueblo que, cuando pasa uno por entre las cabañas (1), salen unas bocanadas de calor como de un horno...

— ¿Eh? ¿Ve usted este viejo sátiro?... ¡Aun quisiera tentarlas!

— Mira, Zoska (2) Grzegorzowa por ejemplo, es esbelta y bonita, y su dote es tal cual.

— ¡Bah! ¿Es que Maciej tiene necesidad de una dote? ¿No es el primer propietario del pueblo?

— A ver quién tiene nunca bastante, en bienes y tierra — objetó el mendigo.

— Pero, no; la Grzegorzowa no sería lo que le conviene — repuso el alcalde. — Es aun demasiado endeble, no es más que un pimpollo.

— Y Kasia (3) Jendrkowa — dijo la mujer, prosiguiendo la enumeración.

— Está prometida. Ayer Adam Rochow hizo llevarle *wodka*.

— Y, también, Weronka (4) Stachowa.

— Es una corrida, y tiene una nalga más recia que la otra.

— Y la viuda de Tomek (5) ¿qué le parece?... ¡aun está muy en edad de volverse a casar!...

— Tres hijos, cuatro fanegas, dos colas de vaca, y la vieja piel de carnero del difunto...

— ¿Y la Ulisia (6) de Wojtek, que habita detrás de la iglesia?

— ¡Psé!... buena para un soltero... ha tenido un crío; el chiquillo podría ya ir a apacentar, pero Maciej no lo necesita, ya tiene su gente.

---

(1) Como las casas de campo en Polonia son casi enteramente de madera, cabaña es lo mismo que casa, porque no hay otras; esta denominación nada tiene que ver con las dimensiones, riqueza y comodidades.

(2) Sofía.—(3) Catalina.—(4) Verónica.—(5) Tomás.—(6) Ursula.

— Aun quedan otras de esa semilla de muchachas jóvenes, pero no escojo más que las que le convendrían a Maciej.

— Y has olvidado una, precisamente la que sería su partido.

— ¿Y quién es esa?

— ¡Toma, Jagna (1) Dominikowa!

— ¡A fe mía, es verdad, la he olvidado completamente!

— Es una muchacha recia y de buen talle; con decir que no puede saltar una empalizada porque las pértigas se rompen a su peso... y, además, guapa... la piel blanca... ¡una verdadera novilla, vaya!

— Jagna... — repitió Boryna que escuchaba la enumeración en silencio —; pero cuentan que tiene debilidad por los machos jóvenes.

— ¡Vamos, que se necesita...! ¿Es que estaba presente el que dice eso? Los parlanchines charlan por el gusto de charlar, y todo eso por envidia — intervino enérgicamente la alcaldesa.

— No soy yo quien lo ha inventado. Es lo que se cuenta. Pero tengo que irme. — Se abrochó el cinturón, metió un carboncillo en su pipa, y echó algunas bocanadas.

— ¿Y a qué hora en el tribunal? — preguntó tranquilamente.

— A las nueve, dice la citación. Hay que levantarse antes del alba, si va uno a pie.

— A fe... iré despacito en la potranca. Que Dios os bendiga, y yo os doy las gracias por la comida y vuestros consejos de vecinos.

— Dios le guarde y piense en nuestras recomendaciones. No ha de hacer más que decir una palabra; yo iré a llevar la *wodka* a la madre y haremos la boda antes de Navidad.

Boryna no contestó nada, sólo guiñó los ojos y salió.

— Cuando un viejo se casa con una joven, el diablo baila

(1) Inés.

de alegría, porque todo el provecho es para él — dijo el mendigo con aire importante, rascando fuertemente el fondo de la fuente.

Boryna se volvió a casa despacio, y caviló seriamente lo que le habían aconsejado. No había dejado traslucir allá, en casa del alcalde, que la idea le gustaba endiabladamente; porque, en fin, era un gran propietario y no uno de esos boquilindos a los que todavía les cuelga de la nariz una gota de leche, y que sólo al mencionar el matrimonio lanzan pequeños chillidos y os brincan de una pierna a la otra.

La noche envolvía ahora la tierra; las estrellas chispeaban como un rocío de plata desde las profundidades obscuras y silenciosas; todo estaba en calma en el pueblo; sólo a grandes distancias ladraban los perros, y aquí y allá, por detrás de los árboles, brillaban algunas luces... A veces un soplo húmedo venía de los prados y los chopos se balanceaban ligeramente, mientras las hojas cuchicheaban en voz baja.

Boryna no volvía por el camino que había tomado al ir, y descendió más abajo, pasó el puente bajo el cual el agua esparcíase burbujeando por el río para precipitarse luego sordamente hacia el molino, y se enfrascó por el otro lado del estanque; el agua reposaba tranquila, con fulgores negruzcos; los árboles del borde proyectaban sombras negras en la superficie, como rodeando el contorno de un cuadro, y en medio del estanque, donde había más claridad, se reflejaban las estrellas como en un espejo de acero.

El mismo Maciej no sabía porqué no se encaminaba en derechura a casa y tomaba aquel camino más largo. ¿Era tal vez por pasar cerca de la casa de Jagna o bien para concentrar un poco sus ideas y reflexionar?

— ¡A fe mía, sí! ¡no estaría tan mal! ¡Y todo lo que se hace correr acerca de ella, no vale más que esto! — Escupió. — ¡Es una mujer maciza! — Le dió un estremecimiento porque un frío húmedo se desprendía del estanque y había tenido mucho calor en casa del alcalde.

— Y sin mujer, o bien hay que perder una cosa después de otra, o bien traspasar la propiedad a los hijos — pensaba. — ¡Cuidado que es grande, la moza, y hermosa como una pintura! ¡Y la mejor vaca muerta, y quién sabe lo que traerá el día de mañana! Puede que, efectivamente, me conviniese buscar mujer. Y quedan tantas fruslerías de la difunta, que vendría a punto. ¡Pero la vieja Dominikowa, esa mujer es ni más ni menos que un perro!... ¡Bah! tiene su cabaña y su tierra y no ha de hacer más que estarse en casa. Tiene tres hijos y quince fanegas; serían cinco para Jagna, y el dinero, por otra parte, de la cabaña y del ganado. Cinco fanegas, son precisamente los campos de detrás de mi cuadro de patatas; es centeno, creo, lo que han sembrado este año... sí... Cinco fanegas juntándose a las mías, esto hace... treinta y cinco, o poco falta. ¡Un buen trozo de tierra!

Se frotó las manos y se apretó bien la faja.

— El único que tiene más es el molinero, un ladrón que ha acumulado tanto perjudicando a la gente, prestándole con usura y engañándola... El año próximo, una carretada de estiércol, una roturación profunda, y ¡yo sembraría trigo en toda la parcela! Habría que comprar un caballo más y alguna vaca en lugar de la *Manchada*. ¡Es verdad, a ella le tocaría también una vaca!...

Así reflexionaba, y contaba y hacía proyectos de explotación. A veces se detenía, por la fuerza con que deliberaba en su interior. Y como era un campesino advertido, lo calculaba todo, aparte de lo de él, y buscaba hondamente, en su cabeza, todo lo que hubiese podido olvidársele.

— ¡Cómo pondrían el grito en el cielo, los ruines, cuerpo de tal! — Pensaba en sus hijos; pero pronto una ola de fuerza y de confianza le inundó el corazón, fortificando sus resoluciones todavía sordas y titubeantes.

— ¡La tierra es mía, cuidado el que quiera meter los dedos! Y si os emperrais en hacer resistencia, bueno...—No concluyó, porque estaba frente a la cabaña de Jagna.

Todavía había luz en ella, y por la ventana abierta se proyectaba una ancha faja luminosa hasta la cerca y sobre

la carretera, a través de un macizo de dalias y de algunos ciruelos enanos.

Boryna se detuvo erguido en la sombra y hundió la mirada en la vivienda.

Una lucecita puesta sobre la chimenea, iluminaba débilmente, pero, en el atrio, debía de arder un gran fuego porque se oía el chisporroteo de las ramas de pino y una luz rojiza iluminaba la inmensa estancia, cuyos ángulos quedaban en la obscuridad; la vieja, echa un ovillo delante de la chimenea, leía algo en voz alta y Jagna estaba sentada frente a ella, con la cara vuelta hacia la ventana; no llevaba más que la camisa, y, con las mangas subidas hasta los codos, arrancaba el plumón de un ganso.

— ¡Es bonita la pícara, pipudamente bonita! — pensaba.

Ella levantaba a veces la cabeza, escuchaba atentamente a su madre, lanzaba un profundo suspiro, y luego se ponía otra vez a desplumar tan fuerte que la oca cloqueaba dolorosamente y batía las alas, dando un grito, tratando de arrancarse de sus manos, y el plumón revoloteaba por toda la estancia en blanco torbellino. Ella la calmaba y la apretaba muy fuerte entre sus rodillas. Entonces la oca no lanzaba más que pequeños cloqueos de dolor, y otros gansos le contestaban desde algún sitio del corredor o del patio.

— ¡Guapa mujer! — pensó el hombre, y se fué más que deprisa, porque todo aquello le había subido a los sesos. Se rascó la cabeza, levantó el cuello de su capote y se ciñó más la faja.

Ya había traspuesto la puerta de su cortijo y se había metido por entre los setos, cuando se volvió hacia la casa de la joven, que estaba precisamente enfrente, al otro lado del agua. Alguien salía de allí, porque un rayo de luz pasó por la puerta entreabierta, llameó como un rayo y cayó sobre el estanque; luego se oyó el ruido limpio de un paso vigoroso, un glu glu de agua que se saca del pozo, y, al fin, a través de la obscuridad y de las acumulaciones de niebla que venían de las praderas, se elevó una canción, un murmullo:

Tu allende el estanque, yo al lado de acá,
¿cómo darte un beso? En esta briznita
de una leve hoja te lo doy, vidita;
ella a la otra orilla te lo llevará.

Se quedó escuchando largo tiempo, pero la voz calló en seguida y las luces se apagaron pronto.

La luna llena cruzó el cielo por detrás de los bosques, plateó la cima de los árboles, sembró luz en el estanque por entre las ramas, y miró a través de las ventanas de las cabañas que le hacían frente. Hasta los perros se habían callado. Un silencio insondable envolvía todo el pueblo y toda la creación.

Boryna dió una vuelta por el patio, echó una ojeada a los caballos, que resoplaban y masticaban su forraje; en el establo no hizo más que meter la cabeza porque la puerta estaba abierta a causa del calor. Las vacas estaban acostadas, rumiando y suspirando como acostumbra hacerlo el ganado. Dejó trabada la puerta de la granja. Se quitó el sombrero, entró en la habitación y rezó sus oraciones a media voz.

Y como ya todo el mundo dormía, se descalzó sin hacer ruido y se acostó al punto.

Pero no pudo dormirse; tan pronto la colcha le quemaba hasta el punto de tener que sacar los pies de la cama, como le pasaban por la cabeza diferentes cosas, inquietudes o ideas... o bien sentía tal opresión en el estómago que gemía y murmuraba.

— Siempre he dicho que la leche cuajada hincha el vientre, que no hay que tomarla por la noche...

Luego se puso a pensar en Jagna; qué bueno estaría, porque era un hermoso palmito de muchacha, buena para la casa, y, además, toda su tierra... Después se acordó nuevamente de sus hijos y de las habladurías sobre Jagna... Se le perturbó completamente el juicio y no sabía que hacer, hasta el punto de que se incorporó en el lecho, y, según tenía por costumbre, quiso llamar hacia la otra cama y pedir consejo:

— ¡Marysia! (1) ¿He de casarme con Jagna, o no?...

Pero se acordó a tiempo de que Marysia estaba ya en el cementerio desde la primavera y que era Jozka la que allí dormía y roncaba, y que él no era más que un pobre abandonado que no tenía nadie a quien pedir consejo. Entonces, no pudo menos que soltar un gran suspiro, santiguarse y rezar avemarías por la difunta y todas las almas que están en el Purgatorio.

---

(1) María.

III

El alba blanqueaba ya los techos y recubría la noche y las pálidas estrellas con una gran tela gris, cuando empezó a animarse el patio de Boryna.

Kuba salió a rastras de su camastro, y, desde la puerta de la cuadra, contempló el campo.

La tierra estaba cubierta de escarcha y el cielo gris; pero ya despuntaba la aurora, enrojeciendo la cima de los árboles escarchados. Se desperezó con fruición, bostezó un par de veces y se fué al establo para gritarle a Wikek que ya era tiempo de levantarse; pero el muchacho movió un poco su cabeza dormida, y murmuró:

— ¡En seguida, Kuba, en seguida! — y se dejó caer otra vez en la paja.

— Vaya, duerme un poco más, ¡pobre pequeño! — y cubriéndole con una zalea se fué cojeando, porque en otros tiempos una bala le había atravesado la rodilla y arrastraba la pierna asaz penosamente. Se lavó junto al pozo, alisó con la mano sus escasos cabellos desgreñados, que estaban siempre enmarañados, y se arrodilló en el umbral de la cuadra para rezar sus oraciones.

El amo dormía todavía; los rojos fulgores de la aurora iluminaban las ventanas de la cabaña; una espesa niebla blanca se extendía poco a poco, viniendo del estanque, se

balanceaba pesadamente y ascendía en girones que se desgarraban.

Kuba movía el rosario entre sus dedos. Rezó largo rato, recorriendo al propio tiempo con los ojos el patio, las ventanas de la cabaña, el huerto cuya parte baja estaba todavía en tinieblas, los árboles, de los que pendían manzanas grandes como el puño; después, fuese hacia la casilla del perro que estaba muy junto a la puerta, y golpeó con el pie la blanca cabeza de *Lapa*. El perro gruñó, se hizo un ovillo y continuó durmiendo.

— ¡Así es como quieres dormir hasta que se ponga el sol, cochina bestia! — y le tiró una piedra y luego dos. El perro salió arrastrándose, se estiró, bostezó, meneó la cola, se sentó sobre sus posaderas y se puso a rascarse y a poner orden con los dientes en su espeso vellocino.

—... Y te ofrezco esta oración a ti y a todos los santos. ¡Amén! — Se golpeó el pecho largo tiempo, y luego, levantándose, dijo a *Lapa:*

— ¡Voto a Dios! ¡Cuántos melindres! ¡Pues no se busca los piojos como una mujer antes de casarse!

Como era trabajador, se puso a la obra. Sacó el carro de la cochera y engrasó las ruedas, dió de beber a los caballos, y les echó heno de tal manera que se pusieron a resoplar y a golpear con los cascos; luego, trajo del hórreo un poco de bodoque bien mezclado con avena y lo echó todo junto en el pesebre de la yegua, que estaba sola en un tramo.

— Come, viejecita, come; vas a tener tu potro, y para eso has de hallarte con fuerzas, come. — Seguidamente le acarició las narices tan bien que la yegua aplicó la cabeza contra su hombro, y con los morros le cogía amigablemente mechones de cabellos.

— Hasta mediodía vamos a estar entrando patatas, y por la tarde iremos al bosque a buscar ramilla de pino; no tengas miedo, es cosa de poco peso la ramilla y no te haré ir deprisa...

¡Tú, gandul, te voy a dar palo! ¡Hay que ver esto! ¡El bribón encuentra la avena a su gusto!

Se dirigía al caballo capón de al lado, que metía la cabeza por entre las tablas del compartimiento hacia el comedero de la yegua, y le soltó un puñetazo en las ancas que le hizo dar un salto y relinchar.

— ¡Pues no veis este rocín judío! Cuando se trata de tragar, muy bien te atracarías de avena pura; pero cuando hay que trabajar, ¡no hay medio! Sin el látigo, no te moverías siquiera, ¡cochino!

Fué más allá a ver la potranca, que estaba en último lugar junto a la pared misma; ya desde lejos avanzó hacia él su cabeza alazana con una flecha blanca en la frente, y relinchó muy bajito.

— ¡Cálmate, chiquita, cálmate! ¡Come bien y nada más, porque eres tú la que llevarás al amo a la villa! — Retorció un manojo de heno y le limpió los ijares, llenos de lodo. — Eres ya tan grande que pronto habrá que llevarte al semental, y todavía eres una verdadera puerca. ¡Te llenas siempre de cazcarria como una verraca! — Siguió gruñendo, y se fué a la pocilga para soltar los cochinos, porque daban chillidos penetrantes. *Lapa* le seguía sin perderlo de vista.

— ¿Y tú también comerías, eh? Anda, toma este cuscurro de pan ¡tómalo! — Sacóse de entre pecho y camisa un pedazo de pan, y se lo echó. El perro lo cogió en el aire y escapó a su casilla, porque los cerdos le perseguían para quitárselo.

— ¡Recontra, esos puercos son como quien dice lo mismo que hombres! ¡Este ganado no piensa más que en apoderarse del bien ajeno y devorarlo!...

Se fué al hórreo y contempló largo tiempo la vaca que colgaba de la viga.

— Esta no era más que una bestia tonta y ha encontrado también su fin. ¡Me parece que van a cocer carne mañana! ¡Eso es todo lo que queda de ti, pobre bestia, que habrá de qué comer bien el domingo!

Lanzó un suspiro pensando en la comida, y arrastrando su pierna lisiada, fué a despertar a Witek...

— ¡Que va a salir el sol! ¡Se va a dejar ver en seguida!... ¡Hay que ir a apacentar las vacas!

Witek masculló algo, resistió, se apretó bajo la zalea; pero, con todo, acabó por levantarse, y aunque abrumado de sueño, se arrastró hasta el patio.

Mucho dormía hoy el patrón, pues el sol había salido ya, enrojecía la escarcha y encendía llamas en el agua y en los cristales, y todavía nadie se dejaba ver por la cabaña...

Witek estaba sentado en el umbral del establo y se rascaba con encarnizamiento, no sin bostezar. Al ver que los gorriones empezaban a volar desde el tejado al pozo y a sacudirse en el pilón, fué en busca de una escala y trepó hasta la canal del tejado para ver los nidos de golondrinas, que le parecían hoy muy sosegadas.

— ¿Están heladas o qué?

Y se puso a extraer delicadamente los pajaritos ateridos, que luego se metió en el pecho, bajo la camisa.

—¿Kuba, no sabe usted? ¡Ya no viven! — Corrió hacia el criado y le enseñó las golondrinas rígidas y como muertas.

Pero Kuba las tomó en la mano, se las arrimó al oído, les sopló en los ojos, y dijo:

— Están pasmadas. ¡Contra, es que ha escarchado de lo lindo! Pero, ¿por qué diablos estos bichos tontos no se han marchado aun a países más cálidos! — Y volvió a su trabajo.

Witek estaba sentado ante la pared delantera de la cabaña, porque el sol llegaba ya allí e inundaba las paredes blanqueadas por donde empezaban a pasearse las moscas; sacó de debajo de su camisa las golondrinas, que ya, algo calentados sus cuerpos empezaban a moverse, sopló sobre sus plumas, les abrió el pico y les dió a beber en sus propios labios; se reanimaron, abrieron los ojos y pronto hicieron esfuerzos para escapar; entonces, puso la mano derecha en emboscada sobre la pared, pilló una mosca, luego otra, y cada vez que una golondrina había tragado una, la soltaba.

— ¡Volad hacia vuestra madre! ¡arriba! — murmuraba viendo posarse las golondrinas al borde del tejado del establo. Se peinaban con el pico y gorjeaban como para dar gracias.

Durante este tiempo, *Lapa* estaba sentado frente a él y gañía alegremente, y en cuanto un pajarillo escapaba revoloteando, se echaba trás él, corría algunos pasos, y volvía a su puesto de observación.

— ¡Eh! ¡es como si quisieras alcanzar el viento en el campo! — murmuró Witek; y se olvidó tan completamente, absorbido en la distración de reanimar a las golondrinas, que ni siquiera vió a Boryna que salía por detrás del ángulo de la casa y se plantaba delante de él...

— ¡Así es como te diviertes con los pajaritos, carroña!

El chiquillo no hizo más que dar un salto para huir; pero ya el amo lo había empuñado vigorosamente por la nuca y con la otra mano desabrochaba ligero su ancho y duro cinturón de cuero.

— ¡No me pegue, no me pegue! — tuvo apenas tiempo de gritar.

— ¡Tú sí que eres un buen pastor! Así es como estás al cuidado ¿eh? Me has hecho perder mi mejor vaca. ¡Inclusero, aborto de Varsovia! — Y le pegó con furor, sin mirar donde le daba, con tanta furia que la correa silbaba en el aire mientras el chiquillo se retorcía como una anguila y daba alaridos.

— ¡No me pegue! ¡Dios mío! ¡Me va a matar, señor amo! ¡Jesús, sálvame!...

Hasta Hanka salió de la cabaña para ver lo que pasaba; Kuba escupió y desapareció en la cuadra.

Boryna le propinaba un palizón de órdago, se vengaba de su pérdida en la piel del chiquillo, y tan ferozmente que éste tenía todo el rostro amoratado y echaba sangre por las narices. Aullando con todas sus fuerzas, no sé por qué milagro, logró escapar, y sosteniéndose el pantalón por detrás con las dos manos, se escurrió por entre los setos.

— ¡Jesús, me ha matado, me ha matado! — mugió; y escapó tan ligero que las golondrinas volaron de debajo de su camisa y se dispersaron por la carretera.

Todavía Boryna le dirigió amenazas; volvió a ponerse el cinturón, se metió otra vez en la cabaña y dió una mirada hacia la parte de Antek.

— ¡El sol está ya a dos alturas de hombre, y tú haciendo todavía el majo en la cama! — gritó a su hijo.

— ¡Ayer trabajé como un buey y bien tengo derecho a reposar!

— Voy al tribunal. Entra las patatas y cuando acaben de arrancarlas, los mandas a raer ramilla de pino, y tú te dedicas a plantar las estacas para el revestimiento de invierno (1).

— ¡Revista usted mismo la cabaña; nosotros no sentimos nada de viento!

— ¡Qué es lo que has dicho!... ¡Ah, bueno: yo haré el revestimiento por el lado mío, y tú, gandulón, ya te podrás helar!

Dió un portazo y se volvió a su compartimiento.

Jozka había encendido ya la lumbre e iba a ordeñar las vacas.

— Dame pronto de comer; me tengo que ir...

— Pero no puedo hacerme pedazos, no se pueden hacer dos cosas a la vez — y salió.

¡No hay medio de tener un minuto de tranquilidad, hay que andar a cachetes con todo el mundo! — pensó, y fué a mudarse; pero estaba encolerizado y la pena le roía. ¡Pardiez, aquello era la guerra continua con su hijo; no había manera de decir tan sólo una palabra, porque en seguida le saltaba a los ojos con sus zarpas, o contestaba cosas que le revolvían los intestinos! ¡Nadie de quien poder fiarse!

Su cólera aumentaba, tanto, que blasfemó en voz baja y tiró sus botas y sus vestidos a través del cuarto.

— ¡Habrían de obedecer, y, sin embargo, no obedecen! ¿Por qué será? — pensaba.

— ¡Me parece que esto no marchará nunca sin un palo, y un palo muy duro! Hace mucho tiempo que lo tenían merecido, inmediatamente después de la muerte de la difunta, cuando empezaron a armarme camorra por la tierra.

---

(1) Durante el invierno los campesinos polacos protegen los muros bajos de sus cabañas (casas casi enteramente de madera con techo cubierto de paja o bálago) con un revestimiento de hojas secas.

Pero había titubeado por no dar escándalo en el pueblo. ¡Pardiez, él no era el primer campesino que se presenta! Tenía alrededor de treinta acres (1) y, por nacimiento, era alguien! ¡Boryna, puño! Por las buenas, no conseguiría nada de ellos.

En este momento le vino otra vez a la imaginación su yerno, el herrador, que excitaba a todo el mundo en voz baja y que le remachaba siempre los oídos, diciéndole que había que cederle seis fanegas de huerta y una de bosque; en cuanto a lo demás, estaba dispuesto a esperar...

— ¡Quiere decir cuando yo muera! ¡Espera pillastre, espera!... — pensó colérico — ¡Mientras yo me arrastre siquiera, no vas a oler ni una sola pulgada de tierra! ¡Se ha visto cosa igual, pillastre!

Las patatas cocían ya bastante en la chimenea, cuando Jozka volvió de ordeñar; tardó muy poco en preparar el desayuno.

— Jozka, vende tú misma la carne. Mañana es domingo, la gente ya sabe lo ocurrido y por esto querrá regatear; sobre todo, no des crédito a nadie. El cuarto trasero guárdalo para nosotros. Llamaremos a Jambrozy (2) para que lo sale y lo prepare...

— Pero el herrador sabe también cómo se hace...

— ¡Toma! ¡Haría las partes como el lobo con el cordero!

— Magda se va a enfadar; es nuestra vaca y a ella no le tocará nada.

— Bueno, pues, corta algún trozo para Magda y llévaselo, pero no llames al albéitar.

— Está muy bien, padre, muy bien.

— ¡Hasta luego, hijita, hasta luego! Abre mucho el ojo y te traeré un panecillo o alguna otra cosa.

Había comido bastante bien; se puso el cinturón, se escupió en la mano, alisó sus cabellos desordenados y ralos, tomó el látigo y aun miró a un lado y a otro en la estancia...

---

(1) Medida inglesa de superficie = 40 áreas 47 centiáreas. 5 acres = 2 hectáreas 0235.

(2) Ambrosio.

— ¡Con tal de que no se me olvide nada!—Tenía muchas ganas de echar un vistazo al cuartito, pero se contuvo, porque Jozka miraba; entonces se santiguó y se puso en camino.

Cuando ya se había subido a la carretela con tendal, y mientras recogía en la mano las riendas de hilado de cáñamo, dijo a Jozka, que estaba en la galería:

— En cuanto acaben con las patatas, que vayan a raer ramilla de pino; el recibo está detrás de la imagen. Y que se traigan también un ojaranzo pequeño, o un pino, que servirá.

El carruaje se puso en movimiento y cuando ya estaba entre los setos, se dejó ver Witek, escurriéndose bajo los manzanos.

— ¡Toma, se me había olvidado!... ¡eh!... ¡Witek! ¡eh! ¡Witek! Suelta las vacas en el prado y guárdalas bien, sino, vas a llevar una paliza, granuja, que te dejará recuerdo.

— ¡Je je! ¡vaya usted mismo!...— gritó insolentemente el chiquillo en respuesta, desapareciendo por detrás del hórreo.

— ¡Baladrea todavía, que si bajo vas a ver!...

Al salir de entre los setos, torció a la izquierda, por el camino de la iglesia, y largó un trallazo a la potranca que emprendió un trotecito por el camino lleno de rodadas y de piedras.

El sol estaba ya bastante alto sobre las cabañas, y brillaba cada vez más caliente, pues se levantaban vapores de los techos de bálago que goteaban cubiertos de escarcha. Pero, en la sombra, bajo los vallados, en los huertos y en los fosos, había aún una helada blanca; por encima del estanque se arrastraban los últimos filamentos de niebla, y bajo aquella envoltura brumosa, el agua tenía como borbotones de luz y reflejaba el sol radiante.

El pueblo empezaba a animarse como de costumbre. Era una mañana clara y fría; la helada blanca hacía el aire cortante; por esto la gente se agitaba con más ligereza y con mayor ruido; se dirigía a los campos por grupos; unos, iban a arrancar patatas, provistos de almocafres y de ces-

tos, masticando aun el resto de su desayuno; otros, conducían sus carretas a los rastrojos; algunos habían izado el rastrillo en el carro, junto a los sacos llenos de grano para la siembra; los había también que se dirigían hacia el bosque, con la raedera al hombro para recoger ramilla de pino. Todo esto producía un gran rumor a ambos lados del estanque y el griterío aumentaba porque los caminos estaban atestados de ganado que iba a los pastos y de perros que ladraban; repentinos gritos salían de la polvareda espesa y baja que se había levantado de las carreteras húmedas de rocío.

Boryna evitaba prudentemente los rebaños; de vez en cuando tocaba con el extremo de su látigo la lana de algún cordero tonto que no se apartaba al paso de la potranca, o algún ternero; por fin pasó delante de todos, ya cerca de la iglesia oculta tras una espesa muralla de tilos amarillentos y de arces, y se metió en la carretera general, bordeada a ambos lados de enormes álamos blancos.

En la iglesia se celebraba la santa misa, pues se oía tocar la campanilla en el momento de alzar, y los órganos resonaban con voz sorda. Se quitó el sombrero y lanzó un piadoso suspiro.

La carretera estaba desierta y tan alfombrada de hojas muertas que los baches y rodadas profundamente hondos estaban cubiertos por un tapiz color de herrumbre y oro, cortado por espesas bandas de sombra proyectadas por los troncos de los árboles que el sol hería de soslayo.

— ¡Arre, pequeña, arre! — Silbó el látigo y durante algún trecho la potranca alargó el trote; pero pronto se calmó y avanzó despacio, porque, imperceptiblemente, la carretera ganaba la altura sobre la cual se destacaba la masa negra del bosque.

Como ensoñado bajo la influencia de aquella calma, Boryna se esforzaba en mirar a través de la columnata de los álamos, hacia los campos bañados por el fulgor rojo de la mañana, y se empeñaba en pensar en el asunto de Jewka, o en la *Manchada;* pero, el sueño le vencía; podía más que él.

Los pajarillos gorjeaban en las ramas; a veces el viento

deslizaba sus dedos ligeros en la cima de los árboles y alguna menuda hoja, como una mariposa de oro, se desprendía de la rama madre y caía volteando sobre la carretera o sobre los cardos polvorientos que miraban osadamente al sol con los ojos encendidos de sus flores; los álamos charlaban y cuchicheaban al agitarse sus ramas, luego se callaban, como las viejas campesinas que, en el momento de alzar a Dios, levantan los ojos, abren los brazos, lanzan piadosos suspiros, y luego vuelven a caer en el polvo, ante la majestad oculta en aquella custodia de oro, suspendida encima de la santa tierra, de la tierra natal...

No despertó de veras hasta llegar al bosque, donde paró al caballo.

— Viene bien — murmuró después de examinar, bajo la luz, las tierras grises a las cuales, el centeno germinado, despuntando a modo de cepillo, daba tinte de moho. — Un buen cacho de tierra, y junto al mío, ¡como hecho adrede! Fué ayer, creo yo, cuando sembraron su centeno. — Envolvió las tierras rastrilladas con una mirada codiciosa, dió un suspiro, y el carruaje entró en el bosque.

Fustigaba frecuentemente al caballo; el camino era llano y más duro, pero había no pocas raíces que rebasaban de la superficie y hacían traquetear ruidosamente el carruaje.

Ya no estaba soñoliento; el soplo áspero y frío del bosque le azotaba la cara.

El bosque era inmenso y viejo, espeso y tupido; se erguía en la majestad de su edad y su fuerza, tocándose un árbol con otro; casi todo era pinar, salvo a veces una encina ahorquillada y toda nudosa de vejez, o abedules en camisa blanca con sus trenzas amarillas deshechas, porque era ya otoño. Los arbolillos bajos, avellanos, jaras, pobos temblorosos, se apretaban contra los poderosos troncos rojos de cimas y copas tan entremezcladas que sólo de trecho en trecho las atravesaba el sol trepando en forma de arañas de oro por los musgos y helechos de un verde enmohecido.

— Esto representa siempre cuatro fanegas para mí — pensaba, devorando con los ojos el bosque, escogiendo ya los ráboles mejores. — Y luego, el Señor Jesús no permitirá

que nos perjudiquen; ¡en ningún caso lo permitiremos nosotros!... Lo que nosotros pedimos tal vez le parezca mucho al castillo; pero para nosotros es poco. Para entonces... las cuatro mías, de Jagusia otra aproximadamente... cuatro y una... ¡Arre! ¡Bestia tonta, contra! ¿Pues no tiene miedo de las urracas? Le largó un trallazo porque, encima del árbol muerto que sostenía al Divino Mártir, las picazas se querellaban tan ruidosamente que la potranca había puesto tiesas las orejas y se había parado.

— Bodas de urracas, muchas lluvias. — Algunos latigazos y emprendió otra vez el trote.

Debían ser ya las ocho porque los labriegos que trabajaban en los campos estaban sentados delante de sus botes de doble cierre cuando llegó a Tymow; las callejuelas desiertas estaban bordeadas de casas ruinosas, sentadas como viejas vendedoras a lo largo de los bordillos, llenos de basuras, de gallinas, de chiquillos judíos harapientos y de cerdos.

Apenas hubo entrado se vió rodeado de judíos y judías que se pusieron a escudriñar en la carretela y a tentar debajo de la paja de guisante y debajo del asiento, en busca de lo que hubiese podido traer para vender.

— ¡Largo de aquí, pandilla de sarnosos! — gruñó desembocando en la plaza del mercado; a la sombra de los viejos castaños deshojados que agonizaban, en medio, había ya una docena de carruajes con los caballos desenganchados.

Alineó también su carretela, desenganchó la potranca, la puso con la cabeza hacia el tendal de mimbre, le echó un cesto de paja y avena, escondió el látigo en el fondo, debajo del asiento, se sacudió las briznas de paja, y se fué derechamente a casa de Mordka, allí donde brillaban las tres pequeñas bacías de latón, para que le pelasen un poco la cara. Pronto volvió a salir afeitado a pelo y contrapelo; no tenía más que un corte en la barba sobre el cual llevaba pegado un papel, del que salía un poco de sangre.

La audiencia en el tribunal no había empezado aún.

Frente al juzgado de paz que estaba en la plaza Mayor frente por frente a la enorme iglesia abacial, esperaba ya

mucha gente. Permanecía sentada en los desgastados peldaños, o se agrupaba bajo las ventanas, por donde miraba de vez en cuando al interior; las mujeres estaban acurrucadas al pie de los muros blanqueados; habían dejado caer sobre los hombros el pañuelo de la cabeza y parloteaban.

Al ver a Jewka (1) con el rorro en brazos, de pie en medio de sus testigos, Boryna se puso colérico en seguida, porque se encalabrinaba pronto; escupió y entró en el largo corredor que atravesaba el edificio de un extremo a otro.

El tribunal estaba a la izquierda; el secretario habitaba a la derecha. En aquel mismo momento Jacek (2) ponía el samovar en su hornillo en el umbral de la puerta y aventaba la llama con la caña de una bota con tanta energía que se puso a echar humo como una chimenea de fábrica. A cada momento una voz agria y malhumorada gritaba desde el fondo del corredor lleno de humo:

— ¡Jacek, las botinas de estas señoritas!

— ¡Voy, voy!

El samovar roncaba ya como un volcán y escupía llamas.

— ¡Jacek, agua para el tocador de la señora!

— ¡Allá voy, todo se hará, no tenga cuidado! — Y todo sudoroso, no sabiendo donde acudir primero, corría hasta hacer retemblar el corredor, volvía, aventaba, y volvía a escapar corriendo, porque la señora gritaba:

— ¡Jacek! Pedazo de bruto, ¿dónde están mis medias?...

— ¡Voto a tal! ¡Esto no es samovar, es una carroña!

Todo esto duró justamente el tiempo de dos padrenuestros, es decir, de un rosario; por fin las puertas del tribunal se abrieron y la gente empezó a llenar la gran sala blanqueada.

Jacek, transformado en ujier, descalzo, vestido con un pantalón azul y una chaqueta del mismo color con botones de latón, con la cara sudada y enrojecida por haber sido varias veces enjugada con la manga, se zarandeaba detrás de la reja negra que dividía la sala en dos partes. Sacudía la cabeza como un caballo inquietado por un tábano, y sus

(1) Jewka o Ewka: Eva. — (2) Jacinto.

cabellos, de un amarillo sucio, le caían sobre los ojos como una crin; o bien miraba con precaución hacia la habitación vecina, y luego, por un instante, se sentaba junto a la estufa verde.

Había un gentío tal que no se hubiera podido meter ni un dedo entre la muchedumbre; todos se apretaban cada vez más contra la reja, que ya crugía; el rumor, primero sordo, aumentó lentamente, adquirió volumen, llenando la sala; a veces estallaba, degenerando en pendencias, y las palabras gruesas salían cada vez más crudas.

Los judíos charlaban su algarabía bajo las ventanas; unas mujeres referían en alta voz los perjuicios que les habían hecho, lloriqueando más recio aún; pero no se podía distinguir a nadie, tan prensados estaban todos y tanto las cabezas se tocaban unas a otras; aquello parecía un campo de amapolas rojas y de espigas de centeno agitadas por el viento; todo el campo no era más que un balanceo de espigas que rumoreaban y murmuraban, y después, la espiga volvía a encontrarse inmóvil junto a la espiga. Pero he aquí que Jewka, habiendo divisado a Boryna apoyado en la reja, se puso a increparle tanto y tan recio que él se picó, y contestó con brío:

— ¡Cállate, perra, o voy a ponerte las costillas de tal modo que tu propia madre no te va a reconocer!

Jewka, fuera de sí, sacó en seguida las uñas y se lanzó hacia él a través de la muchedumbre; el pañuelo le cayó de la cabeza y el crío se puso a chillar. No se sabe ciertamente en qué hubiera parado todo aquello si Jacek, poniéndose en pie de un brinco, no hubiese abierto la puerta gritando:

— ¡Silencio, carroñas! ¡Aquí está el tribunal!

Y, en efecto, el tribunal entraba; delante iba el grueso y gran señor de Raciborowic y detrás de él dos asesores y el escribano, que se sentó a una mesita lateral frente a la ventana, desplegó los legajos y miró hacia los jueces que se habían sentado detrás de la mesa grande cubierta de paño rojo y se ceñían al rollizo cuello sus cadenas de oro...

Se hizo un silencio tan perfecto que se oía a los que charlaban en la calle debajo de las ventanas.

El presidente extendió unos papeles, carraspeó, echó una ojeada hacia el escribano y anunció con voz recia y resonante que quedaba abierta la audiencia.

En seguida el escribano leyó la lista de los asuntos que se iba a juzgar aquel día y murmuró algo al oído del primer asesor, que lo transmitió al juez, el cual hizo con la cabeza un gesto de aprobación.

La sesión empezó.

El primer asunto presentado fué la denuncia de un guarda contra un mozo de la villa por desórdenes en el patio de una granja.

Fué condenado en rebeldía.

Luego fué el caso de un chiquillo al que habían pegado por haber dejado pacer sus caballos en un campo de trébol.

Se acordó que la madre recibiría cinco rublos y el muchacho un pantalón y un chaquetón nuevos.

Luego, un litigio de deslinde.

Aplazado por insuficiencia de pruebas.

Una causa por robo de madera en el bosque del juez; testigo, el intendente. Los acusados son labriegos de Rokiciny.

Son condenados a una multa, o a dos semanas de cárcel cada uno.

No se conforman con la sentencia y apelarán.

Se pusieron a gritar que aquello era una injusticia puesto que el bosque era bien común, no exento de servidumbre, y con tanta fuerza que el juez hizo una seña a Jacek, que tronó:

— ¡Silencio, silencio, estamos en el tribunal, no en la taberna!

Y así se fué viendo un litigio tras otro, como se labra una mota de tierra después de otra, con una marcha igual y con bastante calma. A veces no se oía más que quejas, o sollozos o blasfemias, pero, éstas, pronto las sofocaba Jacek.

Algunas personas habían salido ya de la sala; pero otras habían venido en su lugar, de modo que se estaba apretado como en una gavilla; nadie podía moverse y hacía tanto calor que no se podía ni respirar; finalmente, el juez mandó abrir las ventanas.

Vióse entonces el proceso de Bartek (1) Koziol de Lipce, que había robado un cerdo a Marcyanna Antonowna Paczes. Testigos, la misma Marcyanna, su hijo Simón, Bárbara Piesek, etc.

— ¿Están presentes los testigos? — preguntó un asesor.

— ¡Aquí estamos! — exclamaron ellos a coro.

Boryna, que hasta aquel momento había permanecido impaciente, apoyado en la reja, se acercó un poco a la Paczesiowa (2), para saludarla, pues era la madre de Jagna, la Dominikowa (3).

— Acusado, Bartek Koziol, acercaos a la reja.

Un campesino de corta estatura hendió la muchedumbre con tanto vigor que la gente soltaba ternos porque el hombre andaba por encima de los pies de los demás y desgarraba los vestidos.

— ¡Silencio, carroñas, está hablando el honorable tribunal! — exclamó Jacek, introduciendo al acusado.

— ¿Sois vos, Bartolomé Koziol?

El labriego, con aire azorado, se rascó entre los espesos cabellos, cortados rectos; una risa imbécil contraía su rostro enjuto, enteramente afeitado, y sus maliciosos ojillos rojizos miraban a un juez y a otro, vivos como ardillas.

— ¿Sois vos, Bartolomé Koziol? — preguntó de nuevo el juez; el campesino se callaba.

— Seguro que es él, Bartolomé Koziol, para servir a ustedes, honorable tribunal — gañó una enorme mujer que se apoyaba con fuerza en la reja.

— ¿Y vos, qué queréis vos?

— Para servirle, soy la esposa de este pobre canijillo Bartek Koziol — e hizo una reverencia tan profunda que su mano tocó el suelo y su cofia acanalada chocó contra la mesa del pretorio.

— ¿Sois testigo?

— Como lo que se llama testigo... Pues bien, no... sólo que para servir a ustedes...

---

(1) Diminutivo de Bartolomé.

(2) Mujer de Paczes.—(3) Mujer o hija de Domingo.

— ¡Ujier, échela usted fuera de la reja!

— Salid, mujer, vuestro sitio no es este... Y agarrándola por los hombros, la empujó hacia atrás.

— ¡Por favor, honorable tribunal... pero como mi hombre es cuasimente sordo!... — exclamó.

— ¡Salid, mientras se os lo pide por las buenas! — Y la apretaba con tanta fuerza contra la reja, que la mujer gemía porque por buenas, no quería ceder una pulgada.

— Salid, hablaremos tan alto que hasta vuestro Koziol oirá.

Por fin, empezó el interrogatorio.

— ¿Cómo os llamáis?

— ¿Eh?... ¿Qué cómo me llamo?... — ¡Ya lo sabéis, porro! Acabais de llamarme...

— ¡Imbécil! ¿Cómo os llamáis? — preguntó implacablemente el juez.

—Bartek Koziol, honorable tribunal — profirió su mujer.

— ¿Qué edad?

— ¿Eh?... ¿Qué edad?... ¿Me acuerdo yo acaso? ¡Eh! mujer, ¿qué edad tengo yo?...

— Cincuenta y dos en la primavera, me parece.

— ¿Propietario?

— ¡Casi, y grande!... ¡Tres fanegas de arena y una cola de vaca!

— ¿Ya otras veces procesado?

— ¿Eh...? ¿Procesado?

— ¿Os han enjaulado ya otras veces?

— ¿Como si dijéramos en la cárcel?... ¿Condenado?... ¡Eh, mujer! ¿Es que he estado yo en la cárcel?

— ¡Claro, Bartek, de fijo! ¡Ya sabes, los carroñas del castillo, por mor de aquel corderillo muerto!...

— ¡Ah, sí!... Yo había encontrado en el prado un cordero muerto... yo lo recogí, sino los perros lo hubieran despedazado... Me denunciaron y juraron que yo lo había robado; los jueces se pusieron de su parte, me metieron dentro y estuve en la cárcel. Fué una injusticia, esto es lo que fué, una injusticia... — dijo con voz sorda, mirando furtivamente hacia su mujer.

— ¡Se os acusa de haber robado una jabalina a Marcyanna Paczes! La habéis cogido en el campo, la habéis empujado hacia vuestra casa, la habéis matado y comido. ¿Qué tenéis que alegar en vuestra defensa?

— ¿Eh? ¡Yo la he comido! ¡Que no vea yo al buen Dios a mi muerte, si yo la he comido!... ¡Dios omnipotente, comido!... ¡Resulta que yo la he comido! — gritaba en tono lamentable.

— ¿Qué tenéis que alegar en vuestra defensa?

— ¿Mi defensa?... ¿Tendría yo algo que decir, mujer?... ¡Ah, sí, ya me acuerdo! Yo no soy culpable, yo no he comido la cerda, y Marcyanna Dominikowa os ladra talmente como un perro, que habría que agarrarla por su puerca jeta y darle así... toma...

— ¡Oh! ¡Buena gente, buena gente!... — gimoteó la Dominikowa.

— ¡Guardad eso para más tarde! Decidnos ahora de qué manera se encontró en vuestra casa el cerdo de la Paczesiowa...

— El cerdo de la Paczesiowa... ¿en mi casa?... ¡Mujer, qué es lo que está diciendo el noble señor?

— ¡Contra, Bartek! ¡Es por lo del marranillo que te siguió hasta la cabaña!

— ¡Ah, ya recuerdo, ya!... Y hasta recuerdo que era un lechón y no el primer cerdo que se presenta. Ruego humildemente al respetable tribunal que atienda bien lo que he dicho y que repito: era un lechoncito, y no un cerdo; un lechoncito blanco, y cerca del rabo, o un poco más bajo, tenía una mancha negra.

— Muy bien, pero ¿por dónde llegó a vuestra casa?

— ¿Talmente a mi casa?... ¡Voy a contaros eso en seguida por menudo, y a probar al respetable tribunal y al pueblo reunido que no soy culpable y que la Dominikowa es una maldita embustera y una molida mala lengua!

— ¿Que yo miento? ¡Bueno, pues yo ruego a la Santísima Virgen que te parta un rayo sin la santa confesión! — dijo a media voz la Dominikowa, lanzando un profundo suspiro hacia la imagen de la madre de Dios, suspendida en un

ángulo de la sala. Luego, no pudiendo aguantarse más, cerró los descarnados puños y los blandió hacia él, silbando:

— ¡Ladrón de puercos! ¡Bribón!... — Y separó los dedos como si hubiese querido agarrarlo.

Pero la Bartkowa (1) se echó encima de ella, lanzando un grito:

— ¡Cómo, querrías tú pegarle, perra guarra! ¡bruja hechicera! ¡verdugo de tus hijos!

— ¡Haya calma! — exclamó el juez.

¡Cerrad los hocicos, puesto que habla el tribunal; de lo contrario os echo fuera! — profirió Jacek subiéndose el pantalón, porque se le habían roto los tirantes.

La calma se restableció en seguida, y las mujeres, que estaban a punto de agarrarse por el moño, se estuvieron quietas, descontando que se devoraban con los ojos y soltaban resoplidos de cólera...

— ¡Contad, Bartolomé, contadlo todo, pero la verdad!

— ¿La verdad?... ¡Yo os diré la verdad, clara como cristal; os la voy a contar honradamente, como en la confesión, como un campesino que tiene hacienda a otro que también la tiene, como un amigo a sus amigos; porque yo tengo hacienda heredada de mi abuelo y anterior a él; no soy un bracero a jornal, ni un demandante cualquiera, ni un piojoso de las ciudades! Velay lo que ocurrió.

— ¡Busca bien en tu cabeza para no olvidar nada! — le recomendó su mujer.

— No olvidaré, Madga (2), no olvidaré nada. Velay lo que pasó. Yo caminaba... y recuerdo que era justamente en primavera... por detrás de la hondonada de los lobos, cerca del trébol de Boryna... caminaba, pues, rezando mi oración, porque justamente acababa de sonar el toque... se acercaba la noche... yo caminaba... cuando oigo algo, algo que se hubiera dicho que era una voz... o ¿acaso tal vez un gruñido? Yo me vuelvo, ¡no se podía ver nada, no se oía nada!

Yo me digo: ¿no podría ser el Maligno que me tienta?...

---

(1) Mujer de Bartek. — (2) Magdus, Magdusia, diminutivos de Magdalena.

y prosigo mi camino. Pero como yo tenía algo de miedo y hasta sentía un poco de hormigueo en las piernas, me pongo a rezar un avemaría. De nuevo eso gruñe. Yo me digo: esto no es más que un cerdo, o bien tal vez un lechón. Me corro un poco a un lado, en el trébol, y miro... En efecto, hay algo que trepa detrás de mí, me paro, aquello se para también, una cosa blanca, baja y larga,... con unos ojos que brillaban como los de un gato montés, o del Maligno... Yo hago la señal de la cruz, y como yo tenía talmente piel de gallina, me largué más deprisa ¿sabe uno nunca lo que se pasea por la noche?... y toda la gente de Lipce sabe que hay aparecidos en el barranco de los lobos.

—Es la verdad verdadera—, elucidó su mujer—porque el año pasado, cuando Sikora pasaba allí la noche, alguna cosa lo cogió por el pescuezo y lo derribó al suelo, y lo zurró tan bien que estuvo enfermo quince días.

—¡Cállate, Magda, cállate! ¡Yo sigo, sigo, sigo... y aquello me sigue siempre, y gruñe! Y como justamente había en el cielo un buen cachito de luna, yo miro, y no era el Maligno, sino un lechón. Yo me puse en guardia, porque, en fin ¿qué idea había tenido esa tonta bestia de meterme miedo? Entonces le echo una rama y me voy a casa. Yo iba siguiendo las mojoneras, entre las remolachas de Michal y el trigo candeal de Boryna, después entre el trigo de Tomek y la avena de ese Jasiek que se fué al servicio el año pasado y cuya mujer dió a luz no más tarde que ayer... El marranillo me sigue como un perro, tan pronto camina a un lado, tan pronto se mete dentro de las patatas de la Dominikowa, y resuella aquí, resopla allá, gruñe aquí, gaña allá, pero sin perderme nunca de vista, siempre detrás de mí...

Tomo por el sendero que va campo traviesa, el animal me sigue. Me entra un sudor, porque ¡Dios mío, era un cerdo tan raro que tal vez no era ningún cerdo! Desemboco en la carretera, junto al calvario, ¡el cerdo estaba detrás de mí!... Era blanco, yo lo veía, y cerca de la cola o una miajita más abajo, tenía una mancha negra. Salto el foso, él me sigue; trepo a los cerrillos que hay detrás del calvario, aquello me sigue; escalo un montón de piedras, y ¡no se

echa la bestia debajo de mis piernas y me derriba tan largo como soy! ¿Es que está poseído?, me pregunto yo... Apenas me da tiempo de levantarme, pone el rabo al aire, y ¡pum! echa a correr delante de mí. ¡Y corre, pues, cacho de bestia!, pensaba yo para mis adentros. Pero no se escapó; siempre delante de mí, corrió hasta mi cabaña, sí, hasta mi cabaña, respetable tribunal, entró hasta nuestro cercado, se metió dentro en el corredor, y como la puerta de la habitación estaba abierta, hasta en la habitación... ¡Qué el Señor me asista, Amén!

— Y después de eso, la habéis degollado y comido, ¿eh? — preguntó el juez regocijado.

— ¿Cómo, degollado y comido?... ¿Y qué quería usted que hiciéramos? Pasa un día, la bestia no descampa; pasa una semana, no hay medio de echarla, vuelve cada vez, dando un pequeño gruñido... Mi mujer le daba de comer lo que podía, pero no se la podía dejar morir de hambre, era también una criatura de Dios... El respetable tribunal es inteligente y comprenderá justamente: ¿qué podía yo, pobre hombre, hacer con ella? Nadie viene a reclamarla, y la miseria en la casa, ¡y ella comía! Otras dos no hubieran comido tanto. Un mes más y nos hubiera devorado a nosotros desde la cabeza a las entrañas... ¿Qué hacer? En vez de que ella se nos comiera, la hemos comido nosotros y aun no entera, porque se ha sabido en el pueblo, y la Dominikowa ha dado parte, ha venido con el alcalde y se lo ha llevado todo...

— ¿Todo?... Y los cuartos traseros ¿dónde estaban?...— lanzó la Dominikowa con voz sibilante y amenazadora.

— ¿Dónde estaban? — Preguntádselo a *Kruczek* y a los otros perros. Por la noche los llevamos al establo pequeño. Los perros tienen un olfato del diablo, y la puerta tenía un agujero y se los llevaron y estuvieron de comilona con el sudor de mi frente que hasta se pusieron gordos y gruesos como señores.

— ¡No estáis viendo! ¡El cerdo le ha seguido por su propia voluntad! ¡Eso lo hará creer a los imbéciles, pero no al tribunal! ¡Marrajo ladrón! Y ¿quién robó el carnero al molinero y los gansos al señor cura? ¡A ver, di!...

— ¿Lo has visto tú, a ver, tú lo has visto? — aulló la Kozlowa (1), pronta a saltarle encima, con las uñas en ristre.

— ¿Y las patatas del silo del organista, quién las birló?... Y siempre hay en el pueblo algo que desaparece en casa de alguien, o un ganso, o gallinas, o un utensilio — continuó inexorablemente.

— Y tú, carroña, lo que hiciste cuando eras joven y lo que tu Jagna se hace hacer ahora por los mozos, eso nadie te lo echa en cara y tú eres como un perro que...

— ¡No toques a Jagna! ¡Cuidado! Te romperé los hocicos, si tu... ¡Pobre de ti!...—rugió a voz en grito, porque se sentía herida en lo vivo.

— ¡Cállense las vocingleras, u os echo a la calle! — trató de apaciguarlas Jacek, subiéndose el pantalón.

Vinieron luego las declaraciones de los testigos.

La primera en declarar fué la denunciante, la Dominikowa. Declaró con voz sosegada y recogida, y juró varias veces ante la Virgen de Czenstochowa que el cerdo era suyo, y se santiguó y se golpeó el pecho, afirmando como cierto que Koziol lo había robado en el pasto; no solicitó del honrado tribunal ninguna pena contra él, para que el buen Jesús no hubiese de escatimarle por eso los años de Purgatorio; pero, en cambio, requirió con energía un castigo ejemplar por haberla insultado, a ella y a Jagna, delante de todo el mundo.

El testigo siguiente fué Szymek (2), el hijo de la Dominikowa; su gorro estaba prendido a sus manos, juntas como para orar. No apartaba la vista del juez y declaró con voz doliente y como ausente que la verraca pertenecía a su madre; que era enteramente blanca, fuera de que tenía una mancha negra cerca del rabo; que tenía una oreja arrancada, porque *Lapa*, el perro de Boryna, la había mordido, y había lanzado gruñidos tan penetrantes que él la había oído a pesar de encontrarse en aquel entonces en el hórreo pequeño...

---

(1) Mujer de Koziol.

(2) Diminutivo de Simón.

Después, llamaron a Marcyanna Piesek, y a otros.

Declararon y prestaron juramento todos, uno tras otro. Szymek estuvo siempre con el gorro entre las manos juntas, perdido en la piadosa contemplación del juez; la Kozlowa procuraba franquear la verja entre gritos de negación e imprecaciones; en cuanto a la Dominikowa dirigía siempre suspiros a la santa imagen y miraba a Koziol, que hacía saltar su mirada de un objeto a otro, aplicaba el oído y consultaba con los ojos a su Magdusia.

La gente escuchaba con atención y más de una vez se elevaban rumores o maliciosas observaciones; una risa sorda repercutía bajo las tablas del techo, y, entonces, era preciso que Jacek restableciese la calma por medio de amenazas.

La vista duró mucho tiempo, hasta la suspensión de la audiencia, durante la cual los jueces pasaron a la sala de al lado para deliberar. La gente se esparció por el corredor y delante del edificio, para respirar un poco. Unos comían algo, otros se entrevistaban con sus testigos, alguno refería sus dolencias, éste se quejaba de una injusticia y soltaba un taco, como sucede siempre en un tribunal.

Después de la suspensión y la lectura de las sentencias, se puso sobre el tapete la denuncia contra Boryna.

Jewka se plantó ante los jueces y al propio tiempo que mecía al niño envuelto en su mantón, se puso a contar por extenso, con voz llorona, los perjuicios y las miserias que le habían hecho: cómo había servido en casa de Boryna trabajando tanto que se le doblaban las piernas, y sin oír nunca una buena palabra; como no tenía siquiera un rincón para dormir ni bastante de comer, tanto que había de buscar alimento en casa de los vecinos; y como, a fin de cuentas, él no le había pagado su salario y la había echado al vasto mundo con el mismo hijo que él le había hecho... Y acabó por estallar en violentos sollozos, y dando un grito, se echó de rodillas ante los jueces.

— ¡Esto es lo que me ha hecho sufrir, esto! ¡Y esta criatura es suya, honorable tribunal!

— ¡Miente como un perro! — gruñó Boryna indignado,

— ¿Yo miento? Todo el mundo, todo Lipce sabe, sin embargo, que...

— Que eres una perra y una trotacalles...

— Honrados jueces, antes no me llamaba más que Jewka, Jewus, y nombres aun más tiernos, y me traía perlas de la villa, o bien a veces un panecillo blanco y me decía así: Toma esto, Jewus, toma esto, tu eres la que yo quiero más... y ahora, ¡Jesús, mi buen Jesús!... — Y se puso a berrear...

— ¡Molida embustera! Es posible también que te haya echado encima la colcha y te haya dicho: ¡Duerme, Jewus, duerme!...

Toda la sala se sacudió en el estallido de una sola carcajada.

— ¡A buen seguro que sí! ¿Acaso no habéis venido a gañir a mi puerta como un perro, no me habéis hecho toda clase de promesas?

— ¿Es posible que no caiga el rayo sobre semejante vagabunda? — exclamó él estupefacto.

— ¡Honorable tribunal, todo el mundo ha visto cómo fué! Todo Lipce puede atestiguar que digo la verdad. En todo el tiempo que serví en su casa no me dejó en paz. ¡Pobre huérfana de mí!... ¡nací para mi desgracia!... ¿Acaso podía yo defenderme contra un hombre de su fuerza?... Si yo gritaba, él me pegaba, y hacía de mí lo que quería... Y ¿adónde iré yo ahora con esta pobre criatura?... Los testigos os dirán y os confirmarán... — invocó entre llantos y gritos.

Pero, en realidad, los testigos no aportaron gran cosa más, en sus declaraciones, que suposiciones y chismes; entonces ella empezó otra vez a explicar y a persuadir. Finalmente, como última prueba, soltó las mantillas a su criatura y la puso ante las narices de los jueces; el monote bullía sus piernecitas desnudas y chillaba que partía el alma.

— ¡Que el augusto tribunal vea por sí mismo de quién es! Su misma nariz de patata, sus mismos ojos grises y pitarrosos... ¡Es el retrato de Boryna enteramente esculpido!... — exclamó.

El tribunal no pudo retener más la risa; la gente se retorcía, mirando tan pronto al chiquillo como a Boryna, y haciendo observaciones:

— ¡Tu hablas de una linda doncellita como de un perro desollado!

— ¡Boryna es viudo, podría casarse con ella y se encontraría con un rapaz hecho de molde para apacentar!

— ¡Esta es más perezosa que una vaca en primavera!

— ¡Y guapa, además! Guarnecida con paja de guisante y plantada en un campo de mijo, asustaría a todas las cornejas.

— ¡Ya tal como es huyen los perros cuando Jewusia pasa por el pueblo!...

— ¡Y esa jeta! ¡Si parece lavada con el agua de fregar los platos!

— Caramba, es económica; se lava una vez al año por no gastar demasiado en jabón...

— ¡Como enciende las estufas de los judíos, no tiene tiempo, no es de extrañar!...

Las pullas eran cada vez más emponzoñadas y crueles; pero ella se callaba, miraba a todos con los ojos ausentes de un perro apaleado y pensaba en sus cosas...

— ¡Calláos ya! ¡Es un pecado burlarse así de la pobre moza! — exclamó la Dominikowa con tanta autoridad que la gente se calló. Hasta algunos se rascaron el cogote, porque sentían vergüenza...

Aquello terminó con un fallo de «no ha lugar».

Boryna se sintió con ello muy aliviado, porque, aunque no era culpable, tenía miedo de las habladurías de la gente y miedo también de tener que pagar, pues la ley está hecha de manera que nunca sabe uno a quien cogerá por el gañote, entre el culpable y el inocente. Esto se ha visto no una vez o dos, sino cien veces.

Salió en seguida de la audiencia y mientras esperaba a la Dominikowa, se puso a meditar y a estudiar interiormente todo aquel asunto. No llegaba a comprender por qué, o con miras a qué, le había denunciado Jewka.

— ¡Pardiez, ella no tiene cabeza bastante para entre-

tejer todo esto; es algún otro que ha querido valerse de ella contra mí! Pero, ¿quién?

En cuanto se le hubieron reunido Szymek y la Dominikowa se fueron los tres a la taberna a beber un trago y comer un bocado, pues era ya mucho más de mediodía.

La Dominikowa le insinuó claramente que toda aquella cuestión con Jewka, había de ser obra del albéitar, de su yerno; pero él no podía creerlo.

— ¿Qué interés tendría él en eso?

— ¡Caramba, el de envenenaros la vida y hacer que se bromee a costa vuestra! ¡El hombre está hecho de manera que haría tirillas de vuestra piel solo por gusto!

— ¡Lo que me admira es que Jewka esté de tal modo contra mí! Yo no le he hecho ningún daño, hasta el punto de que le di un saco de avena al señor cura cuando el bautizo de su bastardo.

— Ella sirve en casa del molinero, y éste y el herrador son carne y uña... ¿comprende usted?

— ¡Comprender, comprendo, pero no llego al cabo, me pierdo! ¡Beba todavía un trago!

— ¡Dios le bendiga! ¡Beba usted primero, Maciej!

Bebieron todavía un trago o dos, dieron fin a la segunda libra de salchichón con una media libreta de pan, el viejo compró una ristra de panecillos para Jozia y se pusieron en marcha.

— Siéntese usted a mi lado, Dominikowa; se aburre uno solo, y hablaremos...

— Con mucho gusto, no hago más que dar un salto hasta el claustro para rezar una oración.

Y se fué; pero, al tiempo de dos buenos padrenuestros, estuvo de vuelta. En seguida, partieron.

Szymek fué siguiendo detrás lentamente, porque guiaba un verdadero matalote y el camino era terriblemente arenoso. Pero se sentía un poco aturdido porque no tenía costumbre de beber y lo del tribunal le había perturbado los sentidos; así es que se balanceaba medio dormido debajo del toldo de mimbre; cuando le ocurría que recobraba la conciencia, se quitaba el gorro, hacía una piadosa señal de

la cruz, y contemplando con aire desvaído la cola de su rocín como había contemplado en la audiencia la cara del juez, murmuraba:— Era la verraquita de mi madre, era completamente blanca, salvo que tenía una mancha negra cerca de la cola...

El sol hundíase en el ocaso cuando llegaron al bosque.

Apenas hablaban, aunque iban sentados uno al lado de la otra en el asiento delantero.

A veces, uno de los dos decía algunas palabras, porque no es de buena educación permanecer sentados como perritos de porcelana, pero lo justo para que no les venciese el sueño y no se les secara la lengua...

Boryna animó a la potranca, porque, sudada hasta medios ijares de fatiga y de calor, iba despacio. Silboteaba, luego guardaba silencio, barruntaba o pensaba algo para él solo; hacía un cálculo, miraba con frecuencia y a hurtadillas a la vieja, cuyo rostro, enjuto, color de cera blanqueada, estaba cuajado de largas arrugas. Ella movía la desdentada boca, como si rezara en silencio; a veces se estiraba el rojo pañuelo de la cabeza y cubríase la frente, porque el sol les flechaba directamente los ojos, y continuaba sentada inmóvil, descontado que sus ojos brillaban.

— Entonces, ¿ya se ha entrado las patatas?

— Sí. No han ido mal este año.

— Ahora podrá usted tener mucha cría.

— He empezado a cebar un cerdo. Encontrará bien su empleo el martes de Carnaval...

— ¡Claro, ya lo creo!... ¿Según parece, Walek Rafalow (1) ha mandado llevarle a usted *wodka*?...

— No es el único... ¡pero es dinero tirado por la ventana... Mi Jagus no es para ellos y sus equivalentes, de ningún modo.

Ella levantó la cabeza y le escudriñó el alma con sus ojos de buitre. Pero como Boryna era un hombre de edad y no un pellejo lleno de viento, no mostraba más que un rostro frío y sosegado, en el que no se podía ver nada. Du-

(1) Hijo de Rafael.

rante largo rato no cambiaron ni una palabra, como si con aquel silencio quisieran medirse uno a otro.

Boryna no tenía ganas de empezar, porque, al fin y al cabo, tenía su edad y era el primer propietario de todo Lipce; y luego y con todo, ¿cómo iba él a decirle de buenas a primeras que Jagus le gustaba?... El tenía su amor propio y reflexión. Pero, como por naturaleza tenía la sangre ardiente, se puso colérico al ver que había de retenerse de tal modo y dar vueltas alrededor del panal.

La Dominikova leía un poco a través de todo aquello, y ya sospechaba lo que le molestaba y lo apabullaba de aquel modo, pero no dijo una palabra para ayudarle. De vez en cuando le miraba, a él o al vasto mundo, a las profundidades del cielo. Finalmente, dijo como sin querer:

— Hace un calor como en tiempo de la siega.

— Es como usted dice.

Y era verdad. La carretera estaba oprimida entre los dos potentes muros del bosque, de modo que ni vientos ni brisas de los campos llegaban hasta allí. El sol caía a plomo sobre sus cabezas y calentaba de tal modo que los árboles, como asados, quedaban sin movimiento, inclinaban por encima de la carretera sus cabezas desfallecidas y sólo soltaban de tiempo en tiempo algunas ramillas color de ámbar que caían girando hasta el suelo. El olor de hongo de las oquedades cenagosas y el de las hojas de encina se metían en las narices.

— Pero, diga usted; me admira, y no es a mí sola, que un propietario que tiene tanto sentido y tanta tierra y tanta influencia en el pueblo... como usted, por ejemplo, no tenga la ambición de un cargo público...

— ¡Eso es precisamente! ¡No tengo la menor ambición! ¡Buen negocio haría! He sido alcalde durante tres años y he tenido que sacar dinero de mi bolsillo. ¡Y lo que me he derrengado, yo y mis caballos! ¡Y los fastidios y las carreras que he tenido que soportar! ¡Ser perro para guardar animales en los campos, es buen oficio en comparación!... ¡Y mi hacienda que disminuía! ¡Y mi mujer que no tenía para mí una palabra buena!...

— Sin embargo, era una mujer de buena cabeza. Pero siempre hay honra y provecho en tener un cargo.

— ¡Oh, sí, dígamelo a mí! ¡Hacer reverencias al gendarme, abrazar las rodillas del delegado o de no importa qué animal de funcionario! ¡Mi palabra, un grande honor! Pero que no ingresen los impuestos, que el puente esté en mal estado, que un perro se ponga rabioso, que un lanzón de carreta caiga sobre la cabeza de cualquiera, ¿quién tiene la culpa?... ¡El alcalde, troncho! ¡El, el alcalde se la carga! ¡Háblele usted de provecho! ¡No habré llevado yo pocos pollos, y huevos y hasta ánsares al delegado y a la capital de provincia!...

— Es verdad lo que usted dice. Pero Pietrek (1) no lleva todavía trazas de estar cansado de la alcaldía. Acaba de redondear sus tierras pagándolo en buen dinero sonante, se ha construído un pequeño hórreo, y sus caballos ¡son gigantes!...

— Evidente. Pero ¿sabe nadie lo que ocurrirá con todo eso cuando acabe su mandato?

— Entonces, ¿cree usted?

— Yo tengo ojos, y veo no pocas cosas...

— ¡Pues ese es uno que tiene confianza en sí mismo! Está como perro y gato hasta con el mismo señor cura.

— Y si todo le sale bien, es sólo a causa de su mujer. El es el alcalde, pero es ella quien lo tiene todo en el puño.

Se callaron de nuevo el tiempo de un padrenuestro, o acaso más.

— Entonces, ¿usted no piensa enviar *wodka* a ninguna? — interrogó ella prudentemente.

— ¡Toma!... Las mujeres ya no me quitan el sueño, soy demasiado viejo...

— ¡Buena es esa! Viejo es el que ya no puede moverse, el que no puede meterse solo una cuchara en la boca y que espera el fin en un rincón junto al hogar... Yo le he visto a usted llevar un saco de centeno.

---

(1) Pieter, variante de Piotr, Pedro.

—Todavía conservo mis fuerzas; pero ¿qué moza querría casarse conmigo?

—Pruébelo primero, antes de decir eso. Mire usted en torno suyo.

—Yo me hago viejo, los hijos crecen... y yo no me conformo con la primera que se presente...

—Firme tan sólo un acta de donación y los mejores partidos no se negarán...

—Sí, por la donación... ¡Marranas! ¡Por una fanega, ni una, hasta la más joven, dejaría de estar dispuesta a casarse con un mendigo del pórtico de la iglesia!...

—¡Pues, y los hombres! ¿Acaso no miran ellos la dote?

El no respondió; pero atizó a la potranca un latigazo tan fuerte que se lanzó al galope.

Callaron largo rato.

Sólo cuando desembocaron del bosque a los campos, entre los chopos del camino, Boryna, que durante todo aquel tiempo se había estado requemando por dentro, dijo:

—¡El mundo está arreglado como está para los perros! ¡Hay que pagar por todo, hasta por una buena palabra! Todo va tan mal que no podría ir peor. He aquí que ahora los hijos se rebelan contra los padres, ya no se sabe lo que es obedecer y todos se devoran unos a otros como lobos.

—¡Porque son unos tontos y porque olvidan que esta santa tierra los cubrirá un día a todos!

—Apenas un chiquillo o el otro es grande, empieza a insultar a su padre para que le dé su parte. ¿Los viejos? No saben hacer más que burlarse de ellos. ¡Carroñas! El pueblo es demasiado estrecho para ellos, encuentran malas todas las antiguas costumbres y hasta los hay que tienen vergüenza de llevar los vestidos de nuestros padres.

—Todo eso es porque no temen al Señor Dios.

—Que sea o no sea por eso, esto va mal.

—Y no lleva trazas de querer ir mejor ¡eso no!

—Y para que vaya mejor ¿quién es capaz de forzarles?

—¡El castigo de Dios! Porque vendrá, ¡vendrá la hora del Juicio Final!

— Pero todo lo que haya de vidas de hombre perdidas antes de que venga, eso no se recuperará nunca.

— Los tiempos son tales que la peste valdría más.

— ¡Los tiempos! ¡Claro! ¡Pero la culpa es también de los hombres! ¡Vamos, ahí tiene usted al herrador, o bien, el alcalde! ¡Se lían con el señor cura, excitan a las gentes, les echan tierra a los ojos, y los tontos los creen!... ¡Ese herrador envenena mi vida, aunque es mi yerno!

Así se quejaban los dos del mundo, mirando al pueblo que se iba haciendo más visible a través de los álamos. Aun estaban cerca del cementerio cuando vieron ya una hilera roja de mujeres encorvadas, envueltas por una fina bruma de humo, y pronto el ruido sordo y monótono de las espadillas les era traído a intervalos por la brisa que se había levantado de las praderas bajas.

— ¡Hermoso tiempo para espadillar el lino! Voy a bajar aquí porque mi Jagus está entre ellas.

— Eso no me desvía mucho, voy a conducirla allá.

— ¡Es usted muy bueno, Maciej! Casi es para quedar sorprendida... — Y la muy ladina sonrió.

Dejando la carretera de los álamos, tomó por el camino vecinal que conduce a las puertas del cementerio y siguiendo el muro de piedras grises, se detuvo a la sombra de los abedules, de los arces y de las cruces sepulcrales que se extendían hacia los campos; allí, en efecto, más de una docena de mujeres, con las espadillas en la mano, rompían el lino desecado, con tan recios golpes que una niebla de polvo estaba suspendida encima de ellas y largas fibras se prendían a las hojitas amarillas de los abedules y colgaban de los brazos negros de las cruces; al lado habían puesto a secar el lino húmedo en varillas tendidas sobre hoyos donde ardía fuego.

Las espadillas chasqueaban con gran ruido y toda la hilera de mujeres se encorvaba continuamente en cortas y rápidas sacudidas; sólo de tiempo en tiempo una u otra se erguía, limpiaba su almuerza de lino de las últimas cañamizas, la arrollaba en ovillo o en gavilla y la arrojaba sobre la gran tela extendida delante.

El sol, que ya había rodado por encima del bosque, les daba en pleno rostro, pero poco les importaba; ni el trabajo, ni las risas, ni las palabras alegres paraban un segundo.

— ¡Que Dios bendiga vuestro trabajo! — gritó Boryna a Jagna, que espadillaba al extremo de la fila. No llevaba más que la camisa, su vestido de lana roja y un pañuelo a la cabeza para resguardarla del polvo.

— ¡Que Dios se lo pague! — contestó alegremente levantando hacia él sus inmensos ojos azules, mientras una sonrisa pasaba por su hermoso rostro bronceado.

— ¿Y, pues, está bien seco, hijita? — preguntó la vieja, tentando un puñado de lino ya espadillado.

— Seco como pimienta, se rompe casi...

De nuevo echó una mirada sonriente al viejo, al que se le puso carne de gallina, hasta el punto de hacer restallar el látigo, y se fué; pero se volvió a mirarla una vez, y luego otra, y otra, hasta que ya no era visible, porque quería conservarla viviente dentro de los ojos...

— Esta joven, es un tesoro... precisamente lo que me hace falta — pensaba.

IV

ERA domingo, y uno de esos días de septiembre sosegados, aterciopelados de telarañas y anegados de sol.

En el rastrojo, directamente detrás de los hórreos, pacía hoy todo el ganado de Boryna. Al pie de una alta muela de molino ventruda, rodeada de verde césped, de centeno esparcido al tiempo de descargar los carros, estaba tumbado Kuba. Vigilaba el ganado y enseñaba una oración a Witek, chillándole a menudo o dándole un golpe con el mango de su látigo, porque el muchacho se equivocaba y sus miradas vagaban por los huertos.

— Fíjate en lo que he dicho, es la oración — le recordaba muy serio.

— ¡Pero ya me fijo, Kuba, ya me fijo!

— ¿Y por qué miras siempre hacia los huertos?

— Me parece que todavía hay manzanas en casa de los Klemby...

— Te las comerías bien, ¿eh? Sin embargo, no has sido tú quien las ha plantado. A ver, repite el Credo.

— ¡Tampoco es usted quien ha criado las perdices, y, sin embargo, bien ha cogido usted de ellas toda una compañía!

— ¡Tontuelo! Las manzanas son de los Klemby, pero las avecillas son del Señor Jesús, ¿comprendes?

— Pero usted las ha cogido en los campos del castillo...

— Los campos también son del Señor Jesús. ¡Vaya, bribonzuelo, repite el Credo!

Lo repitió deprisa, porque las rodillas le dolían ya, pero no pudo aguantar...

— Me parece que la potranca se va al trébol de Michal, — exclamó, pronto a echar a correr.

— No te atormentes por la potranca y fíjate en tu oración...

Acabó, por fin; nadie hubiera podido retenerlo. Se sentaba sobre los talones, se torcía en todas direcciones, y habiendo visto una bandada de gorriones en los cerezos, les echó una mota de tierra y se golpeó deprisa el pecho.

— ¿Y el Ofertorio, te lo has tragado como una pera madura?

Recitó el Ofertorio, y dichoso de verse libertado, empezó a molestar a *Lapa*, que dormía, y a juguetear con él.

— Entonces, ¿tú no sabes hacer más que eso, corretear como un becerro estúpido?

— ¿Va usted a llevar pájaros al señor cura?

— Claro que sí.

— Podríamos asarlos aquí en los campos.

— ¿Nada más que eso? ¡Asate patatas, si quieres!

— ¡Ya van a la iglesia! — exclamó Witek, viendo por la carretera, a través de los setos y los árboles, pañuelos rojos que brillaban.

El sol calentaba bastante, por lo cual todas las ventanas y todas las puertas de las cabañas estaban abiertas de par en par; aquí, unos se lavaban todavía delante del umbral; allá, se peinaban y se hacían trenzas; acullá, se sacudían los vestidos del domingo, arrugados por haber pasado toda la semana en los cofres; trasacullá, desembocaban ya en la carretera: hubiérase creído ver adormideras rojas o dalias amarillas que se abrían al pie de los muros, o alelíes y caléndulas al pasar las mujeres engalanadas, las jóvenes y los mozos, los niños y los campesinos, que parecían, metidos en sus capotes blancos, grandes gavillas de centeno. Y todos se dirigían lentamente a la iglesia, más allá

del estanque que reflejaba el sol como dentro de una bacía de oro, hasta el punto de herir los ojos.

Y sin cesar tocaban las campanas con su voz de júbilo del domingo, mensajera de reposo y de oración.

Kuba esperaba que las campanas hubiesen acabado de sonar; pero, en su impaciencia por llevar al señor cura la sarta de perdices que escondía bajo su capote, dijo:

— Witek, cuando paren las campanas, mete las bestias en el establo y vente a la iglesia.

Y se fué, lo más deprisa que pudo, con su pierna muy coja, por el sendero que reseguía los huertos. El camino estaba tan cubierto de hojas de chopo que le parecía andar por encima de una alfombra azafranada.

La casa del cura estaba frente a la iglesia, de la que sólo la separaba la calle, al fondo de un gran huerto de árboles frutales, todavía lleno de peras verdes y de manzanas bermejas.

Kuba se detuvo indeciso ante la galería, a lo largo de la cual trepaba una parra toda roja. Miró tímidamente por las ventanas y la puerta del corredor, abiertas de par en par; y como no se atrevía a entrar, se retiró hasta un gran macizo de rosas, claveles y margaritas que exhalaba perfumes dulces y embriagadores; una bandada de palomos blancos correteaba sobre el techo verde y musgoso o se solazaba revoloteando hasta la galería.

El cura se paseaba por el jardín, con el breviario en la mano; pero de tiempo en tiempo sacudía un peral o un manzano y se oía el ruido opaco de los frutos al caer pesadamente al suelo; los recogía en las haldas de su sotana e iba a llevarlos a la casa.

Kuba se encontró en su camino y se inclinó humildemente hasta sus rodillas.

— ¿Qué dice usted? Ah... Kuba, de la casa de Boryna.

— Sí... así es que he traído algunas perdices al señor cura.

— ¡Que Dios te bendiga! Ven conmigo.

Kuba no fué más que hasta el corredor, y se quedó cerca del umbral, pues no se atrevía absolutamente a entrar en

la habitación; se contentó con mirar por la puerta abierta las imágenes que colgaban de los muros, hizo una piadosa señal de la cruz, y luego suspiró; se sentía tan deslumbrado ante aquellas bellezas que le saltaban las lágrimas de los ojos, y, finalmente, bien hubiera querido hasta decir una oración; pero tenía miedo de arrodillarse en las lisas y brillantes tablas y ensuciarlas.

Además, el cura volvió en seguida de la habitación, y dándole una *zlotowka* (1), le dijo:

— Que Dios te bendiga, Kuba; tú eres un buen hombre y piadoso, porque vienes a la iglesia cada domingo.

Kuba le abrazó las rodillas, pero estaba tan aturdido de gozo que volvió a encontrarse en la carretera sin saber cómo...

— ¡Pero es posible! ¡Tanto dinero por tan poca caza! ¡Este querido señor cura! — murmuró guardando su moneda. Ya le había llevado varias veces diferentes aves, o un lebrato, o setas, pero aun no le había dado nunca tanto; a lo sumo una *dziesiontka* o una buena palabra... ¡Pero hoy!... ¡Jesús bien amado! ¡Una *zlotowka!* ¡Y le había hecho entrar en su cuarto y le había dicho tantas cosas amables!... ¡Jesús! Sentía como una bola en la garganta, las lágrimas le brotaban de los ojos y sentía en el corazón un calor tan intenso como si alguien le hubiese puesto ascuas en el hueco del estómago.

—¡No hay más que el cura para respetaros como un hombre, no hay más que él!... ¡Que el Dios de bondad le dé la salud, y Nuestra Señora de Czenstochowa también!... ¡Y qué buen corazón!... Todo el pueblo, campesinos y criados, todos sin excepción, no le llamaban nunca más que patacoja, zopenco o majagranzas, y jamás nadie le dirigía una buena palabra ni tenía compasión de él, a no ser las perdices o los gozques... y, sin embargo, él era de buena familia... hijo de campesino propietario... nada de niño expósito... nada de vagabundo... sino un verdadero cristiano, un católico...

---

(1) Florín polaco = 60 céntimos.

Levantó la cabeza, y la levantó aun más; se irguió cuanto pudo, y, desde su altura, con aire casi provocador, miró a la gente, a las personas que entraban en el cementerio, a los caballos que estaban junto al muro, cerca de los carruajes; se hundió la gorra en la cabeza, toda llena de plica, y lentamente, dignamente, se dirigió hacia la iglesia como un propietario, las manos metidas en el cinto y barriendo tan bien el polvo con su pierna torcida que se elevó una nube detrás de él.

No, hoy no se quedó atrás, como hacía siempre, como le correspondía hacer; se abrió paso entre la muchedumbre con los codos y llegó hasta frente al mismo altar mayor, donde únicamente se situaban los propietarios, donde se ponían Boryna y el alcalde en persona, donde se colocaban los portadores del palio bajo el cual se ponía el señor cura, o bien los que, con cirios como adrales montaban la guardia cerca del altar al tiempo de alzar.

Todos le miraron extrañados, pasmados, y más de una vez oyó una palabra desagradable y soportó miradas como las que se lanza a un perro que va a colarse donde no le han llamado. Pero esto le era ahora enteramente igual; apretaba el dinero en el puño y tenía el alma llena de dulzura y de bondad, sí, verdaderamente, y se sentía como después de haber confesado; y hasta mejor aun.

Empezó el oficio.

Se arrodilló muy junto a la verja y cantó con los demás, piadosamente abstraído en la contemplación del altar, donde se hallaba, en lo alto, el Dios Padre, un señor severo de cabellos blancos, enteramente parecido al señor de Drzazgowa Wola, y donde, en medio, le miraba Nuestra Señora de Czenstochowa en persona, envuelta en un manto de oro... Por doquiera brillaban los dorados, los cirios eran un ascua, se erguían ramilletes de flores rojas de papel... De los muros y las vidrieras de color se destacaban aureolas de oro, rostros severos de santos, y radios de oro, de púrpura, de violeta, caían como un arco iris sobre su cara y su cabeza, como si estuviese sumergido en el estanque antes de la puesta del sol, cuando éste se refleja en el agua. Se sentía

como en el cielo en medio de todos aquellos esplendores, tanto que no osaba moverse, sino que permanecía arrodillado sin quitar los ojos del dulce rostro casi negro de la Virgen Madre de Czenstochowa. No hacía más que rezar oración tras oración con sus labios desecados, y luego cantaba con toda la fuerza de su alma creyente, con tal fervor y un corazón tan lleno de éxtasis, que su voz ronca y alterada resonaba más alta que las demás.

—¡Eh, Kuba! ¡Bala usted como una verdadera cabra judía! — le cuchicheó alguien a su lado.

— Por nuestro Señor Jesús y por la Santísima Virgen... — dijo a media voz interrumpiéndose, porque se hacía el silencio en la iglesia.

El cura subió al púlpito y todos alargaron el cuello por ver mejor al sacerdote, con sobrepelliz blanco, que se inclinó por encima del pueblo y leyó el Evangelio; las luces y los colores de las ventanas le inundaban de tal manera que a todos les parecía como un ángel deslizándose por un arco iris... El cura predicó largo tiempo, y con tanta fuerza que más de uno suspiraba con corazón contrito; a varios se les saltaban las lágrimas, y tal otro bajaba los ojos, se arrepentía en su alma y en su conciencia y prometía enmendarse... En cuanto a Kuba, contemplaba al cura como hubiera contemplado una imagen santa; no podía convencerse de que fuese el mismo buen señor que le había hablado y le había dado la monedita, porque ahora tenía el aire de un arcángel en el carro de fuego de la aurora, su rostro había palidecido, sus ojos fulminaban rayos, mientras levantaba la voz y reprochaba al pueblo todos sus pecados de avaricia y de embriaguez y de injusticia y de irreverencia para con las personas de edad y de impiedad. Les exhortaba a plena voz a volver atrás dentro de sí mismos y les rogaba y les suplicaba y les conjuraba. Kuba no pudo contenerse. Se echó a temblar interiormente bajo el peso de sus pecados, de sus pesadumbres y de sus contriciones, estalló en sollozos convulsivos, y trás él siguió todo el pueblo, tanto las mujeres como los campesinos propietarios. Durante un buen rato no se oyó en la iglesia más que llantos, sorbidos

y el ruido de los que se sonaban, y cuando, a la oración de la penitencia, se volvió el presbítero hacia el altar y cayó de rodillas, un largo gemido recorrió la iglesia, y como un bosque encorvado por la tormenta, los fieles abatieron los rostros contra las losas en medio de una espesa tolvanera que envolvió como en una nube aquellos corazones contritos que imploraban la misericordia del Señor con lágrimas, suspiros y gritos.

Luego se restableció el silencio, el silencio de la oración y del coloquio íntimo con el Señor, porque la misa mayor empezaba y los órganos dejaban oír su gran voz humilde, profunda y como ensordecida. El alma de Kuba se desvanecía entonces en las delicias de una dicha indecible...

Después, la voz del sacerdote se elevó de pronto desde el altar y se cernió por encima de las cabezas inclinadas en un santo torrente de penetrantes sonidos; las campanillas repiquetearon en un corto vuelo, las humaredas de incienso formaron columnas de perfume y cubrieron como un nublado a los fieles arrodillados o en oración inundando a Kuba de tal voluptuosidad que no podía hacer más que suspirar, tender las manos, golpearse el pecho y casi pasmarse de dulzura. Los murmullos de las oraciones, los suspiros, las bruscas exclamaciones, los gemidos dispersos, los alientos cálidos, las luces, las humaredas, la voz de los órganos, todo esto le sumía como en un santo éxtasis y en el olvido del mundo.

— ¡Jesús! ¡Jesús mío, bien amado! — murmuró deslumbrado e inconsciente, mientras apretaba fuertemente la *zlotowka* en el puño; y cuando, después del acto de alzar empezó a pasar Jambrozy con su plato y a hacer sonar el dinero para que se comprendiese que colectaba para los cirios, Kuba se levantó, echó su pieza con fuerza y tomó sosegadamente su moneda de veintiséis *grosz*, como lo hacían los labriegos propietarios.

— ¡Qué Dios le bendiga! — se oyó decir con fruición.

Y cuando distribuyeron los cirios, porque el oficio era con exposición del Santísimo Sacramento y procesión, Kuba tendió atrevidamente la mano; pero, aunque ardía en de-

seos de tomar un cirio entero, se contentó, sin embargo, con el más pequeño, un simple cabito, porque chocó con la mirada severa y amenazadora de la Dominikowa que estaba a su lado con Jagusia; lo encendió en seguida, porque ya el cura tenía en sus manos la custodia y se había vuelto con ella hacia los fieles que se prosternaron rostro en tierra. Entonó el himno, descendió lentamente las gradas del altar, y se abrió paso entre la doble muralla de cabezas apretadas que cantaban en medio del esplendor de vivos colores y el centelleo de los cirios.

La procesión se puso en marcha, vibró la voz potente de los órganos, las campanillas se pusieron a sonar rítmicamente, los fieles entonaron la segunda parte y cantaron al unísono, con la voz inmensa de la fe; delante de la multitud, entre las sinuosidades de las temblonas luces, relucía la cruz de plata; los altares portátiles envueltos en tul, guarnecidos de flores y de coronas doradas, se balanceaban, y ya bajo la gran portada, donde el sol hacía un agujero de luz a través de las nubes de incienso, los estandartes inclinados se desplegaban al viento y batían las alas como aves de púrpura y esmeralda.

La procesión dió la vuelta por la iglesia.

Kuba resguardaba con la mano la llama de su cirio y se obstinaba en permanecer inmediatamente detrás del cura, por encima del cual Boryna, el albéitar, el alcalde y Tomek Klomb sostenían el rojo palio. Bajo el palio resplandecía la custodia y se bañaba tan claramente en los resplandores del sol que a través del cristal se podía ver la sagrada forma, pálida y transparente.

Kuba tenía el espíritu tan ausente que avanzaba tropezando y pisando a todo el mundo.

—¡Eh, ten cuidado, idiota!

—¡Aborto, cojo marrano! —le apostrofaban los demás, sin privarse de largarle algún golpe.

Pero él no oía nada de todo aquello; el canto de los fieles aumentaba de volumen, subía como una columna, se abatía como una ola, e iba a herir al sol pálido; las campanas sonaban sin interrupción con sus labios de bronce hasta ha-

cer temblar los tilos y los arces; aquí y allá alguna hoja rojiza se desprendía y caía sobre las cabezas como un pájaro espantado. En lo alto, muy en alto, por encima de la procesión, por encima de las copas de los árboles inclinados, por encima de la torre de la iglesia, se cernía una bandada de palomas asustadas...

. . . . . .

Después del oficio, la gente se dispersó por el cementerio, cerca de la iglesia; Kuba salió con los demás, pero no se apresuró en volver a su casa, aunque sabía que comerían carne de la vaca degollada; al contrario, se detuvo, charló con sus conocidos, se adelantó hasta cerca de sus amos, Antek y su mujer, que formaban parte de un grupo y hablaban de unas cosas y otras, como es costumbre el domingo, después de misa mayor.

En otro grupo que se había reunido en la carretera, al otro lado de la entrada, el herrador llevaba la palabra. Era un gran mocetón, vestido enteramente como en la ciudad, con una levita negra manchada de cera en la espalda, una gorra azul obscuro, un pantalón que le caía sobre las botas, y una cadena de reloj de plata en el chaleco. Tenía la cara coloradota, los bigotes rojos y el cabello rizoso; peroraba en alta voz y reía ruidosamente. Era el mayor burlón del pueblo y ¡ay de aquel a quien su lengua tomaba por blanco! Boryna miraba de soslayo hacia él y prestaba oído porque tenía miedo de sus habladurías: ni a su propio padre dejaba en paz el albéitar, y con mayor razón tampoco a su suegro, con el cual estaba en guerra por causa de la dote de su mujer; pero no pudo oír nada, y entonces vió a la Dominikowa que salía de la iglesia con Jagna. Iban despacio, pues había multitud de gente en el cementerio, y cambiaban un saludo ora con uno ora con otro, charlando un poco al pasar, puesto que, aunque todas se conociesen y fuesen compañeras o parientes y viviesen en el mismo pueblo (muchas no estaban separadas más que por un seto o una linde), era, con todo, algo muy bueno chismear delante de la iglesia, y no había manera de hacer otra cosa... La Dominikowa hablaba largamente del señor cura, en voz baja y

piadosa; Jagna miraba a la gente. Era igual, por su estatura, a los mozos mejor plantados, y se había compuesto hoy tan bien que atraía las miradas de todos los muchachos, agrupados delante de la verja, en la carretera, y que fumaban cigarrillos y le sonreían con los dientes. Caramba, era tan bonita, iba tan bien compuesta y estaba tan bien formada, que ni siquiera una castellana hubiera podido medirse con ella.

Las jóvenes y también las campesinas casadas que pasaban cerca de ella, la miraban con aire envidioso, y hasta se detenían junto a ella para recrearse la vista con su rica falda de lana rayada que hacía visos encima de ella como un arco iris de Mazuria, con sus altas botinas negras, con sus lazadas con agujetas rojas hasta su media blanca, con su justillo de terciopelo verde tan bordado de oro que os hacía espejuelos en los ojos, con los collares de ámbar y coral que rodeaban su hermoso cuello firme... Un gran haz de cintas de diversos colores colgaba de aquellos collares sobre su espalda, cintas que al andar flotaban al viento como otro arco iris.

Pero Jagna no se daba cuenta de la envidiosa curiosidad de que era objeto. Sus ojos azules buscaban por entre las cabezas y habiendo encontrado la mirada de Antek, fija en ella, se sonrojó, tiró a su madre de la manga y echó adelante sin esperar.

— ¡Espera, Jagna! — gritó su madre detrás de ella, cambiando un saludo con Boryna.

Jagna se detuvo en la carretera porque los mozos la rodeaban en gran número para saludarla; luego apostrofaron de mala manera a Kuba, que la seguía admirado como si estuviese delante de una imagen santa.

Se contentó con escupir y cojeó hasta la casa, porque los amos venían ya y había que echar un vistazo a los caballos.

—¡ Igual que una santa imagen! — exclamó maquinalmente cuando estuvo sentado en la galería.

— ¿Quien, Kuba? — preguntó Jozia que preparaba la comida...

El bajó los ojos, porque sentía vergüenza y miedo de que los demás comprendiesen.

Pero como la comida fué copiosa y prolongada, pronto se olvidó. En efecto, había carne, había col con guisantes, caldo con patatas y como plato delicado una marmitada muy decente de puches a la parrilla con tocino.

Comían despacio, gravemente y en silencio; tan sólo después de satisfecha la primer hambre empezaron a charlar y a disfrutar de las buenas tajadas...

Como aquel día era Jozia la que hacía de ama, no se sentaba más que de tarde en tarde al borde del banquillo, comía deprisa, teniendo buen cuidado de que no faltase comida; de modo que corría a menudo al interior con las cacerolas para añadir algo y para que nadie pudiese decir que se veía el fondo.

Comían en el corredor porque el tiempo era dulce y no venteaba.

Lapa hacía contorsiones y daba ladridos, se frotaba contra las piernas de los comensales, olía las cazuelas hasta que alguien le arrojaba un hueso y con el cual escapaba bajo un banco, o bien, ya porque estuviese contento con la presencia de los amos o porque se pronunciase su nombre, ladraba gozosamente y corría a expulsar a los gorriones que se habían posado sobre los setos, esperando las migajas.

Con frecuencia pasaba alguien por la carretera y saludaba a los que comían, que contestaban todos a un tiempo.

— ¿A lo que parece, has llevado perdices al señor cura? — preguntó Boryna.

— ¡Caramba, sí! — Y dejando la cuchara sobre la mesa, se puso a referir cómo el párroco le había invitado a entrar en su habitación. ¡Qué hermoso era el interior y cuántos libros!

— ¿Y cuándo lee él todo eso? — interrogó Jozia.

— ¿Cuándo? ¡Pues, por la noche, caramba! Se pasea en sus habitaciones, toma te, y no hace más que leer.

— Eso deben ser... todo libros de piedad — precisó Kuba.

— ¡A buen seguro que no son abecedarios!

— ¡Y los periódicos que le trae el correo todos los días! — añadió Hanka.

— Es que en las gacetas se escribe lo que pasa en el mundo... — explicó Antek.

— El herrador, a medias con el molinero, recibe también la gaceta.

— ¡Bah!... ¡Hablarme a mí de la gaceta del herrador! — zumbó Boryna.

— Es precisamente la misma que la del cura — objetó con vivacidad Antek.

— ¿Entonces, la has leído tú también, pues que lo sabes?

— La he leído, claro está, y más de una vez.

— ¿Y no te has vuelto más listo desde que eres carne y uña del herrador?

— Para padre no es listo más que el que tiene a lo menos media hectárea de tierra o su docena de colas de vaca.

— ¡Cierra los morros mientras estoy de buen humor! ¡Ya vuelves a buscar motivo de disputa! Es el pan lo que te hincha, me parece... mi pan...

— ¡Ah, bien, échemelo en cara! Se me atraganta en el gaznate como una espina, como una espina...

— ¡Búscate otro mejor; ve a comer panecillos de pan blanco a cuenta de las tres fanegas de Hanka!

— A cuenta de ellas comeré patatas; pero nadie me las echará en cara.

— No soy yo quien te las echa en cara...

— Pues, entonces, ¿quién?... Le hacen zancajear a uno como un buey, y ni siquiera una buena palabra en cambio.

— Valdría más mendigar por el vasto mundo... No hay que hacer nada, y se lo dan a uno todo.

— A buen seguro que valdría más.

— ¡Entonces ve a probar!

— No iré yo con las manos vacías.

— Yo te daré un bastón. Así tendrás algo con que defenderte contra los perros.

— ¡Padre! — rugió Antek, arrancándose del banco; pero en seguida volvió a caer sentado, porque Hanka lo había asido por la cintura. El viejo le lanzó una mirada ame-

nazadora, hizo el signo de la cruz, porque habían terminado de comer, y le dijo duramente, mientras se dirigía hacia la casa.

— ¡No te cederé yo mi hacienda, no!

Cada cual se fué en seguida por su lado; sólo Antek se quedó en la galería, pensativo; Kuba condujo los caballos al trébol, detrás de los hórreos, y se acostó al pie de la rueda de molino para echar un sueño; pero no pudo dormir. La comida le pesaba en el estómago, y también la idea de que si tuviese una escopeta podría matar bastantes perdices y hasta alguna liebre para llevar caza al señor cura cada domingo.

Al herrador le haría construir un fusil como el que le había hecho al guarda forestal, y que hasta cuando tiraba en el bosque hacía tal estampido que se oía en el pueblo.

— Es un excelente mecánico; pero bien habría que pagarle cinco rublos por un arma así — pensaba. — ¿Y de dónde sacarlos?... El próximo invierno hay que comprar una zalea y mis botas con dificultad llegarán hasta Navidad... Cierto que ellos me deben todavía diez rublos y dos vestidos, pantalones y una camisa... La piel de carnero ya costará cinco rublos, esto siendo corta. Unos tres rublos para las botas... Un casquete nuevo no vendría mal... y tres rublos que llevar al señor cura para la misa por los padres... ¡Nombre de tal... no quedaría nada!...

Escupió, recogió los restos de tabaco del bolsillo de su chaquetón y puso la mano sobre la monedita que la comida le había hecho olvidar...

— ¡Pero aquí hay una moneda, esto es dinero! — De repente, las ganas de dormir se le pasaron; de la taberna llegaba hasta él el son lejano y como tamizado de la música y el eco de los gritos.

— ¡Bailan, los marranos, beben aguardiente y fuman cigarrillos! — suspiró. Volvió a acostarse sobre el vientre, y miró los caballos atados, que se habían reunido y se mordisqueaban la nuca. Y pensó que al anochecer él también debería ir a la taberna, comprarse tabaco y, por lo menos, mirar a los bailadores.

Contempló varias veces su dinero, y luego, el sol, que aun estaba alto. Descendía tan lentamente que se hubiera dicho que él también se tomaba su descansito del domingo... Sentía tal comezón por ir a la taberna que no podía resistir más; se revolvía de un lado a otro, y gemía de tan fuerte como le daba. Pero no se marchó en seguida, porque entonces precisamente Antek salía con Hanka por detrás del hórreo y se iban bordeando el cercado.

Antek iba delante. Hanka le seguía con el rorro en brazos. Andaban lentamente, y a cada momento Antek se agachaba y tentaba con la mano los tallos que brotaban de tierra.

— Esto crece tieso como un cepillo — murmuró; y abarcaba con la mirada aquellas fanegas que el había sembrado como simple arrendatario de su padre.

— Sí, esto crece ubérrimo; pero el de padre es mejor; ¡parece un bosque! — dijo Hanka, mirando los cultivos vecinos.

— Es que la tierra está mejor preparada.

— ¡Si tuviésemos tres vacas, la tierra se fecundaría!

— Y un caballo nuestro.

— Y alguna cría que vender. Pero como estamos, ¿qué hacer? Padre cuenta cada brizna de bodoque, cada monda de patata, y se cree generoso.

— Y te lo echa todo en cara.

Se callaron de pronto, porque el sentimiento de aquella injusticia les inundaba el corazón de pesar, de cólera y de una rebeldía sorda, lancinante.

— Las partes no serían más que de ocho fanegas — dejó escapar él casi inconscientemente.

— ¡Claro, no más! Es que somos Jozka, la mujer del albéitar, Grzela y nosotros — enumeró ella.

— Se podría volver a comprar al herrador su parte de la cabaña y quedarnos con la tierra medio rastrillada.

— ¿Y con qué pagar?... — preguntó ella con tal sentimiento de impotencia que las lágrimas le corrían por las mejillas, mientras abarcaba con los ojos aquellos campos paternos, aquella tierra como oro puro, donde se podían

sembrar cosechas enteras de trigo candeal y de centeno y de cebada y de remolacha... Tanta hacienda y toda ajena... nada de ellos...

— No te quejes, cacho de tonta, siempre serán ocho fanegas para nosotros...

— ¡Si fuese siquiera la mitad, con la cabaña y este campo de coles! — y señalaba a la derecha, hacia los prados, donde se destacaban azulados y largos bancales de coles. Los dos se dirigieron hacia aquel lado.

Se sentaron al borde del prado, bajo los jarales; Hanka dió de mamar al niño, porque empezaba a llorar, mientras Antek liaba un cigarrillo, lo encendía, y miraba, taciturno, el horizonte...

No le decía a su mujer lo que le devoraba las entrañas, lo que le pesaba sobre el corazón como un carbón encendido, porque, en cuanto a él, no hubiera sabido expresarse bien, y en cuanto a ella, no hubiera podido comprenderle...

Era muy natural; una mujer no tiene juicio, no sabe propiamente juzgar las cosas, casi no es más que la sombra que se desprende del hombre...

— Y, luego, las faenas domésticas, los chiquillos, las comadres, este es el mundo entero para ellas. Todas las mujeres son así, todas... — pensaba amargamente, y al pensarlo se le oprimía el corazón... — El ave que vuela por encima de los pantanos tiene mejor suerte que muchos hombres... ¿Qué contrariedades tiene? Vuela por donde quiere, canta, y el Señor Jesús es quien siembra para él los campos, tan bien que no ha de hacer más que recoger y comer...

— Oye, di: ¿es que padre no tiene dinero contante? — preguntó Hanka.

— ¡Pardiez!

— Ha comprado a Jozka unos corales tan hermosos que por el mismo precio hubiera podido comprar una vaca; y continuamente manda dinero a Grzela por medio del alcalde.

— Claro que sí, que le manda... — contestó él, pensando en otra cosa.

— Sin embargo, eso nos perjudica a todos. Y el guarda-

ropas de su difunta, que encierra con llave dentro del baúl sin que pueda uno ni tan sólo ver algo... Y tan buenas telas de lana, mantones, cofias, perlas... — Y se puso a enumerar extensamente todo lo que él poseía, y los tuertos recibidos, y los pesares y las esperanzas... Antek se callaba obstinadamente; al fin, impaciente, ella le dió un codazo:

— Pero ¿qué? ¿Duermes?

— Escucho. ¡Cuenta, sigue contando, eso te aliviará! Y cuando hayas terminado avisa.

Como Hanka era lloricona por naturaleza, y como los pesares se habían acumulado en su pecho, rompió en sollozos, y empezó a reprocharle que le hablase como lo haría a una niña y que se burlase de ella y de los hijos.

Antek acabó por ponerse en pie de un brinco, y gritarle irónicamente:

— ¡Llora a tu placer; las cornejas que andan por ahí te escucharán y te compadecerán! — Y mostraba con la mirada las cornejas que volaban a través de las praderas. Se encasquetó el gorro, y se largó a grandes zancadas hacia el pueblo...

— ¡Antek, Antek! — llamó ella quejumbrosamente; pero él ni siquiera se volvió.

La mujer envolvió al chiquillo, y hecha un mar de lágrimas se volvió a casa, siguiendo el lindero; tenía un peso en el corazón y nadie con quien hablar o con quien lamentarse de su suerte. Vivir siempre como un eremita de los bosques, sin ir siquiera a casa de los vecinos a consolarse un poco, refiriendo sus miserias. ¡Ah, sí, ya le daría Antek comadres! Había que quedarse en la cabaña y zanquear y derrengarse; en cuanto a una buena palabra, ni pensarlo. Las demás mujeres van a las tabernas o a las bodas... ¡Pero con Antek!... ¿Hay tan siquiera medio de tenerlo una vez contento?... Algunas veces era tan bueno como el bálsamo sobre una herida... Después, durante toda una semana, apenas si soltaba una palabra, y ni la miraba tan sólo... siempre cavilar y preocuparse... y había de qué. ¿Es que padre no podría traspasarles su tierra, no era ya tiempo de que el viejo se retirase?... Ella lo mimaría tanto

que ni su mismo padre estaría tan bien en casa de ella... Quiso sentarse cerca de Kuba; pero éste, con la espalda apoyada en la piedra del molino, hacíase el dormido, aunque el sol le daba de lleno sobre los ojos. Pero cuando ella hubo desaparecido detrás del ángulo del hórreo, se levantó, se sacudió las briznas de paja, y se puso en marcha lentamente hacia la taberna, caminando a la sombra de los frutales... Aquella *zlotowka* le abrasaba la mano.

La taberna estaba al extremo de la aldea, detrás de la rectoría, en el punto donde empezaba la carretera de los álamos.

No había todavía mucha gente; la música tocaba a intervalos; pero nadie bailaba, era demasiado temprano; los jóvenes preferían retozar por el jardín de frutales o estarse cerca de la entrada junto a la pared donde había no pocas doncellas y casadas sobre maderos recién aserrados, todavía amarillos; la gran sala, con sus vigas negras, ahumadas, estaba casi desierta; por los ventanucos del techo se filtraba una luz roja crepuscular, tan débil que sólo marcaba una franja en el suelo, y los rincones estaban obscuros. Algunas personas estaban sentadas detrás de las mieses, arrimadas a la pared, pero ¡vayan ustedes a distinguir quiénes eran!

Sólo Jambrozy, con uno de sus compañeros, sacristán, estaba en pie cerca de la ventana, con una botellita en la mano; bebían frecuentemente a su salud recíprocamente, y charlaban.

—¡Esta baila como las moscas en la pez! ¡Eh, Jewka, sacúdete ya, vamos! ¡Ha correteado toda la noche, no se sabe por dónde, y ahora duerme bailando! ¡Tomek! ¡Más deprisa, hombre! ¿Tanto te pesa la medida de avena robada que le has vendido a Jankiel?... ¡No tengas miedo, el padre no lo ha visto aún! ¡Marysia, eso es: ve con los quintos y en seguida invítame a ser madrina!...

Era Jagustynka la que lanzaba tales pullas a unos y otros bailadores; no ponía nunca freno a su lengua y a todo el mundo culpaba de que sus hijos la hubiesen abandonado y de que en su vejez tuviera que ganarse la vida tra-

bajando a jornal. Pero, como nadie contestaba, cesó de gritar y pasó a la alcoba donde estaban sentados el albéitar, Antek y algunos labriegos jóvenes.

Una lámpara colgaba del negro techo e iluminaba con una débil luz amarillenta aquellas cabezas rubias de pelo revuelto; estaban sentados en torno a la mesa, con los codos sólidamente apoyados, y todos tenían los ojos fijos en el herrador, que, muy colorado e inclinado sobre la mesa, desplegaba los brazos, golpeaba con el puño y hablaba conteniendo la voz.

Los contrabajos gruñían como un esparaván que hubiese entrado por equivocación en una estancia y palmotease con las alas, revoloteando. A veces, un violín piaba de pronto como un pajarillo de reclamo, o bien un tamboril batía y redoblaba. Luego, se imponía el silencio.

Kuba se fué derecho al mostrador detrás del cual estaba sentado Jankiel, tocado con su gorro y en mangas de camisa, pues hacía calor; acariciaba su barba blanca, se balanceaba, y leía atentamente en un libro, con los ojos casi pegados a las páginas.

Kuba reflexionaba, descansaba sobre una pierna, luego sobre la otra, contaba su dinero, se rascaba las plicas, y estuvo así tanto tiempo que Jankiel levantó los ojos hacia él, y, sin interrumpir su balanceo ni su oración, hizo tintinear varias veces sus copitas...

— ¡Medio cuartillo, pero del fuerte! — gritó por fin.

Se lo vertió Jankiel sin decir palabra y tendió la mano izquierda para recibir el dinero.

— ¿En un vaso? — preguntó después de introducir en su cajón las monedas de cobre.

— ¡Pardiez! ¡No, en un zapato!...

Se fué al extremo del mostrador, bebió un primer vaso, escupió y se puso a mirar a cuantos había en la taberna; sorbió el segundo, examinó la botella a contraluz y dió un fuerte golpe sobre el mostrador.

— ¡Déme otro, y tabaco!—dijo con más osadía, porque un calor dulce lo invadía después de beber el aguardiente y una fuerza desacostumbrada se esparcía por sus huesos.

— ¿Entonces, Kuba ha recibido hoy su salario?

— No. ¿Cómo es posible?... ¿Es por ventura año nuevo?

— ¿Hay que echar arac?

— No... no precisa. Volvió a contar su dinero y contempló tristemente la botella de arac.

— ¡Le doy crédito! ¡Como si yo no conociese a Kuba!

— No, no conviene... Quien pide una vez prestado pronto queda sin calzado... — dijo con vivacidad.

A pesar de lo cual, Jankiel le puso delante la botella de arac.

El se resistió, hasta hizo ademán de salir; pero aquel cochino arac olía tan bien que le daba comezón en las narices; abandonó, pues, toda resistencia y bebió de un trago, sin hacerse reflexiones.

— ¿Se han ganado en el bosque?... — preguntó pacientemente Janquiel.

— No, no en los bosques... Unas perdices que cacé con trampa; he llevado seis al señor cura, y me ha dado una *zlotowka*...

— ¡Una *zlotowka* por seis! Por cada una yo le hubiera dado a Kuba una *dziesiontka* (1)!

— ¡Cómo! pero ¿las perdices son *koszer* (2)?

— Que Kuba no se preocupe por eso... que cuide sólo de traerme muchas, y por cada una recibirá al contado, en la mano, una *dziesiontka*. Y para quedar ahora de acuerdo, pago una fina, ¿eh?...

— ¿Es decir, que Jankiel pagaría toda una *dziesiontka* por cada una?

— Mi palabra no es viento. Y por esas seis, Kuba no hubiera bebido dos medios cuartillos de *schñaps* (3), sino

---

(1) La *zlotowka* vale 30 *grosz* (15 *kopeks*); partida entre seis, dan 5 *grosz;* la *dziesiontka* vale 10 *grosz:* Jankiel pagaba doble.

(2) Sabido es que para los judíos hay carnes impuras (como el cerdo) que su religión les prohibe comer: *koszer* significa carne pura.

(3) Aguardiente fuerte, hecho de cualquier cosa; es nombre genérico que no indica más que alcohol.

cuatro con arac... y un arenque, un panecillo y un paquete de tabaco... ¿Es que Kuba comprende?

— ¡Pardiez!... Cuatro medios cuartillos con arac, y un arenque... y... pardiez, no soy una cabeza de ganado, ¡comprendo!... Es esto... cuatro medios con arac... Y tabaco y panecillos... y todo un arenque (1). — La *wodka* le subía ya a la cabeza y le embrollaba un poco las cuentas.

— Entonces ¿Kuba me traerá perdices?...

— Cuatro medios cuartillos... y un arenque... y... Yo traeré... ¡Voto a diez, si yo tuviera un fusil!... — dijo un poco repuesto; y empezó a contar otra vez. Una piel de carnero, cuasimente cinco rublos... un par de botas no vendrían mal... unos tres rublos... no, no basta... y el herrador ¡vaya si pediría cinco rublos por un fusil... tanto como a Rafal... no... — pensaba en voz alta.

Jankiel hizo una cuenta rápida con la tiza, y le susurró al oído:

— ¿Es que Kuba sabría cazar una corza?

— Pardiez, con el puño no, pero con un fusil, la cochina bestia estaría pronto en tierra.

— ¿Kuba sabe tirar?...

—Jankiel es un judío, y siendo judío lo ignora; pero todo el mundo en el pueblo sabe que fuí al bosque con los señores (2) y que una bala me atravesó esta zanca. Entonces... como saber, sé...

— Soy yo quien te dará el fusil, la pólvora, todo lo necesario... y lo que Kuba mate, me lo traerá... Por una corza yo le daré todo un rublo... ¿es que oye?... ¡todo un rublo! Por la pólvora Kuba pagará quince *kopeks* por pieza, los deduciré... y para pagar el desgaste del fusil, que a la larga, se gastará, Kuba me traerá un cuarta de fanega de avena...

— Un rublo por un corzo... y yo quince *kopeks* por la pólvora... ¡todo un rublo!... ¡y cómo es eso!...

Jankiel le sacó otra vez las cuentas en detalle...

---

(1) Se refiere al arenque ahumado más grande que la caballa, generalmente de 30 centímetros.

(2) Alusión a la insurrección de 1863.

— ¿Avena?... ¡Voto a tal; pero yo no voy a sacarla de bajo el hocico de los caballos!... — Esto era solamente lo que había comprendido.

— ¿Por qué quitársela a los caballos? La hay también en otras partes, en casa de Boryna...

— ¿Cómo es eso?... — Tenía los ojos dilatados y reflexionaba.

— Todos lo hacen así... ¿Pues de dónde creía Kuba que sacan los criados el dinero?... ¡Todos tienen necesidad de tabaco, y de una copita de *wodka*, y de bailar el domingo!... ¿De dónde sacarían ese dinero?

— Entonces... ¿soy yo un ladrón, cacho de leproso, o qué?... — tronó de repente, golpeando la mesa y dando tal puñetazo que los vasitos saltaron.

— ¿Por qué se enfurece Kuba? ¡Que Kuba pague y que se vaya al diablo!

Pero Kuba no pagó y no se fué, no tenía dinero y debía al judío... Entonces, no pudo hacer más que apoyarse con pesadez en el mostrador y ponerse ensoñadamente a contar. Entre tanto Jankiel se dulcificó y le llevó todavía la copa; pero esta vez arac puro... y no dijo nada...

Poco a poco la taberna se había ido llenando, pues el crepúsculo obscurecía; habían encendido luces, la música tocaba a compás más vivo y el rumor de las voces iba en aumento; la gente se agrupaba ante el mostrador, junto a las paredes y hasta en medio de la sala, y discutía, altercaba, se quejaba. Aquí y allá, uno bebía a la salud de otro, pero raramente, porque no habían venido para emborracharse, sino más bien por el placer de encontrarse entre vecinos, de chismear, de oír los violines o los contrabajos y de enterarse de lo que había de nuevo. Era domingo, pardiez; por lo tanto no era un pecado descansar, ni satisfacer su curiosidad, ni siquiera vaciar una copita con los camaradas... Con tal de que todo se haga decentemente y sin ofender al buen Dios, el mismo señor cura no tenía nada que decir... porque, en fin, hasta las bestias, también, están contentas de descansar después del trabajo y es necesario que descansen. En torno a la mesa se habían sentado los

campesinos de más edad y algunas mujeres vestidas con faldas de lana roja y pañoletas que les daban aire de malvas abiertas. Y como todos hablaban a un tiempo, un gran ruido, como un rumor de bosque, llenaba la taberna: era un golpeteo de pies, como batidas de trillo en la era, sin contar el son de los violines que tocaban constantemente aires retozones.

— Y quién va a correr en pos de mí,... correr en pos de mí...

— Voy yo... voy yo... voy yo... — proseguían los contrabajos con sus notas quejumbrosas; y el tamboril no hacía más que redoblar, bufonear y loquear en un repiqueteo de sonajas. Los bailadores eran poco numerosos; pero golpeaban el suelo con los pies tan rudamente, que las tablas del piso rechinaban, la mesa temblaba, las botellas entrechocaban a veces, y las copitas se tumbaban...

Pero no había mucho empuje, porque la ocasión, tal como desposorio o boda, faltaba. Se bailaba para uno mismo, por el placer de bailar o por desentumecerse las piernas o la espina dorsal. Sólo iban más allá los mozos que habían de partir para el servicio militar a fines de otoño; bebían para olvidar la pena, lo que no es de extrañar porque iban a echarlos al vasto mundo, entre extranjeros.

El hermano del alcalde era el que gritaba más fuerte, y después de él Martín Bialek, Tomek Sikora y Pablo Boryna, primo hermano de Antek. Este último había llegado también a la taberna entre dos luces, pero no bailaba; estaba sentado en la alcoba con el albéitar y los demás. Uno que era también bastante alborotador era Franck, el criado del molinero; pequeño, nervudo, el pelo encrespado, era el peor de los charlatanes, y, además, burlón, y tan engolosinado con las mozas que a menudo cosechaba golpes y arañazos en la cara. Pero, como hoy no había tenido que hacer nada más urgente que emborracharse como un cerdo, estaba quieto, de pie cerca del mostrador, con la gruesa Magda que servía en casa del organista, que estaba ya de seis meses.

El cura le había dirigido reprensiones por este motivo

desde lo alto del púlpito, y le había compelido a casarse; pero Franck no quería oír hablar de ello, porque, debiendo partir para el servivio en otoño, ¿a qué una mujer?...

Precisamente Magdusia le estaba llevando a un rincón, hacia el banquillo de la estufa, y le decía algo con voz lacrimosa; pero él le contestaba cada vez:

— ¡Cacho de tonta! ¡No he sido yo que el te ha corrido detrás!... Yo pagaré el bautizo, y si estoy de buena luna, me alargaré hasta un rublo más... — Como no estaba en sus cabales, la empujó y ella cayó sentada en el banco de piedra de la estufa, cerca de Kuba, que dormía ya en la ceniza con las piernas a un lado. Allí continuó sus ahogados sollozos. Franck se fué otra vez a beber y a bailar con las sirvientas; las hijas de campesinos no querían nada con él, porque ¿qué es un mozo de molino?, no mucho más que un criado. Y las muchachas más sencillas le volvían también la espalda, porque estaba ebrio, y hacía toda clase de tonterías bailando. Entonces escupió y se puso a abrazarse con Ambrosio y con diferentes labriegos que le trataban porque tenían su respectivo trigo en el molino...

— A la de usted Franck, y dese prisa en moler, porque mi mujer me da murga continuamente porque no tiene ni una miaja de harina para hacer buñuelos.

— Y la mía me remacha los oídos todos los días con su harina de centeno.

— Me hace gran falta también, por el marrano que cebamos... — decía un tercero.

Franck bebía, prometía y se jactaba ruidosamente de hacer él la ley en el molino: el molinero, según él, estaba muy obligado a escucharlo; ¡porque sabía tantos resortes, como criar gusanos en los cofres de grano... dejar el río seco... reventar los peces sólo soplando sobre el estanque... poner la harina agria de modo que nadie pudiera hacer bizcochos!...

— ¡Cómo te desplumaría tu cabeza de carnero si me hicieras eso! — clamó Agustina que estaba siempre donde estaba todo el mundo, pues aunque no bebía (porque era muy raro que tuviese un *grosz* contante) podía ocurrir, con todo, que un compadre le pagase un medio cuartillo, y un

pariente, otro, porque se tenía miedo a su lengua puntiaguda. Por lo cual, aunque Franck estaba ebrio, tuvo miedo de ella y se calló, porque sabía diferentes cosas referentes a él y las combinaciones que hacía en el molino. Pero, como ya estaba un poco achispada, se plantó las manos en las caderas, golpeó el suelo con el pie a compás, y dijo:

— Os digo la verdad, así está escrito en la *Gaceta* en blanco y en negro... ¡No todo el mundo en esta tierra vive como nosotros, eso no! ¡Es una hermosura! El señor es tu amo, el cura es tu amo, el empleado es tu amo, y a ti no te toca más que trajinar y morir de hambre, hacer reverencias a todo el mundo para no recibir algo en mitad de la jeta...

—¡ Y sin tierra bastante! ¡Que siga esto un poco más y ya no habrá medio siquiera de que cada cual tenga un surco!

— ¡Y el señor solo tiene más de dos pueblos juntos!

— Ayer oí decir en el juzgado que van a distribuir nuevas tierras.

— ¿Y cuáles?

— ¡Pardiez, las del castillo!

— ¡Quita de ahí! ¿Las habéis dado a los señores y pensais volver a tenerlas? ¿No veis eso? ¡Ya disponen de la propiedad de los demás! — exclamó Jagustynka riendo e inclinándose hacia ellos.

—... Y se gobiernan por sí mismos — dijo el albéitar sin fijarse en lo que decían las mujeres —; y todos aprenden en la escuela, habitan en castillos y son los amos en sus casas...

— ¿En qué país suceden esas cosas? — preguntó Antek.

— En los países cálidos — fué la respuesta.

— Si se está tan bien, ¿por qué el herrador no ha partido para allá?... Ese puerco asqueroso miente como un perro, os cuenta patrañas y sois lo bastante tontos para creerle — exclamó ella fuera de sí.

— Se lo digo de buena manera: váyase, Jagustynka, váyase por donde ha venido...

— ¿Yo? ¡No me moveré de aquí! ¡La taberna es para todo el mundo, y con mis tres *grosz* valgo tanto como tú! ¡Y quita allá! Ese remedo de maestro es el doméstico de los

judíos, se entiende con los empleados del gobierno, se quita el gorro delante del señor apenas le ve, por muy lejos que esté. ¿Y a un tipo así le creéis?... ¡Charlatán de su calaña!... Yo sé lo que... — pero no terminó porque el albéitar la cogió vigorosamente por las costillas, abrió la puerta con el pie y la echó a la sala grande en medio de la cual cayó tendida tan larga como era.

Ni siquiera blasfemó, sino que se levantó, y dijo alegremente:

— Ese puerco es fuerte como un caballo; uno así es lo que me convendría para marido...

Todo el mundo se desternillaba de risa y ella salió en seguida, renegando a media voz.

Seguidamente cesó la música y se dispersó la gente hacia sus casas. Algunos formaron grupos frente a la taberna, pues la noche era cálida y clara y brillaba la luna. Sólo los quintos estaban aun dentro y bebían a más y mejor, con gran algarabía. En cuanto a Jambrozy, borracho como una cuba, se había arrastrado hasta en medio de la carretera, y tarareaba, rodando de un lado a otro.

Los de la alcoba se fueron también, con el herrador al frente.

Al fin, cuando ya Jankiel empezaba a apagar las luces, los reclutas desamarraron y cogiéndose uno a otro sólidamente por debajo de los brazos, ocuparon todo el ancho de la carretera, cantando a grito pelado; hasta los perros ladraron, y mucha gente sacó la nariz de su cabaña...

Kuba seguía durmiendo en la ceniza y tan de firme, que Jankiel tuvo que despertarlo; pero el criado no quería levantarse de ningún modo y daba patadas y puñetazos al aire y refunfuñaba:

— ¡Lárgate de aquí, judío! ¡Dormiré si me da la gana!... ¡Yo soy un propietario, hago lo que quiero!... ¡pero tú no eres más que un puerco sarnoso!

Un cubo de agua le ayudó a levantarse y le puso un poco en orden las ideas. Pero se enteró con espanto de que había bebido por más de un rublo.

— ¿Cómo es eso? — Dos medios cuartillos con arac...

un arenque... tabaco... y otra vez dos medios cuartillos... ¿eso hace un rublo redondo?... ¿cómo es eso?... dos... — No tenía la cabeza consigo.

Jankiel acabó de persuadirle, y se entendieron en lo tocante a la escopeta, que el judío debía traerle de la feria, y para acabar el contrato, le invitó a una copa.

No faltaba más que la avena, que Kuba no se comprometió a traer.

— El padre de Kuba no era un ladrón; por lo tanto, su hijo no es un ladrón.

— Váyase, es hora de dormir... y aun he de rezar mis oraciones...

— ¡Maldito especulador! Os induce a robar, y después de esto, va a rezar sus oraciones. — murmuró, encaminándose a la casa. Y se puso a recordar y a hacer cálculos porque no le podía entrar en la cabeza que hubiese bebido todo un rublo... Pero, como aun no había vuelto en sí completamente, y el aire le penetraba, iba un poco torcido, y una vez o dos fué a dar contra un seto o contra una pila de madera de construcción puesta en alguna parte delante de las cabañas, lo que le hacía soltar ternos...

— Así os den los cólicos, bellacos... ¡Cerraros así la carretera!... Se han puesto curdas esos guarros... y el señor cura les sermonea por nada... el señor cura... — En este momento se detuvo largo rato, y reflexionó. Al fin, tuvo conciencia de su estado y le dió tanta pena, que miró en torno suyo, se bajó buscando algo duro para apretarlo en la mano... pero olvidó esto, se agarró los mechones del pelo, y empezó a propinarse furiosos puñetazos en la cara y cabeza, insultándose:

— ¡Eres un granuja y un puerco asqueroso! Te voy a llevar a rastras delante del señor cura para que te eche un sermón en presencia de todo el mundo porque eres un perro y un badulaque... que has bebido dos medios cuartillos, luego otros dos... por todo un rublo... que eres una bestia, o algo peor... que tú...

Y de repente, tuvo tan gran compasión de sí mismo, que se sentó en el suelo y estalló en sollozos.

La luna clara, enorme, nadaba en las extensiones sombrías y aquí y allá centelleaban estrellas como clavos de plata; la niebla se cernía por encima del pueblo como una telaraña gris y baja y se extendía como un velo por encima del agua. La calma insondable de una noche de otoño envolvía el mundo. Todo lo más que se percibía eran los cantos de los bebedores que volvían de la taberna, o el ladrar de los perros.

En la carretera, frente a la taberna, Jambrozy rodaba de un lado a otro y cantaba interminablemente, hasta que esto le serenase:

¡Oh, María, mi María!
¿Para quién haces cerveza?
¿Para quién haces cerveza?
¡Oh, María, mi María!...

V

CADA día que pasaba se acercaba más al corazón del otoño.

Días descoloridos se arrastraban por los campos vacíos, tétricos, e iban a morir en los grandes bosques, cada vez más mudos, cada vez más pálidos, como santas hostias al resplandor de cirios que se apagan.

A cada nueva aurora, se levantaba el día más perezosamente, aterido de frío, todo escarchado, en el silencio doloroso de la tierra agonizante; un sol pálido y tardo florecía en las profundidades, entre guirnaldas de cornejas y de chovas que emprendían el vuelo hacia la aurora, resbalaban casi al ras de los campos y croaban sordamente, prolongadamente, dolorosamente... y en pos de ellas corría un viento frío y cortante que perturbaba las aguas entumecidas, quemaba lo que quedaba de verdura y arrancaba sus últimas hojas a los álamos inclinados sobre las carreteras, y ellas se deslizaban silenciosamente como lágrimas, las lágrimas sangrientas del verano difunto, y caían inertes sobre la tierra.

Al llegar el alba las aldeas despertaban cada día más tarde: el ganado iba a los pastos con paso más perezoso, los goznes de las barreras chirriaban más quedamente, y las voces perdían en sonoridad, ensordecidas por el sombrío

silencio de los campos desiertos, y la vida misma tenía un ritmo más dulce, más temeroso. A veces, delante de las cabañas o en los campos, se paraba la gente de pronto, con la mirada perdida en la lontananza crepuscular y azul... o por encima de la amarillenta hierba se levantaban potentes cabezas cornudas, y, rumiando con calma, anegaban sus grandes ojos en la extensión de la lejanía, lejos... lejos... y, de tiempo en tiempo, un mugido lúgubre repercutía por los campos vacíos.

Al llegar el alba, cada día era el crepúsculo más largo y más frío, y las humaredas se desenrollaban más bajas por los huertos de frutales desnudos, y venían a la aldea más pájaros en busca de abrigo junto a los hórreos y las muelas de molino, y las cornejas se posaban en las aristas de los tejados o se prendían a los despojados árboles, o revoloteaban por encima del suelo graznando sordamente como si entonasen el canto lúgubre del invierno.

Las tardes eran soleadas; pero tan inanimadas y tan mudas que el murmurio del bosque llegaba hasta la aldea con sordo rumor, y el murmullo del río parecía un sollozo doliente mientras que las briznas de hilos de araña acudían no se sabe de dónde y desaparecían en las recortadas y frías sombras de las cabañas.

En aquellas tardes tranquilas había la tristeza de una agonía; el silencio se cernía sobre las carreteras desiertas y en los huertos frutales, despojados de su verdor, se agazapaba la doble melancolía de los pesares pasados y de las preocupaciones por venir.

Y con frecuencia, siempre con mayor frecuencia, en el cielo se acumulaban nubes grisáceas, de modo que había que abandonar los campos a la hora en que, en verano, no se hacía más que merendar, porque el crepúsculo invadía el mundo...

Se terminaba las labores de otoño y más de uno revolvía el último terrón cuando ya había obscurecido, luego echaba una última mirada a su campo, y se despedía de él con un suspiro, hasta la primavera.

Y antes de llegar la noche, llovía con frecuencia. Aque-

llas lluvias eran todavía breves, pero frías, y cada vez con más frecuencia se prolongaban hasta que cerraba la noche, hasta el fin del largo crepúsculo otoñal, dentro de cuya densidad las ventanas de las chozuelas lucían como flores doradas y los baches llenos de agua se iluminaban como vidrio en las solitarias carreteras, y la noche húmeda y fría se clavaba en las paredes y gemía en los huertos frutales.

Hasta la cigüeña del ala rota que se había quedado y que se veía chapotear solitariamente en las praderas, tomó la costumbre de ir hasta la piedra de molino de Boryna, es decir, hasta dentro del patio, donde Witek se apresuraba a echarle de comer para atraerla.

Los mendigos menudeaban las visitas a la aldea; los mismos mendigos de siempre, con sus interminables súplicas, que iban de puerta en puerta con su profunda alforja y su larga oración, acompañados por los ladridos de los perros; pero había también otros que pertenecían a los que regresan de las ciudades santas; conocían Ostra Brama, Czenstochowa y Kalwarya, y estaban contentos de referir durante las largas veladas lo que pasaba en el mundo y qué milagros habían ocurrido en alguna parte, y entre ellos había uno que decía en voz baja venir de Tierra Santa, y relataba tales maravillas, y conocía tales países, y había atravesado mares tan grandes y le habían pasado tantas aventuras, que sus piadosos oyentes estaban poseídos de estupefacción y algunos difícilmente llegaban a creer lo que oían... Pero escuchaban con avidez, porque todo el mundo se alegraba de saber algo nuevo. Las veladas eran largas y había tiempo para dormir cuanto se quisiese hasta el alba.

¡Sí!... Era el otoño, el atrasado otoño...

En el pueblo no se oía ya ni cantos, ni gritos de júbilo, ni píos de pájaros, ni voces llamando, ni nada más que el viento que gemía en las techumbres de bálago, nada más que las lluvias que azotaban los cristales de las ventanas como con fragmentos de vidrio, nada más que el martilleo sordo y aumentado de día en día de los trillos en las granjas.

Lipce se moría como los campos en torno suyo, que agotados, grises, despojados, yacían en un sosiego y un re-

poso rígidos; como sus árboles desnudos, torcidos, enlutados, que se amodorraban lentamente para el largo, muy largo invierno.

¡Era otoño, la propia madre del invierno!

Pero la gente se consolaba diciéndose que las grandes lluvias tardarían todavía, que las carreteras no estaban aún intransitables, y que tal vez el buen tiempo duraría hasta la feria, a la que iría todo Lipce como a un jubileo.

La feria que debía celebrarse por Santa Cordulia, era la última feria importante antes de las fiestas de Navidad, y por esto cada cual hacía ya sus preparativos.

Desde algunos días antes no se oía en el pueblo más que las preguntas de siempre: ¿qué se podía vender? ¿ganado, grano o volatería? Y como se estaba a las puestas del invierno, no había poco que comprar también, en cuestión de vestidos, utensilios y diferentes enseres domésticos; de donde se derivaban no pocos fastidios y querellas y disputas; pues ya se sabe ¡Dios mío! que nadie nada en oro y que cada día se hace más difícil encontrar *grosz* contantes.

Y era precisamente la época en que había que pagar los impuestos y las contribuciones comunales, y diferentes deudas unos a otros, y con frecuencia devolver el dinero recibido en préstamo antes de la cosecha; sin contar, para algunos, el pago de los salarios a los criados, tantos gastos que pagar a la vez, que no pocos, aun los que poseían su media fanega daban grandes suspiros y calculaban que no podrían salir del atolladero sin llevar a la feria un caballo o una vaca.

¡En cuanto a los pobres, no hablemos de ellos!

Así que más de un labriego sacaba su vaca delante del establo, limpiaba sus costados llenos de cazcarria con un puñado de paja, y por la noche ponía delante de ella trébol o cebada hervida con patatas para que se rellenase un tantico siquiera; otro se daba mil trabajos por su matalón completamente ciego, para que tuviese al menos un poco de parecido con un verdadero caballo.

Otros se encarnizaban en trillar trigo días enteros, para estar libres el día de la feria.

En casa de los Boryna también se hacían grandes preparativos; el viejo acababa de trillar el candeal con Kuba; y Jozka pasaba con Hanka todo el tiempo que le quedaba libre en cebar una verraca y algunos ánsares escogidos entre los que habían quedado de la pollada. En cuanto a Antek y a Witek, como se esperaba que lloviese un día u otro, iban al bosque a buscar leña muerta para la lumbre y pinocha, una parte de la cual fué al establo y la restante la amontonaron alrededor de la cabaña para revestir durante el invierno el exterior de los muros.

Todos esos trabajos precipitados duraron hasta noche avanzada, la víspera de la feria; sólo cuando el candeal estuvo ensacado y los sacos cargados en el carricoche, de antemano llevado al hórreo, y cuando todo estuvo listo para el día siguiente, todos se sentaron a la mesa para cenar en el interior de los Boryna.

En la chimenea llameaba alegremente una gran lumbre de ramas de pino que no cesaban de crugir; comían despacio y en silencio porque el cansancio les quitaba las ganas de hablar; sólo cuando hubieron terminado y las mujeres quitaban ya del banco platos y cazuelas, dijo Boryna, arrimándose un poco a la chimenea:

— Habrá que ponerse en marcha antes del alba.

—¡Claro que sí, y no más tarde! — contestó Antek, y se puso a engrasar los arneses. Kuba tallaba un batidor de trillo, y Witek mondaba patatas para la mañana siguiente atizando de tiempo en tiempo algún sopapo a *Lapa*, que estaba acostado junto a él y se cazaba las pulgas con los dientes.

Se hizo la calma: apenas se oía más que el chisporroteo del fuego o el crugir de las ramas de pino en la chimenea y el ruido de agua y de vajilla al otro lado de la casa.

— Kuba, ¿tú te quedas a mi servicio, eh?

Kuba soltó la doladera con que tallaba su batidor, y permaneció tanto tiempo mirando el fuego, que Boryna le preguntó:

— ¿Has oído lo que te he dicho?

— Como oír, he oido, pero yo me estaba diciendo que

cuasimente usted no me ha hecho ningún daño... Muy cierto... y, sin embargo... — se interrumpió perplejo.

— ¡Jozia, trae *ya* aguardiente y alguna cosa que mascullar! *Sin embargo*, no vamos a estar discutiendo con el gaznate seco, como judíos — ordenó el viejo empujando al mismo tiempo delante de la chimenea el banco sobre el cual puso pronto Jozia la botella, una ristra de salchichas y pan.

— Pues, bebe, Kuba, y di lo que quieres decir.

— Dios le bendiga, patrón... En cuanto a quedarme, yo bien me quedaría, pero... a estas horas...

— Te daré algo más...

— Buena falta me haría, porque mire usted, mi zalea se cae a trizas, y mis botas también, y tendría que comprarme *más o menos* un capote... voy ya ni más ni menos que un mendigo... que no puede entrar en la iglesia, que tiene que quedarse en el atrio... ¿Cómo quiere usted que vaya ante el altar con estos harapos?...

— Pero el domingo pasado, *sin embargo*, no te paraste en eso y te metiste hasta en medio de la gente principal...— le replicó severamente Boryna.

— Toma... sí... es verdad... — masculló el otro muy corrido, mientras su cara enrojecía extraordinariamente.

— Y, sin embargo, el señor cura enseña que hay que respetar a los ancianos. Vamos, Kuba, bebe en señal de acuerdo y oye lo que voy a decirte, y tú mismo comprenderás que un mozo de labranza y un campesino que tiene tierra, no son lo mismo... Cada cual tiene su sitio y el Señor Jesús te ha asignado ese; entonces quédate en él y no salgas, no quieras ser uno de los primeros, y no te eleves por encima de los demás, porque es un gran pecado. El mismo señor cura te repetirá lo mismo, que esto debe ser así para que haya orden en el mundo. ¿Comprendes, Kuba?

— ¡Toma! No soy una acémila, tengo sentidos.

— Entonces, ten cuidado de no elevarte por encima de los demás.

— Es que... ¡yo sólo quería estar más cerca del altar!...

— El Señor Jesús oye en todos los rincones, no tengas

cuidado. Y dime de qué te sirve ponerte entre los primeros, cuando todos saben quién eres tú...

— Cierto, muy cierto... si yo fuese un labriego con bienes, yo llevaría también el palio, llevaría al señor cura debajo del brazo, es un decir, me sentaría en los bancos, y cantaría muy recio lo que hay en el libro... pero como no soy más que un criado, aunque mi padre ha tenido hacienda, me he de quedar en el atrio o delante de la puerta como un perro...

— Así es como las cosas están hechas en el mundo y no eres tú con tu cabezota quien las va a cambiar.

— Muy cierto que no será la mía, muy cierto.

— Vamos, bebe otro trago, Kuba, y dime qué es lo que he de añadir a tu soldada.

Kuba vació su vaso; pero como el aguardiente ya le había enturbiado las ideas, se creyó en la taberna con el Michal del organista, o con otro camarada, hablando libre y alegremente, como de igual a igual. Sacudió una brizna de su capote, estiró las piernas, golpeó el banco con el puño, y exclamó:

— Añada usted cuatro billetes de un rublo y un rublo más como arra, y me quedo.

— Me parece que estás borracho o que no estás en tu cabal juicio — bufó Boryna; pero Kuba persistió en su idea y en su fantasía; y, por otra parte, ni siquiera oyó la voz de su amo; de modo que irguió su alma toda encorvada, y sintiendo crecer su ambición, cobró tanto aplomo que se sintió casi como un amo.

— Cuatro billetes y, además, un rublo como arra; añada usted eso y me quedo a su servicio. Sino, iré a la feria, voto a Dios, y no me faltará dónde alquilarme, aunque sea como cochero en el castillo...

Hubo un silencio, y continuó:

— Todos saben muy bien que soy buen trabajador, que entiendo en todas las labores del campo y de la granja; que más de un campesino propietario podría apacentar el ganado en mi casa y aprender de mí... Si no quiere usted, tiraré a las perdices y se las llevaré al señor cura o a Jankiel... si usted no quiere...

— ¡Estais oyendo a este cojo maldito! ¡Miren como quiere cocear! ¡Kuba! — regañó el viejo.

Kuba se calló y salió de su ensueño; pero no perdió su audacia, pues no cedió, y de buen grado o de mal grado, Boryna tuvo que ir subiendo, medio rublo después de otro, luego una *zlotowka* después de otra. Finalmente, quedaron en esto para el año siguiente: un aumento de tres rublos, y dos camisas a modo de remate de ajuste.

— ¡Hojó! ¡Buen pájaro estás tú! — exclamó el viejo bebiendo a la suya para cerrar el trato; pero estaba rabioso por tener que desembolsar tanto. *Sin embargo*, no era cosa de titubear, porque Kuba valía hasta más. Era un criado trabajador, que hacía la faena de dos, incapaz de tocar la hacienda de sus amos, que tenía más cuidado de las bestias que de sí mismo, a pesar de ser cojo y sin grandes fuerzas; era entendido en los trabajos de la casa y del campo y podía uno confiar enteramente en él; la faena estaba bien hecha y, además, tenía el ojo encima de los jornaleros.

Todavía hablaron de unas cosas y otras, y cuando se separaron, Kuba, dijo aún, con la mano en la puerta, muy tímidamente:

— Estamos de acuerdo en cuanto a los tres rublos y las dos camisas, pero... pero... no venda la potranca.. Fuí yo quien estuvo presente cuando nació... yo la cubrí con mi zalea para que no muriese... de modo que yo no podría sufrir que la pegase algún judío, o algún harapiento de la villa... No la venda... no es una potranca, es oro... obediente como un niñito... una bestia tan buena que hay muchos hombres que son perros en comparación. No la venda...

— Ni siquiera me ha pasado por la cabeza...

— Es que así se decía en la taberna... por esto yo tenía miedo...

— Esos puercos quieren saber siempre más que uno.

De buena gana Kuba le hubiera abrazado las rodillas, tan satisfecho quedaba; pero, como atreverse, no se atrevió, y entonces se puso el gorro y se fué deprisa, pues era ya más que tiempo de ir a dormir, a causa de la feria del día siguiente.

. . . . . .

Al día siguiente, en efecto, antes del alba, apenas se oyó el segundo canto del gallo, la gente estaba ya en camino de Tymow; la había en todos los caminos, en todos los senderos...

No había alma viviente, en todo el vecindario, que no fuese a la feria.

Hacia la mañana, cayó una buena lluvia; pero, luego, salió el sol y aclaró un poco. El cielo quedó, con todo, velado por grandes nubes grisáceas y por encima de los terrenos bajos colgaban brumas como una tela tosca completamente empapada de agua; en el camino relucían aguazales, y aquí y allá, en los baches, gorgoteaba el barro bajo los pies.

Los de Lipce también se habían puesto en camino, apenas llegado el día.

Por la carretera de los álamos, detrás de la iglesia, y más allá hasta cerca del bosque, se veía una retahila de carricoches que avanzaban lentamente, paso a paso, por la gran multitud que había; y por ambos lados, en los márgenes, espejeaban los vestidos de lana roja y los capotes blancos de los labriegos.

Había tanta y tanta gente que se hubiera dicho que todo el pueblo estaba allí.

Los campesinos menos acomodados iban a pie, y también mujeres, mozos de labranza, y sirvientas, y los campesinos arrendatarios, y todos los pobres diablos jornaleros, pues era la feria en que se contrataban para el trabajo y se cambiaba de amo.

Unos iban a comprar, otros a vender, otros también a divertirse en la feria.

Uno arrastraba al extremo de una cuerda una vaca o un becerro; otro empujaba adelante una marrana con sus lechones, que no hacían más que gañir y escaparse; a cada momento había que correr tras ellos y tener mucho cuidado de que no fuesen a caer debajo de las ruedas; otro, se balanceaba encima de un matalón; otros, azuzaban borregos esquilados; aquí y allá, se veía algo blanco: una manada de

gansos con las alas atadas; más allá, eran crestas de gallos lo que asomaba bajo los delantales de las mujeres... Los carros iban asimismo no poco cargados; acá y acullá, bajo el tendal de mimbre, apuntaba la jeta de un marrano por debajo de la paja y gruñía tan fuerte que los ánades croaban de miedo, y los perros que caminaban por donde iban las personas, se iban a ladrar cerca de los carros. La carretera, aunque ancha, era casi demasiado estrecha para todo aquel gentío, y más de uno caminaba a un lado, por los surcos.

Cuando ya fué de día y el cielo anunciaba con su limpidez que el sol iba a nacer de un momento a otro, Boryna salió también de su cabaña; un poco antes, al despuntar el alba, Hanka y Jozia habían marchado, conduciendo la verraca y el cochino cebados, y Antek llevaba en el carro diez sacos de candeal y medio *korczyk* de trébol rojo. No quedaban en la casa más que Kuba con Witek y Jagustynka, a la que habían llamado para hacer la comida y cuidar de las vacas.

Witek se echó a berrear delante del establo porque quería ir a la feria.

— ¡Cacho de tonto, qué ideas se te ocurren! — refunfuñó Boryna. Hizo la señal de la cruz y partió a pie, pues daba por descontado que alguien le ofrecería un asiento. Y esto fué, efectivamente, lo que sucedió en seguida, pues al llegar detrás de la taberna, fué alcanzado por la *briska* del organista que llevaba un tronco de vigorosos caballos.

— ¡Pero, cómo! ¿A pie, Maciej?

— Es bueno para la salud... ¡Que Jesús sea glorificado!

— Por todos los siglos. ¡Siéntese, pues, junto a nosotros; hay sitio para todos! — propuso la mujer del organista.

— Que Dios les bendiga. Iría bien a pie; pero como suele decirse, no hay hombre que no prefiera ser llevado en coche — contestó ocupando un sitio en el asiento delantero, de espalda a los caballos.

Se estrecharon la mano amistosamente, y los caballos se pusieron otra vez en marcha.

— ¡Cómo! ¡El señor Jas (1) aquí! ¿Entonces no está usted ya en las escuelas? — preguntó al jovencito que guiaba, sentado cerca del criado.

— ¡Sólo he venido por la feria! — contestó alegremente el hijo del organista.

— ¿Un polvito? Es francés... — ofreció el organista con la caja de rapé en la mano.

Tomaron cada cual su polvo, y estornudaron dignamente.

— Y, pues, ¿qué tal le va a usted? ¿Tal vez venderá usted algo?

— Dios mío, sí; un carro de candeal ha salido al romper el alba, y las mujeres han llevado un cerdo.

— ¡Todo eso! — exclamó la mujer del organista. Y volviéndose hacia su hijo: — Jas, ponte el tapabocas, hace frío.

— Pero yo tengo calor, tengo mucho calor — aseguró él; a pesar de lo cual, ella le rodeó el cuello con una bufanda encarnada.

— ¡Es que hay tantos gastos! No sabe uno de dónde sacar el dinero para todo...

— No se queje usted, Maciej. Gracias a Dios, tiene bastante...

— No puedo, *sin embargo,* comer tierra, y como no hay ochavos en reserva...

Pero, Boryna, a quien no gustaban las alusiones en presencia del criado, se apresuró a inclinarse hacia adelante, preguntando en voz baja:

— Entonces, señor Jas, ¿va usted a estar todavía mucho tiempo en las escuelas?

— Sólo hasta las fiestas.

— ¿Va usted a volver a casa o va a tomar un empleo?

— ¡Misericordia! ¿Qué haría él en casa, con nuestras quince fanegas? ¡Como si no hubiese bastantes chiquillos!... ¡Y los tiempos son duros, duros como piedra! — suspiró ella.

— ¡Caramba, es verdad; aun hay bastantes bautizos, pero para el provecho que dan!... — dijo el organista.

---

(1) Jasiek, Jasio, Jan: Juan.

— En todo caso, no son entierros lo que falta — observó irónicamente Boryna.

— ¡Oh, ya lo creo!... No me hable usted de esos entierros. No mueren más que los pobretones y apenas hay cada año uno o dos entierros de labriegos acomodados que le producen a uno algo.

— Y cada vez se encargan menos misas, y aun las regatean como judíos — añadió ella.

— Todo eso proviene de la miseria y de lo malos que están los tiempos — explicó Boryna.

— Pero es también porque la gente no se preocupa de su salvación ni de las almas que permanecen en el Purgatorio. El cura se lo ha hecho observar varias veces a mi hombre.

Y cada vez hay menos diezmos. En otros tiempos, cuando se hacía el pasacalle de las acciones de gracias (1), por la cosecha, o de los jubileos, o de las Navidades o del censo (2), se iba uno sin vacilar al castillo, y no le escatimaban el trigo, ni el dinero, ni las legumbres. Pero, ahora, ¡que Dios tenga piedad de nosotros! Es un desfile general; y cuando un propietario da una gavillita de centeno, tenga usted la seguridad de que está roída por los ratones; y si recibe usted un cuarto de medida de avena, puede usted estar seguro de que hay dentro más bodoque que grano. Mi mujer le dirá en qué estado se encontraban los huevos que nos dieron este año por el censo de Pascua (3); más de la mitad estaban podridos. Si no tuviese uno su retal de tierra, no habría

---

(1) Como los organistas de aldea tenían o tienen en Polonia muy poco sueldo, desde tiempo antiguo se implantó la costumbre de visitar por lo menos dos veces al año a los habitantes de sus respectivas parroquias para recoger donativos voluntarios en especies. Una de estas colectas se verifica en otoño si la cosecha está acarreada, aunque todavía no trillada. Se llama propiamente colecta o pago de las gavillas.

(2) Se dice indistintamente de Pascua (Navidad) o de la población (censo).

(3) Pago de Pascua. Durante el tiempo de cuaresma, antes de Pascua, los organistas verifican cada año un censo de la población católica de su parroquia, en el cual se anota también el aumento de

más remedio que echarse la alforja a cuestas e ir a mendigar — concluyó, ofreciendo a Boryna su caja de rapé.

— Es verdad, es verdad... — opinó Boryna con el gorro; pero no se dejaba engatusar, porque bien sabía que el organista tenía dinero y prestaba a los jornaleros a interés o a descuento de jornadas de trabajo; por eso se reía de aquellas lamentaciones. De nuevo se informó acerca de Jas.

— ¿Entonces, va a ser empleado?...

— ¿Cómo, mi Jas empleado? ¿Funcionario? ¿De modo que usted cree que me he quitado el pan de la boca para que él termine sus estudios? ¡Para eso no!... ¡Irá al seminario, para ser sacerdote!...

— ¿Sacerdote?

— ¿Es mala vida? ¿Ha visto usted nunca a un cura llevar una vida difícil?

— A fé mía no, no... Es un honor, y, además, como dicen, quien tiene un cura pariente jamás la miseria siente... — dijo lentamente, y miró con respeto, por encima de su hombro, al mocito, que silbaba para que los caballos arrancasen otra vez, pues se habían parado para hacer sus necesidades...

— Decían que el Stacho (1) del molinero tenía que ser cura también; pero ahora, a lo que parece, está en las grandes escuelas y estudia para ser doctor.

— ¡No va usted a querer que un pillastre de ese calibre sea cura! Ya ve usted, mi Magda está ya en el sexto mes y es de él...

— Decían que era del mozo del molinero.

— Para decir la verdad, es la molinera la que cuenta eso, con el sólo fin de dejar a su hijo a cubierto. Es un sinvergüenza. Que la mano de Dios nos guarde de él y de sus semejantes: ¡bien hace en hacerse doctor!

— Muy cierto que vale más ser sacerdote para gloria

---

almas. Se lleva un registro particular de las que se encuentran en edad de recibir el sacramento de la confesión. Por lo que se ve, esta antigua costumbre tuvo su origen en la necesidad eclesiástica de una comprobación exacta.

(1) Stach, Stanislaw: Estanislao.

del Señor Jesús y para consolación de los hombres, — abundó en el mismo sentido el malicioso Boryna, porque ¿de qué sirve discutir con una mujer? Y escuchó todas las deducciones que ella hacía con la mayor seriedad. El organista prodigaba los sombrerazos uno tras otro y contestaba con un sonoro «¡por los siglos!» a los saludos de los que le pasaban delante. Iban al trote y Jasio contorneaba magistralmente tan pronto carros como gentes, o ganado, hasta que estuvieron en los linderos del bosque, donde había menos tránsito y la carretera se ensanchaba.

Apenas llegaron a la linde alcanzaron a la Dominikowa, que iba con Jagna y Szymek (1). Una vaca atada por los cuernos seguía al carro, por cuyos varales sacaban sus cuellos blancos y silbaban sin cesar, como víboras, algunos patos.

Glorificaron al Señor, y Boryna, inclinándose fuera, cuando estuvieron frente a frente:

— ¡Muy tarde van a llegar ustedes! — les gritó.

— Llegaremos a tiempo — replicó Jagna sonriendo.

Ya las habían dejado atrás; pero el organistillo se volvió hacia ella un par de veces, y acabó por preguntar:

— ¿Es Jagusia Dominikowa?

— Sí, la misma — dijo Boryna que la miraba desde lejos.

— No la había reconocido, porque hacía dos años buenos que no la había visto.

— Es todavía jovencita; pero entonces apacentaba el ganado. ¡Lo que ha crecido! Como una novilla apacentada en el trébol — y se inclinó más para verla.

— Es muy bonita — observó el joven.

— Como todas las muchachas jóvenes — dijo desdeñosamente la mujer del organista.

— Caramba, sí, es una beldad, y una doncella cumplida; así es que no pasa una semana sin que alguno le haga llevar *wódka*.

— ¡Y lo que se hace la remilgada! La vieja cree que cuando menos vendrá a buscarla en coche un administrador,

(1) Simón.

y manda a paseo a los chicos del pueblo — murmuró ella con mala intención.

— Caramba, es que la podría tomar muy bien un hombre que tuviese una yugada de tierra... Ella lo vale muy bien...

— No ha de hacer usted más que enviarle sus *swaty* (1), Maciej, puesto que la encuentra tan apetitosa — y se puso a sonreir. Boryna no dijo más «esta boca es mía».

— ¡Hay que ver eso! ¡Ese pingajo de la ciudad, esa gran señora que no sabe más que mirar la cola de las gallinas de los campesinos, por ver si ponen huevos para ella o echar el ojo a las manos de la gente! ¡Y luego se burla de los campesinos nacidos en su propia tierra! ¡Prueba siquiera de tocar a Jagus! — pensaba furioso; y miraba delante, hacia los pañuelos rojos que iban en el carricoche de la Dominikowa, que se rezagaban cada vez más porque Jasio sacudía recio a los caballos, que se apuntalaban sobre los cascos con un movimiento brusco, abriendo agujeros en el barro.

Inútilmente, la mujer del organista hablaba de esto y de lo otro; él meneaba la cabeza, mascullaba algo entre dientes, y se obstinaba en no articular palabra.

Y apenas llegaron al mal empedrado de la pequeña ciudad, se apeó de la *briska* dando las gracias por el asiento ofrecido.

— Volveremos hacia el anochecer; si usted quiere, vuelva a ocupar su sitio entre nosotros — propuso ella.

— Muchas gracias, tengo mis caballos. Y luego la gente diría que me he hecho contratar para manipular el fuelle como aprendiz del organista... ¡Y maldito si soy capaz de sacar una sola nota ni de aprender a apagar los cirios!

Ellos se metieron por una calle lateral mientras él avanzaba lentamente a lo largo de la calle Mayor, hacia el mercado. Era una feria importante, y aunque todavía era bastante temprano, había animación en todas las calles; las plazas, callejuelas y patios rebosaban de gente, de carrua-

---

(1) Según la costumbre campesina, en Polonia, se hace pedir la mano de una doncella por dos «swaty» (intermediarios) que le llevan «wodka» (aguardiente).

jes y de diversas mercancías; era como un lago grande al que iban a verter a cada instante, por todos lados, nuevos ríos humanos, y las gentes se apretujaban, se balanceaban y se agitaban tanto en los estrechos callejones, que las casas parecían temblar. Todo aquello iba a desembocar en la gran plaza del claustro. Así como en la carretera no había mucho barro, aquí, pisado y amasado por millares de pies, llegaba ya al tobillo, y al penetrar en él las ruedas, salpicaba en todos sentidos.

Se oía ya un gran rumor de voces, que aumentaba a cada instante; era como el murmullo sordo y potente de un bosque, como el balanceo de un mar que azotaba los muros de las casas y lo invadía todo de un extremo a otro. Sólo de tiempo en tiempo se distinguía mugidos de vacas, el son de los organillos de los tíos vivos, las lamentaciones plañideras de los mendigos, o los silbidos estridentes de los cesteros.

La feria era verdaderamente lo que se llama una gran feria. Pululaba tanta gente que no era fácil atravesar por allí, y en el mismo mercado, cerca de la iglesia, Boryna tuvo que empujar con todas sus fuerzas para abrirse paso por entre los puestos de venta.

¡Cuántas cosas había! Tantas, que ni podían enumerarse, ni abarcarse con la mirada: nadie hubiera sido capaz.

Había primeramente altas barracas fabricadas con tela, instaladas a todo lo largo de la iglesia, en dos gradas, rebosando de toda clase de artículos para mujeres, con retazos de tela y pañoletas suspendidos en percheros; había pañuelos rojos como amapolas que deslumbraban la vista; otros, por el contrario, parecían completamente amarillos, otros, morados como remolachas... ¿Cómo sería posible recordar todo aquello? Y había tantas mujeres y muchachas que no quedaba sitio para meter un bastón; una regateaba y escogía, otras no hacían más que mirar y recrearse la vista con toda aquella hermosura de cosas.

Luego, tiendas deslumbrantes de perlas, de espejos, de galones dorados, y de cintas y de gorgueras, y de flores artificiales, verdes, doradas, y de colores abigarrados... y Dios sabe cuántas cosas más.

En otro puesto vendían imágenes santas en marcos dorados o bajo cristal; aunque estuviesen apoyadas contra la pared y hasta tendidas en el suelo, brillaban con tal resplandor que más de uno se llevaba la mano al gorro y hacía la señal de la santa cruz.

Boryna le compró a Jozka un pañuelo de seda para la cabeza, porque le había prometido uno en pago de apacentar las vacas desde la primavera. Se lo metió en el pecho y empezó a dar codazos en dirección al mercado de cerdos, que estaba detrás de la iglesia.

Avanzaba lentamente porque había una muchedumbre enorme y ¡había que ver tantas cosas!

Aquí, los gorreros habían aplicado a las paredes de las casas anchas escalas de madera y en ellas habían colgado gorras de arriba abajo.

Allá, los zapateros habían formado toda una calle de altos caballetes de madera, de los cuales, colgadas de los tirantes, pendían hileras de botas; las había ordinarias, de las amarillas que se engrasa con manteca derretida para que rechacen el agua, y otras preparadas para darles lustre, y zapatos de mujer con agujetas rojas y tacón alto.

Detrás de aquéllos, los talabarteros habían expuesto colleras para caballos sobre picas, de las que colgaban también arneses.

Luego venían los cordeleros y los rederos, los tratantes forasteros que recorrían el mundo vendiendo cedazos, los que van de feria en feria haciendo buñuelos, los torneros de ruedas y los curtidores.

Más allá, sastres y peleteros desplegaban su mercancía, que despedía tal hedor que había que taparse las narices: los compradores no escaseaban porque se acercaba el invierno.

Más lejos había hileras de mesas protegidas con toldillas de lona, y sobre ellas sartas de salchichones rojos, gruesos como cables, murallas de manteca de cerdo amarilla, chuletas de cerdo ahumadas, cuartos de tocino, jamones; todo aquello se apilaba en montones, y al lado colgaban de grandes ganchos cerdos enteros destripados, de los que todavía

goteaba la sangre, de modo que era preciso ahuyentar a los perros que se congregaban en torno.

Y al lado de los carniceros, como si fuesen sus propios hermanos, estaban los panaderos, y sobre una gran litera de paja, sobre carretones, encima de mesas, en cestas, dondequiera, había montículos de panes grandes como ruedas, amarillas tortas de manteca, panecillos, cuernos...

¿Cómo contar todo aquello y acordarse de todas aquellas tiendas y de lo que en ellas se vendía? ¿Quién se comprometería a hacerlo?

Había tiendas de juguetes y otras de panes de especia donde habían modelado con pasta diferentes animales, corazones, soldados y tales maravillas que no eran comprensibles para todo el mundo; había mostradores donde se vendía calendarios, o libros devotos, o historias de ladrones, o de crueles Magelonas y también manuales; los había con pífanos, con flautas, con ocarinas y otros instrumentos, que tocaban los puercos judíos para animar a los compradores. Y armaban tal estrépito que apenas se podía resistir. Aquí cantaba un gallo, allí vibraba una trompeta, allá soltaba un pífano algunas notas o rechinaba un violín, cuando no era un tambor que resonaba gimiendo. Se le rompía a uno la cabeza con todo aquel jollín.

En medio del mercado, alrededor de los árboles, acampaban los toneleros, los hojalateros y los alfareros; estos extendían tal cantidad de pucheros y cacharros que apenas quedaba paso. Después, los carpinteros con sus camas y cofres pintados, armarios, mesas y mesillas que ofrecían tal combinación de colores que os hacía parpadear los ojos.

Y en todas partes, en los carricoches, junto a los muros, a lo largo de los bordillos, en cualquier parte donde hubiese una pulgada de sitio, había vendedoras sentadas. Una tenía cebollas en ristras o en sacos; otra piezas de tela de su fabricación o tejidos de lana; una huevos, quesos, setas o masas de manteca envueltas en lienzo; aquella otra patatas, o un par de ánsares, o un pollo desplumado, o lino bien cardado, o madejas de hilo; cada cual estaba sentada cerca de su producto, y hablaban con dignidad entre sí, como es

costumbre en las ferias; y si se presentaba un comprador, vendían lentamente, tranquilamente, sin fiebre, como campesinas de nacimiento, y no como esos judíos que gritan, gesticulan y se revuelven locamente.

Aquí y allá, entre los carros y las barracas, humeaban pequeñas chimeneas de hojalata de los puestos donde se vendía te caliente u otras cosas de comer, salchichas asadas, col, o *barszcs* (1) con patatas.

¡Y pordioseros! Los había venidos de todas partes, y hormigueaban; había tantos ciegos, cojos, sordos y hombres-troncos como en cualquier peregrinación; algunos se acompañaban con el violín canciones piadosas, otros cantaban haciendo sonar sus horteras, y todos, lo mismo los que iban en carritos que los que estaban junto a los muros o en medio del barro, mendigaban temerosamente, implorando un ochavito u otro pequeño socorro.

Boryna había visto todo aquello, admirado varias cosas, dicho una palabra o dos a algunos conocidos, y a fuerza de codazos había llegado al mercado de los cerdos, detrás de la iglesia, a la enorme plaza arenosa, con pocas casas alrededor. A lo largo de la pared de la iglesia, por encima de la cual se inclinaban inmensas encinas todavía cubiertas de follaje amarillo, se apretujaban las gentes y los carros y yacían campamentos enteros de cochinos.

Pronto encontró a Hanka y Jozka, porque estaban precisamente a la entrada.

— ¿Qué, se vende algo?

— Poca cosa; ya han venido carniceros que han pedido el precio de la verraca, pero no quieren dar mucho...

— ¿Los cerdos están caros?

— ¿Caros? ¡Claro que sí! Han traído tantos, que yo me pregunto de dónde van a salir bastantes compradores.

— ¿Hay aquí gente de Lipce?

— Allá están los Klemby con un cerdo, y Szimek, el hijo de Dominik, está allí, en pie, junto a un verraco.

---

(1) Una especie de sopa agria que gusta mucho a los campesinos polacos.

—Daos maña para vender y podréis ver un poco de la feria.

—Empieza a ser fatigoso estar tanto tiempo sentada así.

—¿Cuánto ofrecen por la marrana?

—Treinta billetes, y sostienen que no está cebada a punto, que tiene los huesos duros, que no tiene tocino.

—¡Todo eso son excusas de mal pagador!... Tiene siempre sus cuatro dedos de tocino... —dijo después de palpar la verraca en el espinazo y los costados—. El verraco está un poco flaco en los costados, pero dará unos jamones que no estarán nada mal —añadió haciéndolo salir de la arena húmeda, donde se revolcaba hasta los ijares—. La podéis vender por treinta y cinco. Yo voy sólo a ver a Antek y vuelvo al momento. ¿Debéis de tener hambre?...

—Ya hemos comido pan.

—Vended bien y os compraré salchichón.

—Padre, sobre todo no olvide la pañoleta para la cabeza que me tiene prometida desde la primavera...

Boryna metió la mano en la abertura de su pechera; pero se detuvo por alguna idea que se le ocurrió. No hizo más que un gesto evasivo con la mano, y se alejó diciendo:

—¡Yo te lo compraré, Jozia, yo te lo compraré! —Y se escabulló a grandes zancadas, porque por entre los carros había distinguido la cara de Jagna. Pero antes de que pudiese llegar a ella, desapareció como si se la hubiese tragado la tierra; en vista de ello se puso a buscar a Antek; no era fácil, porque en la callejuela que conducía desde el mercado de los cerdos al mercado principal había un carro junto a otro, en varias hileras, y a duras penas podíase pasar por en medio, aun yendo con gran precaución. Sin embargo, no tardó en encontrarle. Antek estaba sentado sobre sus sacos y dispersaba a trallazos las gallinas judías que se apretujaban alrededor de las cestas de mimbre donde comían los caballos, al mismo tiempo que contestaba secamente a los compradores:

—He dicho siete, son siete.

—Le doy seis y medio; el trigo está averiado.

—¡Maldito sarnoso, te voy a atizar un capón en tu

puerca jeta, y entonces sí que vas a estar averiado! ¡Mi trigo es bueno como el oro!

— Es posible, pero está húmedo... Lo compro medido a seis rublos y cinco *zloty*.

— Lo comprarás a peso y a siete, es mi última palabra.

— ¿Vamos, patrón, a qué enfadarse? ¡Que yo compre o no compre, siempre se puede regatear!

— ¡Bueno! Regatea, ya que no se te cansa el gaznate.— Y no volvió a hacer caso de los judíos, que abrían los sacos uno después de otro y examinaban el candeal.

— Antek, sólo voy a casa del escribano y vuelvo al instante.

— ¿Cómo, va usted a denunciar al castillo?

— ¿Pues quién ha hecho reventar a mi *Manchada*?

— ¡Mucho adelantará usted con eso!

— ¡No voy a regalarles lo que me corresponde!

— ¡Bah!... Arrime al guardabosque contra un pino, hágale cantar las costillas con un palo de acebuche y en seguida obtendrá justicia.

— ¿El guardabosque? Claro que lo merecería, pero el castillo también — dijo con voz dura.

— Deme usted una *zlotowka*.

— ¿Y a qué santo?

— Para beber un vasito y comer un cuscurro...

— ¿Y tu dinero? ¿Tan falto estás que has de mirar siempre atravesado a las manos de tu padre?

Antek se volvió bruscamente y se puso a silbar encolerizado; pero el viejo deshizo el nudo de su pañuelo, y aunque a disgusto y de mala gana, sacó una *zlotowka* y se la dió.

— Hay que alimentarlos a todos con el sudor de mi frente... — pensaba, y se apresuró a llegar a la gran casa de bebidas de la esquina, donde había ya mucha gente que comía. El escribano habitaba en el gabinete que daba al patio.

Estaba precisamente sentado a la ventana frente a una mesa, con un cigarro entre los dientes, en mangas de camisa, sin lavar ni peinar; sobre un jergón dormía en un rincón una mujer, cubierta con un gabán.

— ¡Siéntese, señor cultivador! — Y quitando de encima de una silla un vestido lleno de barro, la empujó hacia Boryna, que en seguida le contó el asunto con todos los pelos y señales.

— ¡Ese proceso está ganado, tan seguro como el *amén* al final de una oración! ¡No faltaría más! ¡La vaca murió de resultas, y el chiquillo cayó enfermo de miedo! ¡Nuestra causa se presenta bien! — Se restregó las manos y buscó encima de la mesa una hoja de papel.

— Pero... oiga usted... ¡el chiquillo no tiene nada!

— Eso no es ningún mal, pero ¡podría haber estado enfermo! Por otra parte, el guarda le pegó...

— ¡No, al zagalillo de los vecinos es a quien pegó!

— Es lástima, esto hubiera sido mejor aún. Pero ya se podrá arreglar de modo que haya una enfermedad por vías de hecho y una vaca muerta. ¡Al castillo le toca pagar!

— ¡Seguro, aquí no se trata más que de justicia!

— Vamos a redactar la denuncia en seguida. ¡Frania, vamos, muévete, gandulona! — Exclamó dando tal puntapié a la hembra que estaba acostada, que ésta levantó la cabeza enteramente desgreñada. — Trae aguardiente y algo de comer...

— No tengo un maravedí, y ya sabes, Gucin, que no quieren fiar más... — refunfuñó ella; y habiéndose levantado de su petate se puso a bostezar y a desperezarse; era grande como una estufa, tenía una gran caraza de borracha, abotargada y con manchas moradas, y, como contraste, una vocecita infantil.

El escribano se aplicaba tanto que la pluma rechinaba; daba un chupetón a su cigarro, echaba el humo sobre Boryna que le miraba escribir, se frotaba las descarnadas manos, recubiertas de pecas, y de vez en cuando volvía hacia Frania su cara enfermiza y pustulosa; tenía los dientes rotos, los labios azulados y largo cabello negro.

Redactó la denuncia, pidió un rublo por su trabajo y otro para el timbre y por tres consintió en representar al viejo ante el tribunal cuando el asunto pasase al juzgado.

Boryna se apresuró a aprobarlo todo, persuadido de que

el castillo le indemnizaría de todos sus gastos y pagaría daños y perjuicios.

—Es necesario que la justicia reine en el mundo —dijo al marcharse—; entonces el proceso estará ganado.

—Si no ganamos en el juzgado de paz, acudiremos al de primera instancia; si la primera instancia no da resultado, apelaremos en segunda instancia, y sino al Supremo. ¡No les regalaremos nada!

—¡No faltaría más que eso, regalarles mis bienes! —exclamó Boryna con odio. —¿Y eso a quién? ¡Al castillo, que tiene tantos bosques y tantas tierras!... —Aun estaba pensando en esto cuando llegó a la plaza Mayor, y, como por casualidad, se encontró de manos a boca con Jagna, delante de los puestos de los gorreros.

Tenía puesto un gorro azul obscuro, y estaba en tratos para adquirir otro.

—Mire usted eso, Maciej; este galopín dice que es de buena calidad, y yo estoy segura de que me toma el pelo.

—¡Qué bonito es! ¿Es para Jendrzych?

—¡Claro que sí! Ya he comprado uno para Szymek.

—¿No será demasiado pequeño?

—Tiene la misma medida que yo...

—¡Qué bonito muchacho serías!...

—¿Y por qué no? —exclamó ella coquetonamente, colocándose el gorro sobre la oreja...

—Aquí te contratarían pronto; sería cosa de poco tiempo.

—¡Eh, eh! Pero soy yo demasiado cara para que me tomen como sirvienta. —Y se echó a reír.

—Eso depende de quien sea. Para mí tú nunca serías demasiado cara.

—¡Para trabajar en los campos! No quisiera yo.

—¡Yo soy el que trabajaría por ti, Jagus, yo —dijo él bajando la voz; y le echó una mirada tan llena de pasión que la joven retrocedió desconcertada y de pronto pagó el gorro sin regatear más.

—¿Han vendido ustedes su vaca? —preguntó al cabo de un momento, luego que se hubo repuesto un poco de

aquel ardor amoroso que se le había subido a la cabeza como aguardiente.

— La han comprado para el cura de Jerzow. Madre ha ido con los organistas, que quieren contratar un criado.

— ¿Entonces, si entrásemos en alguna parte a tomar una copita de la dulce?...

— ¿Cómo es eso?

— Tú has de haber tenido frío, y eso te calentaría un poco.

— ¿Ir con usted a beber *wodka*?

— Bueno, si no quieres, la traerán y la beberemos aquí, Jagus...

— Dios le bendiga por su buena intención; pero he de ir a preguntar a madre...

— Yo voy a ayudarte, Jagus — murmuró él en voz baja; y tomando la delantera, se sirvió tan bien de los codos que Jagna, detrás de él, pudo pasar libremente entre la muchedumbre; pero al atravesar por los barracones de lona, la joven disminuyó la marcha y se detuvo varias veces, con los ojos encendidos por todas aquellas cosas expuestas ante ella.

— ¡Jesús mío de mi alma, cuánta hermosura hay aquí! — murmuró retardándose delante de las cintas que, colgadas al aire, se balanceaban al viento como un arco de fuego.

— Toma la que te guste, Jagus — le dijo después de titubear un rato y de haber dominado su avaricia.

— ¿Ve usted esa amarilla con flores? Siempre costará un rublo y hasta diez *zloty*.

— No te preocupes por eso, y tómala.

Pero Jagus se apartó a la fuerza y con pesar del puesto de cintas, y pasó al inmediato. Boryna quedó un momento atrás.

En aquél había pañuelos y pañoletas y paños para jubones y casaquines.

— ¡Jesús, aquí si que hay preciosidades, Jesús! — murmuró encantada; y varias veces hundió las manos trémulas entre los satenes verdes o los terciopelos rojos, con los ojos deslumbrados y el corazón henchido de delicias. ¡Y aquellos

pañuelos para la cabeza! Sedas del color de la amapola bordeadas de flores verdes, y doradas como la sagrada custodia; y otras azules como el cielo después de haber llovido; y blancas; pero las más hermosas de todas eran aquellas sedas tornasoladas que espejeaban como el agua a la luz del sol poniente, y ligeras como telarañas. Decididamente no podía resistir más, pues comenzó a ponérselos en su cabeza y a mirarse en el espejo que le presentaba la judía. Por fin, escogió uno. Le sentaba a las mil maravillas. Era como si se hubiese arrollado la aurora alrededor de sus cabellos, rubio lino. Sus ojos azules brillaban con tal placer que proyectaban una sombra violácea en su rostro encarnado, y le caía tan bien la sonrisa que la gente se detenía a contemplar su hermosura. La juventud y la salud irradiaban de ella.

— ¿Una damisela castellana en traje de campesina, no es eso? — murmuraban.

Se estuvo mirando largo tiempo y dió un profundo suspiro al quitarse el pañuelo. Después se puso a mercadearlo, aunque no llevaba dinero. Era tan sólo por recrear los ojos más tiempo.

Su entusiasmo se enfrió al pedirle la vendedora cinco rublos, y hasta Boryna tuvo entonces prisa por llevársela.

Aun se detuvieron ante los collares de perlas, de los que había tal cantidad que la barraca parecía cosida con aquellas preciosas piedrecitas que brillaban y chispeaban hasta el extremo de que no era fácil desviar de ellas los ojos: ámbares amarillos que parecían hechos de resina perfumada, corales semejantes a gotas de sangre ensartadas, y perlas blancas, grandes como avellanas, y otras, de plata y de oro...

Jagus se probó más de uno de aquellos collares. Entre los elegidos había uno de coral que le parecía el más hermoso; lo rodeó en cuatro sartas en torno a su blanco cuello y se volvió hacia el viejo.

— ¿Eh? ¿qué le parezco a usted?

— Estás muy bonita, Jagus. Pero esos corales no son nada extraordinario. En mi arca los tengo mejores y en tal

cantidad que medirían ocho látigos de largo. Provienen de mi difunta y tienen granos como guisantes grandes de los campos... — dijo, no sin reflexionarlo; pero como sin darse cuenta.

— ¿Y qué me importa a mí, si no son míos? — Arrojó bruscamente el collar y se fué con mucha prisa, toda sombría y entristecida.

— Jagus, ¿que te parece si nos sentásemos un poco?

— Ya es tiempo de que me reúna con mi madre.

— No tengas miedo, no se marchará sin ti. — Y se sentaron en el lanzón de un carro que se avanzaba.

— Es una gran feria — dijo al poco rato Boryna, paseando la mirada por el mercado.

— ¡Cierto que no es pequeña! — Miraba todavía las tiendas con pesar, lanzando suspiro tras suspiro; pero su tristeza se disipó pronto, pues dijo:

— ¡Los señores del castillo son los que disfrutan! He visto a la señora de Wola con sus hijas; compraban tantas cosas que iba detrás un lacayo para llevarlas. ¡Y lo mismo hacen en cada feria!

— Quien va a la feria demasiado a menudo, acaba por no tener nada.

— Entonces, ¿a usted le parece que no tienen nada?

— Tienen lo que los judíos les prestan — soltó con malicia. — Jagna le miró y no supo qué oponer; pero el viejo, sin mirarla, le preguntó en voz baja:

— Oye, Jagus, ¿es verdad que han ido a llevarte *wodka* de parte de Michal, el hijo de Wotjek?

— Es cierto; pero se fueron como vinieron... ¡Tan inútil como es, y tiene la frescura de enviar sus *swaty*! — dijo ella mofándose.

Boryna se levantó con presteza y sacó de la pechera un pañuelo para la cabeza y otra cosa envuelta en un papel.

— Toma, guarda eso, Jagus; me precisa ir en busca de Antek.

— ¡Ah, pero está en la feria! — Sus ojos se iluminaron.

— Se ha quedado con el trigo, allá, en la calle. Toma,

pues, Jagus, es para tí — añadió, viendo que Jagna contemplaba el pañuelo con ojos admirados.

— ¿Me lo da usted? .. ¿De verás es para mí? ¡Jesús qué hermoso es! — exclamó desenrollando la cinta, que era la misma que le había gustado tanto. Pero no, usted sólo quiere burlarse de mí... ¡Esto cuesta tanto dinero!... ¡Es un pañuelo de seda pura!...

— Toma, Jagus, toma, lo he comprado para ti, y cuando venga un mozo a beber a tu salud, tú no bebas a la suya, ¿a qué apresurarse?... Pero, es tiempo de irme.

— ¿Entonces es para mí?... ¿Dice usted la verdad?

— ¡Cómo si yo quisiera mentirte!

— Es que no es fácil de creer. — Y no hacía más que desplegar tan pronto el pañuelo como la cinta.

— ¡Que Dios te proteja, Jagus!

— ¡Que Dios le bendiga, Maciej!

Boryna se alejó. Jagna desenvolvió aun otra vez aquellas preciosidades, y las miró. Luego, de pronto, volvió a plegarlas y quiso correr trás él para devolvérselo todo... porque no debía aceptar cosas de un extraño. Maciej no era pariente suyo por consanguinidad ni siquiera por alianza... Pero ya no encontró al viejo y se fué lentamente en busca de su madre, tentando prudentemente, pero con delicia, el pañuelo que había introducido en su seno. Estaba tan contenta que sus blancos dientes lucían en su sonriente boca y sus mejillas se coloreaban.

— ¡Jagusia!... Tengan compasión... pobre abandonada... ¡Oh, buenas gentes... buenos cristianos... Ave María por las almas de los difuntos... ¡Jagusia!

Jagna salió de su éxtasis y se puso a buscar con la mirada a quien la llamaba. Pronto divisó a Agata, sentada junto al muro del convento, sobre un puñado de paja, porque en aquel sitio el barro llegaba más arriba de la rodilla.

Se detuvo, buscando en su bolsillo un *grozs* o dos; pero Agata, muy contenta de ver a una de sus paisanas, empezó a preguntarle sobre lo que sucedía en Lipce...

— ¿Habéis acabado de arrancar las patatas?

— Sí, completamente.

— ¿No sabe usted cómo van las cosas en casa de los Klemby?

— Son ellos los que le han puesto en la mano el bastón de mendiga y todavía ¿quiere usted saber noticias suyas?

— ¡Dios mío, como ponérmelo en la mano, no me lo han puesto! Me fuí por mi propia voluntad, porque era muy necesario... No querrá usted que me den un rincón y de comer por nada, porque a ellos mismos nada les sobra... ¡Y si pido noticias de ellos, es porque son mis sobrinos!...

— ¿Y a usted, qué tal le va?

— Como se puede. Voy de iglesia en iglesia, de aldea en aldea, de feria en feria, y mientras voy mendigando suplico a la buena gente que me dé o un rincón para guarecerme o una escudilla de sopa, o algunos *grosz*. Las gentes tienen buen corazón y no dejarán morir de hambre al pobre. Y bien ¿no sabe usted como va la salud en casa de los Klemby? — inquirió.

— Ella está buena. Y usted, ¿no está usted enferma?

— Dios mío... el pecho siempre me hace daño, y cuando me resfrío, escupo sangre... ¡Ya no me queda para mucho tiempo!... Pero con tal de que llegue a la primavera para volver al pueblo y morir en mi país... ¡Es todo lo que pido al niño Jesús en mis oraciones!

Abrió los brazos, ceñidos de rosarios, levantó el lacrimoso rostro, y se puso a rezar con tanto fervor que las lágrimas manaban de sus ojos enrojecidos.

— Rece usted una oración por nosotros—dijo Jagna deslizándole dinero en la mano.

— Esto será por las almas del Purgatorio; porque por el país, de todos modos rezo sin cesar, e imploro a Dios por los vivos y por los muertos. Jagus, ¿no te han enviado *wodka*?

— Sí, algunos lo han hecho.

— ¿Y no te ha gustado ninguno?

— Ninguno. ¡Quede usted con Dios y venga a vernos en primavera! — Dicho esto fuese a reunirse con su madre, a la que veía a lo lejos, con los organistas.

En cuanto a Boryna, volvió lentamente a donde estaba

Antek; en primer lugar, porque había aglomeración de gente, y luego, porque Jagus no se apartaba de su pensamiento; pero, antes de reunirse con él, encontró al herrador.

Se saludaron y anduvieron uno al lado del otro, en silencio.

— ¿Cuándo va a arreglar mi asunto? — le dijo bruscamente el albéitar.

— ¿Qué asunto? Eso debías habérmelo dicho en Lipce y no aquí — le contestó montando en colera.

— Ya hace cuatro años que espero.

— ¿Y no te has dado cuenta hasta hoy? Pues bueno, espera todavía cuarenta, hasta que yo muera.

— La gente ya me aconseja llevar la cosa a los tribunales,... pero...

— ¡Pues bien, llévala! Yo te diré donde redactan las denuncias y te daré un rublo para el escribano.

— Sin embargo, me parece que podríamos arreglarnos amigablemente... — insinuó el ladino.

— Es verdad; lo que no se obtiene con la guerra, se procura obtenerlo por la paz.

— Claro que sí; veo que no ha comprendido usted mal.

— Guerra o paz contigo, para mí es lo mismo.

— Yo he sido siempre el primero en decir a mi mujer que padre está por la justicia.

— Siempre está uno por la justicia cuando hay que implorarla como madrina; yo no tengo necesidad de ella, porque no te debo nada — dijo duramente. El herrador se puso suave, porque ya veía que por aquel lado nada había que hacer. Y como si no hubiera pasado nada, exclamó con la mayor tranquilidad del mundo:

— De buena gana tomaría una copa; ¿la paga usted?

— La pago. ¡Cómo no! Cuando un yerno tan despampanante os lo pide, le pagaría uno hasta un cuartillo — dijo con alguna ironía, entrando en la taberna de la esquina. Jambrozy estaba ya allí, sentado en un rincón, bastante triste y malhumorado; pero no bebía.

— Tengo el dolor en los huesos, se acercan las lluvias — les dijo después de saludarles.

Bebieron una copita, luego una segunda, pero en silencio, porque en el estómago les pesaba la rabia que sentían.

— ¡Beben ustedes como en un entierro! — observó Jambrozy furioso porque no le habían invitado, pues desde por la mañana no tenía, por decirlo así, nada en el buche.

— ¡Cómo es posible hablar! Padre ha vendido hoy tanto, que hace buena falta que reflexione a quién ha de prestar el dinero a interés.

— ¡Maciej! Le digo a usted Maciej que el Señor Jesús...

— ¡Maciej aquí, Maciej allá! ¡Punto en boca todo el mundo! ¿No veis ese puerco que trata al porquero de señor hermano? — Se encalabrinaba de lo lindo.

Pero como el herrero acababa de tomar dos copitas bien coronadas, se enardeció y dijo en voz baja:

— Padre, decídase: ¿da usted o no da usted?

— Ya te lo he dicho: no me llevaré nada a la tumba; pero, antes, no suelto una fanega. No quiero ser recogido por vosotros... y quiero pasar bien los pocos años que me quedan de vida en este mundo.

— Entonces, démelo en dinero.

— Ya te he dicho mi última palabra; ¿no lo has oído?

— Anda en busca de su tercera mujer, y en este caso, ¿qué son para él sus hijos? — murmuró Jambrozy.

— ¡Tú lo has dicho!

— Me casaré, si me da la gana. ¿Me lo prohibirás tú?

— Lo que es prohibir, no lo prohibiré, pero...

— Si se me antoja, mañana mismo hago llevar la *wodka*...

— ¡Hágala llevar! ¡Como si yo tuviese algo que oponer! Deme al menos el ternero que le ha quedado de la *Manchada* y yo le ayudaré. Si está usted en su juicio ha de saber lo que más le conviene. ¡Cuántas veces le he explicado a mi mujer que lo que a usted le hace falta es tomar mujer para evitar las pérdidas en su explotación!...

— ¿Tú le has dicho eso, Michal?

— ¡Que muera yo sin la santa confesión si no se lo he dicho! En el pueblo doy a cada cual el consejo que le conviene; y se muy bien el que le conviene a usted.

—Mientes, cochino; te delata el olor. Ven mañana y tal vez consigas llevarte el ternero. Si lo pides con buenos modos, no digo que no; pero si quieres ir a la justicia no cosecharás más que un garrote roto, o algo peor todavía...

Aun bebieron un trago, y esta vez fué el herrero quien pagó, y hasta invitó a Jambrozy a que les acompañase; éste no se lo hizo repetir y empezó a contar patrañas tan regocijadas y tan chuscas que se desternillaron de risa varias veces.

Pero no disfrutaron mucho tiempo de la mutua compañía, pues cada cual tenía prisa por reunirse con los suyos o ir adonde tenía que hacer; se separaron en buena inteligencia; pero no tenían más confianza en sus promesas que en el diablo en persona; se conocían tan bien como caballos del mismo tronco y se leían lo que les pasaba por las tripas como a través de un cristal.

Jambrozy se quedó, esperando que entrase algún camarada u otro conocido, por si acaso le pagaban todavía un medio cuartillo o algunas gotas, pues perro hambriento se contenta con una mosca si no le arrojan un hueso entero, y él no detestaba la bebida; pero ésta le era difícil, como puede adivinarse, porque no era más que sacristán.

La feria llegaba ya a su fin.

Al filo de mediodía se había mostrado el sol; pero no durante más tiempo que si alguien hubiese hecho relucir un espejo por el mundo, ocultándose al punto tras las nubes. Antes del anochecer se obscureció el cielo, y grandes nubarrones se arrastraron tan bajos que casi descansaban sobre los tejados. Una lluvia fina como pasada por un tamiz espeso, hizo entonces que todos apresuraran el regreso. Todo el mundo se dispuso a volver a su casa, a fin de llegar antes de la noche o de que arreciase la lluvia.

Los marchantes desmontaron con más presteza sus barracas y se apilaron en sus carros, porque la lluvia les azotaba, cada vez más espesa y más fría.

El crepúsculo descendía con pesadez de humedad.

La población se vaciaba y caía en el silencio.

Sólo aquí y allá se oía la voz plañidera de algún men-

digo junto a una pared, o los gritos y el ruido de altercados de los bebedores en las tabernas.

Caía ya la tarde cuando el carruaje de Boryna salió de la pequeña ciudad; lo habían vendido todo, habían comprado diferentes cosas, y se habían tratado en la feria a cuerpo de rey. Antek fustigó los caballos, que corrían veloces. Las ruedas dejaban hondo surco en el barro. El frío no evitaba que estuviesen contentos, pues habían bebido no poco. Aunque el viejo fuese tacaño y tuviese la costumbre de gritar por cada *grosz* que gastaba, les había regalado tan bien en comida y bebida, y había tenido tan buenas palabras, que todos estaban admirados.

Era noche cerrada cuando entraron en el bosque. La obscuridad era tan impenetrable que cualquiera hubiera podido saltarse un ojo sin darse cuenta; la lluvia caía cada vez más recia, y aquí y allá se oía en la carretera el rodar de los carruajes, los cantos enronquecidos de los borrachos, o el chapoteo lento de los pies que se hundían en el barro.

En medio de la carretera de los álamos, de donde procedía un murmullo sordo y como gemidos de frío, Jambrozy caminaba completamente beodo; hacía eses de un lado a otro, a veces tropezaba con un árbol o se caía en el cieno; pero pronto se ponía otra vez de pie y seguía cantando a voz en grito, como tenía por costumbre.

Hacía un tiempo tan malo y la obscuridad era tal, que no se podía distinguir la cola de los caballos. Cuando aparecieron las luces del pueblo, apenas lucían tanto como ojos de lobo.

VI

Las lluvias arreciaban de veras.

Desde el día de la feria, el mundo iba siendo lentamente engullido por la grisura de las lluvias, turbias y vidriosas; los contornos de los bosques y del pueblo aparecían tan difusos y tan pálidos que se hubiera dicho que estaban tejidos con hilos mojados.

Ya había llegado el interminable mal tiempo de otoño, frío y penetrante.

Los latigazos blancuzcos y helados de las lluvias azotaban la tierra sin interrupción, reblandeciéndola profundamente; no había árbol, no había brizna de hierba que no temblase con un dolor infinito.

Bajo las compactas nubes apelotonadas, por encima de la tierra, tras los densos chaparrones verdosos, se veía de tiempo en tiempo emerger en girones los campos ennegrecidos, desleídos, aplanados, o lucir arroyos de agua espumosa que se deslizaban por los surcos; y algún árbol negro y solitario entre dos campos, como doblándose al peso de la humedad, sacudía sus últimos harapos de hojas, y se agitaba desesperadamente como un perro tirando de su cadena.

Los caminos desiertos se disolvían en aguazales cenagosos y encharcados.

Los días tristes, breves y sin sol pasaban lentamente como franjas de luz pútrida, y las noches eran negras, ensordecidas, desesperadas, con un gorgoteo interminable, monótono...

En la tierra reinaba una calma espantable.

Los campos se callaban, las aldeas guardaban silencio, los bosques estaban mudos.

Los pueblos ennegrecían. Se hubiera dicho que se acurrucaban con más fuerza contra el suelo, contra los huertos frutales desnudos, que se retorcían dando ahogados gemidos.

La polvareda gris de las lluvias envolvía el mundo, tragaba los colores, apagaba las luces y anegaba la tierra en las tinieblas; cada cosa aparecía como el fantasma de un sueño; una gran tristeza surgía de los campos que se estaban pudriendo, de los bosques adormilados, de los barbechos letárgicos, y se arrastraba en pesada niebla; vagaba por las sombrías encrucijadas, bajo los calvarios que tendían lamentablemente los brazos, por las carreteras desiertas donde los árboles desnudos se extremecían de frío y sollozaban en su martirio; sumergía sus ojos vacíos en los nidos abandonados, hasta en as cabañas ruinosas; se esparcía por los cementerios tristes, entre los montículos funerarios olvidados y las cruces podridas; atravesaba los campos desnudos, despojados, hollados, los pueblos hundidos; visitaba las cabañas, los establos, los huertos, hasta el punto de que el ganado mugía de miedo; los árboles se contraían dando un gemido sordo, y los hombres suspiraban melancólicamente con pena angustiosa, con el pesar inconsolable del sol desaparecido.

. . . . . .

La lluvia goteaba sin interrupción, como si alguien hubiera dejado caer sobre el mundo diminutos pedazos de vidrio; todo Lipce estaba sumergido bajo el chorreo espeso de aquella salivación que no dejaba aparecer sino aquí y allá un tejado negro, un muro de piedra rezumante, o sucios mechones de humareda que colgaban de las chimeneas y se arrastraban por los huertos.

Todo estaba en calma en el pueblo, excepto el vapuleo

de los trillos en los hórreos, que ni siquiera era frecuente, porque los vecinos afanábanse en los campos de coles.

Desierta la carretera cenagosa, deshecha; desiertos los patios y las calles; sólo a grandes distancias aparecía alguien como un fantasma en la niebla y desaparecía en seguida, sin dejar otro rastro que un ruido de galochas chapoteando en el barro; o un carro repleto de coles salía lentamente de las hornagueras, dispersando los gansos que pataleaban detrás en el cieno por alcanzar las hojas de col que caían al suelo.

El estanque se agitaba entre sus estrechos bordes y crecía sin cesar; ya inundaba las partes bajas de la carretera por el lado de Boryna, llegaba hasta los setos y rebotaba espumeante contra los muros de las casas.

Todo el mundo estaba ocupado en cortar y traer a casa las coles; había montones de ellas en las eras, en los corredores, en los interiores, y hasta a veces sus cabezas azules se amontonaban en los aleros y sobradillos.

Delante de las casas habían dispuesto inmensos toneles, cuyas duelas se hinchaban con la lluvia.

Se hacía el trabajo a la fuerza, porque la lluvia no cesaba casi nunca y los caminos se convertían en verdaderos lodazales intransitables.

En casa de la Dominikowa también cortaban las coles.

Aquella mañana Jagna había salido al campo en carro, con Szymek. Jendrzych se había quedado para recomponer el tejado de bálago que dejaba pasar el agua por diferentes sitios.

Al caer de la tarde, cuando empezaba ya a obscurecer, salió la vieja un par de veces a la puerta de la casa, miró a través de la niebla hacia el molino y aplicó el oído para oir si volvían...

Entretanto, se trabajaba aun de firme en las plantaciones de coles que había en las pendientes, detrás del molino, en las hornagueras.

Acumulaciones de bruma negruzca pesaban sobre los prados, dejando ver aquí y allá anchos fosos lucientes llenos de agua lechosa y lomas llenas de coles de un verde pálido

o de un tinte enmohecido que las hacía asemejar a chapas de hojalata; diseminadas en la niebla se distinguían las faldas de lana roja de las mujeres y montones de coles cortadas.

En la brumosa lontananza, al borde del río que se deslizaba mugiendo entre espesos zarzales de un azul lívido de nube, se destacaban por su negrura montones de turba y carros hacia los cuales se llevaba las coles en telas, porque dado el estado del terreno, no había sido posible acercar los carros a las plantaciones.

Algunos habían terminado y se disponían a volver a casa; por esto las voces se hacían cada vez más recias en la bruma, y repercutían de un campo a otro.

En aquel momento Jagna había terminado el trabajo en su huerta. Estaba atrozmente fatigada y mojada hasta los huesos; tenía hambre; sus chanclos se hundían en el barro espeso y rojizo hasta más arriba del tobillo, y de vez en cuando había de quitárselos para verter el agua.

—¡Szymek, a ver si despachas pronto, que ya no se donde tengo las piernas! —dijo plañideramente; y viendo que el muchacho no conseguía izar su tela llena sobre sus hombros, impaciente, le quitó de las manos la pesada carga, se la echó ella misma a las espaldas, y la llevó al carro.

—¡Un chicarro grandullón como tú y tienes el espinazo más blando que una mujer después del parto! —refunfuñó con desprecio, echando las coles en el carro.

Szymek, avergonzado, murmuró algo que no se entendió, se rascó las plicas y enganchó el caballo.

—¡Despabílate, Szymek, la noche se nos viene encima —lo espoleó ella, sin dejar de cargar coles en el carro.

En efecto, se acercaba la noche, el crepúsculo se hacía denso y todo se volvía negro. La lluvia aumentaba: al caer sobre la tierra reblandecida y sobre el agua de los fosos, producía un ruido como de grano al sembrarlo.

—¿Jozia, acabaréis hoy? —gritó a la hija de Boryna que cortaba coles en el campo contiguo, con Hanka y Kuba.

—¡Pronto estaré! ¿Es que ya es hora de volver? ¡Qué asco de lluvia! Estoy mojada hasta la camisa. ¿Vosotros os vais ya?

—¡Ya lo creo! Va a ser de noche en un cerrar de ojos, y la obscuridad comienza a no dejar ver el camino. Lo que queda se entrará mañana. ¡Qué hermosas coles tenéis ahí! —añadió inclinándose y mirando los montones que se perfilaban en la sombra.

—Las vuestras no están mal tampoco; pero las más grandes son esas coles verdes...

—Es plantel de semilla fresca que el señor cura trajo de Varsovia...

—¡Jagna! —resonó de nuevo desgarrando la niebla la voz de Jozia. —¿Sabes que mañana Walek Josefow hará llevar la *wodka* a Marysia Paciotkowa?...

—¡Aquella chiquilla! ¿Tiene ya la edad? Me parece que aun el año pasado iba a apacentar...

—Sí, tiene la edad de casarse; y, además, tantas fanegas, que los muchachos se dan prisa.

—Por ti, también, Jozia, se darán prisa en hacerte pedir...

—¡Si tu padre no toma una tercera mujer!—exclamó Jagustynka desde otro plantío.

—¿Qué ideas se le ocurren a usted? Apenas enterró a madre en la primavera—dijo Hanka con voz angustiada.

—¡No se pararía en eso! Los hombres son ni más ni menos que los cerdos; aunque se haya atiborrado hasta tocarlo con los dedos, os mete el hocico en otro pilón .. ¡Eh, eh!.. Aun no se ha marchado una, ni se ha enfriado siquiera, se echan a buscar una segunda... No son hombres, son perros... Ahí tenéis: ¿qué ha hecho Sikova? Tres semanas después de muerta la primera, se casó con la segunda.

—Es verdad; pero la difunta le dejó cinco chiquillos.

—¡Ah, bueno, sí! Sólo los imbéciles son capaces de creer que se ha vuelto a casar a causa de los hijos. Lo ha hecho porque sí, porque se aburría solo bajo su colcha.

—Pero a padre no se lo dejaríamos hacer—exclamó enérgicamente Jozia.

—Eres todavía una chiquilla, y por eso estás tonta. Mientras la tierra sea del padre, el padre hace lo que quiere.

— Los hijos también son algo, y tienen sus derechos — replicó Hanka.

— Cuando se va en la carreta de otro, no hay más remedio que bajar, aunque sea en medio del río — masculló Jagustynka; y se calló porque Jozka, encolerizada, estaba llamando a Witek, que vagaba no se sabe por dónde, cerca del río. En cuanto a Jagna, no se había mezclado en aquella conversación; sólo a veces sonreía porque la feria se le representaba en la memoria. Acarreaba coles, y cuando el carro estuvo lleno, Szymek lo condujo hacia la carretera.

— ¡Qué Dios os guarde! — les gritó a sus vecinas.

— Dios os acompañe... Ya os seguimos... Jagus, vendrás a casa a limpiar las coles, ¿eh?

— Dime tan sólo cuándo hay que ir, e iré, Jozia, iré...

— El domingo los chicos hacen música en casa de los Klemby, ¿lo sabías?

— Sí, Jozia, lo sabía.

— Si encuentran a Antek, díganle que le estamos aguardando, que se dé prisa — le rogó Hanka.

— ¡Bien, bien!...

Y echó a correr para alcanzar el carro, porque Szymek se había alejado bastante y ya no se le veía; sólo se oía las maldiciones que lanzaba al caballo. El carro se hundía hasta por encima de los ejes en la turba ablandada, hasta el extremo de que en los pasajes hondos y en los sitios difíciles los dos tenían que empujar con el hombro para ayudar al caballo a salir del atolladero.

Los dos callaban. Szymek conducía el caballo y tenía buen cuidado de no volcar porque la carretera estaba llena de rodadas. Jagna iba al otro lado apuntalando el carro con el hombro, y, entretanto, se preguntaba cómo tendría que adornarse para ir a mondar coles a casa de los Boryna.

La noche se acercaba tan rápidamente que apenas podía verse el caballo; la lluvia había casi cesado; una bruma húmeda estaba colgaba en el aire y era tan densa que hasta hacía difícil la respiración. En lo alto, por encima del dique que iban a ganar, rumoreaba el viento sordamente, azotando los árboles.

La ascensión hasta el dique fué penosa, porque la pendiente era abrupta y resbaladiza; el caballo tropezaba y a cada momento se paraba para descansar, hasta el punto de que ellos apenas tenían fuerza para impedir que el carro resbalase hacia atrás.

—¡No se debía cargar tanto con un solo caballo! —dijo un hombre desde el dique.

—¿Es usted, Antek?

—Sí.

—Dése usted prisa, Hanka le espera... ¿Quiere darnos una mano?

—¡Un minuto! El tiempo de bajar y les ayudaré. Está tan obscuro, que no se ve nada de nada.

Pronto llegaron al dique. Antek había empujado con tal fuerza que el caballo desencalló al primer tirón y ya no se detuvo hasta arriba.

—¡Que Dios se lo devuelva! ¡Dios mío, qué fuerte es usted! —y le tendió la mano.

De pronto se callaron. El carro se puso en movimiento, y anduvieron el uno junto al otro sin saber qué decir, extrañamente turbados ambos.

—¿Se vuelve usted? —murmuró ella dulcemente.

—Te acompaño hasta el molino, Jagus, porque el río ha hecho un hoyo en la carretera.

—Qué obscuridad, ¿eh? —exclamó ella.

—¿Tienes miedo, Jagus? —susurró él apretándose más a ella.

—¿Por qué he de tener miedo?

Se callaron de nuevo, andando cadera contra cadera, brazo contra brazo...

—Es chusco; los ojos de usted brillan como los de un lobo...

—¿Irás el domingo a casa de los Klemby para oír la música?

—No sé si madre me lo permitirá.

—Estarás allí, Jagus, ¿no es verdad?.. —imploró él en voz baja, insinuante.

—¿Acaso tiene usted ganas de que vaya? —preguntó ella dulcemente, mirándole los ojos.

—¡Oh, Dios mío! Tan sólo por ti he contratado al violinista de Wola, y por ti he convencido a Klomb para que nos cediese su cabaña en esta ocasión, por ti, Jagus... —susurró él inclinando su rostro jadeante tan cerca del rostro de la moza que ella hizo un gesto de retroceso y se echó a tamblar de emoción.

—¡Váyase usted... ya es hora... le están esperando... alguien nos verá... váyase!

—Entonces, ¿vendrás?...

—Iré... iré... —repitió ella, volviéndose a él; pero él ya había desaparecido en la niebla y no se oía más que el ruido de sus pasos en el barro.

Un violento calofrío la sacudió y algo semejante a una llama le atravesó como un huracán el corazón y la cabeza, haciéndola vacilar. No sabía lo que le pasaba; los ojos le abrasaban como si se los hubiesen salpicado con ascuas ardientes, y no podía recobrar el aliento ni detener el loco latir de su corazón; separaba los brazos, sin saberlo, como para abrazar, se arqueaba apuntalándose consigo misma, pues era presa de tan furiosos espasmos que estaba a punto de gritar... Alcanzó corriendo el carro y se asió de los adrales, y, aunque no era necesario, dió tan fuerte empujón, que el carro rechinó, vaciló y algunas coles rodaron por el fango... Y en su imaginación siempre tenía la cara y los ojos chispeantes, llenos de deseos, abrasadores, de aquel hombre.

—Es un dragón y no un hombre .. No debe de haber otro como él en el mundo... —pensaba confusamente.

Volvió en sí gracias al ruido del molino, cerca del cual pasaba, y al estrépito del agua que caía sobre las ruedas y por debajo de las compuertas abiertas, pues el caudal era enorme. El río se precipitaba con un mugido sordo y su blanca espuma se arremolinaba y relucía, para ensancharse luego

En la casa del molinero, que se levantaba al borde de la carretera, había ya luz, y a través de los cristales velados con cortinas, se veía una lámpara sobre una mesa.

—Tienen una lámpara como en casa del señor cura o en el castillo...

—¡Toma, son ricachos! El molinero posee más tierra que Boryna y presta dinero a interés y cuando muele engaña en la medida, ¿comprendes?... —opinó Szymek.

—Viven como señores... Para ellos es un gusto vivir... se pasean por su cuarto... Se tienden sobre canapés... se sientan donde se está caliente... comen cosas azucaradas y los demás trabajan para ellos—pensó, no sin envidia, sin escuchar a Szymek, que de ordinario era huraño, pero que cuando se ponía a hablar no paraba nunca.

Por fin llegaron a la cabaña.

La sala estaba clara y caldeada. Una hoguera llameaba alegremente en la chimenea; Jendrzych mondaba patatas y la vieja preparaba la cena.

Un viejo de cabellos blancos se calentaba delante de la chimenea.

—¿Y qué, se ha terminado, Jagus?

—Casi; no queda más que un bancal donde hay todavía para llenar unas tres telas.

La joven fuése a cambiar de ropa; pero pronto estuvo de vuelta y se apresuró a preparar la comida, mirando atentamente y con curiosidad al viejo, que, sentado, guardando un profundo silencio, contemplaba el fuego, pasaba el rosario y movía los labios. Cuando se sentaron a cenar, la vieja puso una cuchara para él, y le invitó.

—Queden ustedes con Dios... Volveré a verles, pues tal vez me quedaré en Lipce una temporada más larga...

Se arrodilló en el centro de la sala, se inclinó ante las santas imágenes, hizo la señal de la cruz y salió.

—¿Quién es?—preguntó Jagna admirada.

—Un santo viajero que viene del Santo Sepulcro... Le conozco desde hace tiempo. Ha estado aquí varias veces y siempre ha traído algunas reliquias... Hace cosa de tres años...

No terminó la frase, porque entró Jambrozy, alabó al Señor y se sentó frente a la chimenea.

—¡Qué tiempo más perro! Hace tanto frío que hasta mi pierna de palo está entumecida.

—¡Pero qué ocurrencia la de brujulear por la noche con

tanto barro como hay!... Mejor hubiera hecho usted quedándose en su cabaña y recitando sus oraciones — refunfuñó la Dominikowa.

— Me aburría solo; así es que he salido a ver a las mozas, y he empezado por ti, Jagus...

— La moza de usted se llama la Chata... (1)

— ¡Bah! ¡La señorita va de picos pardos con los jóvenes y a mí me ha olvidado por completo!...

— ¿Y qué hay?... — preguntó la Dominikowa.

— Voy a decirle la verdad. El señor cura ha llevado el santo viático a Bartek, el del otro lado del agua....

— ¡Cómo es posible!... Le vi con buena salud en la feria...

— Su buen yernecito lo ha molido tan bien con el garrote que le ha hundido las costillas.

— ¿A propósito de qué? ¿Cuándo ha sido?...

— ¿A propósito de qué? ¡De la tierra, troncho! Ya hace medio año que cuestionan, y este mediodía han ajustado sus cuentas.

— ¡Que no haya un castigo de Dios para esos asesinos! exclamó Jagna.

— Ya vendrá, no tengas miedo, Jagna, ya vendrá — dijo con dureza la vieja, levantando los ojos hacia las santas imágenes.

— ¡Pero el que esté muerto, no se levantará más! — murmuró Jambrozy.

— Siéntese usted y comerá un bocado.

— No es para rehusar. Aun podría con un platito, con tal que fuese grande — bromeó él.

— Usted no tiene en la cabeza más que chistes y dicharachos.

— Soy así; ¿por qué hacerse malas tripas por eso, no?

Se sentaron delante del banco sobre el cual estaban los platos y comieron lentamente y en silencio. Jendrzyk cuidaba de añadir comida y bebida cuando convenía. Sólo Jambrozy decía de tiempo en tiempo una chuscada y era él quien

(1) La muerte.

la reía más que nadie, porque los muchachos, aunque les gustase divertirse, temían la severa mirada de su madre.

— ¿El señor cura está en casa? — preguntó la vieja finalmente.

— ¿Y dónde quiere usted que esté, con este barro? Tiene la nariz metida en sus libros, como un judío.

— Es sabio, muy sabio...

— Y bueno, además... ¡No se encontraría otro mejor!... — añadió Jagna.

— Sí, seguro que no se limpia los mocos con los dedos, ni escupe en la barba de su vecino, y lo que le dan, lo toma...

— ¡No diga usted burradas!

Se levantaron de cenar. Jagna y la vieja se sentaron frente a la chimenea y cogieron sus ruecas; los muchachos, como de costumbre, se pusieron a recoger platos y demás servicio, a lavar la vajilla y arreglar la casa. Siempre habían sucedido así las cosas en casa de la Dominikowa, que tenía a sus hijos metidos en un puño, y con puño de hierro los había educado como verdaderas criadas, para que Jagusia no se ensuciase las manecitas.

Jambrozy encendió su pipa, echó una bocanada dentro de la chimenea, atizó el fuego, añadió troncos, y luego miró a las mujeres, pensando algo en su mente y reflexionando.

— Parece que los *swaty* han venido a veros.

— ¡Como si fueran los primeros!

— No tiene nada de extraño; Jagna es hermosa como una pintura. El señor cura ha dicho que ni en la ciudad se podría encontrar otra más guapa.

Jagna enrojeció de placer.

— ¿Eso ha dicho? ¡Que Dios le dé salud! Hace tiempo que quería llevarle dinero para una misa, hace mucho tiempo... pero mañana iré sin falta.

— Hay todavía algún otro que os mandaría la *wodka;* pero tiene un poquito de miedo... — empezó él suavemente.

— ¿Un hijo de campesino?...—preguntó la vieja, aparejando el huso que saltaba sobre el suelo.

— Un propietario nacido en tierra de su propiedad, respetado de todo el mundo... pero viudo.

— No mecería yo los hijos de las demás...

— Ya son grandes, Jagus, no tengas cuidado.

— ¿Por qué se habría de casar con un viejo?... Está en edad de esperar... y de tomar un joven, si le gusta.

— No son jóvenes lo que falta. Chicarrones derechos como cirios, te fuman cigarrillos, bailan en la taberna, beben aguardiente, y no miran a las chicas más que para saber cuál tiene su par de fanegas y algunos cuartos contantes, para darse postín con ellos... Perra semilla de señoritos que duermen hasta mediodía y que por la tarde transportan el estiércol en carretillas y laboran los campos con azadoncillos...

— No daré mi Jagna a uno de esos para que se eche a perder con semejante vida.

— Por algo se dice que es usted la mujer más avisada del pueblo...

— Pero con un viejo tampoco hay mucho placer para una joven...

— ¡Como si no hubiera bastantes hombres jóvenes para el placer!

—¡Vamos, es usted viejo como el mundo, y todavía tiene tonterías tamañas en la cabezota! — replicó la vieja severamente.

— ¡Jesús, se dice cualquier cosa para que la lengua no se paralice!

Hubo un largo silencio.

— Un viejo respeta a su mujer y no es goloso de los ochavos del prójimo — reanudó Jambrozy.

—No, no: esa mujer acabaría pecando contra Dios bendito.

— El podría hacerle una donación—añadió el viejo con empaque, sacudiendo su pipa contra el suelo de la chimenea.

— Jagna tiene bastante con lo suyo — replicó ella, al cabo de un momento, ya insegura y titubeante.

— El daría más de lo que tomara, bastante más...

— Eso lo dice usted.

— Bien sabe usted que yo no he cogido esto al viento, ni que me lo invento... Yo no he venido aquí por cuenta mía...

Otra vez se callaron. La vieja alisó largo tiempo con la mano su rueca enmarañada, se mojó el dedo con saliva y se puso a estirar las fibras de lino con la mano izquierda, mientras que con la derecha hacía girar el huso, que roncaba en el suelo como un trompo.

— Entonces, ¿puede mandar traerla?

— Pero ¿quién?

— Pero ¿no lo sabe usted? Ese de ahí, ¡troncho! — y señaló por la ventana las luces que brillaban débilmente al otro lado del estanque, en casa de Boryna.

— Hay hijos adultos que pondrán mala cara y que tienen derecho a su parte...

— Pero él puede asegurar por contrato, a quien mejor le parezca, lo que a él le pertenece, ¿no? Tiene buen corazón, no es un campesino cualquiera, es piadoso, y todavía sólido; le he visto yo mismo cargarse toda una fanega de centeno a la espalda. Podría estar usted segura de que a Jagna no le había de faltar nada, ¡ni leche de pájaro que fuese!... y como su Jendrzyk de usted será apto para el servicio el año que viene... Boryna sabe cómo hay que entendérselas con los funcionarios, y sabe a quién ha de dirigirse, y podría ayudarles a ustedes...

— ¡¿Qué dices tú, Jagus?

— A mí esto me es igual; si usted me dice que me case, me casaré... Esto le toca a usted, no a mí... — contestó la joven en voz baja. Y apoyando la frente en su huso, quedó mirando la lumbre sin pensar en nada, escuchando el alegre crugido de las ramas. Este o aquél, lo mismo le daba; pero tuvo un pequeño calofrío al recordar a Antek.

— ¿Entonces? — preguntó Jambrozy levantándose del banco.

— Que venga... Los esponsales no son todavía los desposorios... — contestó la vieja lentamente.

Jambrozy se despidió y se fué en derechura a casa de Boryna.

Jagna continuaba sentada, inmóvil y muda.

— Jagus... hijita... y ¿qué?...

— ¡Y nada!... todo eso me es igual... Si usted me lo

manda, me casaré con Boryna... sino, me quedaré aquí. ¿Acaso me encuentro mal con usted?...

La vieja siguió hilando, y dijo a media voz:

— Lo que yo quiero es tu bien, lo que más valga para ti... Claro que él es viejo; pero está todavía fuerte, tiene buen corazón y no es como otros hombres del campo. Te respetará... tú serás allí la señora, el ama de la casa... y cuando te haga donación, ya miraré yo porque sea la tierra lindante con la nuestra, cerca de la del judío, hacia la colina. Y si él te asegurase como cosa de seis fanegas, ¿comprendes? ¡Seis fanegas! Es preciso que te cases, Jagusia. ¡Es preciso! ¿Por qué dejar que se murmure de ti y que te lleven en la punta de la lengua por todo el pueblo?... Se mataría un cerdo... o tal vez no... tal vez... — Se calló, y combinó lo demás sola, en su imaginación, porque Jagus apenas la escuchaba; hilaba maquinalmente y hubiérase dicho que su propio destino no le concernía, a juzgar por lo poco que le interesaba aquella boda.

¿Pero acaso estaba ella mal al lado de su madre? Hacía lo que quería y nadie se metía con ella. ¿Qué le importaba todo eso de la tierra, el acta de donación y la propiedad? Nada absolutamente. ¿Y un marido? Lo que sobraba eran mozos que corriesen tras ella, y de haber querido todos hubieran acudido a su casa la misma noche... Sus pensamientos se desenvolvían perezosamente, como el hilo de lino del copo, y, como un hilo, se arrollaban siempre alrededor de esto: si su madre lo manda se casará con Boryna... Después de todo, hasta lo prefiere a otros porque le compró una cinta y una pañoleta... Conforme... Pero Antek también le hubiera comprado lo mismo..., y hasta otras cosas más bonitas... con tal que hubiese tenido el dinero de Boryna... Todos tienen buen corazón... y todos al mismo tiempo... ¡Como si ella tuviese la cabeza para escoger entre ellos! A su madre correspondía hacer lo que debiera hacerse...

Sus ojos se fijaban obstinadamente en la ventana, como si observara unas dalias ennegrecidas y marchitas que el viento balanceaba. Pero pronto apartó de ellas la mirada y lo olvidó todo, se olvidó de ella misma, y cayó en la misma

santa impasibilidad que su tierra natal durante las inertes noches otoñales, porque el alma de Jagusia era como aquella santa tierra, sí; como la tierra, reposaba en no sé qué profundidades indiscernibles, en el desorden de los ensueños y de los sueños, inmensa e inconsciente de sí misma, potente y sin voluntad, sin deseo, sin pasiones, inerte, pero inmortal; y como la tierra, cada borrasca la cogía, la apretaba contra sí, y la mecía y la arrebataba donde quería... y lo mismo que esta tierra despierta en la primavera a la tibieza del sol que la fecunda, le da vida y la sacude con un estremecimiento de fuego, de deseo y de amor; lo mismo que ella, engendra porque ha de engendrar; vive, canta, reina, crea y destruye, porque debe hacerlo, porque debe ser... En verdad, el alma de Jagusia era como esta santa tierra, ¡nuestra tierra!...

Así permaneció largo tiempo, sentada y silenciosa; sólo las estrellas de sus ojos brillaban como aguas tranquilas en una tarde de primavera.

De pronto la sacó de su ensueño alguien que había abierto la puerta que daba al corredor.

Entró Jozka sin aliento, se precipitó hacia la chimenea, vació el agua de sus zuecos, y dijo:

— Jagus, mañana mondaremos las coles en casa, ¿vendrás?

— Iré.

— Nos reuniremos en la sala. Jambrozy está allí sentado con padre; me he escurrido a la chita callando, para decírtelo. Vendrán Ulisia, y Marysia, y Wikta, y las otras primas..., y habrá muchachos... Pietrik ha prometido que vendrá y traerá el violín....

— Pero ¿cuál?

— El de los Michal, el que vive detrás de la casa del alcalde, ya sabes, el que volvió del servicio cuando se arrancaba las patatas... y que habla de un modo tan chusco que es difícil entenderlo...

Sacudió lo más que pudo sus ropas, y escapó a su casa.

La calma invadió de nuevo la estancia.

A veces la lluvia azotaba los cristales como si alguien

echase un puñado de arena; el viento silbaba y se entremetía por los huertos de frutales, o soplaba tan recio por la chimenea que los tizones se desparramaban por el hogar y esparcían una bocanada de humareda en la sala... y los husos murmuraban siempre en el suelo.

La velada transcurría lenta y larga. Finalmente, la vieja entonó con voz baja y temblorosa:

Todas nuestras penas del día...

Los mozos y Jagna unieron sus voces a la suya, muy quedo, y, sin embargo, de un modo tan penetrante que las gallinas se pusieron a cacarear y picotear en sus gallineros del corredor.

VII

El día siguiente fué también sombrío y lluvioso.

A cada instante salía alguien de su cabaña y contemplaba larga y tristemente la tierra enfangada, esperando un escampo; pero no pasaba nada fuera de las nubes grises que volaban tan bajas que parecían desgarrarse en los árboles; la lluvia goteaba incesante y desde medio día se hizo torrencial, como si alguien hubiese abierto las esclusas celestes: los tejados crepitaban.

La gente se consumía en las cabañas; alguno que otro chapoteaba en el barro, desafiando a la lluvia; corría a casa de los vecinos a echar pestes del tiempo, tan asqueroso que hasta se tenía cuidado de no dejar el perro en el patio; había quieñ tenía aun su pinocha en el bosque, otro que aun no había entrado su leña, y otros, o más bien casi todos, no habían terminado la corta de sus coles, y no había que pensar en ir hoy, porque el estanque había crecido tanto durante la noche que al despuntar el día había sido preciso levantar del todo las compuertas, y el río, engrosado con esto, se desbordaba de tal modo que los prados estaban inundados y las plantaciones de coles apenas emergían sus ligeras convexidades como islillas negras en medio de aquel diluvio lechoso y espumeante.

En casa de la Dominikowa tampoco habían entrado el resto de la cosecha, dejado la víspera en el campo.

Desde por la mañana, Jagna no sabía qué hacer; erraba de un rincón a otro, o miraba por la ventana los macizos de dalias sacudidos por la lluvia, y al ver el mundo anegado en agua, suspiraba tristemente.

—¡Dios mío, lo que tarda el tiempo en pasar! —murmuraba, esperando con impaciencia que llegase el crepúsculo para poder ir a la monda de coles de los Boryna. El día pasaba tan lentamente como mendigo en el barro, tan miserable y tristemente que no se podía soportar. Estaba tan irritable que chillaba continuamente a los chicos y les daba golpes con lo primero que le venía a la mano. Además, le dolía la cabeza y no le pasó el dolor hasta que se hubo aplicado a las sienes una compresa de avena tostada, humedecida con vinagre. A pesar de todo no podía parar un instante; el trabajo se le caía de las manos, y se perdía en la contemplación del estanque azotado por la lluvia: desplegaba como un ave sus pesadas alas, las batía furiosamente, se elevaba con gran ruido haciendo saltar el agua hasta la carretera; pero no lograba emprender el vuelo, como si sus patas hubiesen echado raíces en el suelo. Al otro lado del agua estaba la casa de Boryna. Se distinguía perfectamente su tejado verde de vejez y su galería, cuyas tejas habían sido cambiadas recientemente, pues todavía eran amarillas, y las construcciones de detrás del jardín. Pero ni ella misma sabía lo que miraba...

La Dominikowa se había marchado por la mañana, porque la habían llamado para asistir a una parturienta al otro extremo del pueblo; en efecto, era curandera y entendía en varias enfermedades.

Jagna sentía un terrible deseo de echar a correr hacia alguna parte del mundo, de ver gente; pero apenas se había puesto el pañuelo a la cabeza y contemplaba el cieno y la llovizna, se le quitaban las ganas de todo... Finalmente, presa de no sé qué extraño deseo, hubiera querido llorar... Entonces, no sabiendo qué hacer, abrió su cofre y se puso a sacar y desplegar encima de la cama sus vestidos de do-

mingo... La sala estuvo pronto roja de ropas de lana rayadas, de pañoletas, de casaquines; pero hoy no encontraba gusto en ello, no... Miraba sus riquezas con indiferencia, aburrida... Sin embargo, sacó del fondo el pañuelo de Boryna y la cinta, se los puso y se contempló largo tiempo al espejo.

—Esto me va bien... me lo he de poner esta noche— pensó y se los quitó en seguida, porque alguien venía hacia la cabaña por entre los setos.

Era Mateusz. Jagna lanzó un grito de sorpresa, porque la gente murmuraba por su culpa. Se decía que ella iba con él al jardín por la noche, y que hasta le recibía a menudo en otra parte... Era un mocetón que tenía sus treinta años bien cumplidos y todavía soltero. No quería casarse porque tenía hermanas que aun no estaban colocadas y porque, como decía Jagustynka, sentía gran afición por las mujeres de los demás... Era un campesino bien tallado, fuerte como una encina, lleno de confianza en sí mismo y tan insolente e inflexible que eran muy pocos los que no le tenían miedo. Y, además, era diestro en todo; tocaba tan bien la flauta que os llegaba al alma; sabía construir un carro, edificar una cabaña, revestir de cemento una estufa; y todo lo hacía con tanta habilidad, que el trabajo se le escurría como fuego entre los dedos; en cuanto a los *grosz* era incapaz de guardarlos, pues aunque los ganaba en grande, se daba maña para beberlo todo, o gastar a diestra y siniestra, a no ser que prestase. Se le apodaba el *Palomo*, aunque se parecía mucho más a un buitre, por la cara, y también por la violencia de su carácter...

—¡Que el Señor sea glorificado!

—Por los siglos. ¡Mateusz!

—¡Sí, Jagus, soy yo!...

Le apretó la mano y la miró fijamente en los ojos con una mirada tan fulgurante que la muchacha se sonrojó y miró hacia la puerta con inquietud.

—Ha pasado un buen medio año desde que te fuiste por el mundo...— murmuró turbada.

—Medio año entero y veintitrés días... bien contado lo tengo...— y nunca soltaba su mano.

— Voy a encender la luz — exclamó Jagna, pues la noche había cerrado por completo y quería desprenderse de él.

— Dime con buenas maneras buenas noches, Jagus —, le suplicó él bajando la voz y queriendo abrazarla; pero ella se escapó con presteza y se fué a la chimenea para encender la luz, porque temía que su madre u otro cualquiera les sorprendiese en las tinieblas; pero no tuvo tiempo, porque Mateusz la asió por el talle, la estrechó fuertemente contra su pecho y se puso a besarla como un loco...

Ella se debatía como un pájaro; pero no tenía fuerza para escapar de los brazos de aquel dragón que le lastimaba las costillas por la violencia con que la apretaba y que la besaba tan golosamente. De pronto le dió un desfallecimiento. No veía claro, le faltaba el aliento, y no pudo hacer más que gritar plañideramente:

— Suéltame... Mateusz... Madre...

— Otro poquito más, Jagus, otra vez, sino voy a estar rabioso... — y la besaba tan furiosamente que la muchacha, abandonándose del todo, se le deslizaba entre los brazos como agua. Oyéronse unos pasos en el corredor, y la soltó. Encendió él mismo la lámpara que había en la chimenea y lió un cigarillo mirando a Jagus con ojos chispeantes de deseo. Ella no estaba aun enteramente repuesta, pues se apoyaba con fuerza en la pared, jadeante.

Jendrzych (1) entró y sopló el fuego en la chimenea, dispuso pucheros con agua y se ocupó todo el tiempo en la estancia; así es que no pudieron decirse ya gran cosa. No hacían más que mirarse con ojos brillantes, hambrientos, como si quisiesen comerse...

A poco, acaso el tiempo de dos padrenuestros, volvió la Dominikowa. Debía venir de mal humor porque ya en el corredor le armó bronca a Szymek. Al ver a Mateusz le lanzó una mirada severa, y sin hacer caso de su saludo, pasó a su cuarto para cambiar de vestido.

---

(1) Jendrzej, Jendrzyk: Andrés.

— Vete; madre te va a armar camorra, ya verás... — le imploró ella dulcemente.

— ¿Vendrás a buscarme, Jagus, di? — preguntó él.

— ¿Con que ya estás de vuelta de tu viaje? — le dijo la vieja como si sólo en aquel momento le viese.

— Pues, sí, madre... — contestó él con dulzura, queriendo besarle la mano.

— ¡Anda, pero... llama madre a una perra y no a mí! — gruñó ella, retirando la mano con cólera. — ¿Por qué estás aquí? Ya te tengo dicho que en esta casa no se cuece nada para ti.

— He venido a ver a Jagusia y no a usted — gritó él con insolencia, casi dominado por la cólera.

— ¿Quieres dejar a Jagusia tranquila? ¡Venir aquí para que luego, gracias a ti, circulen por el pueblo todos esos chismes como si fuese una de esas chicas perdidas!... ¡Que no te vuelva a ver!

— Eso es; ¡grazne usted como una corneja, para que todo el pueblo la oiga!

— ¡Pues que lo oigan, que vengan! Así sabrán que te has agarrado a Jagna como el lampazo a la cola de un perro y que hasta con un hurgón es difícil arrancarte.

— Si no fuese usted una mujer, le sobaría un poco las costillas por hablar así...

— ¡Pruébalo, a ver, canalla, raza de perro! — Y agarró el atizador de hierro de la chimenea.

Pero la cosa acabó allí, porque Mateusz escupió y salió más que deprisa, dando un portazo, porque, a fin de cuentas, no podía, *sin embargo*, agarrarse por el gañote con una mujer y ser la risa de todo el pueblo.

Pero, la vieja, no pudiendo ya desahogarse con él, la emprendió con Jagna a todo trapo. Y empezó a soltarle todos los cargos y reproches que tenía en las tripas... Jagus estaba sentada, quietecita, medio muerta de miedo; pero cuando las palabras de su madre le llegaron al vivo... volvió en sí y escondiendo la cara en la colcha, estalló en sollozos y en quejas, porque estaba verdaderamente furiosa... No tenía culpa... no le había llamado a la cabaña... había ve-

nido por su propia voluntad... y en cuanto a lo de la primavera, lo que su madre le reprochaba... Le había encontrado al pasar entre los setos y no pudo huir de semejante dragón... Había quedado tan deslumbrada que... Y más tarde ¿había podido tan sólo zafarse de su abrazo? A ella le sucedía siempre lo mismo; bastaba que un mozo la mirase al blanco de los ojos, o la abrazase fuertemente... para que ella sintiese, ¿cómo lo diría?, que toda su fuerza la abandonaba, y una debilidad tal en el estómago que ya no sabía lo que le pasaba... ¿En qué tenía ella culpa?

Deshecha en lágrimas se lamentaba en voz baja; su madre acabó por ablandarse y se puso a enjugarle con solicitud la cara y los ojos, a acariciarle la cabeza y a calmarla.

—Vamos, Jagus, no llores más... a ver... sino vas a tener los ojos colorados como una coneja, y ¿cómo vas a ir en ese estado a casa de los Boryna?

—¿Es ya tiempo? —preguntó después de un instante, un poco más tranquila.

—¡Claro que sí, que es hora! Y ponte guapa, habrá gente, y el mismo Boryna se fija en eso...

Jagus se levantó en seguida y empezó a vestirse.

—¿Hay que hacerte hervir un poco de leche?

—No, no tengo ninguna gana de comer, madre.

—Szymek, ¡te estás ahí calentando, baldragazas, y las vacas están dando con los dientes en el comedero vacío! —gritó con la cólera que aun le quedaba. Szymek escurrió el bulto para que no le alcanzase algo...

—Me parece —dijo bajando el tono, y ayudando a Jagna a vestirse —que el herrador está en buenas relaciones con Boryna. Me lo he encontrado llevándose un ternero de casa del viejo, ¡y un hermoso ternero, a fe mía!... Es lástima... bien valía sus quince billetes... Pero también es posible que valga más que estén muy unidos, porque el albéitar tiene muy mala lengua, y entiende de derecho... —Retrocedió algunos pasos y contempló a su hija con tierna admiración.—A lo que parece ya han soltado a ese ladrón de Koziol; habrá que cerrarlo todo otra vez y montar la guardia...

—Me voy, madre.

—Eso es; véte y quédate hasta medianoche excitándote con los mozos —le soltó la madre en un postrer estallido de cólera.

Jagna, salió. Desde la carretera oía a la vieja vociferando contra Jendrzyk porque los marranos no habían sido metidos en su pocilga y porque las gallinas dormían en las ramas de los árboles.

En casa de Boryna había ya mucha gente.

El fuego llameaba en la chimenea e iluminaba toda la enorme sala, haciendo espejear los cristales de las imágenes y balancear los mundos (1) hechos con obleas de color, colgados con hilos en las vigas, negras de hollín. En medio de la sala yacía un montón de coles rojas, y alrededor un grupo de muchachas, con algunas mujeres de más edad, todas sentadas de cara a la chimenea, formando un vasto semicírculo; limpiaban las coles y luego las echaban sobre una tela extendida delante de la ventana.

Jagus se calentó las manos en la chimenea, se puso sus galochas bajo la ventana, se sentó al extremo del grupo, junto a la vieja Jagustynka, y se puso a la faena.

El ruido de voces fué en aumento porque aun iban llegando mujeres y mozos que, acompañados de Kuba, traían las coles del hórreo. Los mozos fumaban cigarrillos y sonreían a las muchachas con todos los dientes, cuando no chirigoteaban entre ellos.

Aunque Jozka no era todavía más que una miniatura de muchacha, era ella quien dirigía la danza, tanto para el trabajo como para la diversión, porque el viejo no estaba allí, y Hanka, como de costumbre, o estaba gruñona, o gastaba aires de mariposa de noche.

—¡Puesno hay poco rojo en la sala! —¡Parecen flores de adormidera! — exclamó Antek que acababa de instalar los toneles en el corredor y que se disponía a preparar el cepillo para cortar las coles delante de la chimenea, un poco al biés.

---

(1) Por Nochebuena se adorna las casas en Polonia con artísticas bolas o esferas, simulando el Mundo, que se confecciona con obleas de color y, también, con paja larga.

— ¡Eh! ¡Se han puesto majas como para una boda! — dijo una mujer entrada en años.

— ¡Eh, Jagus, cualquiera diría que te has lavado con leche! — empezó malignamente Jagustynka.

— Déjeme en paz — murmuró Jagus sonrojándose.

— ¡Regocijaos, muchachas!... — Mateusz está de regreso del viaje y todo va a recomenzar, música, danzas y las sesiones en los huertos... — prosiguió la vieja.

— Ha estado ausente todo el verano.

— Estaba construyendo el castillo de Wola.

— Tiene todos los talentos ese puerco: ¡hasta sabe hacer burbujas con la nariz! — dijo alguno de los mozos.

— ¡Y es tan avispado con las muchachas que ni siquiera han de esperar los nueve meses!...

— ¿Por ventura, Jagustynka ha dicho nunca una palabra buena de alguien? — comentó una de las mozas.

— ¡Ten cuidado, porque bien podría tener algo que contar de ti!...

— ¿Ya lo saben? Parece que el viejo peregrino ha llegado ya.

— Hoy estará aquí con nosotros — exclamó Jozia.

— Ha pasado tres años enteros por el mundo.

— ¿Por el mundo?... En el Santo Sepulcro es donde ha estado.

— ¡Turututu! ¿Quién le ha visto allí? Miente ese farsante, y los imbéciles le creen; pasa con él como con el herrador, que cuenta de los países del otro lado de los mares lo que acaba de leer en los papeles.

— No diga usted tonterías, Jagustynka; el mismo señor cura se lo ha afirmado a mi madre.

— Es verdad; la Dominikowa tiene como un segundo domicilio en la rectoría y sabe siempre cuando el cura tiene dolor de vientre. ¡Como que es curandera!...

Jagna se calló; pero tenía un deseo loco de replicarle debidamente porque toda la sala se estaba descosiendo de risa. Pero Ulisia Gregorzowa se inclinó hacia la Klembowa y le preguntó:

— ¿De dónde viene?

— ¿De dónde viene? Del vasto mundo, ¿quién lo sabe siquiera? — Se agachó un poco, cogió una col, quitó las hojas exteriores y dijo con rapidez, levantando gradualmente la voz para que las demás oyeran también:

— Cada tres inviernos viene a Lipce y se acuartela en casa de Boryna... El dice que le llaman Roch, y, sin embargo, su nombre no es Roch... Es un mendigo y no es un mendigo ¿quién lo sabe?... Pero es un hombre piadoso y bueno... No habría más que ponerle un nimbo alrededor de la cabeza y sería justamente como los santos de los altares. Lleva al cuello rosarios que ha desgranado sobre la tumba de Jesús... da a los niños estampitas de santos y otras, también, de los reyes que en otros tiempos salieron de nuestro pueblo... Y tiene libros devotos y otros en que está todo, y diversas historias sobre el mundo. Una vez se los leyó a mi Walek, y mi hombre y yo lo escuchamos todo; pero lo he olvidado, porque cuesta mucho recordar... Y es tan religioso que se os queda arrodillado medio día; a menudo se le ve al pie del calvario o en alguna parte, en los campos, y a la iglesia no va más que para la misa. El señor cura le invitó a ir a su casa, a la rectoría, y entonces él le dijo así: «Yo he de convivir con el pueblo; mi sitio no está en las habitaciones bonitas...» Todo el mundo se da muy bien cuenta de que no debe de haber salido de una familia de campesinos, aunque hable como todo el mundo. ¡Y lo sabio que es! Con decir que con el judío ha hablado alemán, y en el castillo de Drzazgowa; y con la señorita que ha estado en los países cálidos por su salud, ha hablado también una lengua extranjera... y no acepta nada de nadie, más que una gota de leche o una rebanada de pan y, en cambio, todavía enseña a los niños... Se dice... — pero la Klembowa se detuvo de pronto porque las muchachas se retorcían tanto de risa que casi se caían de espaldas.

Se reían de Kuba, que llevaba coles en una tela, y que, al ser empujado, había caído en medio, tan largo como Dios lo hizo, esparciendo sus coles por la sala. Penosamente, procuraba levantarse; pero apenas conseguía ponerse de cuatro patas, volvía a caer, empujado por alguien.

Jozia fué en su socorro y le ayudó a levantarse; pero él soltó votos y tacos, pero tales votos y tacos...

Y, lentamente, la conversación pasó a otra cosa.

Se hablaba a media voz, pero todos a la vez, y esto producía un ruido como en una colmena antes de entrar el enjambre. Las risas se dilataban y las pullas volaban; era un regocijo tal que los ojos chispeaban y las bocas reían. El trabajo también avanzaba de lo lindo. Los cuchillos rechinaban en los tronchos y las cabezas de las coles caían sobre la tela como bolos, formando una pila que se elevaba sin cesar. Antek trinchaba en el corte legumbres encima de un gran barreño, cerca de la chimenea; se había puesto a sus anchas y no llevaba más que la camisa y su pantalón rayado de lana; estaba muy colorado y tenía el pelo revuelto y la frente bañada en sudor; trabajaba de firme, pero reía y bromeaba continuamente, y estaba tan guapo que Jagna le contemplaba como hubiese contemplado un cuadro; y, por otra parte, no era ella sola; él se detenía de tiempo en tiempo para tomar aliento, y la miraba alegremente, con una mirada que la hacía bajar los ojos y enrojecer. Pero nadie notaba esto fuera de Jagustynka, y aun ésta hacia como que no miraba, aunque en su cabeza ya estaba pensando en referirlo todo por el pueblo.

— Parece que Marcycha ha dado a luz, ¿lo sabíais? — empezó la Klembowa.

— ¡La gran noticia! ¡Esa hace lo mismo cada año!

— Esa mujer es fuerte como un bisonte, y cuando tiene un hijo se le retira la sangre de la cabeza... — murmuró Jagustynka, queriendo ir mas allá sobre este tema; pero las otras mujeres le reprocharon que no debía hablar de tales cosas delante de muchachas solteras.

— No temáis; están enteradas de otras muchas cosas más. Ya han llegado los tiempos en que no se puede hablar de la cigüeña (1) a una zagalilla de gansos, sin que se os

(1) Mientras no están en edad de saber fisiología, se dice a los niños que los recién nacidos los trae a la casa una cigüeña; a todos nos ha traído del cielo una cigüeña.

eche a reír en vuestras narices... Esto no sucedía en otros tiempos, vaya que no.

— Vamos, vamos, que usted guardaba todavía las vacas y ya lo sabía todo — dijo gravemente la vieja Wawrzonowa —. ¡Como si yo no me acordase de las bonitas cosas que hacía usted en los pastos!

— Ya que tiene tan buena memoria, guárdesela para usted — exclamó agriamente Jagustynka.

— Yo estaba ya casada... con Mateusz, me parece... no, con Michal... pero sí, puesto que Wawrzon era mi tercero... — murmuró, sin poder hallar la solución.

— ¡Cómo! ¿Están ahí sentados y no saben lo que ha ocurrido? — gritó jadeando Nastusia Golembianka, la hermana de Mateusz, que acababa de entrar como un huracán.

De todos lados partieron interrogaciones curiosas, y todos los ojos la apuntaron.

— Pues, bueno, ¡le han robado los caballos al molinero!

— ¿Cuándo ha sido?

— No hace más de tres padrenuestros. Jankiel se lo acaba de decir a Mateusz.

— Jankiel lo sabe siempre todo en seguida, o ¡hasta tal vez un poco antes!...

— ¡Caballos como los suyos, unas bestias soberbias!

— Los han hecho salir de la cuadra. El mozo había ido al molino a buscar avena, y, al volver, ¡ni caballos, ni arneses, y el perro envenenado en su casilla!

— Se acerca el invierno y ya empiezan a suceder cosas.

— Es porque no hay castigo para los ladrones... Vaya, ¡para lo que les hacen! Los meten en la cárcel, les dan de comer, y así se están muy calentitos, y se ejercitan con sus colegas, y cuando los sueltan, salen ladrones más diestros, porque han aprendido...

— ¡Ah, si me hubiesen robado mis caballos y yo echase mano al ladrón, lo mataría allí mismo, como un perro rabioso! — exclamó uno de los mozos.

— Es todo lo que merecería un hombre semejante, por que sólo los imbéciles van a buscar la justicia en este mundo. Cada cual tiene el derecho de hacerse justicia a sí mismo.

— Habría que atrapar a esos ladrones, juntarse para matarlos, y aún así no sería suficiente castigo, porque tampoco se podría castigar a todos.

— Me acuerdo que lo mismo nos sucedió... pero fué en tiempos de mi segundo marido... No, me parece que aun vivía Mateusz...

Boryna interrumpió aquellos comentarios, entrando en la sala.

— ¡Cuchichean ustedes tan quedo que se les oye desde el otro lado del estanque! — exclamó alegremente. Y, quitándose el gorro, saludó a todo el mundo a la redonda. Ya debía de llevar una copa o dos en el cuerpo, porque estaba rojo como una peonía; había desabrochado su capote y, contra su costumbre, hablaba mucho y fuerte. Quiso sentarse al lado de Jagusia, pero no se atrevió a hacerlo a la vista de todos, porque todavía no era su prometida. Se limitó, pues, a hablar alegremente, y a mirarla a su placer, bella como estaba y tocada con el pañuelo que le había regalado.

Witek y Kuba habían puesto ya un largo banco cerca de la chimenea; Jozia lo enjugó con un paño limpio y dispuso algunos platos y cucharas para la colación.

Por su parte, Boryna trajo del cuartito una botella panzuda que bien podía contener sus dos litros de aguardiente. Lo sirvió a todo el mundo a la redonda y se puso a beber a la salud de todos.

Las mozas hicieron algunos remilgos, lo cual hizo exclamar a uno de los mozos:

— Son tan golosas del aguardiente como un gato lo es de la leche; pero quieren hacerse rogar.

— Como él es un beodo acabado, siempre metido en casa de Jankiel, cree que todo el mundo es lo mismo.

Y ellas bebían, se volvían de espaldas, se tapaban la cara con la mano, vertían al suelo el resto del vaso, hacían un gesto, exclamaban «¡uh... qué fuerte es esto!» y devolvían el vasito a Boryna.

Jagna fué la única en obstinarse y en no beber, a pesar de los ruegos e instancias.

— No conozco siquiera el gusto del aguardiente y no tengo curiosidad por él — dijo.

— Vamos, siéntense, buenas gentes, y comamos lo que haya — dijo el viejo.

Después de no pocos cumplidillos, como lo requiere el uso, se acomodaron alrededor del banco, y comieron lentamente, cambiando algunas palabras.

Un vaporcillo subía de las cacerolas, envolviéndolas como en una nube... se oía un choqueteo de cucharas, un ruido de masticación, alguna que otra palabra.

La comida era selecta, hasta el punto de que muchos se admiraron: porque había patatas con caldo, y carne hervida con puré de cebada tostada y coles con guisantes; esto se llama obsequiar bien, como cuadra a un campesino que posee tierra. Además, él instaba constantemente a repetir, casi obligaba, y Jozia y Hanka, por su parte, cuidaban de que vasos y platos no quedasen nunca vacíos...

Witek añadió troncos secos al fuego, que empezó a restallar alegremente. Mientras comían, Kuba había echado en el montón otras coles, aspirando ávidamente el olor de los platos, porque se le hacía la boca agua y suspiraba profundamente.

— De buena gana me tragaría medio buey, con una o dos fuentes de papilla de avena... y ¡estos marrajos que se atiborran como caballos hambrientos! Y son lo bastante guarros para no dejarme un hueso... — pensaba melancólicamente al tiempo que se ceñía más el cinturon; tanto le producía aquello borborigmos de hambre en las tripas.

Pero ya ellos habían terminado y se levantaban con un «Dios se lo devuelva» a los huéspedes.

— ¡Que aproveche a su salud!

Fué un momento de gran algazara; uno se iba a tomar el aire y a mover las articulaciones; otro se contentaba con ir a ver si despejaba el cielo; los más, mozuelos, iban a la galería a juguetear con las muchachas.

Kuba estaba sentado en el umbral, con un plato sobre las rodillas, y comía como para desquiciarse las quijadas, sin hacer caso de *Lapa,* que intentaba por diversos procedi-

mientos hacerse notar; y, viendo que no lo conseguía, fué a reunirse en la galería a los perros que habían venido con los invitados, disputándose con ellos los huesos que Jozia les había arrojado.

Precisamente iban a volver todos a la tarea, cuando Roch apareció a la puerta alabando al Señor.

— ¡Por los siglos! — repusieron todos a coro.

— ¡Felipote, despáchese mientras quede algo en el puchero!... Llega tarde; pero todavía habrá algo para usted — exclamó Boryna, adelantándole una silla cerca de la chimenea.

— Dame leche y pan, Jozia; eso me basta.

— También hay todavía un poquitín de carne — dijo tímidamente Hanka.

— No, Dios te bendiga; no como carne.

Se callaron para empezar, mirándole con viva curiosidad; pero cuando se puso a comer, los temas y las risas volvieron a empezar como antes.

Sólo Jagna miraba a menudo al peregrino con admiración: ese hombre como los demás había estado, pues, en el Santo Sepulcro, y había visitado medio mundo. ¡Cuántas maravillas habría visto!... ¿De qué manera podían ser las cosas en el mundo? ¿Por dónde había de ir para llegar a él?.. Sin embargo, en todo el contorno no había más que pueblos, y campos y bosques, y detrás de éstos, todavía pueblos y campos y bosques... habría que caminar sus buenas cien millas, o tal vez hasta mil. Así pensaba ella, y sentía un extraño deseo de hacer preguntas, pero, ¿cómo hacerlas? Seguramente se burlaría de ella...

El hijo de los Rafaly, el que acababa de llegar del regimiento, sacó su violín, lo afinó y se puso a tocar diferentes aires.

Se hizo el silencio; sólo se oía la lluvia que azotaba los cristales y a los perros que gañían ante la casa. Y él, seguía tocando siempre tonadas nuevas; pellizcaba las cuerdas con los dedos y paseaba tan bien el arco sobre ellas que la melodía parecía salir sola... Tocaba cantos de devoción como si fuesen para el peregrino, que no le quitaba los ojos de

encima; luego, otros, lo más profano que puede haber, el de Jas que va a partir para la guerra que, a menudo, se oye cantar a las muchachas en los campos... Sacaba notas tan plañideras que todos sentían como un calofrío en los tuétanos, y Jagusia, sensible a la música como ninguna otra, se echó a llorar de todas veras.

— No toques más, mira a Jagusia como llora... — exclamó Nastka.

— No... sólo que... oyendo tocar, me sucede siempre... — murmuró avergonzada, ocultando la cara en su pañuelo...

Pero de nada sirvió; por más que hizo, las lágrimas salían solas por sabe Dios qué nostalgia extraña que le quedaba en el fondo del corazón...

Pero el muchacho no cesaba de tocar; sólo que ahora tocaba, a grandes golpes de arco, furiosas mazurcas y *obertazys* (1) tales que las muchachas, no pudiendo estarse quietas, estiraban las piernas, se estremecían de placer y batían palmas. Los muchachos, de tiempo en tiempo, marcaban el compás con el pie o acompañaban cantando alegremente. En la sala reinaba tal tumulto de pateos y de risas, que los cristales temblaban.

De pronto, un perro se puso a ladrar en el corredor y lanzó alaridos tan espantosos que todo el mundo guardó silencio.

— ¿Qué ha sucedido?

Roch se precipitó tan deprisa al corredor que tropezó con el cepillo de picar col.

— No es nada... un muchacho le ha pellizcado la cola al perro con la puerta y por eso ha dado tales alaridos — exclamó Dantek, después de haber ido a mirar en el corredor.

— Eso debe ser cosa de Witek — opinó Boryna.

— Es extraño que Witek, que recoge en el pueblo las bestias estropeadas y las cuida, haya hecho daño a ese perro... — exclamó Jozia.

Roch volvió muy agitado; habíase debido escapar el perro porque se oía ahora un gañido que venía en dirección de los setos.

---

(1) Especie de vals campesino.

—El perro también es una criatura del buen Dios y siente la injusticia como nosotros mismos... El mismo Señor Jesús tenía su perro y no lo dejaba maltratar por nadie... —dijo con acento apasionado.

—¿Es decir, que el Señor Jesús tuvo su perro como todo el mundo?...

Jagustynka no se decidía a creerlo.

—Y para que usted sepa que tenía uno, le diré que se llamaba *Bureh*...

—Vamos, vamos... no es posible... — dijeron algunas voces.

Roch quedó un instante silencioso, luego levantó la cabeza de afeitadas mejillas y largos cabellos blancos cortados rectos encima de la frente, fijó el fuego de sus ojos claros, que se hubiera dicho que habían llorado, y dijo en voz baja, desgranando con la punta de los dedos las cuentas de su rosario:

—... En aquellos tiempos... cuando Nuestro Señor Jesús caminaba todavía sobre la tierra y gobernaba al pueblo por sí mismo, sucedió lo que os voy a contar...

«Nuestro Señor Jesús iba al jubileo de Mstow y no había carretera, sino malos arenales ardientes, porque el sol calentaba de firme y hacía el mismo calor que antes de una tormenta.

»Y no había sombra ni cobijo.

»Nuestro Señor Jesús iba con una gran paciencia y aun le faltaba un buen trecho de camino para llegar al bosque; pero como estaba tan fatigado que ya no sabía dónde tenía las piernas y tenía una sed terrible, se sentaba de vez en cuando sobre las dunas, aunque allí calentaba todavía más y a pesar de que no crecía allí más que ruda cabruna; y no había más sombra que la que daban los tallos desecados de verbasco, que no valían ni para resguardar un pajarillo...

»Pero cada vez que se sentaba, ya antes de que se hubiese propiamente reposado, en seguida, el Maligno, ni más ni menos que un asqueroso buitre que se precipita de lo alto sobre un pajarillo fatigado, pateaba la arena con los zuecos, ¡la peste! y se revolcaba como un ganado, y se le-

vantaba tal polvareda, tales tinieblas, que no se podía ya ver el mundo...

»Aunque el Señor Jesús tuviese el pecho sin aliento y apenas pudiese consigo, se levantaba y proseguía su camino y no hacía más que reírse del tonto, porque sabía muy bien que el Malo quería hacerle equivocar el camino, con el solo fin de que no fuese al jubileo para la salvación de los pecadores...

»Y el Señor Jesús seguía... seguía... hasta que llegó al bosque...

»Descansó un poco en la sombra, se refrescó con agua, comió un bocado de su alforja, luego se cortó un bastón de buena medida, hizo la señal de la cruz y se internó en la selva.

»La selva era vieja y espesa y los cenagales infranqueables, y los pantanos y las ciénagas tales que el Malo debía tenerlos por morada, y las malezas tan espesas que ni para un pájaro era fácil atravesarlas. El Señor Jesús seguía su camino, cuando he aquí que el Malo empieza a sacudir la selva, a bramar, a romper los pinos; y el viento, que es su criado infernal, acudió a ayudarle, arrancando la madera muerta, las encinas y las ramas, y a gruñir y alborotar como un borrico.

»Se hizo una obscuridad tal que no se veía a un paso, y desencadenóse con gran ruido y estruendo una borrasca... Y he aquí que unas bestias, verdaderas barreduras del infierno, se ponen a saltar y a mostrar los colmillos... y a gruñir... y a meter ruido... y a mirar con ojos llameantes... y... y a amenazar con sus garras...; pero, naturalmente, no se atrevían, porque era el Señor Jesús en persona.

»El Señor Jesús comenzaba a cansarse de aquellos tontos espantos, y como llevaba prisa por llegar al jubileo, hizo la señal de la cruz sobre la selva y todos los Malignos y sus compadres desaparecieron en las ciénagas al punto.

»Sólo quedó un perro salvaje, porque en aquel tiempo los perros aun no convivían fraternalmente con los hombres. El perro corría detrás de Nuestro Señor Jesús, ladraba, y hacía ademán de echarse encima de sus santas piernas, o

se agarraba con los dientes a su pantalón o le desgarraba el capote o se colgaba a su zurrón del pan haciendo esfuerzos por morderle las carnes... Pero como Nuestro Señor Jesús era misericordioso, y no hacía nunca daño a ninguna criatura y, aunque hubiera podido destruirlo con su bastón y hasta matarlo con el pensamiento, le dijo tan sólo:

»—Aquí tienes un poco de pan, criatura estúpida, puesto que tienes hambre. — Y le echó algo de su zurrón.

»Pero el perro estaba colérico y furioso; no hacía más que rechinar los dientes, ladrar, baladrear y correr trás él, y ya había logrado destrozar completamente el pantalón de Jesús.

»—Te he dado pan, no te he hecho daño y me arrancas mis vestidos y me ladras por nada. Eres un perrito tonto, ya que no has reconocido a tu amo. Por esto servirás al hombre y no podrás vivir sin él... dijo Nuestro Señor Jesús con voz fuerte. Y el perro se sentó sobre sus traseras, se volvió, se metió la cola entre las piernas, ululó y, como estúpido, se fué hacia el mundo.

»Y Nuestro Señor Jesús llegó al jubileo.

»En el jubileo había tantas personas como árboles en la selva y briznas de hierba en las praderas. Rebosaba de gente.

»Pero la iglesia estaba vacía. Los hombres jugaban en la taberna. En los pórticos había una feria llena de borrachos. Aquello era una disolución y una universal ofensa al buen Dios, como de costumbre en tales ocasiones.

»Nuestro Señor Jesús salió después de la misa mayor y contempló el espectáculo: la gente estaba como trigo bajo el viento, huyendo presurosa de un lado a otro; uno corría con el látigo en la mano, otro arrancaba una madera del vallado, el de más allá agarraba un barrote, otros, por el contrario, cogían una piedra, las mujeres chillaban y trepaban por las rejas o sobre los carros, los chiquillos lloriqueaban y todos aullaban.

— ¡Un perro rabioso, un perro rabioso! — se oía gritar.

»Y desembocando por entre la gente, con la lengua colgante, el perro se lanzó derechamente hacia Nuestro Señor Jesús.

»No se asustó, Nuestro Señor, no... Reconoció que era el mismo perro de la selva y entonces desplegó tan sólo su santo capote, y dijo a la bestia, que se detuvo de pronto:

»— Ven acá, *Burek*, estás más en seguridad junto a mí que en la selva.

»Lo cubrió con su capote, puso las manos sobre él, y dijo:

»— No lo matéis, buenas gentes, porque es también una criatura del buen Dios; es pobre y tiene hambre, es perseguido y no tiene amo.

»Pero los campesinos se pusieron a gritar y a agitarse, y a refunfuñar y a golpear el suelo con los puntales de sus carros: era una bestia salvaje y rabiosa, que ya se les había llevado muchos ánsares y corderillos, que les hacía daño continuamente, que no tenía el menor respeto a los hombres, a los que enseñaba siempre los colmillos, y por la que nadie podía ir a los campos sin garrote porque no había seguridad a causa de aquella bestia del infierno, a la que era absolutamente preciso matar...

»Y querían sacar el perro de debajo del capote de nuestro Señor Jesús y matarlo a golpes.

»Finalmente, nuestro Señor Jesús montó en cólera y exclamó:

»— ¡Que ninguno de vosotros lo toque! ¿Es decir, bribones borrachos, que tenéis miedo de un perro, pero no lo tenéis del Señor Jesús, eh?...

»Ellos retrocedieron porque Él había hablado con fuerza. Y Nuestro Señor Jesús les dijo que eran unos pillos... que habían venido al jubileo y no hacían más que beber en las tabernas, y que ofendían a Dios, y que no hacían penitencia, y que no sabían más que jurar y blasfemar, y que eran unos verdugos el uno para el otro, ladrones, ateos, y que no escaparían al castigo divino.

»Habiendo terminado, Nuestro Señor Jesús recogió su bastón y quiso partir...

»Pero ya el pueblo le había reconocido y he aquí que se echa de rodillas ante él, y todos prorrumpen en llanto, y empiezan a lamentarse:

»— ¡Quédate con nosotros, Señor! ¡Quédate, Señor Jesu-

cristo! ¡Quédate! Y nosotros te seremos fieles como un perro... Somos borrachos, ateos, hombres malos; pero quédate. Castíganos, péganos, pero quédate; somos huérfanos abandonados, criaturas sin dueño...— Y lloraban de tal modo, e imploraban de tal modo, le besaban con tal fervor las manos y sus santas piernas, que el corazón del Señor se ablandó y se quedó con ellos un par de padrenuestros, dándoles enseñanzas, absolviéndoles y bendiciéndoles a todos.

»Y luego, al tiempo de partir, les dijo:

»— ¿Os ha hecho daño el perro? En adelante, él os servirá. El guardará vuestros ánsares y conducirá vuestros corderos, y si alguno de vosotros se emborracha, él guardará vuestros bienes y será vuestro amigo. Pero, respetadle, y no le hagáis blanco de injusticias.

»Nuestro Señor Jesús partió para el vasto mundo.

»Y al volverse, vió a *Burek* sentado, allí mismo donde él lo había defendido.

»— *Burek,* ven conmigo.

»Y el perro le siguió y desde entonces acompañó a todas partes al Señor, tan dulce, tan vigilante, tan fiel como el mejor criado.

»Y, después, a todas partes fueron juntos.

»A través de los bosques y a través del agua, por el mundo entero.

»Y cuando le sucedía que tenía hambre, el perro, con su olfato, cazaba algún pájaro y traía un ánsar o un corderillo, y así vivían en común.

»Y, a menudo, cuando el niño Jesús descansaba, fatigado, *Burek* alejaba a los hombres malos, o a las bestias salvajes, y no abandonaba a Nuestro Señor, ciertamente, no...

»Cuando vino el tiempo en que los judíos malditos y los miserables fariseos condujeron al Señor al martirio, *Burek* se arrojó sobre todos ellos, y empezó a morder y a defenderle lo mejor que pudo. ¡Pobre buena bestia!

»Y Jesús le dijo, agobiado bajo la cruz que llevaba para su santo martirio:

»— Más fuerte que tú, les morderá su conciencia... Tú no puedes hacer nada por mí...

»Y cuando suspendieron al mártir en la cruz, *Burek* se sentó y aulló.

»... Al segundo día, cuando toda la gente se había marchado, y no quedaban ni siquiera la Santísima Virgen, ni los Santos Apóstoles... *Burek* se quedó, solo...

»... Lamía una y otra vez los santos pies agonizantes, atravesados con clavos, de Nuestro Señor Jesús, y aullaba... aullaba... aullaba...

»... Y al tercer día Nuestro Señor Jesús despertó. No había nadie cerca de la cruz... Sólo *Burek*, que ululaba plañideramente y se apretaba contra sus pies.

»... Entonces, Nuestro Santísimo Señor Jesucristo le dirigió una mirada misericordiosa, y dijo, exhalando el último suspiro:

»— *Burek*, ven conmigo.

.....

»Al cabo de un segundo, el perrito dió el último suspiro, y siguió al Señor.

Amén.»

— Esto sucedió como os lo he contado, mis queridos amigos — dijo dulcemente, para terminar. Luego se despidió y pasó a una habitación contigua, donde Janka le había preparado ya un camastro, pues estaba muy cansado.

Un profundo silencio reinó en la sala. Todos meditaban acerca de aquella extraña historia, y varias muchachas, como Jagusia, Jozka y Nastka, se enjugaban furtivamente los ojos, enternecidas por la suerte del Señor y la aventura de *Burek*. ¡Que hubiese habido en el mundo un perro que era mejor que los hombres y más fiel que ellos al Señor! Esto se prestaba a muchas reflexiones... Luego, empezaron lentamente a hacer diversas observaciones en voz baja y a admirarse de aquella merced de Dios. De repente, Jagustynka, que había sido todo oídos, levantó la cabeza, y dijo riendo con aire burlón:

—¡ Narrador de pataratas! Un campesino coge ciruelas, y no coge más que dos ciruelas. Yo voy a contaros una historia mejor: de dónde ha sacado el hombre al buey:

Creó el toro Nuestro Señor,
y el toro fué hecho.
Cogió un cuchillo un pastor,
le cortó algo por debajo,
y así, con poco trabajo,
¡el buey quedó hecho!

—¡Mi historia es verdadera y vale tanto como la de Roch! —y se echó a reír.

Estalló una carcajada unánime en toda la sala y todo fueron bromas, y chancetas y pullas del uno al otro.

—¡Lo sabe todo esta Jagustynka!...

—¡Toma, ha enterrado tres maridos! Se puede ser muy sabia a este precio.

—¡Ya lo creo! El primero la enseñaba por la mañana con el mango de su látigo... el segundo a mediodía con la correa, y el tercero le daba a menudo la lección al anochecer con uno de los adrales del carro... —exclamó Rafalow.

—¡Aun me casaría con un cuarto; pero no contigo en todo caso! Eres demasiado tonto, y llevas las narices tan puercas como un judíllo.

—Así como el perro de Jesús era desgraciado sin amo, la mujer no puede pasarse sin ser vapuleada... Eso es lo que le duele a Jagustinka —profirió uno de los mozos.

—¡Tonto de chico! Ten sólo cuidado de que nadie te vea cuando llevas a Jankiel los cuartos de fanega robados a tu padre, y deja mi viudez en paz; esto no es para tu entendimiento —replicó ella agresivamente.

Los mozos se callaron por temor a la vieja, porque, cuando se encolerizaba, decía en alta voz todo cuanto sabía... y podía saber mucho.

Era una mujer áspera, intratable, que siempre tenía una palabra por decir sobre cualquier cosa que fuese, y, a veces, su palabra era tan picante que levantaba ampollas en la piel de la gente y hacía poner los cabellos de punta, pues no respetaba nada, ni siquiera al señor cura ni a la iglesia. Ya más de una vez el señor cura la había amonestado y conminado para que se enmendase; pero no había servido de nada. Después de esto, había dicho por el pueblo:

— No hay ninguna necesidad de cura para encontrar el camino del Buen Dios; basta con ser honrada. Haría mucho mejor en vigilar a su ama, porque tiene la barriga llena de su tercero y otra vez va a dejar abandonado al crío en cualquier parte.

Tal era Jagustiynka.

Iban ya a separarse, cuando entró el alcalde con el asesor; daban la vuelta por las cabañas para disponer la gente necesaria para la prestación personal del día siguiente, pues se tenía orden de reparar la carretera devastada por las lluvias detrás del molino...

El alcalde, al entrar, levantó los brazos, exclamando:

— ¡Maldito viejo! Ha reunido en su casa a todas las muchachas principales.

Y era verdad, pues todas eran hijas de campesinos acomodados y tenían su dote.

Por otra parte, Boryna era el primer propietario de todo el pueblo y no podía por lo tanto invitar a su casa a las sirvientas, a las hijas de los arrendados o a aquellas que son diez para colgarse a la cola de una sola vaca.

El alcalde conversó un instante aparte con el viejo; pero en voz tan baja que nadie oyó nada. Luego, bromeó con las muchachas y se fué corriendo porque aun había de convocar a la mitad del pueblo para el día siguiente. Pronto, también, se fueron todos los demás. Se hacía tarde y ya casi no quedaban coles por mondar.

Boryna les dió las gracias a todos y a cada uno separadamente, abriendo él mismo la puerta a las mujeres de edad y acompañándolas hasta fuera...

Jagustynka dijo en alta voz al marcharse:

— Que Dios le bendiga por su hospitalidad; pero esto no ha estado del todo completo.

— ¡Hombre! ¿Cómo es eso?

— Le falta a usted un ama de casa, Maciej, y, sin ella, no puede haber orden...

— ¡Qué hacer, Dios mío, qué hacer! Es la voluntad de Dios.

— ¡Como si faltasen muchachas! Todos los jueves ace-

chan por el pueblo para ver si vuestros *swaty* van en busca de alguna de ellas... — dijo astutamente para meterle el dedo en la boca; pero Boryna, aunque ya tenía la respuesta, sólo se rascó la cabeza, sonrió y buscó inconscientemente con los ojos a Jagusia, que se disponía a partir...

Era el momento que esperaba también Antek, que se vistió como quien no hace nada y salió delante.

Jagus volvía sola a casa, pues las otras vivían al otro lado, en dirección al molino.

—¡Jagus! — murmuró saliendo de debajo de un seto, en la obscuridad.

La joven se detuvo al reconocer su voz, que le produjo como un ligero estremecimiento.

— Yo te acompañaré, Jagus.

Miró en torno suyo; la noche estaba obscura, sin estrellas. El viento mugía en el aire y azotaba los árboles. La asió fuertemente por el talle, y así, apretados uno contra otro, desaparecieron en las tinieblas.

VIII

Al día siguiente conocían en Lipce la noticia de los esponsales de Boryna con Jagna.

El alcalde había hecho la petición de casamiento, no sin haber recomendado severamente a su mujer que no dijese una palabra a nadie antes de que él volviese. Y, en efecto, esperó hasta el anochecer para ir a casa de una vecina, con el pretexto de que le prestase sal. En el momento de marcharse, no pudiendo aguantar más, llamó aparte a la comadre, y le cuchicheó al oído:

— Figúrese usted: ¡Boryna ha hecho enviar aguardiente a Jagna! ¡Sobre todo, no diga usted nada! ¡Me lo ha recomendado tanto mi marido!

— ¿Acaso cree que soy capaz de zascandilear por el pueblo? ¿Me toma usted por una chismosa?... ¿Tan viejo como es y busca una tercera mujer? ¿Qué van a decir los hijos? ¡En qué mundo vivimos! — gimió horrorizada.

Y apenas hubo salido la alcaldesa, se puso el pañuelo a la cabeza, y a hurtadillas, pasando por el huerto, se dejó caer en casa de los Klemby, sus vecinos, para pedirles prestado un cepillo de estopa, porque no encontraba el suyo.

— ¿Sabe usted lo que pasa? ¡Boryna se casa con Jagna Dominikowa! ¡Ahora mismo le ha hecho llevar la *wodka!*

— ¡Cómo! ¡Esta si que es gorda! ¿Cómo es posible? Sus hijos son mayores y él ya tiene alguna edad.

— Claro que ya no es joven; pero no por esto le dirán que no... ¡Figúrese, un propietario como él, un ricacho!

— ¡Y a Jagna, dice usted! ¿Se ha visto jamás?... ¡Una correntona que tan pronto estaba con uno como con otro! ¡Y ahora va a ser la primera del pueblo! Pero, ¿hay justicia o no hay justicia en este mundo?... Cuando son tantas las muchachas que están esperando un marido, empezando por mi sobrina...

—¡Y las hijas de mi hermano, y las hijas de Koprzywa, y Nastusia y todas las demás!... ¿Acaso no son también hijas de propietario? ¿Es que no son bonitas... y honradas?...

— Por de pronto, ¡cómo se va a hinchar! ¡Va a hacer la rueda como un pavo, y a levantar la cresta!

— Ya lo verá usted; esto no acabará sin ofender a Dios Nuestro Señor, porque, vamos: ¡ni el albéitar ni los otros hijos van a ceder su parte a la madrastra!

— ¡Tate! ¿Qué pueden hacer? La tierra es del viejo y por lo tanto él puede hacer lo que quiera.

— Claro: es suya por la ley; pero en justicia es también de los hijos.

— La justicia está siempre de parte de quien puede pagarla.

Fué un concierto de exclamaciones y de lamentaciones contra el mundo y su justicia; después se separaron y ellas y la noticia dieron la vuelta al pueblo.

Como la gente no tenía mucho trabajo y se hallaba en sus casas por estar los caminos intransitables, no hubo cabaña donde no se hablara de aquellos esponsales. Toda la aldea se preguntaba con curiosidad cómo acabaría aquello; de antemano se daba por descontado que habría peleas, procesos y escándalos de variada índole. ¡Pardiez, ya se sabía lo violento que era Boryna, tan violento que cuando se emperraba no cedía ni ante el señor cura! Y la arrogancia de Antek era también conocida.

Hasta los peones que detrás del molino reparaban el

dique despanzurrado, se detenían en su trabajo y se ponían a hablar de aquel acontecimiento.

Decíanse muchas cosas, y, finalmente, el viejo Klomb, que era un labriego prudente y sensato, declaró con acento severo:

—¡Va a resultar algo feo para el pueblo entero, ya veréis!

—Antek no cederá. ¿Cómo se las van a componer con una boca más a la mesa? —preguntó uno.

—¡Qué imbécil eres! En casa de Boryna sobra de comer para cinco. Se trata de las particiones.

—No puede hacerse una donación en vida.

—La Dominikowa no es tonta, y ella lo arreglará todo para los dos.

—¡Toma! Es la madre y tiene perfecto derecho a mirar por su hija —dijo Klomb.

—Está siempre metida en la iglesia y en cuestión de cuartos es astuta como un judío.

—No digas tonterías por el solo gusto de dar suelta a la lengua.

Y así, durante toda la tarde, el pueblo en masa comentó aquel noviazgo, lo cual nada tenía de extraño, pues los Boryna eran una antigua familia de labriegos, establecida allí desde hacía muchísimo tiempo, y aunque Maciej no desempeñase ningún cargo, tenía influencia en el Municipio. ¡Digo! Poseía muchas tierras donde los suyos habían vivido siempre. Estaba en la aldea de su abuelo y de su bisabuelo; era hombre de buen juicio, rico, y quisieran o no, todos le escuchaban y le respetaban.

Los únicos que ignoraban el proyecto de casorio eran sus propios hijos, incluso el albéitar; todo el mundo temía llevarles la noticia por miedo a sufrir el primer arrechucho de su cólera.

Así es, que todo estaba todavía tranquilo en la cabaña de los Boryna, hasta más tranquilo que de costumbre. La lluvia había cesado y como el cielo estaba sereno desde por la mañana, Antek se había ido al bosque con Kuba y con las mujeres, después del desayuno, a buscar leña seca para

la lumbre y por ver si había medio de recoger un poco de ramilla de pino.

El viejo se había quedado en casa.

Desde que se levantó estaba de un humor de perros, terrible, no buscando más que ocasión de descargar en alguien la inquietud y la cólera que le dominaban. Había pegado a Witek porque no les había echado paja fresca a las vacas que estaban tumbadas en el estiércol hasta los ijares; se había querellado con Antek; había buscado camorra a Hanka porque el chiquillo había salido de casa a cuatro patas y se había llenado de lodo; hasta la había tomado contra Jozka que, según él, estaba perdiendo el tiempo en chilindrinas, cuando los caballos la estaban esperando.

Cuando finalmente estuvo solo con Jagustynka, que se había quedado la víspera para cuidar las bestias, no supo ya qué hacerse. Continuamente recordaba lo que Jambrozy le había contado de la acogida que le dispensara la Dominikowa, lo que había dicho Jagna, y, a pesar de todo, no estaba seguro de ello, y si hay que decir la verdad, no daba mucho crédito al viejo, que era muy capaz de mentir tan sólo por una copa. Así es, que vagaba por la casa, miraba por la ventana hacia la carretera desierta, o, saliendo a la galería, contemplaba con inquietud la cabaña de Jagusia, esperando que llegase el crepúsculo como una liberación...

Cien veces tuvo intención de echar a correr a casa del alcalde y excitarle a que se diese más prisa; pero se sentía como clavado en casa por los ojos de Jagustynka, que le seguían constantemente: dos ojos semi entornados, pero brillantes de ironía y de malicia...

— ¡Cuerno con la bruja! Tiene unos ojos que os penetran como una barrena — pensaba.

Y Jagustynka se paseaba por la cabaña y por el patio con la rueca debajo del brazo. Hilaba tan bien que el huso bailaba en el aire; ella arrollaba el hilo e iba más lejos; daba un vistazo a los gansos, a los cerdos, al establo. *Lapa* se arrastraba tras ella, perezoso y soñoliento. No le hablaba al viejo, aunque sabía bien lo que le tenía inquieto y le daba comezón y le agitaba de tal modo que acabó, final-

mente, por plantar estacas contra los muros para el revestimiento invernal.

Después de detenerse varias veces a poca distancia de él, acabó por decirle:

— ¡Poco dispuesto para el trabajo está usted hoy!

— ¡No, hoy no, voto a San!

— ¡Jesús! ¡Esto va ser una Sodoma, una verdadera Sodoma! — pensaba ella yéndose un poco más lejos. — El viejo hace bien en casarse, hace bien. Sus hijos le darían la misma hospitalidad que los míos me dieron a mí. Les di diez fanegazas de tierra como el oro, y ahora... — escupió de cólera — he de ganarme mi jornal y me veo reducida a vivir realquilada.

En cuanto al viejo, como ya no podía aguantar más, tiró el hacha al suelo, y exclamó:

— ¡Al diablo esta faena!

— Hay algo que le roe a usted las entrañas.

— ¡Cáspita, sí! Me roe, me roe...

Jagustynka se sentó en el banco delante de la casa, sacó un hilo largo, lo arrolló al huso, y dijo en voz baja, casi miedosamente:

— Y, sin embargo, no tiene usted razón de echar bilis o de hacerse mala sangre.

— ¿Qué sabe usted de eso?

— No tenga cuidado; la Dominikowa es una ladina y Jagna tampoco es tonta...

— ¿Cree usted? — exclamó él con júbilo, sentándose a su lado.

— ¡Caramba, tengo ojos!

Hubo un largo silencio, como si un vago temor les impidiera hablar.

— Invíteme usted a la boda, y le cantaré una canción del lúpulo (1) que ha de ser tal, que nueve meses después,

---

(1) El nombre polaco de esta canción es «chmiel» (lúpulo), grano que se emplea en la fabricación de la cerveza. Siendo estos cantos una costumbre local o nacional polaca, su nombre no tiene traducción: los alemanes traducen *Hopfenlied* y los franceses *chant*

día por día, celebrarán ustedes el bautizo — empezó ella irónicamente; pero viendo que el viejo se enfurruñaba, repuso en otro tono:

— ¡Hace usted bien, Maciej, hace usted bien! Cuando mi hombre murió, si yo hubiese buscado marido, no sería ahora jornalera, no... Hice la tontería de fiarme de mis hijos y les traspasé mis bienes; ellos habían de alimentarme, y ya ve usted dónde me ha conducido aquel paso...

— Yo no les cederé ni una parcela — repuso él con dureza.

— ¡Tiene usted razón al hablar así, tiene usted razón! Yo me he arrastrado ante los tribunales, y los pocos *zloty* que tenía se fueron, y, sin embargo, no pude comprarme justicia... y a mi edad avanzada, me tiene usted hecha una pobre miserable que trabaja a jornal. ¡Quisiera yo que reventáseis al pie de un seto, carroñas, por el daño que me habéis hecho! Fuí a su casa el domingo, para volver a ver siquiera la cabaña y los árboles del jardín que yo misma planté y mi nuera me armó una bronca, diciendo que iba a espiar. ¡Jesús mío de mi alma! ¡Espiar yo, porque voy a ver la tierra donde nací! ¡Creí que iba a caerme muerta, de tanta pena como me dió! Fuí a casa del señor cura para que al menos los denunciase desde el púlpito, y me dijo sencillamente que Nuestro Señor Jesús me recompensará por esos tuertos que me hacen... Eso es, eso es... cuando uno no tiene nada de nada, la gracia de Jesús es buena para él, basta para él... Pero yo preferiría trabajar en mi tierra, dormir a pierna suelta debajo de una colcha en mi habitación caliente, comer mucho y disfrutar de algún placer...

Y se puso a echar pestes contra todo, con tanto apasionamiento, que Boryna, impaciente, acabó yéndose al pueblo a ver al alcalde, tanto más cuanto empezaba a obscurecer.

---

du houblon, canción del lúpulo. Es un viejo canto nupcial polaco que las mujeres casadas entonan para la recién desposada, en que abundan muy retozonas y libres variantes en las cuales los expertos sueltan todas clase de advertencias y revelaciones salpimentadas de lo lindo.

—¿Y qué? ¿Vais a ir pronto?

—En un minuto, Szymon estará aquí en seguida.

Se presentó, en efecto, y al punto se fueron juntos a la taberna para echar un trago y comprar arac para el regalo. Jambrozy estaba ya allí, y se dió prisa en reunirse a ellos; pero no bebieron largo rato, porque Maciej les daba prisa.

—Os espero aquí; si ellas beben a la vuestra, traeos las mujeres y volved ligeros—les gritó al salir.

Se fueron por el centro de la carretera a tan buen paso que el barro saltaba; el crepúsculo se espesaba y cubría el mundo de un triste tejido gris tras el cual desaparecía la aldea entera. Sólo aquí y allá las luces de las cabañuelas empezaban a chispear en la obscuridad. Los perros ladraban alrededor de los cercados, como era costumbre antes de cenar.

—Compadre—dijo el alcalde al poco rato.

—¿Qué?

—Me parece que Boryna se va a pagar una boda de órdago.

—Se la pagará o no se la pagará—dijo el otro con aire enfurruñado, porque era un gruñón.

—¡Vaya si se la pagará! Soy yo, el alcalde, quien lo dice y puede usted creerme. Yo entiendo el asunto. Vamos a hacer de ellos una de esas parejas que tanto dan que hablar.

—Sólo que la yegua se hará cubrir por otro, porque el garañón, me parece, ya tiene alcanfor en la cola.

—Eso no es cuenta nuestra...

—¡Cuerno!... ¡Cómo nos van a maldecir los hijos!...

—Todo irá como una seda, se lo digo yo, como alcalde.

Al poco entraron en la cabaña de la Dominikowa.

La sala estaba bien iluminada, bien barrida, limpia, porque, en efecto, les esperaban.

Los *swaty* alabaron al Señor, saludaron a todo el mundo a la redonda, porque la gente joven estaba también sentada en la sala, tomaron asiento en las sillas que les acercaron junto a la chimenea, y se pusieron a hablar de cosas indiferentes.

— Pues, bueno, este frío podría muy bien traernos hielo — inició el alcalde, calentándose las manos.

— Caramba, no es la primavera la que se acerca, conque no tiene nada de extraño.

—¿Y sus coles, ya las han entrado?

— No todas; aun nos quedan unas pocas en el campo; pero, por el momento, no hay medio de acercarse a ellas —, contestó la vieja tranquilamente, mientras su mirada se deslizaba hacia Jagna, que, junto a la ventana, devanaba lo que había hilado en la devanadera, por pares. Estaba tan hermosa, que el alcalde, que era un labrador todavía joven, la miró con ojos de deseo; pero, finalmente, empezó:

— Como hace mal tiempo y es de noche, y hay barro, nos hemos detenido por el camino en su casa de usted Simón y yo; usted nos ha recibido bien, nos ha dirigido usted palabras amables; por lo tanto, tal vez podríamos arreglar aquí un negocio, madre...

— En el mundo no faltan negocios por arreglar... pero hay que buscar el bueno...

— Dice verdad, madre; pero nosotros, no tenemos el trabajo de buscarlo, porque el mejor, a lo que me parece, está aquí en su casa.

— ¡Pues, bueno, mercadee usted! — exclamó ella alegremente.

— Una novilla en venta, creo yo, es casi lo que nos convendría.

— ¡Oh, oh! Es que cuesta cara; no le dejaré poner el cabestro del primero que llegue.

— Nosotros tenemos uno de plata bendita, y tan fuerte que ni aun un dragón podría romperlo... Conque... ¿cuánto cuesta, madre? — y ya le tenéis sacando la botella de su bolsillo.

— ¿Cuánto?... ¡No es fácil de decir! Es jovencita... va para sus diez y nueve primaveras, es buena y trabajadora, y aun podría muy bien quedarse un par de años en casa de su madre...

— Quedaría estéril, entonces, estéril, no tendría pequeñuelos.

— Las hay que no tienen dificultad en hacerlos, estando todavía en casa de su madre — murmuró Szymon.

El alcalde se echó a reír; pero pasó un relámpago por los ojos de la vieja, que dijo al momento:

— Busquen otra, la mía puede esperar.

— No digo que no; pero es que no encontraremos otra tan hermosa, ni salida de mejor madre.

— ¿Cree usted?

— ¡Se lo digo yo, el alcalde, y, por lo tanto, puede usted creerme!...— Sacó una copita, la enjugó con un faldón de su capote, la llenó de arac, y dijo en tono grave: — Oiga usted bien lo que voy a decirle, Dominikowa. Yo soy un funcionario, y... ¡palabra! no soy un pajarillo que pía y que un segundo después, ¡frrrt... la del humo, que se fué y no ha vuelto! Y Szymon... también sabemos quien es; no es un vago de esos que encuentra uno por las carreteras. Es un labriego que tiene patrimonio, es padre de familia y asesor del municipio... Tenga usted bien en cuenta la clase de personajes que ha venido a su casa, y por qué.

— ¡Claro que sí, Piotz, lo sé y me doy cuenta!

— Usted es una mujer de juicio, y por lo tanto sabe que tarde o temprano Jagus tendrá que irse de casa para marchar por su lado. Nuestro Señor Jesús ha dispuesto que los padres no críen a sus hijos para ellos, sino para el mundo.

— Claro que sí, eso es verdad, pobre madre.

> Protégela, cúidala, mímala,
> Y da encima dinero
> Para que te la quite el primero...

— Así va el mundo, y no se puede cambiar. Vamos; ¿un sorbito, madre? ¿Bebe?

— ¿Lo sé yo acaso?... ¡No seré yo quien la fuerce!... ¿Y qué, Jagus: bebes tú a la suya?

— ¿Qué entiendo yo de eso? — pió ella, desviando hacia la ventana su cara encendida.

— ¡Es obediente! ¡Una ternerita, si es humilde, encuen-

tra dos madres que le dan teta! — observó sentenciosamente Simón.

— ¡A la de usted, madre!

— ¡Beban en buen hora! Pero todavía no nos han dicho quién es — preguntó la madre, porque no estaba bien saberlo antes de que los comisionados lo hubiesen dicho.

— ¿Quién es? ¡Canastos, Boryna en persona! — exclamó inclinando su vaso.

— ¡Es un viejo, un viudo! — exclamó ella, como desilusionada.

— ¿Un viejo? ¡Eso es una blasfemia ante Dios! ¡Viejo él, que acaba de tener un proceso ante el tribunal por cuestión de un chiquillo!

— Sí, es verdad; pero el chiquillo no era suyo.

— ¡Ah, quería usted que un propietario rico como él se liase con la primera que se presenta! ¡Beba, madre!...

— Si no se tratase más que de beber, ya lo creo que bebería; ¡pero es un viudo, y los viejos son siempre los primeros en marcharse a beber su cerveza con Abraham! Una vez que se hubiese marchado él, ¿qué sucedería?... Los hijos echarían fuera a la madrastra y...

— Maciej ha dicho que no sería sin una donación...— barbotó Simón.

— Lo mejor sería antes del casamiento.

Los *swaty* se callaron. Sólo después de un rato el alcalde llenó de nuevo la copa y se volvió hacia Jagna:

— Bebe, Jagus, bebe de todos modos. El que nosotros te aconsejamos es como un roble. Serás una señora y la primera propietaria de todo el pueblo. ¡A tu salud, Jagus! No hay que tener vergüenza...

Ella titubeaba y se sonrojaba, volviendo la cara hacia la pared; pero, al fin, tapándose la cara con el pañuelo de la cabeza, bebió algunas gotas y derramó el resto por el suelo...

Entonces la copa hizo la ronda entre la familia. La vieja ofreció el pan y la sal, y, además, por último, salchichón seco y ahumado.

La copa dió aún la vuelta varias veces de mano en mano,

de modo que los ojos empezaron a brillar y las lenguas a soltarse. Pero Jagna huyó a su cuartito, pues, sin que ella supiese por qué, se le habían venido las lágrimas a los ojos, y hasta se oía sus sollozos a través de la pared.

La vieja quiso acudir a ella, pero el alcalde la retuvo:

— Hasta el ternero berrea cuando lo separan de su madre... ya se sabe. Pero ella no se va por el mundo, ni siquiera a otro pueblo, por lo tanto aun tendrá usted gozo y alegría con ella... No le pasará nada malo; soy yo, el alcalde, quien se lo dice, créame usted....

— Sin duda...; pero yo había esperado siempre tener nietos para mi consuelo.

— No haga usted bilis por eso; la recolección no habrá empezado todavía cuando ya estará aquí el primero...

— Eso Nuestro Señor Jesús lo sabe de antemano; pero no nosotros, miserables pecadores... Hemos bebido, es verdad, y, sin embargo,... tengo tanta pena en el corazón como si asistiese a un entierro...

— ¡Toma, no es de extrañar! ¡Es la única hija en su casa y, por lo tanto, se preocupa usted por ella!... ¡Una gotita más, contra el pesar! ¿Sabe usted qué? Nos vamos todos a la taberna, porque se me está acabando la *wodka*, y el futuro está allí esperando como sobre ascuas.

— ¿Pero es en la taberna donde vamos a celebrar los esponsales?

— A la moda antigua, como lo hicieron nuestros padres antes que nosotros. Yo, el alcalde, se lo digo a usted. ¡Créame!

Las mujeres se emperegilaron un poco, como requería el caso. Unos minutos después salían todos.

— Y a los chicos ¿los dejan atrás? Su hermana se promete y para ellos también es fiesta — opinó el alcalde, pues los mozos ponían la cara larga y miraban inquietos hacia su madre.

— No es conveniente abandonar la casa a la providencia divina.

— Pues, llame a Agata, la de casa de los Klemby, y ella vigilará.

— Agata ya se marchó a mendigar. Llamaremos a alguien por el camino. Vamos, venid, Jendrzych y tú, Szymek, y poneos los capotes. No vais a venir hechos unos harapientos... ¡Y que se achispe alguno de vosotros!... Tendrá que habérselas conmigo. ¡Todavía nadie se ha ocupado de las vacas y hay que aplastar patatas para los cerdos, no lo olvidéis!

— No lo olvidaremos, madre, no lo olvidaremos — murmuraron temerosos. Aunque casi llegaban al techo y fuesen fornidos como perales de los campos, obedecían a su madre como chiquillos, porque ella los sujetaba con puño de hierro, y cuando era necesario, no reparaba en golpearles las nalgas, y en tirarles de los pelos y en descargarles la mano en la cara, para imponerles obediencia y respeto.

Y se fueron a la taberna.

La noche era tan obscura que se podía dar de narices contra todo; de ordinario sucede así durante el mal tiempo, en otoño. El viento soplaba en las alturas azotando las cimas de los árboles que no hacían más que balancearse y encorvarse con gran fragor por encima de los setos; el estanque mugía y se agitaba de tal modo que las crestas espumeantes de las olas caían en mitad de la carretera, y a veces hasta abofeteaban la cara de los transeuntes.

Ni siquiera la taberna estaba muy clara y el viento se engolfaba tan bien por un cristal roto, que la lámpara suspendida con un bramante detrás del mostrador se balanceaba como una flor de oro.

Boryna se precipitó al verlos llegar y se puso a saludarlos y a besarlos y a abrazarlos con ardor, pues comprendía que Jagus era como quien dice suya.

— Y el Señor Jesús, dijo: «Tómate mujer, gusano de tierra, para no aburrirte, pobre diablo. ¡Amén!» — aulló Jambrozy; pero como ya hacía más de una hora que estaba bebiendo, naturalmente, ya no tenía la lengua ni la pierna muy seguras.

El judío sirvió en seguida en el mostrador arac y del dulce con el fino, y para acompañar, arenques, pan abizcochado con azafrán y delicados bollitos hechos con harina, huevos y manteca.

—¡Comed y bebed, buenas gentes, hermanos míos y fieles cristianos! — les invitaba Jambrozy —. Yo también tuve una mujer; pero ya no sé dónde... Me parece que fué en Francia...; no, en Italia, no... pero ahora he quedado abandonado... Os digo lo que el cabo ha gritado: ¡En filas!

— ¡Bebed, pues, buena gente!¡ Empiece, Piotr! — interrumpió Boryna que tenía en la mano por el valor de toda una *zlotowka* de caramelos, que puso en la manecita de Jagusia. — ¡Toma, Jagus, son muy dulces; toma, pues!

— Vamos... esto le da mucho gasto...— se hizo rogar ella.

— No tengas cuidado... tengo con qué; ya lo verás tú misma... toma ya... Por ti encontraría yo hasta leche de pájaro... No tendrás por qué quejarte en mi casa, ya verás... Y cogiéndola por el talle, la instó a que comiese y bebiese. Jagna tomaba todo aquello con calma, permaneciendo fría e indiferente como si no se tratase de sus propios esponsales. Tan sólo se preguntaba si el viejo le daría ya antes del casamiento los corales de que había hablado en la feria.

Entretanto, empezaban a beber de firme. Una copa seguía a otra, alternativamente, de arac y del dulce. Todos se pusieron a hablar a la vez; la Dominikowa bebía no poco y hablaba y hacía grandes discursos, hasta el extremo de que el alcalde estaba admirado de tanta sapiencia en una mujer.

Los hijos también se pusieron bonitamente calamocanos, porque tan pronto Jambrozy como el alcalde bebían con ellos y les invitaban a otra consumación.

— ¡Bebed, chachos, son los esponsales de Jagna, bebed!...

— No tenga cuidado, no tenga cuidado — contestaban ellos a un tiempo; y hasta quisieron besar la mano de Jambrozy. Finalmente, la Dominikowa se llevó aparte a Boryna hacia la ventana, y le espetó de buenas a primeras:

— Jagusia es de usted, Maciej, es de usted.

— ¡Dios la bendiga, madre, por haberme dado su hija! — Le rodeó el cuello con los brazos, y la besó.

— ¿Así es que usted ha prometido firmar una donación?

— ¿Una donación? ¿Y para qué la donación? Lo mío es de ella.

— ¡Caramba, para que pueda llevar la cabeza alta delante de sus hijos políticos! ¡Para que ellos no le lancen anatema!

— Nadie tocará mis bienes. Todo es mío; todo es también de Jagusia.

— Dios le bendiga. Pero tenga en cuenta que ya no está usted en su primera juventud, y, además, todos somos mortales, porque:

La muerte en elegir no se detiene.
Hoy un cordero y mañana un hombre:
Lo primero que viene...

— ¡Aun soy fuerte, aun aguantaré veinte años, no tenga cuidado!...

— Los lobos se comieron al valiente... — Estoy tan contento que ya puede usted pedir lo que quiera. ¿Quiere usted que le ceda las tres fanegas que tengo junto a la tierra de Lucas?

— Perro hambriento con una mosca está contento; pero nosotros no estamos hambrientos. Jagusia tiene de su padre cinco fanegas y una de bosque... Dénos usted también seis; las seis fanegas de junto a la carretera, donde tenía usted patatas este año.

— ¡Mis mejores campos!

— ¡Como si Jagusia fuese un pedazo de deshecho y no lo mejor del pueblo!

— No lo niego; por eso he enviado los *swaty;* Pero, ¡Dios del cielo! Seis fanegas no son moco de pavo; son bastante para alimentar una familia entera. ¡Qué dirán los hijos! — Y se rascó la cabeza, porque se sentía presa de un dolor cruel ante la idea de dar su mejor tierra.

— Usted es un hombre inteligente, palabra, no se encontrarían dos como usted, y por lo tanto ha de comprender que una donación no es más que con el fin de poner a mi hija a cubierto. Mientras usted viva nadie medirá ese terreno para tomarlo; pero lo que pertenece a Jagusia, lo que le corresponde de derecho por su padre, lo voy a hacer

medir desde la primavera y será de usted, usted podrá sembrarlo... Comprenda que no se le hace ningún perjuicio. Ceda sus seis fanegas.

— Se las cederé, se las cederé a Jagusia...

— ¿Cuándo será eso?

— ¿Por qué no mañana? No; pagaremos las proclamas el sábado, y luego, en seguida, nos escaparemos a la villa. ¿Qué quiere usted? ¡Alguna vez ha de morir la cabra!

— ¡Jagus, ven acá, hijita, ven! — le gritó a la moza, a quien el alcalde estaba diciendo algo apretándola tan bien contra el mostrador que ella se reía a carcajadas.

— Oye, Jagus: Maciej te cede las seis fanegas de junto a la carretera — dijo la madre.

— ¡Dios le bendiga! — murmuró ella, tendiéndole la mano.

— ¡Vamos, bebed de este dulce a la salud de Jagna!

Y bebieron. Maciej la enlazó por la cintura para conducirla a donde estaban los demás; pero ella escapó a su abrazo y se reunió a sus hermanos, con quienes Jambrozy conversaba y bebía.

El bullicio había aumentado en la taberna. Habían entrado nuevos parroquianos, atraídos por aquel ruido de voces. Unos habían entrado deseosos de saber lo que sucedía y otros para aprovecharse de la ocasión y remojarse el gañote sin pagar; hasta el mendigo ciego, acompañado de su perro, se encontraba allí, sentado en sitio muy visible, escuchando y diciendo de tiempo en tiempo una oración en alta voz. Acabaron por oírle y hasta la Dominikowa le dió *wodka*, algo que comer y un par de piezas de dos *grosz* que le deslizó en la mano.

Toda aquella gente bebía de firme, charlando todos entre sí, dándose golpes en el hombro, abrazándose y besándose; todos eran hermanos y amigos, como suele suceder cuando las copitas se repiten a poca distancia.

El judío era el único que no hacía ruido, aunque estaba muy atareado en servir sin cesar nuevos cuartillos y botellas de cerveza, que apuntaba con tiza, en la parte interior de la puerta, en la cuenta de cada uno.

En cuanto a Boryna, estaba como ebrio de placer; bebía, obsequiaba a todos, charlaba como nadie recordaba haberle oído charlar y continuamente daba vueltas en torno a Jagusia, diciéndole frases dulces y dándole palmaditas en las mejillas, porque no estaba bien echarle los brazos alrededor del cuello y besarla delante de todo el mundo, a pesar de sentir un deseo loco de hacerlo; a veces, no pudiendo resistir más, la cogía por el talle y la llevaba a un rincón obscuro.

La Dominikowa se dió pronto cuenta de que era tiempo de volver a casa, y gritó a sus hijos que se preparasen.

Pero Szymek ya estaba ebrio; así que, al oír que su madre le hablaba, se estrechó el cinturón, golpeó la mesa con el puño, y exclamó:

—¡Yo soy labriego propietario, maldición de perro!... ¡Quien tenga gana de irse, que se vaya!... Yo quiero beber y beberé... ¡Judío, aguardiente!

—¡Cállate, Szymek, cállate, te va a pegar! —lloriqueó Jendrzych, que también había bebido un trago de más, tirándole a su hermano del capote.

—¡A casa, buenos mozos, a casa! —profirió la Dominikowa con voz sibilante.

—¡Yo soy un aldeano propietario! Quiero quedarme, pues me quedo y voy a beber aguardiente... basta de tiranía maternal... Y si no quiere... la echo fuera... ¡maldición de perro!...

Entonces, la vieja le arreó un puñetazo en el pecho que le hizo vacilar; pero le restableció los sentidos otra vez en su sitio. Jendrzych le puso la gorra y se lo llevó a la carretera; pero, evidentemente, el aire le perturbó de nuevo el cerebro, porque tras algunos pasos, dió un traspiés, se agarró al seto y empezó a gritar y escandalizar:

—¡Yo soy un campesino propietario, maldición de perro!... Es mi tierra... quiero hacer mi voluntad... quiero beber aguardiente... judío, trae arac... Y si ella dice que no... la echo fuera...

—Szymek... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Szymek, ven a casa, mira que madre viene ya! —gimió Jendrzych, llorando a moco tendido.

La vieja no tardó en reunirse a ellos, con Jagna, y los sacó de debajo del seto, donde yacían más o menos cogidos por el cuello, revolcándose en el barro.

Cuando las mujeres hubieron salido también, se restableció un poco la calma en la taberna, la gente se fué marchando poco a poco y no quedaron más que Boryna, sus *swaty* y el mendigo, que ahora bebían con todo el mundo.

Jambrozy estaba completamente ebrio; en pie, en medio de la sala, cantaba y recitaba en alta voz:

—Era noche negra... negra como el culo de una olla... Ha querido medirse conmigo...; pero, tócame si puedes... Le he atravesado las tripas con mi bayoneta... la he revuelto, aquello ha gorgoteado... ¡y va uno!... Estamos en pie... estamos en pie, y, capitán, pasa delante. ¡Jesucristo! ¡El capitán en persona!... ¡Muchachos!, dice... ¡mis valientes!... dice... ¡Cierren filas!... — gritó con voz estentórea.

Se puso rígido como una cuerda tendida, y retrocedió lentamente, golpeando el suelo con su pierna de palo:

— Beba a mi salud, Piotr, beba... soy huérfano... — aulló bastante indistintamente cuando llegó junto al muro. Pero no esperó más; se soltó de pronto, y salió; cuando estuvo en la carretera aun se oía desde la taberna su voz enronquecida que intentaba cantar...

Luego, entró el molinero, un buen mozo vestido como en la ciudad, de cara colorada, cabellos blancos y ojillos penetrantes.

— ¡Bien beben los propietarios! ¡Anda, anda!... ¡El alcalde, el asesor y Boryna! Pero ¿hay alguna boda?

— Usted lo ha dicho. ¡Beba usted con nosotros, señor molinero, beba! — ofreció Boryna.

— Puesto que es así, voy a darles una noticia que les va a refrescar de pronto la cabeza.

Todos le miraron con ojos extraviados. Y el molinero, dijo:

— ¡No hace siquiera una hora que el propietario ha vendido la corta de las Cañadas del Lobo!

— ¡Maldito pillo! ¡Maldición de perro! ¿Ha vendido nuestra corta, la ha vendido? — preguntó Boryna tan fuera de sí que arrojó al suelo la botella.

— ¡La ha vendido! Pero hay una ley para el propietario como para todo el mundo... — clamó Szymon, bastante ebrio.

— ¡Eso no es verdad! ¡Soy yo, el alcalde, quien dice esto! Eso no es verdad, creédme.

— El la habrá vendido; pero nosotros no la dejaremos tomar, tan cierto como Dios está en el cielo. ¡Esto, no lo sufriremos! — vociferó Boryna, dando puñetazos sobre la mesa.

El molinero se fué; pero los demás continuaron hasta muy entrada la noche concertándose y profiriendo amenazas contra el señor del castillo.

IX

Habían transcurrido algunos días desde los esponsales de Jagusia.

Las lluvias habían cesado, los caminos se habían secado y endurecido un poco, las aguas se habían escurrido, o, a lo sumo, en los surcos, y diseminadas en los terrenos bajos, y en los prados, se veía charcas de agua turbia que brillaban como ojos lacrimosos.

El día de Todos los Santos amaneció gris, sin sol, taciturno; el viento no agitaba siquiera los tallos secos, ni sacudía los árboles, pesadamente inclinados hacia el suelo.

Un silencio abrumador y doloroso pesaba sobre la tierra.

Desde por la mañana las campanas de Lipce empezaron a tocar lentamente y sin interrupción, y aquellos sones graves, angustiados, esparcían como un lamento por los campos brumosos y vacíos; con su voz lúgubre, enlutada, tañían por ese día triste, por ese día descolorido, envuelto en nieblas hasta las lejanías inaccesibles, hasta el infinito de la tierra y del cielo, por aquel día azulino, parecido a un abismo insondable.

Por Levante, que aun se enrojecía con pálido resplandor, como una fusión de cobre que se cuaja, por debajo de las nubes de un gris azul, empezaban a surgir bandadas de cornejas y de chovas...

Volaban tan alto, tan alto, que apenas la vista las distinguía, apenas percibía el oído aquel salvaje y plañidero rumor, aquellos graznidos parecidos a los clamores de las noches de otoño...

Y las campanas seguían tañendo.

El lúgubre himno se dilataba pesadamente en el aire ensordecido y como muerto, y caía en gemidos sobre los campos, resonaba tristemente en las aldeas y los bosques, y bañaba el mundo entero, de modo que las gentes y los campos y las aldeas parecían ser todo uno, no ser más que un gran corazón palpitando con un latido quejumbroso, doloroso...

Las bandadas de pájaros pasaban sin cesar llenando a todos de sorpresa y de angustia, pues descendían cada vez más, en bandadas cada vez más compactas; era como si el cielo se hubiese cubierto de regueros de hollín. Y el rumor sordo de sus alas, confundiéndose con sus graznidos, aumentaba, se intensificaba y bramaba como una tormenta que se aproxima... Venían a circunvolar por encima de la aldea, y, como un nublado de hojas secas arrancadas por una borrasca, se cernían por encima de los campos, se abatían sobre los bosques, se prendían en lo alto de los pobos desnudos, guarnecían los tilos cerca de la iglesia, los árboles del cementerio, los huertos de frutales, las aristas de las techumbres de bálago, los setos mismos... Luego, asustados por el repique ininterrumpido de las campanas, echaban a volar bruscamente y escapaban a vuelo tendido hacia los bosques como una nube negra... y sus chillidos agudos y estridentes flotaban detrás de ellos.

—¡El invierno será crudo! —decían los campesinos.

—Se corren hacia el bosque; ya veréis, ¡pronto tendremos nieve!

Y la gente salía cada vez en mayor número de las cabañas, porque aun no habían visto nunca tantos pájaros a la vez, y miraban durante largo tiempo con una tristeza extraña, hasta que los veían desaparecer en el bosque. Miraban, lanzaban grandes suspiros, alguno que otro se hacía la señal de la cruz en la frente para librarse del Maligno; luego,

empezaron a vestirse para ir a la iglesia, y a salir, pues las campanas seguían gimiendo sordamente y por las carreteras venían ya gentes de otros pueblos, que apenas emergían de la niebla, por caminos y senderos.

Una tristeza punzante se apoderaba de todas las almas; una calma extrañamente dolorosa envolvía todos los corazones, la calma melancólica del retorno al pasado y del recuerdo de los que ya habían partido y que yacían allá, bajo los abedules inclinados, bajo las cruces negras que se doblablan...

— ¡Jesús! ¡Oh, Jesús mío! — suspiraban; levantando sus rostros grises como la tierra, sumergían sin espanto sus miradas en el horizonte misterioso, yéndose tranquilamente a llevar su ofrenda y su oración a los muertos.

El pueblo estaba como anegado en la quietud aplastante de aquel día de luto; sólo se oía de tarde en tarde las quejumbres tímidas e implorantes de los pordioseros que estaban junto a la iglesia.

En casa de los Boryna reinaba también una calma desacostumbrada, y, no obstante, el infierno se acumulaba, escondido, en la misma casa, pronto a estallar por una nonada...

Es que ahora, en efecto, los hijos lo sabían todo.

La víspera, domingo, habíase anunciado la primera proclama de casamiento del viejo con Jagusia...

El sábado, había ido con su nueva familia a la ciudad, donde Boryna había cedido ante notario seis fanegas a Jagusia... Había regresado tarde, con señales de arañazos en la cara, pues, habiéndose achispado un poco, ya había querido coger a Jagna en la carretela; pero todo lo que recogió fueron puñetazos y arañazos.

De vuelta a su casa, no había hablado con nadie, por más que Antek había pasado continuamente ante sus ojos. Se acostó tal como estaba, con sus botas y su piel de carnero... Jozia le riñó a la mañana siguiente, por haber ensuciado de barro los colchones de pluma.

— ¡Está bien, Jozka, está bien! Esto le sucede al que de otro modo no bebe nunca aguardiente... — dijo alegremen-

te. Y muy de mañana se fué a ver a Jagna. Allí estuvo hasta la noche, de modo que le esperaron en vano para la comida de mediodía y para la cena. Aquel día habíase levantado tarde, mucho después que el sol; se había puesto su mejor capote, había mandado a Witek que limpiase sus botas domingueras con grasa de cerdo y que recortase y pusiese en ellas nuevas plantillas de paja. Después de afeitarle Kuba se puso la faja y el sombrero, y desde la ventana deslizó miradas impacientes hacia la galería, porque Hanka estaba allí, despiojando a su crío, y quería evitarla. Al verla entrar por un instante en la estancia, se escabulló y huyó por entre los setos. Y esto fué todo lo que hizo en casa este día.

Jozka lloró toda la jornada y vagó por la habitación como un pájaro encerrado. En cuanto a Antek, sentía una gran tortura, cada vez más cruel y más dolorosa. No comía ni dormía, ni nada le interesaba. Aun estaba aturdido por la noticia. No tenía el espíritu consigo ni sabía lo que le pasaba. Su cara se había puesto tan hosca que sus ojos se habían vuelto aun más grandes y brillaban con un fulgor vidrioso que se hubiera dicho de lágrimas petrificadas; apretaba los dientes por no proferir gritos y maldiciones, paseándose sin reposo por la estancia a no ser que se fuese al patio o vagase por entre los setos o por la carretera. Luego, volvía, se dejaba caer sobre un banco de la galería, y allí pasaba las horas, sentado, con la mirada vagarosa, anegado por entero en su dolor, que no cesaba de subir de punto y agrandarse.

La casa estaba silenciosa, descontando que se oía llantos, gemidos y suspiros como en un entierro. Las puertas del establo y de la pocilga estaban abiertas de par en par, de modo que las bestias se paseaban por el huerto de frutales y miraban por la ventana sin que nadie las recondujese a donde debían estar. Sólo el viejo *Lapa* las perseguía ladrando; pero de poco servía. No conseguía nada.

En la caballeriza, sentado en su camastro, Kuba limpiaba su fusil; Witek lo observaba con una piadosa admiración y acechaba por la lumbrera para que nadie viniese a sorprenderles...

— ¡Jesús, el estruendo que eso ha hecho! Creí que era el señor o el guarda que disparaban...

— He sido yo... ¡pardiez!... Hacía mucho tiempo que no había tirado y puse mucha carga. Parecía una andanada...

— Es decir, ¿que has estado fuera de casa toda la noche?

— Claro que sí; fuí a la tierra del señor, a la linde del bosque, porque a los corzos les gusta ir allá para comerse las siembras de otoño... Estaba obscuro como boca de lobo, y por eso tuve que estar en acecho mucho tiempo. Así como hacia el alba, pasó un macho... Yo me había escondido tan bien que no estaba ni a cinco pies de mí... No disparé porque era enorme, como un buey... Entonces, me dije... No voy a poder con él... Lo dejé ir; pero un padrenuestro o dos después salieron corcinos. Escogí el mejor... Apenas hube apuntado, salió el tiro. Había puesto tanta carga, que aun tengo el hombro hinchado del culatazo que recibí... Pero lo derribé y no hizo más que pernear... Había por qué; hay que decirlo... Había recibido un buen medio puñado de plomo en el flanco y gritaba el maula. He tenido miedo de que lo hubiese oído el guarda y he tenido que degollarlo...

— ¿Se ha quedado en el bosque, entonces? — preguntó el muchacho, muy emocionado por el relato.

— Se ha quedado donde se ha quedado, eso no te importa; y si cantas una sola palabra, te las tendrás que haber conmigo...

— Puesto que usted me lo ordena, no diré nada, pero ¿a Jozia, puedo?

— ¡Eso es! ¡Todo el pueblo lo sabría entonces! Toma, ahí tienes una *dziesiontka* (1); cómprate algo...

— No lo diré, aun sin eso; pero lléveme una vez con usted, usted que es tan bueno, usted que es de oro...

— ¡El desayuno!—gritó Jozka desde la puerta de la casa.

— ¡No digas una palabra, y te llevaré, te llevaré!

— ¿Y me dejará usted disparar un tiro?... diga usted — imploró.

---

(1) Una *dziesionska*, 10 grosz, unos 20 céntimos.

—¡Vamos, vamos, tontuelo!... ¿Crees tú que la pólvora no cuesta nada?

—Yo tengo dinero, Kuba, yo tengo; el día de la feria el patrón me dió dos *zloty* que he guardado para el descanso de las almas; así es, que...

—Bueno, bueno, ya te dejaré... —murmuró Kuba, acariciando la cabeza del muchacho... tanto le había llegado al corazón el verse implorado de aquel modo.

Un par de padrenuestros después del desayuno, los dos avanzaban ya camino de la iglesia. Kuba renqueaba a buen paso; pero Witek se quedaba un poco atrás porque como no tenía zapatos, iba descalzo.

—Diga: ¿se puede entrar en la sacristía descalzo? —preguntó en voz baja.

—¡Tontuelo! ¿Entonces, crees que Nuestro Señor Jesús va a mirar las botas de alguien y no sus oraciones?

—De todos modos, es más decente llevar botas...— comentó tristemente.

—Vamos, hombre... ¡ya te comprarás un par algún día!...

—Eso sí, Kuba, me las compraré. En cuanto sea grande y me emplee en una granja, iré a Varsovia a contratarme como mozo de cuadra... En la ciudad todo el mundo lleva botas, ¿no es verdad, Kuba?

—¡Claro que sí, todo el mundo! ¿Aun te acuerdas?

—¡Toma! Tenía cinco años cuando la Kozlowa me llevó, y aun me acuerdo muy bien... Sí, sí... hacía frío... Fuímos a pie por trabajo hasta la máquina... me acuerdo... y había tantas luces brillantes que aun tengo los ojos deslumbrados sólo de pensarlo... y una casa al lado de otra... y las había tan grandes, que una iglesia, a su lado, no es nada...

—¡Qué simplezas dices! —observó desdeñosamente Kuba.

—Pero me acuerdo bien, Kuba... no podía ni siquiera ver los tejados... y todos aquellos carruajes... las ventanas hasta el suelo... ¡vaya!... Las paredes enteras, creo yo, eran de vidrio... y las campanas tocaban continuamente.

—No es de extrañar, con tantas iglesias.

—¡Claro! Porque ¿dónde, sino, tocarían las campanas?

Se callaron, porque ya habían entrado en el cementerio y empezaron a servirse de los codos a través de la espesa muchedumbre que se desparramaba en torno a la iglesia, por falta de sitio en el interior.

Los mendigos formaban valla desde el gran pórtico hasta la calle, llamando cada cual la atención a su manera, con gritos y oraciones en voz alta, y peticiones de socorro. Algunos tocaban el violín y acompañándose con la voz entonaban tonadas lamentables; otros tenían pífanos o harmónicas y todos juntos armaban un jollín que era para taparse las orejas.

En la sacristía había tales apreturas que la gente casi se sentía crugir las costillas alrededor de la mesa donde el organista recibía el dinero para el descanso de las almas, y alrededor de la mesa vecina donde estaba su hijo, Jas, aquel mismo que estaba en las escuelas.

Kuba logró ponerse delante y dictó una lista de nombres bastante larga al organista, que los tomaba por escrito y que cobraba por cada alma seis *grosz* o bien tres huevos, si alguno no tenía dinero contante.

Witek se había quedado un poco atrás porque le pisaban terriblemente los pies descalzos; pero iba avanzando lo mejor que podía. A pesar de los gruñidos de algunos, se deslizaba por debajo de sus codos impidiéndoles avanzar. Llevaba el dinero en la mano; pero cuando se encontró frente a la mesa, cara a cara con el organista, olvidó que tenía una lengua dentro del pico... porque, figuraos, todos aquellos campesinos y campesinas que tenían bienes, el pueblo casi entero, la molinera tocada con un sombrero como una dama, y el albéitar y su mujer, y el alcalde y la alcaldesa... Todos ellos nombraban en alta voz diversas almas... Algunos hasta diez nombres... hasta veinte nombres... por toda una familia... por sus padres, sus abuelos y sus bisabuelos... ¿Y él? ¿Qué iba a decir? ¿Sabía acaso quién había sido su madre y quién su padre? ¿Lo sabía él? ¿Ni siquiera un alma por quien dar?... ¡Jesús mío! ¡Niño Jesús!... Entonces no pudo hacer más que abrir tan grandes como eran su pico y sus ojos azules y quedar plantado allí delante como un

imbécil... Su corazón se contraía de dolor; apenas podía tomar aliento... Sentía tal angustia en el estómago que se creía próximo a entregar el alma... Pero no se quedó así mucho tiempo, porque la muchedumbre lo empujó a un rincón, bajo la pila del agua bendita. Allí apoyó su cabecita en el recipiente de estaño, para no caerse, y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos como perlas, como dolorosos rosarios, sin conseguir retenerlas... No podía conseguirlo... y se estremecía y temblaba dentro de sus huesecitos hasta tal punto que no podía apretar los dientes ni tenerse en pie. Se sentó en un rincón, lejos de las miradas de todo el mundo, y lloró a lágrima viva, lágrimas ardientes de huérfano.

— ¡Madrecita, madrecita! — gemía algo en él, algo que le desgarraba el alma. Y no conseguía alcanzar ni comprender por qué todos aquellos tenían padre, tenían madre, y por qué él sólo era huérfano, él solo, él solo...

— ¡Jesús, Jesús mío! — sollozaba, exhalando el lamento del pajarillo ahogado en los lagos. Allí lo descubrió Kuba, que le andaba buscando, y le llamó:

— Witek: ¿has dado ya para tus muertos?

— No — contestó. Y bruscamente, se levantó, se enjugó los ojos y se dirigió a la mesa con aire decidido... ¡Vaya! Pues sí, él también daría nombres; ¿Para qué hacer saber a todos que no tenía a nadie? ¿Para qué?... Era huérfano, lo sabía muy bien... y niño expósito... Y lanzando miradas de desafío, gritó con voz segura los primeros nombres que se le ocurrieron: Josefa, Mariana, Antón...

Y pagó, tomó el cambio, y se fué con Kuba a la iglesia, a rezar y a oír como el sacerdote iba a llamar por sus nombres a las almas que había invocado.

En medio de la iglesia se levantaba un túmulo rematado por un ataúd rodeado de brillantes luces, y el sacerdote leía desde lo alto del púlpito interminables letanías de nombres, y cuando se interrumpía, se elevaba como una respuesta la oración que todos pronunciaban en voz alta por las almas del Purgatorio.

Witek se arrodilló al lado de Kuba, que sacó del pecho

un rosario, y se puso a recitar todos los *Ave* y todos los *Credo* que el cura ordenaba; él también, él dijo una oración o dos; pero, fatigado por el rumor monótono de las oraciones, por el calor y por su crisis de llanto, se apoyó un poquitín en la cadera de Kuba y se durmió.

. . . . . .

Por la tarde, todos los Boryna se fueron a vísperas, que se celebraban una vez al año en la capilla del cementerio.

Los Antek fueron con sus hijos, y también la familia del albéitar, Jozka con Jagustynka, y ya en la cola, Kuba renqueaba con Witek, para gustar de las fiestas hasta el fin.

El día cerraba ya sus párpados grises, cansados, se extinguía y desaparecía lentamente en los abismos espantosos y tétricos de las tinieblas; el viento se levantó y se lanzó a campo traviesa dando un gemido, y se frotó contra los árboles, exhalando el hálito áspero y putrefactivo del otoño.

Había calma, esa calma extrañamente lúgubre del Día de Difuntos; la gente se apretujaba en las carreteras con un silencio severo; no se oía más que el golpeteo sordo de los pasos, el susurro quedo y doloroso de las ramas que se estremecían por encima de las cabezas a lo largo de la carretera sobre la cual se doblaban los árboles inquietos, o bien la música y los cantos de los mendicantes, cantos que sollozaban en el aire y caían sin eco...

Delante de la puerta y hasta por entre los tumulillos de las tumbas, hacia el muro, había hileras de barriles de sal, y alrededor se esparcían grupos de mendigos.

La gente afluía a todo lo largo de la carretera del cementerio, por debajo de los álamos; en el crepúsculo que ya había espolvoreado el mundo como con una ceniza gris, brillaban las llamas de los pequeños cirios que llevaban algunos, y se balanceaban las luces amarillas de las lámparas de aceite; cada cual, antes de entrar en el cementerio, sacaba de su hatillo pan y queso, o un poco de tocino o salchichón, o una madeja de hilo, o un puñado de lino peinado, o una ristra de setas secas; y todos ponían devotamente aquellas cosas en los barriles. Los primeros eran del cura, del organista y de Jambrozy; lo que se recogía en los otros era

para los mendigos; si había alguno que no depositaba nada en las barricas, ponía algunos *groz* en las manos extendidas de los pordioseros... y murmuraba el nombre de los difuntos por quienes pedían una oración...

El coro de plegarias, de cantos, de los nombres evocados seguía elevándose con un ritmo lastimero bastante más allá de la puerta; y las gentes venían, luego iban más lejos, se dispersaban por entre las tumbas, de modo que, en seguida, empezaron a brillar las lucecitas y a chispear como luciérnagas en medio de las tinieblas y de la espesura de los árboles y de la hierba seca.

El murmullo quedo, ensordecido y como temeroso de las oraciones temblaba en el silencio que se apretaba contra la tierra; a veces, se elevaba de las tumbas un sollozo doloroso; otras, una lamentación de duelo se retorcía en anillos desgarradores por entre las cruces; o bien un grito repentino, breve, lleno de desesperación, desgarraba el aire como el rayo, o bien eran llantos sofocados de niño, llantos de huérfano, quejumbres que repercutían en las profundidades crepusculares como píos de pajarillos...

Y, por momentos, un silencio sordo y abrumador se abatía sobre el cementerio; sólo los árboles susurraban melancólicamente, y los ecos de sollozos humanos, de gritos dolorosos, de lamentos, subían al cielo y se esparcían por el mundo entero...

La gente se deslizaba poco a poco por entre las tumbas, murmuraban temerosamente y miraban con angustia hacia las lontananzas crepusculares, insondables...

— ¡Todos hemos de morir! — suspiraban tardamente con una resignación de piedra; y se arrastraban más allá, se sentaban sobre las tumbas de sus padres, decían oraciones o se quedaban sentados, mudos, distraídos, sordos a la vida, sordos a la muerte, sordos al dolor, como los árboles; y como los árboles, sus almas se balanceaban en un vago sentimiento de angustia...

— ¡Jesús mío! ¡Señor misericordioso! ¡Santa María! — Estos llamamientos escapaban de la turbación de sus almas martirizadas, y levantaban sus rostros cuajados y agotados

como aquella santa tierra; sus ojos, grises como los aguazales que brillaban aún con una blancura lechosa en el crepúsculo, se suspendían a las cruces; y con los mismos movimientos que los árboles que se dejaban mecer distraídamente, se dejaban caer de rodillas, depositaban a los pies del Cristo sus corazones angustiados y estallaban en sollozos, en santos sollozos de resignación y de abandono de sí mismo.

Kuba y Witek fueron con los demás y cuando ya había anochecido por completo, Kuba siguió adelante, hacia el fondo, hacia el cementerio antiguo.

Allí, sobre las tumbas en ruinas todo estaba quieto, desierto y tenebroso; allí descansaban los olvidados, aquellos de quienes hasta el recuerdo había muerto hacía largo tiempo, muerto como sus días y sus tiempos, y todo lo que ellos vieron; allí, sólo algunos pájaros lanzaban sus gritos siniestros, las malezas rumoreaban tristemente, de trecho en trecho se alzaba una cruz carcomida; allí, yacían revueltas familias enteras, aldeas enteras, generaciones enteras; allí, ya nadie rezaba, ni lloraba, ni ardía una sola lámpara... Sólo el viento se engolfaba en las ramas, arrancaba las últimas hojas y las arrojaba en la noche, para que acabasen de morir en ella... Allí, no había más que voces que no eran voces, sombras que no eran sombras y que chocaban con los árboles desnudos como pájaros cegados, para implorar piedad.

Kuba sacó de su pecho un par de rebanadas de pan que había reservado, las cortó en pedazos, se arrodilló y echó los pedazos sobre las tumbas.

— ¡Come, alma cristiana, a la que yo invoco en mi oración de la tarde, come criatura en penitencia, come! — murmuró extáticamente.

— ¿Pero ellas lo toman? — preguntó Witek en voz baja y angustiada.

— ¡Se comprende! El cura no quiere que se las alimente... ponen comida en los otros barriles, pero estos pobrecitos infelices no tienen nada... Aquello servirá para engordar los cerdos del cura y para esos puercos de mendigos, mientras que las almas en pena padecen hambre...

— ¿Entonces vendrán?

— No tengas miedo... Todas las que sufren los tormentos del Purgatorio... todas. En este día Nuestro Señor Jesús las deja sueltas en la tierra con el solo fin de que puedan volver a ver a los suyos...

— ¡Que puedan volver a ver a los suyos! — repitió Witek estremeciéndose.

— No tengas miedo, tontuelo; hoy el Maligno no puede nada, vencido por las oraciones para el descanso de las almas y por todas las luces... Y el mismo Señor Jesús camina hoy sobre la tierra, y hace el recuento, el amo querido, de cuantas almas le quedan todavía, antes de que las recoja todas, todas... Aún me acuerdo muy bien de cuando lo decía mi madre; y la gente vieja también lo asegura...

— ¡El Señor Jesús camina hoy sobre la tierra! — murmuró Witek, mirando atentamente en torno...

— ¡Ya lo verás! Tú mismo vas a verle ahí. Sólo pueden verle los santos o los que más tienen que sufrir...

— ¡Mire usted allí! Allí brilla algo, y hay gente... — exclamó Witek con espanto, señalando una hilera de montículos a lo largo del seto.

—Allí descansan los que fueron muertos en el bosque (1), y mis señores también descansan allí... y mi madre..

Se abrieron paso a través de la maleza y se arrodillaron sobre unos montículos deformados y tan borrados por el viento que apenas quedaba traza de ellos; ni siquiera había cruces para indicarlos, ni árboles para darles sombra, nada; nada más que arena, algunos tallos de verbasco desecados, y el silencio, el olvido, la muerte...

Jambrozy, Jagustynka y el viejo Klomb estaban arrodillados junto a aquellas tumbas muertas; dos lámparas fijadas en la arena brillaban débilmente. El viento soplaba y mecía las luces, arrancando las palabras de las oraciones y llevándolas en brazos de la negra noche...

— Mi madre descansa allí... yo me acuerdo — murmuró Kuba muy bajo, más para sí que para que le oyera Witek,

---

(1) Alusión a los sublevados, muertos en 1863.

que se había acurrucado junto a él porque el frío le penetraba de parte a parte.

—La llamaban Magdalena... Mi padre tenía su tierra; pero él servía en el castillo como cochero... No llevaba al señor anciano más que en un tiro de sementales... Luego murió... los tíos tomaron la tierra... y yo guardaba los cerdos del señor... Claro que Magdalena era mi madre y mi padre Pieter; su nombre de familia era Socha, que es también el mío. Después, el señor me tomó para los caballos, para que yo guiase los sementales como mi padre. Entonces íbamos siempre de caza a casa de otros señores... Yo no tiraba mal tampoco... El señor joven me había dado un fusil... y mi madre estaba siempre en el castillo sentada junto a la señora anciana... Yo me acuerdo de todo, y cuando tuvieron que irse todos, me llevaron consigo también... Estuve allí durante todo un año... y hacía lo que ellos me ordenaban... Claro que no dejé en el sitio un solo capote gris... ni dos... ni tres... (1). El señor joven recibió una ciruela en las tripas... los intestinos le salían del vientre... El era mi amo... ¡un hombre tan bueno!... Me lo cargué a la espalda y lo llevé... y luego se marchó a los países cálidos, y me mandó llevar cartas al señor viejo. Cuando fuí estaba derrengado como un perro, claro que sí... Me atravesaron la pierna y esto no se quería curar porque yo estaba continuamente fuera, al raso... y había nieves hasta la cintura y unas heladas infernales... Me acuerdo, ya lo creo... Me arrastraba por la noche, buscaba... ¡Jesús, María! Fué como si alguno me hubiese atizado sobre el cráneo con una estaca muy grande... Ni más castillo, ni casa comunal... no había ni siquiera los setos... ¡todo estaba quemado y arrasado!... Y el señor anciano, y la señora anciana, y mi propia madre... y aquella Josefka que tenían como camarera... Los encontré muertos, muertos a golpes, en el jardín. ¡Jesús, Jesús! Me acuerdo de todo, claro que sí. ¡Santa María!—murmuró muy quedo. Las lágrimas como guisantes que le corrían por la cara eran tan abun-

(1) Designación dada a los soldados rusos, a causa de su capote. Se refiere al que llevaba la infantería.

dantes que no las enjugaba siquiera... Gemía sólo de pena y de añoranza, pues todo se le representaba ante los ojos como un espectáculo real. En cuanto a Witek, se había dormido. ¡Tanto le había fatigado el llanto al pobrecito!

La noche era cada vez más profunda; el viento sacudía cada vez más fuertemente a los árboles, hasta el punto de que las largas trenzas de los abedules barrían las sepulturas, y sus troncos blancos aparecían en la obscuridad como revestidos con el sudario de los muertos; la gente se marchaba cada cual por su lado, las luces se apagaban, el canto de los mendigos cesaba. Un silencio solemne, lleno de rumores extraños y de voces penetrantes volvía a tomar posesión de las sepulturas... Era como si el cementerio se hubiese llenado de sombras, de una grande acumulación de fantasmas, de un revoltijo de contornos crepusculares, de una música de voces bajas desoladas, de un océano de estremecimientos extraños, de un revolvimiento de tinieblas, de rayos, de angustia, de sollozos mudos, de misterios llenos de espanto y de turbación. Una bandada de cornejas emprendió bruscamente el vuelo desde la capilla, y huyó a los campos dando un graznido; y en todo Lipce se pusieron los perros a ladrar largamente, desesperadamente, lúgubremente.

El pueblo estaba silencioso, a pesar de la fiesta; las carreteras estaban desiertas, la taberna cerrada, y sólo de tiempo en tiempo, a través de los pequeños cristales empañados, brillaban débiles luces, se dejaban oír dulcemente cantos piadosos, y también las oraciones rezadas para los difuntos.

La gente pasaba medrosa por delante de las casas, aplicaba miedosamente el oído al rumor de los árboles y miraba con temor hacia las ventanas. ¿No irían a surgir allí, no irían a mostrarse los que vagan este día, empujados por un secreto deseo y por la voluntad divina?... ¿No estarían mirando melancólicamente por los cristales?

Y aquí y allá, por una antigua y santa costumbre, los campesinos ponían los restos de su cena sobre el banco, delante de la ventana de la estancia, se santiguaban piadosamente y murmuraban:

—Toma esto, aliméntate, alma cristiana que penas en el Purgatorio...

En el silencio, la tristeza de los recuerdos y la angustia, pasó aquella velada de Todos los Santos...

En la estancia de los Antek estaba sentado Roch, aquel peregrino de Tierra Santa, y leía y contaba piadosas y santas historias.

Había bastante gente, pues Jambrozy había venido con Jagustynka y Klomb, y también Kuba y Witek, Jozia y Nastusia; sólo faltaba el viejo Boryna, que se quedó en casa de Jagusia hasta muy entrada la noche.

El silencio reinaba en la habitación; sólo el grillo cantaba detrás de la chimenea, y los troncos secos petardeaban en el fuego.

Estaban todos sentados en bancos frente a la chimenea, menos Antek que estaba junto a la ventana. De tiempo en tiempo Roch hurgaba los tizones con su bastón, y decía en voz baja:

—No es cosa terrible morir, claro que no, porque como los pajarillos que al acercarse el invierno se van hacia los países cálidos, así las buenas almas cansadas desean ir hacia Jesús...

«Como en la primavera viste el Señor con hojas verdes y flores olorosas los desnudos árboles, así el alma del hombre se va hacia Jesús para encontrar el placer, la alegría, la primavera y su vestimenta eterna.

»Como el sol abraza la tierra que nos nutre, toda cansada, así el Señor mimará cada almita, para que ni el frío, ni el dolor, ni la muerte misma puedan hacerle daño...

»Porque ved, no hay más que llanto sobre esta tierra, no hay más que penas y quebrantos.

»Y el mal pulula como los cardos y crece como una selva.

»Y todo es en vano y no sirve de nada, como el polvo de la madera carcomida, como las burbujas que el viento hincha sobre el agua y otra burbuja destruye.»

X

Yo me desgañito repitiéndooslo desde el púlpito, y al uno después del otro, en particular; pero vosotros no hacéis más que comeros unos a otros como perros...

El viento le ahogó en la garganta el resto de su frase, y le produjo al pobre cura un acceso de tos; pero Antek no dijo nada y siguió caminando a su lado, con la mirada sumida en el crepúsculo, por entre los árboles.

El viento se levantaba más y más fuerte, se estrellaba en la carretera, y al topar con los chopos, les daba tales sacudidas que se encorvaban gimiendo y silbando de cólera.

— Y, sin embargo; yo bien le había dicho a ese cretino — prosiguió el cura — que condujese él mismo la yegua al estanque; y he aquí que la ha soltado hacia adelante y se ha extraviado... El caso es que por ser ciega podría muy bien romperse una pierna vagando entre los setos... — se lamentaba, buscándola muy preocupado, mirando detrás de cada árbol y escudriñando los campos.

— Sin embargo, está acostumbrada a ir sola...

— Conoce bien el camino del estanque...¡toma! Bastaba que cualquiera hubiese llenado de agua su tonel y la hubiese vuelto en la buena dirección, para que viniese directamente a la rectoría... Las otras veces se la enganchaba de día. Pero, hoy, Magda o Walek la han soltado cuando ya

empezaba la obscuridad ¡Walek!—gritó con voz fuerte, pues parecía perfilarse una sombra entre los chopos.

— Yo he visto pasar a Walek por frente a mi casa; pero aún no había anochecido.

— ¡Ah! ¡Sí, se lo ha tomado con tiempo eso de ir en su busca! La yegua tiene sus veinte años, ha nacido en mi casa, ha ganado su pan ricamente y es fiel como una criatura humana... ¡Dios mío, con tal de que no le haya ocurrido nada malo!

— ¿Qué quiere usted que le ocurra? — gruñó Antek colérico, porque, en resumidas cuentas, él había venido en busca del señor cura para pedirle consejo y comunicarle sus cuitas; y ahí tenéis que el cura no había hecho más que sermonearle y para colmo se lo había llevado consigo en busca de su yegua. Evidentemente, daba lástima lo de la yegua, por más que fuese vieja y ciega; pero, con todo, las criaturas humanas deberían pasar delante.

— Tú procura recobrar tus sentidos y no jurar, porque es tu propio padre. ¿Comprendes?

— ¡Como si lo hubiese olvidado! — repuso él irritado.

— Es un pecado mortal y una ofensa al buen Dios. Y no conseguirá nada bueno aquél que en su arrebato levante la mano contra su padre y se oponga a los mandamientos de Dios. Tú tienes juicio, por lo tanto, debieras saber esto.

— Lo que yo quiero es sólo justicia.

— Y buscas venganza, ¿eh?

Antek no supo qué contestar.

— Y aún te diré mas: que un ternero humilde encuentra dos madres que le den teta.

— Es lo que todo el mundo me dice... claro está; ¡pero esa humildad empieza a cargarme y pronto no podré aguantarme más! ¡Si fuese un ladrón, o un estafador! Pero como se trata de mi propio padre, todo le está permitido y los hijos no tenemos ni siquiera derecho a defender nuestros derechos. ¡Miseria de las miserias! El mundo está tan mal hecho que le dan a uno ganas de escupir y huir a donde lo lleven los ojos.

— Pues, bien, huye. ¡Nadie te detiene! — exclamó impetuosamente el cura.

— Podría ser muy bien que me marchase, porque, ¿qué puedo hacer aquí, a ver?... — murmuró más quedo, con voz casi lacrimosa.

— No dices más que simplezas. Otros hay que no tienen más que un bancal de tierra, y se quedan; trabajan y aun dan gracias a Nuestro Señor. Lo que tú debieras hacer es ponerte a trabajar y no lamentarte como una vieja chocha. Tienes buena salud, eres fuerte, tienes donde clavar las uñas...

— ¡Atiza! ¡Tres fanegas enteras!... — exclamó irónicamente.

— Tienes mujer e hijos; debes acordarte de eso.

— ¡Como si lo hubiese olvidado!... — murmuró entre dientes.

Desembocaron frente a la taberna, cuyas ventanas estaban iluminadas; las voces que daban los de dentro llegaban hasta la carretera.

— ¿Qué es eso? ¿Otra vez una borrachería?

— Son los reclutas, los que han inscrito este verano para el regimiento; beben para darse ánimo. El domingo los van a echar por el mundo, y por eso aprovechan el día de hoy para divertirse...

— ¡La taberna está casi llena! — murmuró el sacerdote, plantado cerca de un chopo, desde donde se veía muy bien, a través de la ventana, todo el interior rebosante de gente.

— Es que hoy debían reunirse para discutir... la cuestión del bosque que el señor ha vendido a los judíos para que lo exploten...

— Sin embargo, no lo ha vendido todo; aun queda mucho.

— Mientras no se ponga de acuerdo con nosotros, no le dejaremos tocar un sólo abeto.

— ¿Cómo es eso? — preguntó el cura con voz algo asustada.

— ¡No le dejaremos y punto concluído! Padre quiere ir por justicia; pero Klomb y los que están de su parte dicen que no quieren pleitos. Mas no dejarán hacer la corta, aun-

que todo el pueblo tuviese que levantarse con hachas y horcas y con lo que sea, para ir a defender sus bienes...

— ¡Jesús, Virgen Santa! ¡Entonces, eso no sucederá sin que haya golpes y toda suerte de desgracias!

— ¿Y después, qué? ¡Cuando nuestras hachas hayan abierto la cabezota a unos cuantos del castillo, se nos hará justicia!

— ¡Antek! ¡Ah, vamos! ¿Es que la cólera te ha hecho perder la calma? ¡Cuidado con las simplezas que dices, amigo!

Pero Antek ya no le escuchaba; se echó un poco a un lado y desapareció en la obscuridad, mientras el sacerdote se dirigía a paso largo a la rectoría, porque había percibido un ruido de ruedas, y el relincho quedo y plañidero de la yegua...

Por su parte, Antek se fué hacia la parte baja del pueblo, por el molino, más allá del estanque, por no pasar cerca de la cabaña de Jagna.

A ésta la tenía clavada en el corazón como un rancajo, como una espina mala que no podía arrancar ni huir de ella.

Una raya de luz salía de su cabaña, algo de claro y alegre... Se detuvo para mirar, aunque no fuese más que una triste vez, para dar siquiera suelta a su cólera; pero algo le arrancó de allí en seguida, y escapó como un vendaval, sin volver tan sólo la cabeza.

— ¡Es padre quien la tiene ahora, es padre quien la posee!

Corrió a casa de su cuñado el herrador; no era allí tampoco donde encontraría consuelo; pero, al menos, podría sentarse un instante con los demás y de este modo no estaría en la cabaña de su padre... ¡Y el cura! ¿Pues no lo mandaba a trabajar? ¡Pardiez! El que no hace nada ni tiene penas ni quebrantos puede decirlo a los demás. Le había recordado que tenía mujer e hijos... ¡Como si él no se acordase de que existía Hanka!... ¡Ah, sí, a él le importan un bledo sus lágrimas continuas y su humildad y sus ojos llorícones de perra!... ¡Si al menos no viviese ella! ¡Si al menos estuviese solo! — Lanzó un profundo suspiro y se apoderó

de él una cólera insensata, salvaje, un deseo de coger a alguien por el gañote y estrangularlo, destrozarlo, golpearlo...

Pero ¿a quién?... No lo sabía y su cólera cesó tan súbitamente como había empezado. Contempló la noche con mirada vacía y escuchó los silbidos de la tormenta que se desencadenaba en los huertos y se echaba con tanta fuerza contra los árboles que éstos se inclinaban por encima de los setos y le fustigaban la cara con sus ramas... Se arrastró torpemente, entontecido hasta el punto de no poder casi hacer un movimiento, pues las pesadillas de la tristeza y de la impotencia martirizadora se derrumbaban sobre su alma, haciéndole olvidar en seguida adónde iba y por qué.

— ¡Padre es quien posee a Jagna, es padre! — decía de tarde en tarde, con voz siempre más baja, como una oración que no se quiere olvidar.

La herrería estaba toda roja por el resplandor del horno; un chiquillo le daba al fuelle con tanto brío que los carbones hechos ascuas silbaban y estallaban en resplandores sangrientos; el herrador, junto al yunque, con el gorro echado atrás, los brazos arremangados, puesto el delantal de cuero, el rostro tan tiznado que no se le veía más que los ojos, brillantes como ascuas, machacaba el hierro candente con tales martillazos que una lluvia de chispas surgía de debajo del martillo que ensordecía, e iba a anegarse silbando en la tierra fangosa.

—¿Qué hay? — preguntó al cabo de un instante.

— Pues... nada, ¿qué ha de haber? — contestó Antek en voz baja. Y apoyando la espalda contra uno de los carros que allí había, dejó divagar la mirada en la llama.

El albéitar trabajaba de firme, calentaba el hierro una y otra vez, lo batía según convenía, o ayudaba al rapaz a mover el fuelle cuando se necesitaba un fuego más vivo; a veces, miraba a Antek disimuladamente, al mismo tiempo que una sonrisa maliciosa se desviaba bajo su bigote rojo.

— ¿A lo que parece has estado en casa del señor cura? ¿Y qué?

— Pues, nada entre dos platos. Hubiera podido oír lo mismo en la iglesia.

— ¿Acaso querías oír algo distinto? — bromeó el herrero.

— Toma, él es sacerdote, sabe mucho... — dijo Antek como para justificarse.

— Sí, sabe mucho cuando se trata de tomar; pero no cuando se trata de dar algo a alguien.

Pero Antek ya no tenía más ganas de discutir.

— Me voy a tu casa — dijo al cabo de un momento.

— Ve; el alcalde ha de venir también y yo iré luego. El tabaco está en el armario pequeño; entre tanto, fuma...

Ni siquiera le oyó, pues ya llegaba a la casa, que se encontraba al otro lado de la carretera.

Su hermana estaba encendiendo la lumbre, y el mayor de los chiquillos estudiaba el abecedario apoyado en la mesa. Se saludaron sin hablar.

— ¿Qué tal, se aprende? — preguntó, pues el chiquillo deletreaba en voz alta, señalando las letras con un punterito.

— Desde la cosecha de las patatas viene a enseñarle la señorita del molino; mi hombre no tiene tiempo.

— Roch enseña también desde ayer en casa de padre.

— Yo hubiera querido enviarle a mi Jasiek; pero mi marido no quiere porque es en casa de padre y porque la señorita sabe más, pues ha sido educada en las escuelas de Varsovia.

— Mejor, mejor — contestó él por decir algo.

— Jasiek aprende el abecedario tan rápidamente que la misma señorita está asombrada.

— ¡Toma! Es carne y hueso del herrador, hijo de padre listo.

— Búrlate si quieres; pero él es quien tiene razón cuando asegura que mientras viva padre podrá anular el acta de donación.

— ¡Claro está! ¡Trata de quitarle al lobo lo que tenga en el gaznate! ¡Seis fanegas de trigo! Mi mujer y yo le servimos casi como criados y él ha dado todo eso por escrito a uno de fuera, al primero que se le ha presentado.

— Ya puedes pelearte con él, jurar, soltar ternos, pedir consejo, ir ante el juez... Todo lo que sacarás en limpio es

que te eche de casa — contestó ella en voz baja, mirando hacia la puerta.

—¿Quién lo ha dicho? — preguntó él, saltando de la silla.

— Cálmate, cálmate... Lo dice la gente — contestó ella como amedrentada.

— Ceder, nunca; no cederé; y si me echa a la calle violentamente acudiré ante el juez, entablaré un pleito; pero ceder, no cederé — y casi gritaba al decir esto.

—¡Por más que hagas, no hundirás la pared a cabezazos, aunque pegues más fuerte que un carnero! — dijo el albéitar entrando en la habitación.

— Entonces, ¿qué hay que hacer? Tú que das tan buenos consejos a la gente, dame uno a mí.

— No se sacará nada del viejo por malas.

Encendió su pipa, y se puso a razonar, a explicarle las cosas, a calmarle y a presentarle el asunto de tal manera que Antek, viendo claro, exclamó:

— Tú estás de su parte.

— Yo estoy por lo que es justo.

— ¡Es que te ha pagado bien para eso!

— En todo caso si me ha pagado, no ha sido de tu bolsillo.

— ¡Precisamente del mío, mil rayos, del mío! ¡Es muy cómodo ser espléndido a costa ajena! Tú ya te has aprovechado y por eso no tienes prisa.

— Yo no me he aprovechado más que tú.

— Más. ¿Y las herramientas, y los vestidos, y la vaca, y todo lo que a mi padre le has sonsacado? Tengo buena memoria. ¿Y los ánsares, y los lechones? ¿Cómo contarlo todo? ¿Y el ternero que te ha dado no hace mucho? Todo eso ¿no es nada?

— Tú no tenías que hacer más que tomar las cosas.

— Yo no soy un ladrón ni un ratero.

— ¿Es que acaso lo soy yo?

Saltaron el uno hacia el otro, prontos a agarrarse por el cuello; pero al punto depusieron su actitud, porque Antek dijo en voz baja:

— No lo digo por ti... ¡pero no renunciaré a lo que es mío, aunque por ello haya de reventar!

— ¡Bah, bah! Me parece que no es precisamente el trozo de tierra lo que tanto te roe las entrañas — respondió el albéitar en tono irónico.

— ¿Entonces, qué?

— En los últimos tiempos le has hecho siempre la rosca a Jagna, y ahora te da coraje.

— ¿Lo has visto tú? — preguntó el otro como herido en mitad del corazón.

— Hay en el pueblo quien lo ha visto, y no sólo una vez...

— ¡Si yo pudiese sacarles los ojos! — refunfuñó Antek bajando la voz, porque en aquel momento entraba el alcalde y saludaba a todo el mundo. Era evidente que estaba al tanto del motivo de la disputa, pues también él se puso a defender al viejo y a justificarlo.

— Sí, os ha regalado bastante el cuerpo con aguardiente y salchichón y por esto no tiene nada de extraño que le defendais...

—¡No nos vengas con monsergas cuando te habla el alcalde! — exclamó éste con altanería

— ¿Su dignidad de alcalde?... ¡Me futro en ella como en un bastón roto!...

— ¡Cómo! ¿Qué es lo que has dicho?

— Ya lo ha oído, y sino lo ha oído, voy a decirle algunas palabras que serán la horma de su zapato.

— ¡Dílas, a ver!

— Voy a decirlas: Es un borracho y un Judas y un crápula; y también le digo que estafa el dinero del Ayuntamiento y que ha recibido del castillo una buena jarra de vino para que el señor pudiese vender nuestro bosque... Y si quiere añadiré más; pero ahora será con este garrote... — gritó furioso, echando mano a un bastón.

— Soy autoridad y, por lo tanto, ten cuidado, Antek; podrías arrepentirte.

— Y no pongas la mano sobre personas que están en mi cabaña. ¡Esto no es un ventorro! — exclamó el herrador protegiendo al alcalde con su cuerpo. Pero Antek ya no escuchó nada, y después de ponerles a los dos como trapos sucios salió dando un portazo... Aquello le había aliviado

mucho. Ya más tranquilo se volvió a casa, lamentando sólo haberse peleado inútilmente con su cuñado.

—Ahora todos estarán contra mí—pensaba a la mañana siguiente mientras se desayunaba. Quedó sorprendido al ver entrar al herrador en la habitación.

Se saludaron como si jamás hubiese pasado nada entre ellos.

Y cuando Antek se fué al hórreo a cortar paja, el albéitar le siguió, se sentó sobre unas gavillas de trigo que habían echado allí desde el almiar para trillarlo, y empezó a decir en voz baja:

—¡Al diablo todas estas pendencias! ¿Y todo por qué? ¡Por una palabra tonta! Así que yo soy el que viene a ti y yo soy el primero que te da la mano...

Antek le dió la mano, no sin una mirada de sospecha, y masculló:

—Claro que no hubo más que esa palabra, porque yo no tenía ningún rencor contra vosotros. Fué el alcalde quien me sacó de tino, porque a fin de cuentas: ¿qué tiene él que ver en esto? Son pleitos que no le incumben, y, por lo tanto, que no se meta en nada.

—Es lo que yo le dije cuando quiso correr detrás de ti...

—¿Para pegarme?... Yo le hubiera dado una tollina, como la de su sobrino, que todavía se está cuidando las costillas desde la cosecha...—dijo, y se puso a llenar de paja la tolva de la trinchadora.

—Es lo que también le he recordado...—añadió modestamente el albéitar, insinuando una sonrisa maliciosa.

—Yo le ajustaré las cuentas de modo que se acordará de mí... ¡El gran personaje, peste de funcionario!...

—Es un imbécil y nada más; déjale en paz. He tenido una idea y he venido para exponértela. Verás lo que hay que hacer. Mi mujer vendrá esta tarde, y entonces iréis al encuentro del viejo para tener una conversación en regla. De nada sirve pillar rabietas o lloriquear por los rincones. Hay que mirarle cara a cara y decirle en crudo lo que uno tiene en el estómago... Esto puede resultar bien y resultar mal; pero hay que desembuchárselo todo...

— ¿Qué es lo que hay que desembuchar, si ya ha firmado el acta?

— ¡Con enfados no se obtendrá nada de él! Claro que ha firmado el acta; pero, mientras viva, puede anularla en cualquier momento, fíjate bien, y no hay que ponerse contra él por eso. ¡Que se case, pues, y que se divierta!

Antek palideció al oír esta alusión y el corazón le dió tal vuelco que paró de cortar paja con la hoz.

— En vez de protestar aprueba sus actos y dile que ha hecho bien, que si ha firmado el acta es porque tiene derecho a hacerlo. Bastará con que nos prometa lo restante a ti y a mi mujer; pero delante de testigos — añadió cazurramente.

— ¿Y Jozka y Grzela? — preguntó el otro de mala gana.

— ¡Se les indemnizará! ¿Crees tú que Grzela ha recibido ya poco por anticipado? Casi todos los meses le manda algo al regimiento. Escúchame a mí, haz lo que te aconsejo, que nada saldrás perdiendo. Déjalo por mi cuenta; yo combinaré todo eso tan bien que todo será nuestro...

— Aun vive el carnero
y ya el peletero
cose su piel
encima de él.

— Oyeme... Que él haga una promesa ante testigos, para que haya algo donde clavar las uñas... Aun hay un juzgado y una justicia, no tengas cuidado. Y ya hay un mango por donde agarrarse, porque ha quedado la tierra de tu madre...

— ¡La gran fortuna, cuatro yugadas para mí y tu mujer!...

— Pero aun no las ha dado ni a ti ni a mi mujer! ¡Y desde hace años él las siembra y él las cosecha! ¡Bien tendrá que pagaros por eso, y con intereses!... Te lo digo otra vez; no te opongas al viejo en nada, aprueba sus actos, háblale de buena manera, ve al casamiento, no le escatimes las palabras cariñosas y ¡tú verás como lo embaucamos!... Y si

no se deja llevar por las buenas, los tribunales le enseñarán el camino... Vosotros os conocéis bien, Jagusia y tú... Ella también, ella podría ayudarte de una manera o de otra... Dile tan sólo lo que hace al caso... Ella podría inclinar al viejo en favor nuestro... Conque, ¿está dicho? Adiós; es tiempo de que me vaya...

— ¡Está dicho! Pero vete pronto, no sea que te descargue el puño en mitad de la jeta y te eche a la calle — murmuró Antek entre dientes.

— ¿Qué te pasa, Antek, qué es lo que te pasa? — articuló despavorido al ver que su cuñado soltaba la hoz y se dirigía a él pálido, con ojos terribles:

— ¡Judas! ¡carroña! ¡ladrón! — soltó estas palabras fuera de sí, echando tales espumarajos de rabia que el albéitar saltó a la calle de un brinco y echó a correr.

— ¿Acaso ha perdido el juicio? Tal vez — comenzó a decirse cuando estuvo en la carretera. — No cabe pensar otra cosa. Le he dado un buen consejo y él es tan estúpido... que acabará teniendo que trabajar a jornal porque el viejo lo echará de casa... y yo le ayudaré todavía a hacerlo... De un modo o de otro no pienso renunciar a mi derecho ni a la tierra. ¡Qué burro eres, Antek! Querías darme en los hocicos y arrojarme a la calle a pesar de haber ido a ti con buenas palabras, como un hermano. Lo que tú hubieras querido es apoderarte de todo; pero no lo conseguirás. Tú me has sacado mis intenciones; pero yo te voy a amolar, bestia. ¡Vas a temblar de fiebre inglesa!

Lo que más le hacía rabiar era que Antek conociese sus planes, lo que podía ser peligroso porque tal vez fuese capaz de revelárselos al viejo. Esto era lo que le daba más miedo.

— Hay que tomarle la delantera — decidió sobre la marcha. Y a pesar del miedo que le tenía a Antek, se volvió a casa de los Boryna.

— ¿Está en casa el amo? — preguntó a Witek que estaba delante de la cabaña y echaba piedras a los gansos que nadaban en el estanque.

— No está. Se ha ido a casa del molinero para invitarles a la boda...

—Le saldré al paso, y nos encontraremos como por casualidad —pensó. Y se fué hacia el molino; pero, antes, entró en su casa y ordenó a su mujer que se vistiese bien y que con los chicos se fuese a casa de los Antek a mediodía.

—El te dirá lo que hay que hacer. No hagas nada por ti misma y según tu parecer, porque no eres más que una tonta; pero cuando sea conveniente, berrea, abrázate a las piernas de tu padre e implórale... Y escucha bien lo que él dice... y lo que Antek haya dicho antes...

Le explicó la lección en el tiempo de un padrenuestro largo, mientras miraba por la ventana para ver si aparecía el viejo por el puente.

—Voy al molino a informarme de si está lista la harina de mijo. —Se le hacía largo el tiempo para esperar en casa.

Caminó lentamente, deteniéndose y reflexionando sobre lo que podría haber hecho Antek.

—Me ha insultado; pero muy bien podría hacer lo que yo le he aconsejado... En este caso es mejor que mi mujer esté allí... Y si no lo hace, tal vez acaben riñendo. El viejo lo echará... Sea como fuere, siempre podrá uno meterse algo en el bolsillo...

Sonrió con satisfacción, se restregó las manos, se hundió más el gorro y se abotonó el capote, porque soplaba el viento y venía del estanque un frío penetrante.

—¡Esto va a traer una helada esta noche, o tal vez llueva de nuevo! —murmuró, deteniéndose en el puente y mirando al cielo... Las nubes corrían, bajas, de color gris obscuro, pesadas, cazcarrientas como rebaños de carneros que no se han lavado. El estanque murmuraba sordamente y a veces azotaba con agua las orillas, donde se destacaban aquí y allá los vestidos rojos de las mujeres que lavaban la ropa, entre los álamos negros que se inclinaban y los sauces ahorquillados; un estrépito furioso reinaba en las dos orillas. Las carreteras estaban desiertas, excepción hecha de los rebaños de gansos que picoteaban en el barro endurecido o en los fosos llenos de hojarasca y de barreduras, y de los chiquillos que alborotaban delante de las casas. Los gallos

cantaban sobre los setos como cuando va a cambiar el tiempo.

— Hubiera sido mejor esperarle en el molino — murmuró, tomando por el camino que descendía.

Luego que el albéitar se hubo marchado, Antek se puso a cortar paja con tal encarnizamiento que se olvidó de todo, abstraído en la faena. Cortó tanto hasta mediodía, que Kuba, que volvía del bosque conduciendo el carricoche, exclamó:

— ¡Vamos, va a haber para una semana entera! — y se admiró tanto, que Antek recobró la conciencia, tiró la hoz, se estiró y se fué hacia la cabaña.

— Suceda lo que suceda, hoy le hablaré a mi padre — decidió. — El albéitar es un gitano y un Judas; pero tal vez sea bueno su consejo... ¡Claro que algún interés lleva en ello!...

Dió una ojeada al otro lado, hacia la habitación de su padre; pero en seguida volvió atrás, porque estaban allí sentados una veintena de chiquillos y todos deletreaban a un tiempo en alta voz... Roch les enseñaba, y estaba muy atento a lo que hacían. Se paseaba en torno a ellos con el rosario en la mano, escuchaba, a veces corregía algo, aquí daba un tirón de oreja, allí acariciaba una cabeza, y se sentaba con frecuencia para explicar pacientemente lo que había en el libro y hacer preguntas. Y los niños se apiñaban en masa, agitándose a cual más, para contestar, como los pavos cuando alguien los irrita... Y todo esto con tanto barullo que se les oía desde el otro lado...

Hanka preparaba la comida y hablaba con su padre, el viejo Bylica, que venía a verla de tarde en tarde, pues estaba muy enfermo y ya casi no podía moverse.

Sentado junto a la ventana, apoyado en su bastón, recorría la estancia con la mirada, que tan pronto se detenía en los niños que se habían acurrucado en un rincón sin hacer ruido, como en Hanka... Su cabello era blanco, los labios le temblaban, su voz era tan débil que parecía el piar de un pájaro, y tenía constantemente un estertor en el pecho...

— ¿Ya se ha desayunado usted? — preguntó en voz baja.

— ¡Jé!... A decir verdad, Weronka lo ha olvidado... y yo tampoco he dicho nada.

— Weronka deja morir de hambre hasta a sus perros, porque vienen aquí muchas veces a comer — exclamó ella. Aparte de esto tenía inquina a su hermana mayor, desde el invierno pasado, porque, a la muerte de su madre, Weronka había tomado posesión de todo lo que quedaba y no había querido ceder nada, por lo cual se miraban con la misma indiferencia que si no fuesen hermanos.

— Es que ellos tampoco tienen nada de sobra, no...— intentó disculparla con voz débil. — Stach trilla en casa del organista, come allí y aun trae a casa cuarenta *grosz* al día... y tantas bocas que alimentar en la cabaña... que no hay siquiera bastantes patatas... Tienen dos vacas, es verdad... y leche... y ella lleva leche y queso a la ciudad y vuelve con algunos *grosz*. Pero a menudo se olvida de darme de comer, cosa que no es de extrañar con tantos hijos. Teje paño de lana para la gente, hila y zancajea como un buey. Yo necesito muy poco; pero al menos que se me dé cuando sea hora y todos los días. .

— Pues, bien; venga usted aquí en la primavera, ya que está usted tan mal en casa de esa perra.

— No es que me queje, que no me quejo, pero... pero... — y de pronto se le quebró la voz.

— Podría usted apacentar los gansos o vigilar los niños...

— Yo lo haré todo, Hanus, todo... — murmuró él con un hilito tenue de voz.

— En la cabaña hay sitio; se pondría una cama para que estuviese usted caliente...

— Me conformaría con poco; dormiría en el establo o en la cuadra con tal de hallarme en tu casa, Hanus, con tal de no volver allá, con tal de... — La vehemencia con que expresaba su queja hizo que se le atragantara la voz y se le saltaran las lágrimas de sus ojos hundidos y rojizos.— Me quitó la colcha porque los niños no tenían con qué taparse. Como se helaban los tomé conmigo; pero mi piel de carnero está tan rala que ya no calienta. Después, me quitó la cama, y duermo aterido de frío. No puedo coger ni una astilla y

cada cucharada de comida me la echa en cara, como si quisiera obligarme a mendigar. Me faltan las fuerzas y apenas si he podido llegar hasta aquí arrastrándome.

—¡Dios misericordioso! ¿Y por qué no me lo dijo antes?

—Se trata de mi hija, y no debía hacerlo.

—¿Y su marido no ve esas cosas?

—Es un buen hombre; pero siempre está fuera, buscando dónde ganar un jornal.

—Es una bruja del infierno. ¡Qué manera de tratar a su padre después de haberse quedado con la mitad de la casa, con media casa y casi con todo! Tendremos que llevarla por justicia. Ellos han de alimentarle y vestirle. A nosotros sólo nos corresponde darle doce rublos al año, porque, además, pagamos la deuda. ¿No es así?

—Sí, hija mía. Vosotros sois buenos y hacéis lo que debéis. Hasta me quitan los *zloty* que me dais y que yo quería guardar para mi entierro. He tenido que dárselos porque no podía hacer otra cosa. Y en cuanto al hijo...

El viejo no pudo continuar hablando. Permanecía sentado, hecho un ovillo. Parecíase más a un montón de virutas que a un sér humano.

Después de comer, al llegar la mujer del herrador con sus chiquillos, recogió el pequeño lío que Hanka le había preparado a hurtadillas, y se fué sin hacer ruido.

Boryna no había ido a comer; pero la mujer del albéitar estaba decidida a esperarle hasta la noche.

Hanka preparó su telar junto a la ventana y comenzó a hacer pasar la trama de estopa por entre los peines. Sólo de cuando en cuando, muy tímidamente, intervenía con una palabra en la conversación que Antek había entablado con su hermana; él le exponía sus quejas, a las que ella asentía con la cabeza; pero esto no duró mucho tiempo, porque Jagustynka se precipitó en la estancia.

—Vengo corriendo de casa de los organistas que me han llamado para hacer la colada.— Precisamente estaban allí Maciej y Jagna para invitarles a la boda. Irán. Naturalmente, cada oveja con su pareja, los ricos van con los ricos. El cura también está invitado...

— ¡Hasta al cura han invitado!... — exclamó Hanka.

— ¿Y por qué no? ¿Es acaso un santo del cielo? El ha dicho que tal vez vaya. ¿Y por qué no? ¿Acaso no es la novia una joya? ¿Acaso no se comerá y beberá bien ese día? Los del molino también han prometido ir con la hija. ¡Ja, ja! Una boda así no se ha visto nunca, desde que Lipce es Lipce. Yo puedo decirlo porque precisamente yo, con la Jewka, la del molino, debemos encargarnos de la cocina. Jambrozy ya les ha destripado un cerdo joven. ¡Van a hacer salchichón!

Se interrumpió de pronto porque nadie parecía hacerle el menor caso. Todos permanecían sentados, con sombrío talante. Después de una pausa volvió a la carga, observando a los circunstantes:

— Sobre esta casa amaga una tormenta.

— Eso no le importa a usted nada — exclamó la mujer del albéitar con tanto desabrimiento que Jagustynka se retiró hacia el rincón de la estancia donde Jozia ordenaba bancos y sillas, por haber desfilado ya los chicos y haber marchado Roch al pueblo.

— Se comprende que padre no quiera privarse de nada — murmuró la mujer del herrador con voz apenada.

— Para eso tiene el dinero — exclamó Hanka.

Al oírla, Antek dirigióle una mirada preñada de amenazas. Su hermana, calló, temerosa.

Continuaron sentados, sin hablar casi, esperando los acontecimientos. De vez en cuando oíase alguna palabra y de nuevo volvía a hacerse el silencio, más sordo e inquietante.

En la galería, frente a la cabaña, Witek promovía tal barahúnda con los chicos que, con los ladridos de *Lapa,* hacía temblar las paredes.

— Padre ha de tener bastante dinero, porque constantemente vende algo. Por eso no tiene importancia lo que ahora pueda gastar.

Al oír estas palabras de su hermana, Antek hizo un gesto con la mano y salió de la estancia para tomar el aire. Se aburría en la cabaña; sentía aumentar en él la inquietud y el espanto. Espanto ¿de qué? Ni él mismo lo sabía. Im-

pacientábase esperando a su padre, y, sin embargo, en el fondo de su corazón se alegraba de su larga ausencia. «¡No es precisamente el trozo de tierra lo que tanto te roe las entrañas, sino Jagna!» Constantemente acudían a su memoria estas palabras que el albéitar le había dicho la víspera... «¡Miente como un perro!», exclamaba ya fuera de sí por no poder dominar este recuerdo. Antek se puso a cubrir el muro con su revestimiento de invierno por la parte del patio. Witek le traía hojarasca del montón y él la colocaba y la retenía con pértigas; pero le temblaban las manos y varias veces interrumpió el trabajo. Se apoyaba en la pared, y, a través de los árboles desnudos, sin follaje, miraba al otro lado del estanque, allá bajo, hacia la cabaña de Jagusia... No, no era el amor lo que aumentaba en él, sino la cólera. Un odio invencible se iba apoderando de su corazón. ¡Perra, carroña, le habían arrojado un hueso y ella había acudido en seguida! — pensaba. Pero le asaltaban recuerdos; recuerdos que se arrastraban hacia él de todas partes; desde los campos desnudos, desde los árboles frutales ennegrecidos y tortuosos. Estas visiones sitiábanle el corazón, colgábanse a su espíritu, erguíanse ante sus ojos. Al evocar el pasado cubríase su frente de frío sudor, encendíanse sus ojos y un estremecimiento de fuego sacudíale con fuerza. Recordaba la escena del huerto y aquella otra del bosque y el día en que regresaron juntos de la ciudad.

De pronto, vaciló su cuerpo. Creía tenerla en sus brazos, con su cara purpúrea, respirando apasionadamente, con sus ojos de color azul celeste, con sus labios carnosos y encendidos y tan próximos que su aliento le quemaba el rostro como un hálito abrasador... Oía su voz dulce, jadeante, impregnada de amor y de fuego... ¡Jantos!... ¡Jantos! — suspiraba él. — Jagusia se inclinaba hacia él, oprimíala toda entera contra sí, sus senos, sus brazos, sus piernas...

Acabó por frotarse los ojos, como esforzándose por desvanecer estas visiones atormentadoras. Su furor concentrado destilábase en su corazón gota a gota, como se derrite la nieve endurecida sobre los tejados de bálago al recibir la cálida caricia del sol primaveral.

Despertaba su amor, doloroso y fiero; el deseo angustioso erguíase como una cabeza erizada de dardos; era un deseo espantoso, terrible, ululante, que le incitaba a estrellar su cabeza contra un muro.

—¡Así me parta un rayo!—exclamó furioso sin darse cuenta de la presencia de Witek. Al verle temió que sospechase algo. Hacía tres semanas que vivía en un estado febril, sin saber qué determinación tomar, impotente para oponerse a la marcha de las cosas, esperando algún milagro. ¡Cuántas veces le asaltaban ideas locas y trataba de adoptar decisiones descabelladas, que luego desechaba! A pesar de todo, una noche, arrostrando el frío y la lluvia, marchó en busca de la joven, deseando verla. Se ocultó cerca de su cabaña y allí esperó, como un perro. Hacía días que Jagusia evitaba su presencia, y cuando le divisaba de lejos, en la carretera, daba un rodeo por no tropezar con él.

Aquello no lo podía tolerar Antek. Cada vez estaba más irritado con ella y con cuantos le rodeaban. Iba a ser la mujer de su padre, ella, una extraña, una vagabunda, una perra sin amo, una ladrona que trataba de robarle lo más precioso que existe, la tierra. ¡Antes la molería a palos!

Muchas veces habíase propuesto abordar a su padre, mirarle al fondo de los ojos, y decirle: Usted no puede casarse con Jagna, porque es mía; pero al ir a realizar tal idea, se apoderaba de él tal espanto que se le erizaban los cabellos. ¿Qué diría el viejo, y su familia y el pueblo entero?

Jagus iba a ser su madrastra, casi su madre, y esto no podía ni debía ser. ¡Sería un pecado, sí, un pecado! Le asustaba sólo el pensarlo. Hora tras hora sentíase morir presa de un inexplicable terror, como temeroso de un horripilante castigo de Dios. ¡Y no poder decir nada a nadie, confesar la verdad de lo que había sucedido entre él y Jagna! Sentíase condenado a guardar aquel secreto en su corazón como un ascua, como un fuego que acabaría por quemarle hasta los huesos. Esto excedía de las fuerzas humanas.

A todo esto sólo faltaba una semana para la boda. Se hallaba sumido en estas dolorosas reflexiones, cuando exclamó Witek súbitamente:

—Aquí viene el amo.

Antek no pudo menos que sentir un violento sobresalto. Ya el crepúsculo cubría la tierra.

La obscuridad se extendía por el pueblo, como ceniza aún caliente y rojiza sobre brasas no extinguidas. El tono rosa palidecía y se atenuaba en las nubes grisáceas que el viento acumulaba hacia la parte de poniente, donde formaban grandes masas. El frío era intenso, la tierra se endurecía, el aire hacíase más violento y crudo, tal como sucede antes de una helada nocturna, y tan sensible a los sonidos que el rumor y los mugidos del ganado que se llevaba a abrevar parecían más sonoros, y los chirridos de las barreras sobre sus goznes y de las poleas de los pozos, las conversaciones, los gritos de los niños y los ladridos de los perros se oían más claros que de ordinario a través del estanque; aquí y allá brillaban ya las ventanas, arrojando sobre el agua largos reflejos luminosos, temblorosos y desgarrados. Por detrás de los bosques surgía lentamente una enorme luna roja rematada de llamas, como si en en el fondo de los bosques hubiese estallado un incendio.

Boryna cambió las ropas que llevaba por las de diario y salió al patio para vigilar la granja; dió un vistazo a los caballos, a las vacas, al hórreo y hasta a los gorrinos, dirigió cuatro asperezas a Kuba por esto o por lo de más allá y regañó a Witek porque los becerros habían salido del cercado y corrían entre las vacas. Seguidamente entró en la estancia donde le esperaban ya. Todos permanecían callados, observándole con disimulo. Boryna detúvose en medio de la habitación, examinó a sus hijos, y profirió en tono burlón:

—¡Aquí, todos! Esto parece un tribunal.

—Los tribunales no suplican y si estamos aquí es para una súplica —dijo tímidamente la mujer del albéitar.

—¿Y por qué no ha venido también tu hombre?...

—Tiene trabajo urgente y se ha quedado en casa...

—¡Con que trabajo, eh! —Sonrió con expresión de estar en el secreto, se quitó el capote y se dispuso a quitarse las botas. Todos callaban; ninguno sabía por dónde empezar. La mujer del herrador tosió e hizo callar a los chiquillos

que empezaban a armar cisco; Hanka estaba sentada en el umbral y daba teta a su crío, lanzando miradas inquietas hacia Antek, que, sentado frente a la ventana, preparaba en su pensamiento lo que había de decir y temblaba de pies a cabeza de emoción y de impaciencia. Jozia era la única que se mostraba serena; mondaba patatas tranquilamente junto a la chimenea, y de vez en cuando añadía un tronco al fuego y dirigía a todos miradas curiosas, porque no podía comprender nada de todo aquello.

— Bueno, ¿qué queréis? ¡Hablad ya! — exclamó bruscamente, impacientado por aquel silencio.

— ¡Vamos... Antek, habla! Queremos hablarle de esa donación... — balbuceó la mujer del albéitar.

— La donación está firmada y la boda será el domingo. Es todo lo que tengo que deciros.

— Eso ya lo sabemos; pero no es eso lo que nos preocupa.

— Explicaos, pues.

— Usted ha enajenado seis fanegas enteras.

— Porque ha sido de mi gusto, y si me da la gana todo lo demás seguirá pronto el mismo camino.

— Usted podrá enajenar lo demás cuando sea suyo — replicó Antek.

— Pues si no es mío, ¿de quién?

— De sus hijos; nuestro.

— ¡Pero, cacho de asno, la tierra es mía, y yo haré de ella lo que guste!

— ¡Lo hará o no lo hará!

— ¿Eres tú quien va a impedírmelo, tú?

— Sí, yo; y todos nosotros y si no basta, el juez — exclamó Antek, que ya estaba fuera de sí y ardía de furor.

— ¿Entonces, me amenazas con un pleito? ¿Con un pleito? Cierra el hocico mientras esté de buen humor, o te vas a arrepentir—gritó el viejo saltando hacia él con los puños cerrados.

— Nosotros no permitiremos que nos perjudique — chilló Hanka, poniéndose en pie.

— ¿Y qué quieres tú? ¿Trajiste una dote de tres fanegas de tierra y cuatro pingajos y te permites hablar de esa manera?

— No le ha dado usted tanto a Antek; ni siquiera las fanegas de su madre. Además, nos hace trabajar como criados, como bueyes.

— Por eso os doy la cosecha de tres fanegas.

— Usted nos hace trabajar lo menos como veinte.

— Si pensais que os exploto marchaos en busca de algo mejor.

— ¡No, no hemos de buscar nada; estamos en nuestra propiedad; nuestra, desde nuestros abuelos y nuestros bisabuelos! — exclamó Antek con ímpetu.

El viejo le lanzó una mirada de acero y no contestó; se sentó delante de la chimenea y escarbó la lumbre con el hurgón de tal manera que salieron chispas. Estaba rabioso; tenía el rostro encendido y los cabellos le caían constantemente sobre los ojos, que centelleaban como los de un gato montés. Pero se dominaba todavía, aunque a duras penas...

Un largo silencio reinó en la estancia, durante el cual no se oía más que jadeos y respiraciones precipitadas. Hanka sollozaba por lo bajo y mecía al niño que había empezado a lloriquear.

— Nosotros no nos oponemos a su casamiento; si quiere, cásese.

— Podéis oponeros; lo mismo me da.

— Pero retire la donación que ha firmado — exclamó Hanka a través de sus lágrimas.

— ¿Quieres callarte de una vez, maldición de Dios? ¿Qué tienes tú, que siempre has de gañir como una perra? — Al decir esto arrojó el hurgón al fuego con tal furia, que los tizones saltaron, rodando por la habitación.

— Mire cómo habla, que no es su criada para tratarla así — replicó Antek.

— ¿Por qué se ha de meter donde no la llaman?

— ¡Está en su derecho, porque reclama lo que es suyo! — gritó Antek, cada vez más irritado.

— Ya que no hay otro remedio, aceptamos esa donación; pero lo que queda dénoslo a nosotros — empezó otra vez en voz baja la mujer del albéitar.

— ¡Miren la tonta! ¡Pues no quiere disponer de lo que

es mío y sólo mío! No tengas miedo: no me veré en el caso de solicitar de vosotros una pensión vitalicia. Ya lo habéis oído.

— No cederemos jamás. ¡Queremos justicia!

— Si cojo un garrote os la voy a hacer, y bien cumplida.

— Pruebe a tocarme y le aseguro que no llega al día de la boda.

La disputa se agriaba por momentos. Se aproximaba uno al otro, amenazándose, dando puñetazos sobre la mesa, echándose en cara a grandes voces todos sus agravios y resentimientos. Antek, fuera de sí, hablaba con verdadero furor, y repetidas veces sacudió al viejo cogiéndole por el brazo o por las solapas, a punto de pegarle.

El padre quería rehuir el choque violento por no dar un espectáculo y por no prestarse a ser la comidilla de todo el pueblo. Las dos mujeres sollozaban y daban alaridos y los niños berreaban a cual más y mejor. Era tal la baraúnda que reinaba en la sala que Kuba y Witek, que estaban en el corral, corrieron a la ventana para ver lo que pasaba. Pero no lograban comprender nada porque todos gritaban a la vez.

Y cuando el cansancio les dejó como agotados y sin voz, cesaron los ternos y amenazas; pero, al poco, comenzó Hanka a berrear de lo lindo. Apoyándose en la chimenea y empapada en lágrimas, gritaba como una loca:

— ¡No nos queda más que ir a mendigar por el mundo! ¡Oh, Jesús mío, Jesús mío! ¡Y pensar que hemos trabajado como bestias de carga, noche y día... como criados! ¿Y ahora, qué?... Dios le castigará por el daño que nos hace, por las seis fanegas que ha cedido, por las ropas de la madre, por los aderezos de perlas, por todo... ¿Y a quién lo ha cedido? ¡A esa puerca! ¡Así revientes al pie de un seto, por el daño que nos haces, así te coman los gusanos! ¡Arrastrada, mala mujer!

— ¿Qué has dicho?...—rugió el viejo, saltándole encima.

— ¡Que es una mala mujer y una arrastrada! ¡Si lo sabe todo el pueblo!... ¡Todo el mundo lo sabe... todos... todos... todos!...

— ¡No te metas con ella o te rompo el hocico contra la pared!

Enfurecido, loco, se abalanzó sobre ella, descargando un puñetazo sobre sus espaldas. Antek se interpuso entre ambos de un salto, y comenzó a gritar también:

— Sí, es una mala mujer y una arrastrada que se ha acostado con cuantos han querido, sí, lo repito; ¡y conmigo mismo!

Estaba fuera de sí, con los ojos desorbitados por la cólera. Lanzaba tan terribles acusaciones que su padre no le dejó acabar. De un puñetazo en mitad de la cara le hizo rodar por los suelos, yendo a chocar de cabeza contra el armario de cristales, que se vino abajo con estrépito. Antek se levantó ensangrentado y se lanzó sobre su padre.

Uno y otro asiéronse por el pecho como perros rabiosos y rodaron a lo largo de la habitación, golpeándose con furia. Sus cuerpos chocaban contra la cama, contra el cofre, contra las paredes. Sus cabezas parecían próximas a romperse con tantos golpes. Las mujeres, entre gritos indescriptibles, trataban de separarles, sin conseguirlo. Los dos hombres, fuertemente enlazados, poseídos de un odio y un rencor que rivalizaban en ferocidad, se revolcaban, se aplastaban, se extrangulaban.

Afortunadamente, el escándalo atrajo pronto a los vecinos, que les separaron.

Antek fué conducido a una habitación contigua, donde le rociaron el rostro con agua. Le rendía la fatiga y la pérdida de sangre, que le manaba por las cortaduras que le habían causado en la cara los cristales del armario.

El viejo tenía su chaquetón hecho trizas. Su cara, con algunas arañazos, estaba amoratada por la rabia. Soltó varios tacos, despidió a cuantos habían acudido, y cerrando la puerta del corredor se sentó ante la chimenea.

No podía recobrar la calma. Recordaba incesantemente lo que su hijo había dicho de Jagna, y esto le atravesaba el corazón como un cuchillo.

— ¡Ya me las pagarás, perro maldito! — decíase con voz concentrada. — ¡Hablar así de Jagusia!... Pero el recuerdo de

lo que de ella había oído decir varias veces, acabó por asaltar su mente. Hacía tiempo que circulaban tales rumores, de los que él no había hecho caso. Sentía un gran calor en el pecho y algo extraño le apretaba la garganta.

— No es verdad, no es verdad — murmuraba. — Son calumnias de gentes maldicientes y envidiosas.

Pero ni con estas palabras lograba desvanecer su inquietud. Recordaba cada vez con mayor claridad las habladurías del pueblo, y nuevamente trataba de reaccionar contra tales acusaciones, diciéndose:

— Cuando mi propio hijo lo dice ¿cómo van a privarse los demás de propalar tales embustes? ¡Ah, carroñas!

Pero aquellos recuerdos le quemaban como fuego.

Jozia hizo desaparecer las trazas de la batalla, y, finalmente, sirvió la cena.

Boryna intentó morder una patata; pero, al punto, soltó la cuchara. No podía tragar bocado.

— ¿Has dado de comer a los caballos? — preguntó a Kuba.

— No faltaba más...

— ¿Dónde está Witek?

— Ha ido a buscar a Jambrozy, para que le cure la cabeza a Antek; tiene toda la cara hinchada como un caldero — dijo, y salió en seguida, porque la luna brillaba y se proponía ir aquella noche a cazar al bosque... — ¡Bestias! — refunfuñó para sí. — La buena vida los hincha de ventosidades, por eso se pegan.

El viejo también se dirigió hacia el pueblo, pero no entró en casa de Jagna, aunque las ventanas estaban iluminadas. Cuando llegó a la puerta volvió atrás y se fué hacia el molino.

La noche era fría, centelleante de estrellas; la helada nocturna endurecía la tierra; la luna brillaba en las alturas de tal modo que el estanque refulgía como azogue; los árboles proyectaban largas sombras temblorosas en las carreteras desiertas. Como era tarde, en las casas se habían apagado las luces. Sólo las paredes enjalbegadas se destacaban distintamente de los árboles desnudos de los huertos. La calma

y la noche envolvían el pueblo entero. El molino giraba y el agua susurraba monótona. Maciej caminaba tan pronto a lo largo de una orilla como de otra, sin saber qué hacer. Deseaba recobrar la calma y cada vez dominábale más la rabia. Finalmente, se fué a la taberna, mandó buscar al alcalde, bebió hasta cerca de media noche, y si bien no pudo librarse del tormento que le roía, al menos tomó una decisión.

A la mañana siguiente, en cuanto se levantó, pasó al otro lado. Antek estaba todavía acostado. Tenía la cara vendada con trapos ensangrentados; pero se incorporó ligeramente.

—¡Vais a salir de aquí inmediatamente, sin dejar rastro de vosotros! — exclamó. — Si quieres guerra, véte a ver al juez, denúnciame, reclama tus derechos. Lo que sembraste por tu cuenta, lo cosecharás en verano; pero, ahora, lárgate de aquí. ¡Que no te vea más! ¡Lo oyes!

Antek se había levantado y sin contestar nada se iba vistiendo lentamente...

— ¡Procurad marcharos antes de mediodía! — gritó aún desde el umbral.

Antek permaneció silencioso, como si no hubiese oído nada.

—Jozka, llama a Kuba; que enganche la yegua al carro y los lleve donde quieran ir.

— A Kuba le debe pasar algo, padre. Está echado en su camastro y no hace más que gemir, y dice que le es imposible levantarse de tanto como le duele su pierna.

— ¿Qué le duele la pierna? Gandulón... ¡Lo que quiere es descansar!... — Y él mismo se ocupó de los trabajos urgentes de la mañana.

Kuba estaba verdaderamente enfermo; a pesar de las preguntas de Boryna, no dijo lo que tenía, sino sólo que estaba enfermo, y exhalaba tales ayes y gemidos que los caballos relinchaban, se acercaban al camastro, le olían la cara y lo lamían. Witek le llevaba continuamente agua en un cubito y lavaba furtivamente en el río algunos trapos ensangrentados...

El viejo no reparó en ello, porque lo único que le preocupaba era la marcha de los Antek.

Estos salieron de la casa, en efecto.

Sin gritos, sin disputas ni protestas, empaquetaron sus bártulos, trasladaron sus herramientas, ataron sus líos; Hanka se sintió indispuesta varias veces a causa del disgusto, y Antek tuvo que ir a buscar agua para volverla en sí. A pesar de todo apresuraba los preparativos de marcha para substraerse cuanto antes a las miradas del padre. — Cuanto antes mejor — se decía.

Pidió prestado un caballo a Klomb, rehusando el de su padre, y acarreó todo su ajuar a casa de su suegro, que estaba al otro extremo de la aldea, más allá de la taberna...

Del pueblo vinieron varios *gospodarz* (1) con Roch al frente. Proponíanse arreglar las cosas entre los dos; pero ni el padre ni el hijo quisieron acceder a una avenencia.

— Que tenga un poco de libertad y que coma su propio pan — había contestado el viejo.

Antek, después de oír los consejos de sus visitantes, se limitó a levantar el puño, profiriendo tales blasfemias y amenazas tan terribles que Roch palideció y retrocedió hasta llegar en medio de las mujeres que se habían agrupado en bastante número entre los setos y en el corredor para echar una mano a Hanka, y también, sobre todo, para fisgonear de lo lindo y parlanchinear a su gusto...

Cuando Jozka, sollozando todavía, sirvió la comida a su padre y a Roch, ya los otros se llevaban su última carretada de enseres, con los chiquillos.

Antek no se volvió siquiera a mirar hacia la cabaña, cuando, saliendo del camino de setos, desembocó en la carretera. Después de santiguarse lanzó un profundo suspiro, fustigó el caballo, sostuvo la carga en equilibrio, porque formaba una alta pila, y siguió adelante como inerte, pálido como el papel; en sus ojos ardía un odio obstinado y sus dientes rechinaban como en un acceso de fiebre... Pero no

(1) Campesino propietario, en oposición a *parobetz*, campesino jornalero.

decía una palabra. Hanka se arrastraba trás el carro; el mayor de los chiquillos iba cogido a la falda de lana de su madre y chillaba como si lo desollaran. Estrechaba al pequeñín contra su pecho y azuzaba las vacas, una manada de gansos y dos gorrinos flacos que marchaban ante ella. Lanzaba tales votos y lamentaciones que la gente salía de sus casas y les acompañaban como en procesión.

En casa del viejo se comió en medio de un silencio lúgubre.

El viejo *Lapa* ladraba en la galería, corría detrás del carro y volvía, aullando. Witek lo llamaba, pero el perro no le escuchaba. Corrió hacia el huerto, rastreó por el patio, se lanzó a la habitación de los Antek, dió dos vueltas por ella, volvió al corredor, ladró, gimió y se fué a hacerle una caricia a Jozia. Luego se lanzó de nuevo al camino, se sentó sobre sus patas traseras, miró de una manera estúpida y dando un salto y con el rabo entre piernas echó a correr en busca de los Antek.

— ¡También *Lapa* se ha ido con ellos!

— Volverá en cuanto tenga hambre; volverá, no tengas cuidado. Jozia — le dijo el viejo con voz tierna. — ¡No llores, tontuela! .. Pon el otro lado de la casa en orden; Roch tendrá ahora una habitación. Llama a Jagustynka para que te ayude y cuida de la casa. Ahora eres tú el ama; todo esto es cosa tuya... vamos, no llores... — Atrajo hacia él su cabeza, la acarició, la apretó contra su pecho, la mimó...

— Voy a ir a la ciudad para comprarte zapatos nuevos.

— ¿Me los comprará usted, padrecito? ¿Me los comprará de verdad?

— Te los compraré y te compraré también otras cosas; tú sé una buena hija y cuida bien de la casa.

— ¿Me comprará usted también paño para una chaqueta, como la que tiene Nastusia Golembianka?

— Te lo compraré, hija mía, te lo compraré...

— ¿Y cintas largas para que pueda llevarlas para su boda?

— Todo lo que necesites; no tienes más que decirlo. Tendrás cuanto quieras.

XI

DUERMES, Jagus?

— ¡Ojalá pudiera! Me he despertado a la madrugada y no se me quita de la cabeza que es hoy el día de la boda... Me cuesta trabajo creerlo.

— ¿Acaso estás apesarada, hijita? — preguntó en voz más baja, con una leve esperanza en el corazón.

— ¿Por qué he de estarlo? Sólo siento separarme de usted.

La vieja no contestó, ahogó el dolor que la oprimía, salió de la cama, se vistió de cualquier modo y se fué a la cuadra a despertar a los muchachos. Habían dormido demasiado, después del *rospleciny* (1) de la víspera. Era ya pleno día. La claridad inundaba la tierra como un diluvio plateado, reluciente de escarcha; al oeste ardía la roja aurora, como si alguien hubiese esparcido ascuas por el cielo.

La Dominikowa se lavó en el corredor y anduvo de puntillas por la estancia; pero, de vez en cuando, miraba a Jagna, cuya cabeza apenas podía distinguir sobre la almohada en el crepúsculo que aún invadía la habitación.

— ¡Descansa, hijita, descansa! ¡Es la última vez que duermes en casa de tu madre, la última! — pensaba con ternura y dominada por la pena que no cesaba de atormen-

(1) Ceremonia o fiesta que se verifica la víspera de la boda.

tarla. Verdaderamente, no podía creer que la boda tuviese que celebrarse poco después y tenía que hacer un esfuerzo para recordarlo todo... Era ella quien lo había querido, y ahora, ahora... Un estremecimiento la sacudió tan fuerte que, retorciéndose de dolor, se sentó en la cama...—Boryna es un buen hombre; la respetará y no le hará ningún daño... Jagus le hará hacer todo lo que quiera, porque para el viejo no hay en el mundo más que ella...

—No, no, por este lado no hay nada que temer; pero los hijos... Esta es la cuestión... ¿Por qué había echado a la calle a Antek? Ahora buscarían cizaña y procurarían vengarse. De no ser por esto Antek estaría allí, al alcance de la mano, y esto tal vez motivara alguna ofensa contra Dios, o algo aún peor... ¡Jesús mío! ¡Y no se podía hacer nada para suspender la boda! Las amonestaciones publicadas, el cerdo muerto, los que habían de asistir a la boda ya invitados, tantas cosas ya hechas, y el acta de donación en el arca... ¡No, no! Suceda lo que suceda nadie ha de causarle daño alguno a mi hija mientras yo viva.

De nuevo comenzó a gritar llamando a sus hijos, y seguidamente volvió al cuarto de Jagna, que dormía.

De la cama salía su respiración regular, tranquila, y de nuevo fué presa de diferentes dudas e inquietudes que la desgarraban el corazón como garras de buitre y gritaban en ella con alaridos de espanto y de angustia. Se arrodilló delante de la ventana, elevó hacia el cielo sus ojos enrojecidos y calenturientos, y rezó larga y ardientemente. Se levantó reconfortada, dispuesta a hacer frente a todo.

—¡Jagus, levántate, hija, que ya es tiempo! Ewka vendrá de un momento a otro para guisar y hay todavía mucho que hacer.

—¿Hace buen tiempo?—preguntó Jagna levantando la soñolienta cabeza.

—¡Ya lo creo! La tierra está todavía brillante de escarcha. En seguida va a salir el sol...

Jagna se vistió deprisa. La vieja la ayudaba y durante largo tiempo pareció entregada a hondas reflexiones, hasta que, por fin, dijo:

— Y te repito lo que ya te he dicho varias veces. Tienes que tratar a Boryna con consideración... Es un buen hombre, y no vuelvas a tener amistades con nadie para que no vuelvan a hablar de ti todas las malas lenguas... Los hombres son como los perros... ¡muerden donde pueden! ¿Me oyes, hija mía?

— Ya oigo, ya oigo; habla usted como si yo no tuviese juicio.

— Los buenos consejos nunca sobran. Ten también cuidado de no tratar a Boryna con aspereza, sino siempre con dulzura y bondad... Un hombre de años siempre hace más caso de eso que un mozalbete. Y ¿quién sabe?; aun te podría hacer donación de tierra o de dinero contante y sonante.

— ¡Eso no me importa nada! — exclamó ella fastidiada.

— Porque eres joven y tonta... Mira lo que pasa en el pueblo y verás como la gente se disputa, se agita y se preocupa. ¡Y siempre por la tierra y por la propiedad, por el dinero y la hacienda! ¡Qué sería de ti sin estas santas parcelas de tierra! Nuestro Señor Jesús no te ha hecho para ir a trabajar a jornal y pasar hambre. Y por esto toda mi vida me he preocupado sólo por ti, Jagus. ¡Y ahora quedo yo como el dedo pulgar; sola, sola como un hongo!

— Pero, ¿acaso los chicos se van a correr mundo? Te quedan ellos...

— Con ellos tengo yo tanto como del día de ayer — exclamó prorrumpiendo en sollozos. — Y con los hijos de Boryna has de vivir en paz... añadió, enjugándose las lágrimas.

— Jozka es una buena muchacha; Grzela no volverá tan pronto del servicio militar... y...

— Con los del albéitar has de tener cuidado...

— ¡Pero si son carne y uña de Maciej!

— El herrero simula eso por cálculo. Pero yo estoy en guardia... Lo peor es lo de Antek, porque no quieren reconciliarse. El mismo cura quiso ayer que hiciesen las paces; pero no lo consiguió.

— ¡Por que está Maciej como un perro rabioso!... ¡Echarlos de casa de eso modo!... — exclamó Jagna apasionadamente.

— ¿Por dónde te descuelgas tú ahora? Antek es quien ha dicho de ti las peores cosas, él ha querido quitarte la tierra que su padre te ha cedido y ha dicho tales horrores contra tí que es difícil repetírtelos.

— ¿Antek contra mí? ¡Le han mentido a usted! Así se les queden secas las asquerosas lenguas...

— ¿Y por qué te pones de su parte?... — preguntó la vieja en tono amenazador.

— Porque todos van contra él. ¡Yo no soy como el perro de un mendigo que va detrás de cualquiera que le eche un trozo de pan! Yo veo muy bien que no se le hace justicia.

— ¿Entonces, es que quieres devolverle la tierra que te han cedido?... ¿No?...

Jagna no pudo contestar porque las lágrimas le saltaban de los ojos. Corrió a su alcoba, cerró la puerta tras de sí y sollozó largo tiempo.

La Dominikowa no la estorbó; pero en su corazón penetró una preocupación más... La urgencia del caso no permitía meditaciones. Ewka llegaba, los muchachos se desperezaban frente al corredor, y había que despabilarse, ponerlo todo en orden y cuidar de los últimos preparativos...

El sol se había levantado y el día avanzaba espléndido.

Había una regular helada nocturna; los aguazales de las carreteras y los bordes del estanque estaban cubiertos de hielo y sobre el barro de los caminos ni aun las bestias más ligeras podían sostenerse sin resbalar. El calor había aumentado un poco; bajo los setos y en la sombra había aún manchas blancas, pero brillantes, que goteaban de los tejados de bálago, y por encima de los sitios pantanosos se elevaban vapores como humaredas. El aire era tan transparente que se veía los campos cercanos como en la palma de la mano y el bosque parecía tan cercano que hasta se podía distinguir los árboles...

Ni una nube empañaba el cielo azul.

Pero el tiempo no estaba seguro porque las cornejas volaban alrededor de las casas y los gallos cantaban.

Era un verdadero domingo y aunque las campanas de la iglesia no habían tocado todavía, en la aldea ya zumbaba

todo como una colmena. Casi la mitad del pueblo se preparaba para asistir a las bodas de Boryna.

Por entre las cabañas, a través de los árboles de los huertos, blancos de escarcha, corrían las mozas llevando ramilletes de cintas, con sus faldas de lana y tocadas sus cabezas con gorros de variadísimos colores.

En el interior de las viviendas, era grande el ajetreo con los preparativos. Las mujeres se probaban diferentes cosas, buscando lo que les sentaba mejor. Por las puertas y ventanas, muchas de ellas abiertas, escapaban voces alegres, risas y hasta cantos nupciales, anticipados en este caso.

En la cabaña de la Dominikowa reinaban el trajín y la confusión que es de suponer.

La casa estaba recién enjalbegada, y aunque la cal se había desconchado por la humedad, se la distinguía de lejos, tanto más cuanto que estaba adornada con ramaje verde como en Pentecostés. Los muchachos habían plantado ramas de abeto en el bálago, en las hendeduras de las paredes, dondequiera que fuese posible, y todo el sendero de los setos, desde la carretera al corredor, estaba alfombrado de chabasca de pino que olía tan bien como en el bosque en primavera.

El interior estaba, también, arreglado con mucho orden y limpieza.

En el otro lado, donde se encontraba el cuarto de los trastos viejos o inútiles, donde ardía un magnífico fuego, Eva, la de casa del molinero, tenía a su cargo la cocina con la ayuda de algunas vecinas y de Jagustynka.

Habían transportado al cuartito todos los objetos de la sala grande que no eran indispensables, de modo que no quedaban más que los cuadros de las imágenes. Los mozos habían colocado a lo largo de las paredes sólidos bancos y largas mesas; la estancia grande había sido reblanqueada y lavada a conciencia y la chimenea recubierta con una pieza de tela blanca. Jagna había adornado profusamente todo el techo y las vigas negras con papeles recortados y calados. Maciej había traído de la ciudad papeles de colores en los que ella había calado ruedecitas dentadas, florecitas, y di-

versas escenas de fantasía, tales como perros persiguiendo corderos y el pastor corriendo detrás con el bastón en alto, o bien toda una procesión con el cura, las banderas, las santas imágenes y aun otras muchas cosas que no es fácil recordar. Todo estaba tan bien hecho y tan bien imitado, que la gente habíase maravillado la víspera durante la algazara de la ceremonia. Aun sabía recortar otros muchos asuntos y muy diferentes, que inventaba o que había visto, y, dada su habilidad, no había una casa en Lipce donde no hubiese calados en papel hechos por ella.

Se arregló un poco en el cuartito los vestidos y la cara, y salió a pegar recortes en las paredes, debajo de los cuadros, porque ya no quedaba más sitio.

— Jagus, verdaderamente podías dejar ya en paz ese trabajo. Las doncellas de honor van a llegar al instante, los invitados no tardarán tampoco y la música ya anda tocando por el pueblo, mientras tú sigues con ese entretenimiento...

— ¡Voy, voy! — contestó interrumpiendo. Y súbitamente dejó de pegar calados. De todos modos, se le acababa la paciencia.

Esparció por el suelo puñados de pinocha, cubrió las mesas con telas finas, arregló diferentes cosas en el cuartito, o bien, a veces, armaba camorra con sus hermanos o permanecía a la puerta de la casa durante largo rato. En su corazón no experimentaba la menor alegría. Sólo pensaba en que bailaría cuanto quisiese y en que oiría música y cantos, lo cual le gustaba mucho. Estaba como aquel día claro, refulgente, y, sin embargo, mudo y muerto por el otoño. Si todo no le hiciese recordar que era el día de la boda no se habría acordado de ella. La noche anterior, durante la fiesta de víspera de boda, Boryna le había dado ocho collares de coral, todos los que le quedaban de las dos difuntas. Los había guardado en el fondo del cofre sin probárselos siquiera. No le importaban nada porque en semejante día todo le daba lo mismo. De buena gana hubiera echado a correr hacia cualquier parte, por el ancho mundo... ¿pero adonde ir? ¡Acaso lo sabía ella! Todo le aburría y las pala-

bras que su madre había dicho sobre Antek le acudían siempre a la memoria... ¿Cómo era posible que él hubiese hablado mal de ella?... No podía ni quería creerlo. ¡Sólo de pensarlo el llanto le anudaba la garganta!... Pero, tal vez fuese cierto, sin embargo. La víspera por la tarde, cuando estaba lavando en el estanque, pasó él, y no la miró siquiera. Y cuando por la mañana había ido con Boryna a confesar, lo había encontrado frente a la iglesia y al punto dió media vuelta, lo mismo que si hubiera visto un perro rabioso. ¿Y si fuese verdad?... Bueno, pues; que ladre, si él es así; que ladre.

Empezaba a rebelarse contra él; pero, de repente, todos los recuerdos de la noche en que habían salido juntos después de la monda de coles en casa de Boryna la asaltaron, abrasaron su mente y envolvieron su alma, reviviendo con tanta pujanza que no sabía lo que le sucedía. Y, de pronto, dijo a su madre:

— Después de la boda no quiero que me corte usted los cabellos.

— ¡Anda, qué buena ocurrencia! ¿Se ha oído decir nunca que después de la boda no se haya cortado el cabello a una muchacha?

— ¡Pues en los castillos de los señores y en las ciudades no se lo cortan!

— ¡Naturalmente! Ello se comprende porque así les conviene para su desenfreno, para poder engañar a los hombres y hacerse pasar por lo que no son. ¿Acaso nos vas a imponer tú costumbres nuevas? Deja que las mujeres de los castillos sean todo lo cómicas que quieran y que hagan reír a la gente; déjalas que se paseen con vedijas como muchachas judías; que lo hagan si son tan tontas; pero, tú, eres hija, nieta y biznieta de campesinos acomodados y no una barredura de la ciudad, y, por lo tanto, has de hacer lo que Nuestro Señor ha dispuesto y lo que siempre se ha hecho en nuestra familia y en nuestra clase. ¡Ah, ya sé yo lo que son esas invenciones de la ciudad, ya sé yo lo que son! Nunca han sido de provecho para nadie. Mira: la Pakulanka (1)

(1) Hija de Pakula.

se fué a servir a la ciudad; ¿y qué ha pasado?... El alcalde me ha dicho que se ha recibido un papel en la oficina del Ayuntamiento que dice que ha extrangulado a su hijo y que está en la cárcel. ¡Anda! ¿Pues y ese Wojtek (1) pariente de Boryna por parte de su hermana? Ha hecho tan buenos negocios yendo por su cuenta en la ciudad, que ahora tiene que ir de un pueblo a otro mendigando... Y antes tenía su propio cortijo en Wodka, y caballos, y pan, todo cuanto quería... podía comer panecillos de pasta de bollo y ahora no tiene más que un bastón y una alforja de mendigo para los días de su vejez.

Pero Jagna no hacía ningún caso de aquellos sabios ejemplos y no quería oír hablar de sus cabellos. También Eva intentó persuadirla. Precisamente era entendida en la materia porque había visto más de un pueblo, ya que año tras año iba a la peregrinación de Czenstochowa con los peregrinos. Jagustynka tomó también cartas en el asunto, aunque, como ella era así, no pudo hacerlo sin soltar algunas pullas y burlas. Finalmente, dijo:

— Déjate, pues, las trenzas, déjatelas; le vendrán de perilla a Boryna para arrollárselas a la mano y atarte más corto y zurrarte mejor con el bastón... Y, luego, tú misma te las tendrás que cortar... Yo conozco a más de una...

No pudo decir más porque Witek comenzó a llamarla. Desde la expulsión de los Antek se había instalado en casa de Boryna porque Jozia no podía atender a todo el trabajo de la casa. Ayudaba a Ewka en la cocina e iba y venía dando vistazos por la casa porque aquel día el viejo no tenía la cabeza para nada. Jozia estaba desde por la mañana poniéndose maja en casa del albéitar y Kuba seguía enfermo y acostado.

— ¡Venga usted corriendo; Kuba necesita de usted! — instó el muchacho.

— ¿Entonces está peor?

— ¡Ya lo creo! Se queja y gime de tal modo que se le oye desde la carretera del pueblo.

---

(1) Adalberto.

—Voy al instante. ¡Dios mío, voy a ver lo que le pasa y vuelvo en seguida!...

—¡Dáte prisa tú también, Jagusia! ¡Las doncellas de honor van a llegar de un momento a otro! —la espoleaba su madre.

Pero Jagus no tenía prisa. Daba algunos pasos pensativa, se sentaba en los bancos para volver a levantarse y se ponía a ordenar las cosas; pero el trabajo se le caía de las manos y permanecía largos ratos mirando por la ventana sin pensar en nada. Su alma se agitaba en ella como el agua en el río, y de tarde en tarde chocaba con recuerdos como choca el agua con una piedra...

Con todo esto, el ruido de voces iba siempre en aumento en la casa, pues, a cada momento, iban llegando comadres, parientes y campesinas que, siguiendo una antigua costumbre, traían pollos, panes de harina blanca, una torta, sal, harina, tocino o un rublo en plata envuelto en un papelito; todo en prueba de gratitud por la invitación a la boda y por no hacer demasiado gasto al ama de la casa.

Bebían una copita de la dulce mezclada con la añeja, charlaban, se admiraban, y, luego, escapaban corriendo.

La Dominikowa se movía mucho, vigilaba lo que se estaba cociendo para el banquete, ponía la casa en buen orden, daba instrucciones; tenía el ojo en todo y para todo un buen consejo; con frecuencia azuzaba a los muchachos porque perdían el tiempo y porque siempre que podían escapaban de la cabaña y se iban al pueblo a casa del alcalde, porque allí estaban los músicos y allí se iban reuniendo los mozos de honor.

Al oficio divino no asistió casi nadie, por lo que el señor cura se mostró muy enojado, pues, por el interés de la boda se olvidaba el camino de la iglesia; y tenía razón, si bien la gente pensaba que no se celebraban bodas como aquella cada domingo.

Después de mediodía empezaron a llegar los invitados de los pueblos vecinos.

El sol había ya traspuesto el cénit y esparcía una pálida luz otoñal sobre la tierra que brillaba como cubierta

de rocío; las ventanas parecían incendiadas, el estanque lucía sus tornasoles, el agua de los fosos que bordeaban las carreteras brillaba como cristal y el mundo entero estaba como saturado de la luz del postrer calor del otoño agonizante.

Una calma pesada y muda envolvía la tierra dorada.

El día lanzaba sus últimos destellos y se extinguía lentamente.

En Lipce había un barullo propio de una feria.

Cuando las campanas cesaron de tocar a vísperas salió la música de casa del alcalde.

A la cabeza iban el violín y el flauta, detrás seguía el tambor con las campanillas y zanqueaba alegremente el contrabajo adornado de cintajos. Tras los músicos seguían los dos *swaty* y los mozos de honor, que eran seis.

Eran todos gente moza, bien formados y altos como abetos, de cintura esbelta y anchas espaldas, bailadores furiosos, presumidos y altivos, apaleadores osados, acostumbrados a no ceder una pulgada, todos hijos de campesinos terratenientes.

Iban por en medio de la carretera, fuertemente cogidos del brazo, y golpeaban el suelo con los pies haciendo retemblar el piso; marchaban tan contentos y estaban de tan buen humor, tan ricamente endomingados, que el sol se reflejaba en sus pantalones rayados, en sus chaquetas rojas, en los haces de cintas de sus sombreros, en sus capotes blancos desabrochados que flotaban al viento como alas.

Lanzaban agudos gritos y cantaban alegremente, marcando el compás con los pies tan ruidosamente como si hubiese sido arrancado un bosque y volase en alas del huracán.

La música tocaba una polonesa, mientras iban de casa en casa en busca de los invitados a la boda. Aquí, les daban aguardiente; allí, les rogaban que entrasen; allá, les contestaban con canciones, y de todas partes salía gente engalanada que se juntaba a ellos y proseguía la marcha. Delante de las ventanas de las doncellas de honor, entonaban a coro este antiguo canto:

Sal, doncella de honor, pronto, sal pronto Kasienka (1),
Ven, es tiempo ya,
Que van a tocar, cantar y a escoltarte
Violín y bajo a compás.
Quien no beba por su sed y no coma por su hambre
Pronto a casa volverá
¡Oj, ta dana-daná! ¡Oj, ta dana-dá!

Alborotaban todos a un tiempo con tanta fuerza que el estrépito resonaba en todo el pueblo; el alegre vocerío se oía hasta en los campos, se repetía en el bosque y volaba hacia el ancho mundo.

La gente salía de sus casas, corría a los huertos, trepaba a los setos, y más de uno, aunque no fuese invitado, se juntaba a ellos para darles gusto a la vista y al oído. Ya antes de que llegasen casi todo el pueblo se apretujaba y apiñaba en torno a los invitados, y éstos marchaban cada vez más despacio. Un enjambre innumerable de chiquillos corría delante de ellos, dando gritos y cantando también.

Acompañaron a los invitados hasta la casa de la novia, tocaron los músicos para dar solemnidad a su entrada, y, luego, se dirigieron a casa del novio.

Witek, que iba muy ufano delante de la comitiva metido en su chaquetón, adornado con cintas de colores, echó a correr, adelantándose.

— ¡Mi amo, ya están aquí la música y los mozos de honor! — gritó por la ventana. En seguida corrió a ver a Kuba.

La música comenzó a tocar con brío en el corredor; casi al mismo tiempo salió Boryna, abrió la puerta de par en par, saludó y los invitó a entrar; pero el alcalde y Szymon se cogieron a él, cada cual por un brazo, y lo llevaron directamente a casa de Jagna, pues era ya tiempo de ir a la iglesia.

Caminaba a buen paso, y era admirable lo joven que parecía; con el cabello bien cortado, recién afeitado, con sus mejores trapitos, estaba guapo como el primero; y como tenía mucho aplomo y seguridad en sí mismo y era de ele-

(1) Catalina.

vada estatura, se distinguía desde lejos su presencia, así como la dignidad que se manifestaba en su cara; bromeaba alegremente con la gente moza, hablaba con unos y con otros, y se dirigía con frecuencia al herrero, que no se movía de su lado.

Le condujeron solemnemente a casa de la Dominikowa, donde la concurrencia se alineó a ambos lados saludando ruidosamente con música y cantos su entrada en la casa.

Pero Jagusia no estaba allí. Las mujeres la adornaban todavía en su habitación, que estaba bien cerrada y custodiada, para oponerse a la audacia de los mozos que trataban de dejar una hendedura entre la puerta y la pared, y que mortificaban con pullas a las doncellas de honor, de modo que todo era griterío, risotadas y exclamaciones de mujer.

La madre recibía con sus hijos a los invitados, servía aguardiente, hacía sentar en los bancos a los principales del pueblo y no perdía nada de vista. Se había congregado allí tanto gentío, que se hacía difícil atravesar la sala. Había gente hasta en el corredor y junto a los setos. Y no eran huéspedes de poca monta, no señor. Sólo campesinos propietarios de nacimiento, y de los más ricos. Todos parientes, consanguíneos o políticos y compadres y comadres de los Boryna y los Paczes; y había también buenas amistades de cerca y de lejos del pueblo.

Naturalmente que allí no estaban los Klemb, ni los Winciorek (1), ni los pobres diablos que vivían de una sola yugada o la gentecilla que iba a jornal y que estaba siempre con Klemb.

No se hizo el salchichón para el perro ni la miel para la boca del asno.

Sólo al cabo de unos dos padrenuestros (2) se abrió la puerta del cuartito y la organista y la molinera condujeron

---

(1) Vicente.

(2) De una manera material, exacta, el campesino polaco cuenta los espacios cortos de tiempo por padrenuestros y avemarías, y no tiene idea de los minutos.

a Jagna a la sala; las doncellas de honor se colocaron en torno suyo en forma de guirnalda, y estaban todas tan lindas con sus bellos adornos que parecían flores; pero Jagna era la que tenía mejor aspecto y en medio de las demás parecía una rosa hermosísima con su blanco atavío. Lucía ricos terciopelos, plumas, cintas, joyas de plata y de oro, y, verdaderamente, parecía una de esas santas imágenes que se lleva en las procesiones. Al aparecer se hizo el silencio de repente de tan admirados y boquiabiertos como quedaron todos los presentes.

¡Ah! Verdaderamente, desde que las mazurcas son mazurcas no había habido otra novia más hermosa.

Y, al punto, los mozos de honor armaron un gran jolgorio y cantaron a toda voz:

¡Toca, toca, violín, delante de la casa,
Y tu, Jagna, pide perdón a tus padres!
¡Toca, toca, violín, delante de la casa
Pide perdón, Jagus, a tus hermanos!

Boryna avanzó, le cogió la mano y los dos se arrodillaron delante de la madre que hizo sobre ellos la señal de la cruz con una imagen santa, los bendijo y los roció con agua bendita, hasta que Jagus prorrumpió en llanto y se abrazó a sus pies; luego abrazó las rodillas de los demás, pidió perdón y se despidió de todos. Las mujeres la tomaban en brazos, la abrazaban y se la entregaban de una a otra hasta que empezaron a llorar todas juntas. Pero los sollozos de Jozia eran los más desconsolados, porque se acordaba de su difunta madre.

Luego salieron todos de la casa, se alinearon en orden y emprendieron la marcha a pie, pues la iglesia estaba cerca.

Los músicos iban delante, y soplaban y movían los arcos con todas sus fuerzas.

Detrás iba Jagna acompañada de su corte de honor, con aire solemne, sonriendo a través de las lágrimas que aun se desprendían de sus pestañas, opulenta como un arbusto florido, y que, como el sol, atraía todas las miradas; los

cabellos trenzados le rodeaban la frente, sobre la que llevaba una corona de desposada con oropeles, guarnecida con plumas de pavo y ramitas de romero. Sus hombros cubríalos un tupido haz de cintas de colores que colgaban de la corona y que ondeaban y flotaban tras ella como un arco iris; sus faldas eran blancas, con profusión de plisados en el talle; el corpiño era de terciopelo azul como el cielo, bordado de plata, y de él salían las mangas abofelladas de la camisa, que terminaba en el cuello con ricos festones bordados de hilo azul; alrededor del cuello llevaba collares de coral y de ámbar que le llegaban hasta el pecho.

Luego, seguían las doncellas de honor que acompañaban a Maciej. Como en el bosque sigue al esbelto abeto la copuda encina, así seguía él a Jagusia; andaba balanceando las caderas y miraba a ambos lados del camino porque le parecía haber distinguido a Antek entre la multitud.

Después venía la Dominikowa con los *swaty*, el albéitar y su mujer, Jozia, el molinero y su familia, los organistas y todo lo más principal.

Apretujándose en el camino y como cerrando el cortejo, seguía todo el pueblo.

El sol iba ya a su ocaso: estaba suspendido encima del bosque, rojo y enorme, e inundaba todo el camino, el estanque y las casas de sangrientos reflejos. La multitud caminaba lentamente envuelta en aquellas llamas, y brillaban ante los ojos cintas, plumas de pavo, flores, pantalones rojos, faldas anaranjadas, pañuelos multicolores y capotes blancos. Era como una llanura cubierta de flores abiertas que ondulaban al empuje del viento en dulce rumor, pues, de tiempo en tiempo, las doncellas de honor entonaban con sus ahiladas voces:

Los carros caminan, van siempre rodando
Te dan la despedida, te la dicen llorando...
¡Ay!
Ah, los alegres cantos suenan largos y plenos.
Con amargura, Jagus, te van a echar de menos...
¡Ay!

La Dominikowa anduvo llorando todo el camino, contemplando a su hija como a una imagen, de tal modo abstraída, que no oía nada de lo que le decían.

En la iglesia, Jambrozy había encendido ya los cirios del altar.

Volvieron a ponerse en orden en el atrio disponiéndose por parejas, y avanzaron hacia el altar al ver que el cura salía ya de la sacristía.

La ceremonia nupcial fué breve, pues el cura tenía que ir corriendo a asistir a un enfermo. Y cuando salieron de la iglesia el organista ejecutó en el órgano unas mazurcas y y unas overturas y unas cujavianas (1) tan incitantes, que los pies bailaban solos y más de uno sentía ganas de echar a cantar; pero, por respeto al lugar, se contenían.

Regresaron sin guardar ningún orden de colocación, ocupando toda la carretera, caminando cada cual a su gusto, y metiendo mucho barullo. Los mozos y mozas de honor de los novios cantaban como si los estuviesen degollando.

La Dominikowa se adelantó muy apresurada y cuando llegaron los demás ya estaba ella en el umbral para dar la bienvenida a los desposados, llevando en brazos una santa imagen, y ofrecerles el pan y la sal. Y, al punto, empezaron otra vez los saludos, y los abrazos y las invitaciones en la sala grande.

Como los músicos se habían puesto a tocar en el corredor, todos los que pasaban por el umbral cogían por la cintura a la primera mujer que encontraban al alcance de la mano y tomaban sitio en el baile al paso (2), y, como una serpiente de rutilantes colores, las parejas daban la vuelta a la habitación, se encorvaban, giraban, retrocedían cuidadosamente sobre sus pasos, pateaban con toda dignidad, se balanceaban como correspondía y andaban, se des-

---

(1) Danza que toma su nombre de Kujawy, provincia polaca cuya capital es Thorn.

(2) En polaco *chodzone*, literalmente: danza andada: en alemán se traduce por *Gelsetanz*, cuyo significado viene a ser el mismo (danza de andar).

lizaban, se volvían, una pareja tras otra, una cabeza junto a otra, como ondula un campo de centeno maduro esmaltado de centauras azules y amapolas. Delante de todos, como primera pareja, iban Jagusia y Boryna.

Las luces puestas en la cornisa de la campana de la chimenea, vacilaban, oscilaban, la casa temblaba, parecía que las paredes iban a caerse por el movimiento y la violencia que desenvolvían los bailadores.

Transcurrió un buen padrenuestro antes de que acabasen. Seguidamente comenzó la música a preludiar el primer baile para la novia, como prescribe una antigua costumbre.

Los asistentes se colocaron junto a las paredes, apretujándose en todos los rincones mientras que los mozos formaban una gran rueda, dentro de la cual empezó la novia a bailar. Tenía la sangre tan excitada, que sus ojos azules fulguraban, y sus dientes blancos brillaban en su cara encendida; bailaba infatigablemente, cambiando a cada momento de pareja, pues había de bailar con todos, aun cuando no fuese más que una vuelta con cada uno.

Los músicos tocaban tan encarnizadamente que casi tenían las manos tullidas; pero siempre parecía que Jagusia acababa de empezar; sólo su cara se había coloreado más fuertemente; volteaba alrededor del círculo tan desenfrenadamente que sus cintajos, revoloteando en pos de ella, chasqueaban, azotaban la cara de los que estaban cerca, y sus faldas, ahuecadas por el torbellino de la danza, llenaban la sala.

Los mozos tocaban el tambor, de placer, dando con los puños sobre la mesa, y lanzaban agudos gritos.

Finalmente, cuando ya había bailado con todos, escogió al marido. Boryna no esperaba otra cosa; saltó sobre ella como un lobo cerval, la asió por el talle, la hizo girar sin moverse del sitio, como un huracán, y gritó a los músicos:

— ¡Una mazurca, muchachos; pero de las fuertes! Los aludidos atacaron a los instrumentos con tanto brío que la sala parecía venirse abajo.

Pero no por esto asió Boryna a Jagna con menos fuerza; se puso los faldones de su capote sobre los antebrazos, se

sujetó el sombrero, dió con los talones y se lanzó a dar vueltas como un torbellino.

¡Ah!... ¡Cómo bailó!... Bailó... bailó... como si diese vueltas alrededor de sí mismo en un mismo sitio. Muy erguido daba media vuelta, pateaba hasta hacer saltar astillas del entarimado, y gritaba, echaba a Jagusia en alto haciéndole dar vueltas, de modo que los dos no formaban más que un ovillo, y giraban por la sala como un huso cuando tiene arrollado mucho hilo. Y cuanto más bailaba, más fuerza y más viento desencadenaba.

... La música tocaba locamente, arrebatadamente, al estilo muzariano.

Todos se habían apretujado contra las puertas y en los rincones, mudos y con los ojos admirados. El danzaba incansablemente y cada vez con más furia. Algunos ya no podían resistir más porque las piernas se ponían en movimiento por sí solas; por desahogarse llevaban el compás con el pie y los más entusiasmados se agarraban a una muchacha y se lanzaban a bailar sin reparar en nada.

Pero Jagusia quedó pronto rendida, a pesar de ser muy fuerte, y empezó a escurrírsele de las manos; sólo entonces se detuvo él y la condujo a su cuartito.

— Puesto que eres un tio con tantas agallas — le dijo el molinero — seamos compadres y al primer bautizo me tomas por padrino — y se cogió a él del brazo.

Pronto fraternizaron todos cordialmente, pues la música enmudeció y empezó el refresco.

La Dominikowa, sus hijos, el albéitar y Jagustynka no paraban, llevando botellas llenas y copitas en la mano, de beber separadamente a la salud de cada uno de los presentes. Jozia y las comadres distribuían rebanadas de pan y galletas que ofrecían en cribas. El estrépito aumentaba sin cesar porque toda aquella gente tenía algo que decir en voz muy alta y las manos se tendían voluntariamente hacia las copitas, pues había el propósito de darse en aquella boda todo el gusto posible.

En los bancos, cerca de la ventana, estaban sentados el molinero, Boryna, el alcalde, el organista y lo más notable

del pueblo; ya una botella de arac no pequeña circulaba de mano en mano, y no por primera vez; además, les sirvieron cerveza; bebían de lo lindo y ya empezaban a cogerse por el brazo y a fraternizar de firme. En la misma sala había bastante concurrencia que se había fraccionado en grupos según los gustos y deseos de cada cual, alternando amigablemente entre copa y copa y charlando en voz alta.

En el cuartito, iluminado por una lámpara prestada por el organista, se habían reunido las campesinas, al frente de las cuales figuraban la mujer del organista y la molinera; estaban sentadas con mucha dignidad sobre los baúles o sobre los bancos cubiertos con franjas de lana; sorbían miel filtrándola entre los dientes y roían delicadamente trozos de tortas azucaradas que sostenían con los dedos; era raro que alguna dijese una palabra: escuchaban gravemente lo que la molinera contaba de sus hijos.

Hasta en el corredor había una masa apretada de visitantes y se apretujaban también en el otro departamento de donde Ewka tuvo que echarlos porque se hacían grandes preparativos para la cena, cuyos olores incitantes se esparcían ya por toda la casa haciendo cosquillear más de una nariz.

La gente joven se dispersó por entre los setos y en el banco que había en el umbral; la noche estaba fría, tranquila y sembrada de un rocío de estrellas; se tomaba el fresco divirtiéndose alegremente; todo eran risas y gritos, y como algunos se perseguían por el huerto, los campesinos de más edad les decían por las ventanas:

— ¿Buscáis florecitas, niñas? Tened cuidado de no perder nada en la obscuridad.

Pero, ¿quién les hacía caso?

En el primer compartimiento, Jagusia y Nastka (1) Golembianka se paseaban, abrazándose por el talle, ahogando sin cesar sus risotadas y contándose cosas al oído; Szymek, el primogénito de la Dominikowa, las miraba; no quitaba los ojos de Nastka y de vez en cuando se acercaba a ella

(1) Nastus, Nastusia: Anastasia.

ofreciéndole *wodka*, le sonreía con los dientes y parlanchineaba con ella.

El albéitar, endomingado, con sombrero negro y el pantalón por encima de las cañas de las botas, se movía activamente. Estaba en todas partes, bebía con todo el mundo, invitaba, llenaba las copas, conversaba y se hacía el oficioso, de modo que continuamente se veía en sitios distintos su cabeza roja y su cara cubierta de manchas de salvado.

Los jóvenes habían bailado un par de veces, pero durante poco tiempo y sin entusiasmo, porque pensaban en la cena...

Los viejos conversaban; el alcalde, que ya estaba un poco achispado, hablaba sin descanso, cada vez más fuerte, babateaba, daba puñetazos sobre la mesa y ordenaba:

— Soy yo, el alcalde, quien os lo dice, y, por lo tanto, créedme. Soy un funcionario; he recibido un papel con la orden de convocar el consejo y de imponer algunos *grosz* por yugada para una escuela...

— Usted, Piotr, vote una *dziesiontka* por cada yugada de las de usted; pero nosotros no daremos ni un gros.

— ¡Ni uno! — aulló otro.

— Cállense, no habrá más remedio, puesto que os lo dice un funcionario.

— Nosotros no tenemos necesidad de ninguna de esas escuelas. — Dijo Boryna.

— ¡No hacen falta! (1) — dijeron a coro los demás.

— ¡Vaya!... En Wola hay una escuela y allí han ido mis hijos durante tres inviernos ¿para qué?... ¡No saben ni leer siquiera un padrenuestro en su libro de oraciones!... Una instrucción así, *¡pa* el gato!

— ¡Que les enseñen las oraciones sus madres! La escuela no es para eso; soy yo, el alcalde, quien os lo dice.

— Y eso, ¿para qué? —clamó el otro, el de Wola, subiéndose sobre el banco.

---

(1) Ya se comprende que se trata de una escuela rusa, que, como se ha indicado en el prefacio, no podía contar con la simpatía de los campesinos polacos.

— Yo, el alcalde, os lo voy a decir... pero fijáos muy bien... Bueno, para empezar... — pero no fué más allá en su explicación, porque Simón comenzó a vociferar diciendo que los judíos habían comprado ya el bosque y que muy pronto empezarían la corta, pues no esperaban sino que helase y que llegasen trineos.

— ¡Déjalos que compren el bosque; pero la corta ya pueden ir esperándola! — intervino Boryna.

— Vamos a protestar ante el comisario.

— No, eso no sirve de nada; el comisario está siempre de parte del señor. Lo que hemos de hacer es ir todos y echar de allí a los leñadores.

— Y no permitirles cortar un solo árbol.

— Haremos una denuncia ante el tribunal.

— Beba usted a mi salud, Maciej, no es ahora el momento de deliberar. Cuando uno está borracho es muy fácil amenazar, aunque sea al mismo Dios Nuestro Señor — exclamó el molinero, llenando otra vez los vasos. Aquella conversación y aquellas amenazas no eran de su gusto, porque había estipulado un arreglo con los judíos y había de aserrarles los árboles en su aserradero de junto al molino.

Bebieron otra ronda y se levantaron porque empezaban ya los preparativos para la cena. Sobre las mesas se iba colocando la vajilla necesaria.

Pero los campesinos no abandonaron el tema del bosque, ni ¡cómo era posible perder de vista un punto tan importante! De modo que volvieron a agruparse y bajando la voz, por indicaciones del molinero, se pusieron de acuerdo y decidieron reunirse otra vez en casa de Boryna para tomar una resolución.

No pudieron acabar, porque entró Jambrozy y se dirigió directamente a su grupo; llegaba con retraso porque había tenido que acompañar en carruaje al señor cura a casa de un enfermo, hasta la tercera aldea, Krosnowa; y se puso resueltamente a beber de firme, para recuperar el tiempo perdido... Pero ya no le quedaba mucho tiempo, pues las mujeres de más edad cantaban a coro:

Y vosotros, pajecitos de honor,
invitad a la mesa a esta buena gente.

A lo que contestaron los mozos de honor, armando gran estrépito con los bancos:

Ya les hemos invitado, y sentados están.
¡Dadles de comer y comerán!

Y se dirigieron despacio hacia las mesas para ocupar cada cual su sitio en los bancos.

Los novios ocuparon el primer lugar, y a su derecha e izquierda fueron sentándose los principales del pueblo, los más respetados, los más ricos, los de más edad, hasta llegarles la vez a las doncellas de honor y los niños; fué difícil encontrar sitio para todos, por más que se había dispuesto bancos a lo largo de tres paredes. Unicamente los mozos de honor no se sentaron, porque habían de servir a los demás, y los músicos tampoco.

Cesó el ruido de voces y el organista, en pie, recitó la oración en alta voz y únicamente el albéitar la repitió con él, pues, por lo visto, entendía de latines, y luego bebieron una copita a su salud para abrir el apetito.

En seguida, las cocineras y los mozos de honor empezaron a traer enormes fuentes humeantes, cantando

¡Os traemos caldo con arroz
y dentro una gallina con plumas!

para el primer plato, y para el siguiente:

Callos salados y picantillos,
para que comáis a dos carrillos.

Los músicos se habían sentado cerca de la chimenea y tocaban a la sordina diferentes tonadas para que se comiese de mejor gana.

Comían, pues, con toda corrección, despacio, casi en silencio, pues casi nadie decía una palabra, de manera que

sólo se oía en la habitación el ruido de la masticación y el de las cucharas. Y cuando ya hubieron comido algo y calmado la primer hambre, el albéitar puso otra vez una botella en circulación, con lo cual se empezó a conversar animadamente a través de la mesa.

Jagusia no comió casi nada; por más que Boryna le hablaba, le pasaba el brazo alrededor del talle y la suplicaba como un chiquillo, estaba tan cansada y encendida que no pudo hacer pasar ni un pedazo de carne. Lo más que pudo fué beber algunos sorbos de cerveza fría; su mirada vagaba por la sala y no atendía más que con un oído a los cuchicheos de Boryna.

— Di, Jagus; ¿estás contenta?... No temas, Jagus, vas a estar tan bien conmigo, que no podrías hallarte mejor en casa de madre... Vas a ser una señora, Jagus, lo que se dice una señora... Voy a tomarte una criada para que no tengas que cansarte... ¡ya lo verás! — le decía por lo bajo, y la miraba en los ojos enamorado, sin preocuparse de la gente, que ya se chanceaba de él en voz alta.

— Parece un gato haciendo la rosca a un trozo de tocino.

— Este también es un bocadito grande.

— ¡Y cómo se mueve y patalea el viejo alrededor de ella! Un gallo no es nada en comparación.

— Ya se refocilará un tanto el viejo hecho una bestia— exclamó el alcalde.

— ¡Como un perro en el hielo! — refunfuñó el viejo Simón mordazmente.

Hubo un estallido de risas y el molinero casi se tendió sobre la mesa, de placer, repicando encima con el puño.

Las cocineras cantaron otra vez:

Gachas de harina de mijo
para que se atiborre el más canijo.

— Jagna, acércate un poco, tengo algo que decirte — dijo el alcalde; se inclinó a un lado, por detrás de Boryna, pues estaba sentado a su lado, y pellizcándole el talle, añadió riendo: — Me invitarás al bautizo, ¿eh? — Y se puso a

mirarla con ojos lascivos porque le gustaba extraordinariamente. Ella se sonrojó mucho, pero las mujeres soltaron la carcajada y se pusieron a hacer comentarios picantes y a darle consejos sobre la manera como hay que tratar al marido.

— Y cada noche le has de calentar la colcha en la chimenea.

— Lo principal es que pueda comer mucho y substancioso; así se encontrará el hombre con fuerzas...

— Y mímale, abrázale a menudo.

— Y que no se ponga demasiado gordo, porque entonces no vas a poder con él.

Discurrían todas a la vez como suelen hacer las mujeres cuando han bebido un poco y dan suelta a la lengua.

Los estallidos de risa hacían temblar la sala. Las mujeres hablaban ya tan a lo vivo y suciamente que la molinera se puso a explicarles que habían de tener en cuenta que había allí solteras y niños; por su parte, el organista les echó en cara que era un gran pecado sembrar el escándalo y dar mal ejemplo.

— Porque Nuestro Señor Jesús — decía — nos ha dicho, y también los santos apóstoles, y todo está muy bien estampado en los libros latinos, que vale más matar que dar escándalo, y si tú escandalizas a los inocentes, es como si lo hicieras a mí mismo; así consta en la Sagrada Escritura, y también que la intemperancia en el beber, en el comer y en las acciones será severamente castigada; soy yo quien os lo dice, buenas gentes... — exclamó ininteligiblemente, porque no era un vaso ni dos lo que llevaba bebido...

— ¡Ese bestia de soplador de órgano!... ¡Pues no quiere impedir a la gente que se divierta!

— Se roza con el cura y ahora se figura que es un santo.

— ¡Que se tape los oídos con el capote!

Menudeaban las expresiones hostiles, pues el organista no gozaba de simpatías en el pueblo.

— Hoy es día de boda, y, por lo tanto, no es ningún pecado divertirse, reírse y bromear con lo que sea de risa; esto digo yo, yo, el alcalde, yo os lo digo, buena gente.

— ¡Qué! ¿Y cómo es que el mismo Jesús, por ejemplo, asistió a las bodas y bebió vino?... — observó Jambrozy muy serio, aunque a media voz; pero como estaba ebrio y se hallaba sentado a un extremo de la mesa, cerca de la puerta, nadie le oyó. Todos hablaban, reían, entrechocaban los vasitos; comían cada vez más despacio, para saciarse a conciencia; ya más de uno se había aflojado el cinto y se estiraba para dejar más sitio...

Las cocineras volvieron con nuevas fuentes, y cantaron:

¡Ha gruñido, ha chillado, ha hurgado el huerto el cochino!
Ahora ha de pagar los daños que ha causado al campesino.

— ¡Anda, anda, no han hecho poco gasto! — se admiraban los invitados.

— ¡Ya lo creo! Esta boda costará siempre sus mil *zloty*.

— No les ha sido mal pagado, puesto que ya les ha firmado la donación de seis fanegas.

— ¡Y Jagna está allí sentada como un gato malhumorado!

— ¡En cambio, los ojos de Maciej brillan como los de un gato montés!

— No es más que yesca lo que luce, sino qué...

— Ya le quedará tiempo para llorar.

— Ese no es de los que lloran; antes agarrará una tranca.

— Precisamente es lo que le dije a la mujer del alcalde cuando me anunció la boda.

— ¿Por qué no ha venido hoy?

— ¡Caramba, va a dar a luz de un momento a otro!

— Pondría las manos en el fuego a que antes de poco, en cuanto vuelvan a empezar los bailes en la taberna, Jagna irá otra vez tras los mozos.

— Mateusz no espera otra cosa.

— ¿Eh, eh?

— ¡Canastos! La Wawrzonowa oyó lo que contó él en la taberna.

— ¿Entonces no le han invitado a formar parte de la orquesta?

— El viejo quería; pero la Dominikowa se ha opuesto, y como todo el mundo conoce la historia...

— Cada cual añade lo suyo; pero, ¿quién lo ha visto?

— ¿Ah, entonces no son más que habladurías porque sí?

— Pues Bartek Koziel los vió juntos en el bosque, la primavera pasada.

— Koziel es un ratero y un embustero, y como tuvo con la Paczesiowa la cuestión por lo del cerdo, hace correr eso por vengarse.

— Otros hay también que tienen ojos y ven.

— ¡Y eso acabará mal, ya lo veréis!... Desde luego, a mí no me importa nada; pero me parece que aquí se ha hecho una injusticia a Antek y a los hijos y por eso vendrá el castigo, vendrá...

— ¡Ya lo creo! Nuestro Señor Jesús no se da prisa; pero es justo.

— También se dice cosas de Antek, que los han visto juntos aquí o allá, poniéndose de acuerdo...— Las voces se hacían más quedas y se chismorreaba con creciente malicia, criticando despiadadamente a toda la familia, sin respetar ni siquiera a la vieja; pero, para los hijos, no había más que compasión.

— ¿No es un pecado? ¡Unos muchachos que ya tienen bigote! Szymek ya tiene sus treinta corridos, y ella no le deja casarse, ni siquiera salir de casa, y le da una vida de perro por cualquier nonada.

— ¡Contra, es una vergüenza que unos chicos tan grandullones tengan que hacer las faenas de una mujer!

— ¡Y sólo para que Jagusia no se ensucie las manecitas!

— ¡Y tiene cada uno sus cinco fanegas! Ya podrían casarse.

— ¡Hay tantas chicas solteras en el pueblo!

— ¡Y la Marcycha (1) de usted que ya hace un buen rato que espera!... Su tierra linda precisamente con la de los Paczes.

— ¡Vigile usted mejor a su Franka, no sea cosa que se deje hacer algo por Adam!

(1) Diminutivo de Marcynna, Martina.

— La vieja es una bruja del infierno, esto ya se sabe; pero los chicos son unos badulaques y unos blanduchos.

— ¡Unos mocetones como castillos y no se atreven a soltarse de las faldas de su madre!

— ¡Todo se andará!... Mire usted, hoy mismo Szymek no hace más que irle a la zaga a Nastka Golembianka.

— Su padre era lo mismo, me acuerdo muy bien, y la vieja, cuando era joven, no valía más que Jagusia.

— De tal palo tal astilla, de tal madre tal hija.

La música había cesado: los músicos se habían ido a comer al otro lado y la cena estaba terminando.

De pronto se hizo un silencio como en la iglesia durante la elevación; pero, al cabo de un instante, el vocerío estalló otra vez aún más fuerte; era como el hervor de una caldera; todos hablaban a un tiempo, gritaban y se referían cosas de un lado a otro de las mesas, de modo que el uno no podía oír al otro.

Finalmente se sirvió a las personas de respeto *krupnik* preparado con hidromiel y especias, y a los demás se les distribuyó liberalmente aguardiente fuerte y cerveza.

Ya eran pocos los que se fijaban en lo que bebían porque las cabezas estaban muy calientes y a todos invadía una sensación de bienestar. Todos se sentaban en las posiciones más cómodas, el calor obligaba a desabrocharse los capotes, algunos se echaban de bruces sobre las mesas. Unos, daban puñetazos haciendo saltar los platos; otros, se cogían por la cintura o por las solapas del capote o se pasaban el brazo alrededor del cuello; y los últimos, charlaban y descargaban sus penas, como un hermano con otro, como el verdadero cristiano con su vecino cristiano.

— ¡Mal se pasa en el mundo! ¡Vaya! El hombre sólo puede esperar desgracias y sufrir miserias.

— ¡Queréis largaros de aquí, condenados perros!

Debajo de las mesas, los perros se disputaban los huesos.

— ... Y sólo puede hallarse consuelo cuando el vecino se junta con el vecino para decirse la verdad junto a una copa de aguardiente, para vaciar el corazón y perdonarse mutuamente el mal que se hayan hecho. Dicho se está que el trigo

comido por el ganado de otro o una cuestión por límites de terreno, esto no entra en cuenta, porque corresponde a los tribunales y los testigos dirán en sus declaraciones quien tiene culpa y a quien corresponde la razón; pero los disgustillos que se originan de la vecindad, porque un cerdo mete el hocico en vuestro huerto o porque las viejas se disputan o los chiquillos se pelean, como sucede a menudo... Para esto son precisamente los días de alegría, para que las gentes depongan sus rencillas y la fraternidad y la buena inteligencia se establezcan entre los hombres.

— Aun cuando no sea más que por el tiempo que dure la alegría, por ese solo día.

— Y el mañana viene siempre bastante pronto. ¡Ah! No escaparás a tu destino, y si escapas, será sólo debajo de la santa tierra; él viene, te coge por el cogote, te pone el yugo en la nuca, te espolea con la miseria, y anda, pueblo, derrama tu sangre; cuida de tu cachito de propiedad, no lo sueltes del puño, ni siquiera por un instante, para que los demás no pasen por encima de ti.

— Nuestro Señor Jesús creó a los hombres para que fuesen hermanos, y se portan entre sí como lobos.

— No es que sean lobos; es que la miseria les persigue; los divide y azuza unos contra otros para que se muerdan como perros alrededor de un hueso roído.

— No, no sólo es la miseria; el Maligno es quien echa las tinieblas sobre el pueblo para que no distinga lo que es bueno de lo que es malo.

— Verdaderamente, verdaderamente. Y sopla encima del alma como sobre un ascua que ya se va apagando lentamente hasta que ha reanimado otra vez la codicia y la ira y todos los pecados.

— Ya se comprende que el que es sordo a los mandamientos escucha mejor la música del diablo.

— En otros tiempos no era así. Había obediencia, se respetaba a los viejos y se mantenía la conformidad.

— Y cada cual tenía tanta tierra como podía cultivar, y pastos y prados y bosque.

— ¿Y quién oía hablar de contribuciones?

— O ¿quién se veía obligado a comprar su leña? Se iba uno al bosque y cogía lo que necesitaba, aunque fuese el mejor pino silvestre o la mejor encina... Lo que era del señor era también del labriego.

— Y, ahora, ni es del señor ni es del campesino: pertenece al judío, o a alguien peor todavía.

— ¡Carroña de gente! He bebido a su salud, beba usted a la mía. Se han instalado como en su propia casa. ¡Beba, a la suya, a la mía, para que haya justicia!...

— ¡Banda de señores sarnosos! ¡A la de usted! El aguardiente no es un pecado, con tal de que se tome de una manera decente y entre compañeros; es bueno para la salud, purifica la sangre y evita las malas enfermedades.

— Puestos a beber, es preferible un cuartillo entero, y puestos a divertirse, divertirse todo el domingo. Y si tienes algo que hacer, trabaja de firme, no te ahorres las piernas, y pórtate con tesón. Y si ocurre que se presente una ocasión, una boda, un bautizo, o que alguien se muera, entonces dále gusto al cuerpo, descansa y haz lo que te plazca. Y si pasa algo malo, si tu mujer se va al otro mundo, si tu ganado muere, si se pega fuego tu casa, es la voluntad de Dios, no te opongas, porque ¿qué vas a conseguir, pobre diablo, con gritar y llorar? Nada absolutamente; sólo vas a perder tu tranquilidad, y lo que comas te va a saber como ortigas en la boca. Conque ten paciencia y confía en la bondad de Nuestro Señor Jesús... Si te sucede algo peor, o sea que la de la guadaña, la chata, te coja por el gañote y te mire en los ojos, no intentes escapar, no está en tu poder, porque todo depende de la mano de Dios...

— Es verdad; ¿quién puede prever cuándo dirá Jesús: «Hasta ahí es tuyo y desde ahí es mío, hombre»?

— ¡Claro, claro! Los mandamientos de Nuestro Señor Dios vuelan allá arriba como relámpagos, y nadie, ni siquiera el cura, ni el más inteligente, puede penetrarlos, hasta que caigan encima del pueblo como grano maduro.

— Y tú, hombre, sólo has de saber una cosa: haz lo que debes hacer y vive como prescriben los santos mandamientos y no mires hacia lo venidero... Nuestro Señor Jesús da

a cada cual su paga justa y pagará honradamente a cada cual lo que le corresponda...

— Esto es lo que ha sostenido siempre al pueblo polaco, y así seguirá siendo por toda la eternidad. ¡Amén!

— Y con paciencia triunfarás hasta de las puertas del infierno.

Así hablaban entre ellos, bebiendo a palo seco, y cada cual se aliviaba de lo que más le dolía o lo que desde largo tiempo se les había atragantado como una espina. Pero el más parlanchín y el que metía más ruido era Jambrozy; y, sin embargo, no le hacían gran caso porque cada cual hablaba y quería que le oyesen sin prestar gran atención a los demás... En la sala el ruido y el griterío fueron subiendo de punto hasta que entraron Ewka y Jagustynka llevando por delante con mucha gravedad un cucharón decorado. Un músico que las seguía, tocaba el violín, mientras ellas cantaban:

Quitáos ya de la mesa,
Del banco quitáos ya;
Un par de gros por la cena
Y diez más por la faena
Cada uno nos va a dar.

La concurrencia estaba satisfecha, de buen humor y enternecida por los buenos platos y la copiosa bebida; de modo que algunos llegaron a echar en el cucharón monedas de plata.

Empezaron, pues, a levantarse todos a un tiempo y, separándose de los bancos, cada cual se fué lentamente por su lado: unos fuera para tomar el aire; otros al corredor; también hubo quien se quedó en la sala soltando grandes discursos; otros se abrazaban en prueba de gran amistad; más de uno se tambaleaba ya e iba a dar de bruces contra las paredes, o bien una cabeza chocaba contra otra como hacen los carneros, lo que no tenía nada de sorprendente, puesto que la cena había sido abundantemente regada con aguardiente.

Sentados a la mesa no quedaban más que el alcalde y

el molinero; disputaban y hasta se abalanzaron uno contra otro como buitres, con un furor bélico tan intranquilizador que Jambrozy quiso reconciliarles con *wodka*.

— Vigila el pórtico de la iglesia, viejo cancerbero de iglesia, y deja en paz a los campesinos propietarios — refunfuñó el alcalde.

Al oir esto Jambrozy se apartó melancólicamente, golpeó el suelo con su pierna de palo apretando la botella de aguardiente contra su pecho, y buscó con la mirada dónde había un compañero con quien pudiese estar en santa paz y compañía para hablar por los codos y beber ordenadamente hasta saciarse.

Los jóvenes se habían dispersado por entre los setos, o bien, cogidos por el talle, divagaban por la carretera hablando y persiguiéndose hasta dejar oír gran ruido de carreras y gritos. La noche era clara y la luna estaba suspendida encima del estanque que brillaba con un resplandor tan vivo que los más pequeños círculos, que parecían formados por el choque de los rayos luminosos, eran perfectamente visibles en la superficie, como serpientes que se arrastrasen silenciosamente formando semicírculos; helaba regularmente; el barro endurecido se quebraba bajo los pies, y la escarcha que blanqueaba los techos espolvoreaba la tierra.

Ya era tarde, pues los primeros gallos cantaban en el pueblo.

Sin embargo, en la sala se ordenaba y preparaba todo para el baile.

Y en cuanto los músicos hubieron comido suficientemente y descansado un poco, empezaron a tocar a la sordina para atraer a los invitados.

Pero no hubo necesidad de llamarlos durante mucho tiempo, ya que al punto afluyeron todos en masa hacia la sala. Los violines les invitaban de tal modo a la danza que las piernas se iban solas; pero era trabajo perdido, porque los mozos se sentían aun poco ligeros después de aquella cena. Sólo hubo uno o dos que intentaron dar unas vueltecitas, pero pronto desfilaron hacia el corredor para fumar un cigarrillo o apuntalar con el hombro las sólidas paredes.

Las mujeres se habían llevado a Jagna al cuartito; Boryna estaba sentado en el banco delante de la ventana con la Dominikowa, mientras que la gente muchucha ocupaba los demás bancos y los rincones, conversando. No quedaban, pues, en medio de la sala más que las mozas; reían entre ellas, pero como se cansaron pronto, se divirtieron jugando a diferentes juegos para que los mozos acudiesen al reclamo.

Primeramente, jugaron a «un zorro va alrededor de la carretera sin brazos ni piernas.»

Disfrazaron de zorro con una piel de carnero vuelta al revés a Jasiek, apodado el *Perverso*. Era un badulaque y un saco de patatas, la risa de todo el pueblo. Aunque ya tenía todo su desarrollo, iba con la boca abierta, se divertía con los chiquillos, guiñaba el ojo a todas las muchachas: un perfecto imbécil. Pero, como era único para diez yugadas, le invitaban a todas partes. La liebre fué Jozia Borynianka.

¡Y lo que se rieron, Dios mío, lo que se rieron!

A cada tres o cuatro pasos, Jasiek extendía los brazos y ¡bum!, se caía al suelo como un tronco de árbol porque le hacían la zancadilla. Y Jozia daba brinquitos con tanta gracia y movía los labios de una manera tan inimitable que una liebre verdadera no era nada comparada con ella.

Y, luego, jugaron a la «codorniz».

Nastka Golembianka dirigía, y se escurría tan bien, se escabullía con tanta maña por toda la sala que nadie era capaz de pillarla, y aun ella misma, por propia voluntad, se deslizaba entre los brazos de alguno para dar siquiera una vuelta de baile.

Después, se jugó al «cochinillo».

Pero, al final, uno de los mozos de honor, al parecer Tomek Wachnik, hizo la cigüeña; se cubrió la cabeza con una tela, y, por debajo, a manera de pico, le salía un largo bastón y grotoraba con tanta perfección que era enteramente como el grotorar de una cigüeña; Jozia, Witek y los otros chiquillos le corrían detrás, gritando:

Kle, kle, kle,
Tu madre fué al infierno.
¿Y qué hace allí? — Buñuelos
para sus pequeñuelos.
— ¿Qué crimen cometió?
— A sus hijos mató.

Se dispersaban dando chillidos y buscaban un refugio en los rincones, pués él los perseguía, les punzaba con el pico y agitaba las alas en derredor.

La sala se estremecía con aquellos gritos, aquellas risas y aquellas persecuciones.

Una hora larga debían de durar aquellos juegos cuando el de más edad de los mozos de honor hizo una seña para que guardasen silencio.

Las mujeres conducían a Jagna fuera del cuartito, cubierta con una tela blanca; la hicieron sentar en medio de la sala, sobre una artesa cubierta con una colcha. Las doncellas de honor simularon que querían libertarla, pero las mujeres maduras y los hombres las rechazaron, en vista de lo cual se agruparon delante de ella y se pusieron a cantar con voz triste, como si llorasen:

Sin tu coronita
te vas a quedar.
Con la gorrita trenzada
¡Oy-da-daná-da!
Con el gorro de casada
te vas a quedar.

Y le quitaron el velo.

Llevaba ya un gorro sobre sus gruesas trenzas arrolladas, y aun parecía más hermosa con aquel traje, y no hacía más que sonreír y pasear la alegre mirada de uno a otro lado.

La música empezó a tocar lentamente, y toda la muchedumbre reunida, viejos y jóvenes y hasta niños entonaron el «chmeil» (1) a una sola voz, alegre y potente. Terminado

(1) Canto del lúpulo. Véase la nota de la pág. 209.

el canto, sólo las mujeres casadas sacaron a Jagusia a bailar. Jagustynka, que había empinado el codo bastante, se puso en jarras y cantó:

Ah, si yo hubiese sabido
que casabas con un viudo,
de fijo hubiera tejido
una corona de mirto.

Y aun cantó otras canciones con toda suerte de alusiones encubiertas y mordacidades.

Pero nadie hacía caso porque los músicos tocaban con todas sus fuerzas y la gente se disponía a bailar. Al punto comenzó un martilleo de tacones como si cien trillos batiesen en la era y se oyó en la sala un intenso rumor de colmena. Los jóvenes iban uno en pos de otro, pareja tras pareja, con las cabezas juntas, tomando carrera. Los capotes flotaban al viento, los bailadores se balanceaban dando grandes pasos, taconeaban, blandían los sombreros; a veces, alguien entonaba una copla con voz tronitosa y las mozas la coreaban con el refrán «da-daná», giraban como un trompo cada vez más rápido, se inclinaban a compás y acababan por bailar tan de prisa, dando vueltas tan locamente, tan frenéticamente, que no se podía reconocer a nadie entre la muchedumbre; cada vez que el violín soltaba una nota saliente, cien llamadas de tacones golpeaban el suelo, cien voces gritaban con todas sus fuerzas y cien parejas daban media vuelta como si las hubiese movido un huracán; todo era un rozamiento de capotes, de faldas de lana, de pañoletas que volaban por la sala como pájaros de abigarrados colores. Pasó un padrenuestro, luego otro, y otro, y seguían bailando sin tomar aliento, sin parar; el suelo sonaba, las paredes temblaban, la sala hervía de estrépito, y el placer iba siempre en aumento; como las aguas después de un gran chubasco, así se movía y se agitaba la danza en la sala.

Cuando acabó la danza llegó el turno a diferentes cos-

tumbres que son de uso en la ceremonia del «tocado» (1).

Primeramente, Jagusia hubo de comprar su derecho de ingreso en el gremio de las casadas.

Luego, siguieron diferentes ceremonias de boda, y, finalmente, los mozos trenzaron una larga cuerda de trigo sin trillar con la que trazaron un ancho círculo que las doncellas de honor sostenían y guardaban cuidadosamente. Jagusia estaba en el centro; si alguno quería bailar con ella había de pasar por sorpresa, forzar la entrada y bailar dentro del círculo sin preocuparse de los golpes que le cruzaban las costillas, dados con trenzas del mismo material. Luego, para terminar, la molinera y la Wachnikowa hicieron la recaudación para la cofia. El alcalde fué el que dió primero, una moneda de oro, y después de ésta, con un estrépito como de pedrisco, cayeron rublos de plata y volaron billetes, como hojitas de otoño.

La cuestación produjo más de trescientos *zloty*.

Un buen montón de *grosz;* pero, para la Dominikowa, no representaba más que una mosca, porque tenía bastante con lo suyo. Pero el hecho de que aquella gente hubiese abierto el bolsillo tan espontáneamente por Jagus, la enterneció de tal modo que no pudo contener las lágrimas. Gritó a sus hijos que trajesen aguardiente y ella misma se puso a llenar copas y a beber, abrazando al propio tiempo a compadres y comadres, sin dejar de llorar.

— Bebed, vecinos..., bebed, queridos, hermanos de mi corazón... Hoy es para mí un día de alegría... a la salud de Jagusia... otra copita más... beba. Detrás de ella el albéitar brindaba con los demás, y lo mismo hacían separadamente los hijos, porque no era poco el gentío que había; Jagus misma dió otra vez las gracias por aquella bondad y abrazó las rodillas de los más ancianos.

Había tal efervescencia en la sala que las copitas pasa-

(1) En polaco «oczepiny». Es una ceremonia que se celebra en las aldeas al poner a la recién casada la cofia o gorro peculiar en las mujeres casadas, que no suelen llevar otro tocado, cuando van «vestidas», porque para la faena, suelen llevar a la cabeza un pañuelo.

ban de mano en mano y de todas partes se desprendía calor y gozo. Los rostros se coloreaban, los ojos chispeaban y los corazones se impulsaban fraternalmente, como corresponde entre vecinos. ¡Vaya que sí! ¡La cabra no muere más que una vez! Todo lo que le queda al hombre se reduce al placer que halle con sus hermanos y a los buenos ratos que se proporcione olvidándose del mundo. Sólo la de la guadaña se lleva a cada cual separadamente. Cuando se va a la fiesta hay que ir en cuadrilla y regocijarse con la compañía. Y en grupos ocupaban la sala, bebían y charlaban alegremente. Era evidente que cada cual peroraba en voz tan alta que el uno no oía al otro; pero, ¡qué les importaba esto si sentían todos igualmente la misma alegría que se había apoderado de todos y lo animaba todo! Las penas de cada cual debían permanecer ocultas, pues la ocasión exigía estar alegres, gozar de la amistad, dar placer al alma. Así como da el Señor descanso a la santa tierra después del alumbramiento del estío, corresponde también al hombre que descanse en otoño, cuando ha terminado su trabajo en los campos. Y, por lo tanto, cuando estaban las hacinas llenas y las paneras repletas de un trigo pesado como el oro, que no espera sino los trillos, sólo cabía divertirse para resarcirse de las duras fatigas y de los cuidados de los largos días del verano.

Así hablaban algunos mientras otros contaban con todo género de pormenores sus miserias y dificultades; y los que habían visto algo más que la cola de su vaca y los piojos de su mujer, habían formado círculo alrededor del viejo Simón y hablaban de los tiempos pasados, de las recientes injusticias, de los impuestos y de los asuntos del municipio. Pero, entonces, bajaban la voz, porque también se trataba de los manejos del alcalde.

Boryna no se había sumado a ningún grupo; iba de uno a otro, siguiendo siempre a Jagna con los ojos, y muy orondo de verla tan guapa, echaba constantemente monedas de plata a los músicos para que no cesaran de mover los arcos, pues tocaban ya bajito, con muestras de cansancio.

De pronto, atacaron un vigoroso *obertas* y en este momento sintieron todos un calofrío. Boryna se precipitó hacia

Jagna, la cogió fuertemente y la arrancó de su sitio, bailando un *oberek* tan desenfrenado que las tablas del suelo gimieron. Rodaba por todo el recinto, daba media vuelta, golpeaba el suelo con sus tacones herrados, doblaba las rodillas, se disparaba otra vez de pronto volteando, y luego, columpiándose a compás, daba grandes pasos deslizándose de uno a otro lado de la sala e iniciaba una tonada que los músicos seguían en seguida con sus instrumentos; y se deslizaba con mayores bríos, con una cadencia loca, conduciendo la danza desenfrenadamente. Excitadas por Boryna, otras parejas empezaban a destacarse de la multitud, a golpear con los pies, a cantar, a bailar, a lanzarse en carreras vertiginosas. Hubiérase dicho que cien husos guarnecidos de lana multicolor daban vueltas por la sala con gran estrépito; y todo aquello formaba un torbellino tan rápido que no había ojos capaces de distinguir dónde estaba el mozo y dónde la muchacha. Era como si se hubiese derramado allí un arco iris y lo sacudiera un huracán, haciendo relucir y cambiar incesantemente los colores, dando vueltas cada vez más rápidas, más furiosamente, más frenéticamente, este agitado arco iris, hasta el punto de que a veces el desplazamiento del aire apagaba las luces, y la obscuridad envolvía a los danzarines: entonces, por las ventanas, la luna esparcía un reguero de luz dispersa, en un burbujeo de plata reluciente, atravesaba la obscuridad y flechaba a la multitud arremolinada que se dispersaba como una ola espumeante y cantarina, se iluminaba bruscamente y serpenteaba en la ráfaga de luz, como en un sueño o en una visión, para desaparecer en una obscuridad impenetrable y emerger de nuevo, en el intervalo de un segundo, tal como fantasmas, en el otro muro, donde se encendía fuegos que se reflejaban en los vidrios de las santas imágenes heridos por la luz, pasar a toda prisa y abismarse en las tinieblas... Y, en la sala penumbrosa, no se oía más que pesados jadeos, gruñidos sordos, rumor de voces y machaqueo de pies.

Las danzas se sucedían como una cadena, sin descanso ni interrupción. En cuanto la música iniciaba una nueva danza la gente levantábase de un salto, se erguía como una

selva y se lanzaba al baile con el ímpetu de un huracán. El repiqueteo de los tacones resonaba con un fragor de trueno, un alarido de placer sacudía toda la casa, y los jóvenes se lanzaban a la danza con furor, con frenesí, como en una tempestad o en una lucha por la vida o por la muerte.

¡Y bailaban!

... Aquellas cracovianas eran agitadas, retozonas, de entrecortadas y claras melodías, incrustadas de canciones brillantes, como cinturones sembrados de clavos, y llenas de risas y de travesuras; llenas de una música alegre y de una juventud exuberante, fuerte, provocadora; llenas al mismo tiempo de humorística burla, de agresiva vitalidad y de un ardor de sangre joven, sedienta de amor... Bailábase aquellas mazurcas largas como las márgenes de los campos, amplias como perales de Matías (1), ruidosas, vastas como las llanuras infinitas, pesadas y al mismo tiempo ágiles, desbordantes de nostalgia y también de impertinencia, resbaladizas y amenazadoras, llenas de dignidad y capaces de desnucarle a uno, e inflexibles, como los campesinos que, agrupados en fila como los árboles de una selva, se lanzaban al baile con tales gritos y tal fuerza que aquello parecía un combate entablado por cien contra mil. Y tan grande era su furor que hubieran desgarrado el mundo entero, lo hubieran vencido, pisoteado, hecho añicos, dispersado a puntapiés; hubieran podido desaparecer ellos mismos, y, después de muertos, permanecer aún allí, bailando, taconeando y relinchando a grito pelado, a la mazuriana: «¡da-daná!»

Bailábase aquellas *obertas* cortas, agitadas, vertiginosas, enloquecedoras, endiabladas, batalladoras y tiernas, terribles y melancólicas, entretejidas de notas lánguidas,

---

(1) Es un nombre burlesco que se da a los perales del campo (no a los de huerto o jardín) aludiendo a su origen, que se atribuye al hecho de que el campesino, luego de comer una pera, arroja el pericarpio con las semillas en cualquier parte. Matías viene a ser el equivalente de Tiburcio, Colás, Silvestre del todo, Juan de las viñas. Es nombre extendido entre los campesinos, y se da a cualquier gañán o destripaterrones.

que daban a la sangre pulsaciones de fuego y, sin embargo, llenas de bondad y de amor, derrumbándose de pronto como una nube de granizo, saturadas de voces cordiales, de claras miradas azules, de hálitos primaverales, de murmurios perfumados, de vergeles floridos como las campiñas que cantan en primavera, que os hacen derramar lágrimas a través de una sonrisa y cantar de júbilo el corazón, hasta el punto de que vuestra alma tiende nostálgicamente hacia las anchas llanuras, hacia las selvas lejanas, y, más allá de ellas, se va soñando por el mundo entero y sigue cantando siempre «¡oj-da-daná!»

Así es como una danza seguía a otra danza... indescriptiblemente.

Así es como el pueblo campesino se regocija cuando llega el momento.

Así se festejaba la boda de Boryna y Jagusia.

Pasaba una hora tras otra, hundiéndose y desapareciendo sin dejar huella en el tumulto, ni en los gritos, ni en todo aquel barullo de alegría, en aquel arrebato del baile: ni siquiera se dieron cuenta de que el Oriente se sonrosaba ya y que los reflejos precursores de la aurora traspasaban lentamente y blanqueaban la noche. Las estrellas se empañaban, la luna desaparecía, el viento se levantaba en el bosque y soplaba como si quisiese disipar las tinieblas que ya se disolvían; los árboles, torcidos y deshojados, miraban por las ventanas e inclinaban más y más sus cabezas dormidas y escarchadas; pero en la casa se cantaba y bailaba todavía.

Era como si las praderas y los campos recolectados y los jardines en flor se hubiesen reunido para una fiesta, y, llevados por la tempestad, hubiesen formado una interminable y vertiginosa ronda de fuego.

Abrieron de par en par las puertas, abrieron las ventanas, y salieron de la casa rumores de barullo y bocanadas de luz; la cabaña se estremecía, temblaba, chasqueaba, gemía y bailaba a más y mejor. Parecía que los árboles y la gente, la tierra y las estrellas, los cercados y la vieja casona, todo, en fin, se había cogido por los hombros, arrollado como un ovillo, revuelto, y ebrio, cegado, no teniendo conciencia

de nada, enloquecido, rodase de una pared a otra, de la sala al corredor, resbalase desde el corredor a la carretera, de la carretera a los campos inmensos, hasta el bosque, y se lanzase por el mundo entero en el torbellino de la danza, rodase, girase y desapareciese, en una cadena ininterrumpida y llameante, a los fulgores de la aurora.

Era la música lo que dirigía aquel movimiento y aquellos cantos...

... Los contrabajos gruñían a compás y roncaban en trémolos como peonzas; la flauta acompañaba y silbaba alegremente, gorjeando y pirueteando a gusto del tamboril que brincaba alegremente con un ruido de cascabeles, que retozaba y se sacudía como una barba de judío al viento. Pero el violín conducía, iba delante como la mejor bailadora, cantaba alto y recio como para ensayar la voz; y, luego, emitía sonidos amplios, penetrantes, tristes, como si fuesen sollozos y lloriqueos de huérfanos en una encrucijada; después, de pronto, un cambio brusco, y daba una nota corta, aguda, chispeante, como si cien parejas hubiesen dado un taconazo y cien campesinos hubiesen gritado con todos sus pulmones: aquello os cortaba la respiración, un estremecimiento os recorría toda la piel; pero pronto volvía a empezar sus arabescos, volvía a cantar, a girar con trotecitos breves, a dar brinquitos, a reír y regocijarse; aquello os daba calor en el corazón y el placer os subía a la cabeza como el aguardiente... Luego, cantaba otra vez aquella nota arrastrada, pesarosa y salpicada con un rocío de sollozos; aquella nota de nuestro país, tierna y amada, ebria de una gran fuerza y ebria de amor, y os conducía al fuego vivo de la danza, de la danza mazoviana.

. . . . . .

El alba surgía más y más clara; las luces palidecían y un crepúsculo turbio y sucio se esparcía por la estancia; pero ellos se divertían aún con todo su corazón y si alguno encontraba las rondas de copas insuficientes mandaba por aguardiente a la taberna, invitaba a los compañeros y bebía cuanto le pedía el cuerpo.

El que se había marchado ya no estaba; el que estaba

cansado descansaba; el que había bebido demasiado dormía sobre un banco delante de la ventana o en el corredor; algunos, más reñidos que otros con sus piernas, estaban acostados al pie de los setos o en otra parte, según como caían las pesas; pero, los más, bailaban hasta caer de fatiga...

Finalmente, los más sobrios se agruparon en cuadrilla delante de la puerta, golpearon el suelo a compás y se pusieron a cantar:

Ahora, invitados, nos hemos de ir
por el ancho camino,
por el puente del molino
a través del bosque obscuro.

Ahora, a casa nos hemos de ir,
y mañana a no dudar
volveremos a cantar
en vuestra compañía.

Pero nadie les hizo caso.

XII

DESPUNTABA el día cuando Witek, cansado de divertirse y echado fuera por Jagustynka, corrió a la cabaña.

La aldea dormía aún sumida en las sombras que arrastraban por el suelo sus grandes masas ya menos densas. El estanque descansaba abotargado, como aplastado por el espesor crepuscular de los árboles de la orilla, y tan anegado en tinieblas que apenas lucía débilmente en su centro y lanzaba algunos reflejos sobre el fondo de la noche, como un ojo recubierto por una catarata.

Helaba bastante y soplaba un viento fuerte, hasta el punto de que el aire helado hería las narices y cortaba el aliento. La tierra resonaba bajo las pisadas y los aguazales helados formaban en la carretera manchas blancas y vidrieras rotas y cegadas; el alba hacía palidecer lentamente el mundo que empezaba a surgir de las tinieblas lleno de escarcha y entumecido por la quietud helada; sólo aquí y allá escuchábase ladridos de perros todavía adormilados, el ronquido del molino a lo lejos, y el barullo de la boda que salía de la cabaña y se desparramaba a la redonda, a un tiro de piedra.

En la estancia de Boryna brillaba todavía una lucecita como una luciérnaga. Witek miró por la ventana; el viejo Roch estaba sentado delante de la mesa y entonaba cantos piadosos de su libro.

El chiquillo se escurrió silenciosamente hacia el establo y buscaba a tientas el pestillo cuando lanzó un grito y dió un paso atrás porque un perro se le había echado sobre el pecho dando un ladrido.

—¡*Lapa, Lapa!* ¡Has vuelto, perrito, has vuelto, pobre chiquito! — exclamó reconociendo al perro y sentándose en el umbral. ¿Con qué tienes hambre, animalito?

Sacó de su pecho la salchicha que se había reservado en el festín y se la metió en la boca, pero *Lapa* no se lanzó a comerla, y sólo ladró, saltó a su pecho y gruñó de contento.

— ¡Te han dejado morir de hambre, pobre bestia, y te han echado por el mundo! — murmuró abriendo la puerta del establo. Seguidamente se dejó caer tal como estaba, en su camastro. — Ahora soy yo quien va a defenderte y a tener cuidado de ti... —murmuró, hundiéndose en la paja. El perro se acostó a su lado, ladró y le lamió la cara varias veces. No tardaron mucho en dormirse los dos.

Entretanto, desde la cuadra contigua Kuba llamaba con voz débil de enfermo, llamaba prolongadamente; pero Witek dormía como una piedra. *Lapa*, al reconocer la voz, se puso a ladrar furiosamente y a tirarle tanto del capote que despertó al muchacho.

— ¿Pero qué pasa? — murmuró borracho de sueño.

— ¡Agua! ¡El calor me abrasa!... ¡Agua! — dijo Kuba.

Aunque se le hacía muy cuesta arriba y se caía de sueño fué a sacar todo un cubo de agua y se lo puso delante para que bebiese.

— Estoy tan enfermo que apenas puedo respirar... ¿Quién ladra ahí?

— Es *Lapa*. Ha vuelto de casa de los Antek, el pobre animal.

— ¡*Lapa!* — murmuró buscando a tientas en las tinieblas la cabeza del perro. *Lapa* dió un salto, ladró, y se encaramó sobre el camastro.

— Witek, da heno a los caballos, porque rascan con los dientes el pesebre vacío y yo no puedo moverme. ¿Están bailando todavía? — preguntó al cabo de un instante, cuan-

do el muchacho, tras alcanzar el heno que colgaba del techo, lo metía en el comedero.

— Son capaces de bailar hasta mediodía y algunos han bebido tanto que se han acostado en la carretera.

— ¡Se divierten de veras los amos, se divierten!... — suspiró dificultosamente.

— ¿Estaban los molineros?

— Sí, él y ella; pero se marcharon pronto.

— ¿Había mucha gente?

— ¡Ah! ¿Quién es capaz de contarla?... Había tanta que no cabía en la casa.

— ¿Se han atracado bien?

— Mismamente como en un castillo. Han sacado fuentes rebosantes de carne; ¡y lo que han llegado a tragar de aguardiente y cerveza y de hidromiel! Sólo de salchichas había tres artesas rebosantes.

— ¿Y cuándo es la «mudanza»? (1)

— Hoy por la tarde, al toque de vísperas.

— Por de pronto no se aburrirán. ¡Oh, Jesús mío, yo creí que también habría para mí algo que roer y que por lo menos una vez podría comer a la medida de mi hambre!... Y, en cambio, he de verme aquí acostado y estar oyendo como los demás se divierten.

Witek se volvió a dormir.

— Si uno pudiese tan sólo recrearse la vista,... si tan siquiera...

Como estaba muy cansado, se calló, recomiéndose su pena interiormente; ocultas y tímidas quejas batían las alas en su pecho y piaban dolorosamente, como pajarillos extenuados.

— ¡Que les haga buen provecho, que gocen de la vida!... — pensaba, mientras acariciaba la cabeza del perro.

La calentura se apoderaba de él más y más, y para protegerse contra ella se puso a murmurar una oración y se confió con todo fervor a la voluntad y a la misericordia de

---

(1) En polaco «przenosiny», o sea el traslado de la recién casada al domicilio del esposo, lo que da motivo a otro festín de bodas.

Nuestro Señor Jesús; pero se le olvidaban las palabras, el sueño le vencía continuamente, el lazo de unión de sus murmurios sucesivos, repletos de ruegos y de lágrimas, se rompía a cada instante, y se le escapaban, esparciéndose como perlas rojas; él quería recogerlas: ¡las veía tan bien rodando por encima de su piel de carnero! Pero lo olvidó todo y se durmió...

A veces despertaba, paseaba en torno suyo una mirada vaga, y sin haber reconocido nada recaía en el abismo negro, cadavérico.

O bien gemía y lanzaba tales gritos en su sueño que los caballos tiraban de sus cadenas resoplando; esto le hacía recobrar un poco el conocimiento y entonces levantaba un tanto la cabeza.

—¡Jesús, si tan sólo pudiese vivir hasta mañana! —gemía lastimosamente; y con la mirada buscaba la luz por el ventanuco; en el cielo gris, inerte, claveteado de estrellas, buscaba el sol...

Pero aun estaba lejos el día.

La cuadra estaba sumida en el crepúsculo turbio de la aurora; las formas de los caballos empezaban a destacarse y bajo las lumbreras los pesebres se dibujaban como costillares en el fondo difusamente iluminado.

No podía conciliar el sueño porque le daban nuevos dolores, se le corrían por la pierna como bastones nudosos y se la excavaban, se la vaciaban, se la quemaban como si alguien hubiese espolvoreado sus heridas con fuego; acabó por incorporarse en su camastro y gritar con todas sus fuerzas hasta que Witek despertó y acudió.

—¡Me muero, me muero! ¡Sufro de una manera horrible!... El mal aumenta y casi me ahoga... Witek, corre a buscar a Jambrozy... ¡Oh, Jesús!... o a la Jagustynka... Tal vez me alivien algo, porque yo no puedo resistir más... ya llega mi última hora... el último momento...

Rompió en un llanto espantoso, hundió la cara en la paja y sollozó de miedo y de pena.

Y Witek, a pesar de su mucho sueño, fué corriendo a la casa donde se celebraba la boda.

Todavía bailaban a más y mejor, pero Jambrozy estaba borracho y, según su costumbre, en pie, en la carretera y frente a la casa, hacía eses desde el estanque al seto y cantaba a voz en grito.

Inútilmente le suplicó Witek y le tiró del brazo; el viejo parecía sordo y no se daba cuenta de nada y seguía haciendo eses y cantando siempre la misma canción como un desaforado.

Witek corrió en busca de Jagustynka, porque también ella entendía de enfermedades; pero la vieja estaba sentada con otras comadres en el cuartito y se regodeaban tan a su gusto con *krupnik*, encontraban la cerveza tan buena y charlaban juntas tan placenteramente, cantando a tuerto y a razón, que era imposible hablarle dos palabras. Varias veces le rogó plañideramente que fuése a ver a Kuba; pero ella acabó por arrojarle de allí, atizándole de paso algunos puñetazos. Hecho un mar de lágrimas, Witek se volvió a la cuadra: ¡era todo cuanto había conseguido!

Y como cabalmente Kuba se había dormido, fué a hundirse en la paja, se cubrió la cabeza con un pingajo de manta y se durmió.

Un buen rato después de la hora del desayuno, le despertaron los mugidos de las vacas hambrientas, que aun no habían sido ordeñadas, y por el camorreo de Jagustynka, que, habiendo dormido demasiado como los demás, se resarcía chillando mientras hacía sus quehaceres.

Sólo cuando hubo terminado algunas faenas, fué a ver a Kuba.

—¡Auxiliadme, aconsejadme! —imploró éste con voz débil.

—Cásate con una joven y te curarás en seguida —empezó diciendo alegremente. Pero en cuanto le vió la cara, lívida y abotargada, se puso seria.—Te hace más falta el cura que el doctor. ¿Qué quieres que te haga yo? Sí, podría conjurar tu mal y sahumarte con incienso, pero ¿de qué serviría?... ¡A mí me parece que estás enfermo para morir, para morir de mala muerte!...

—Es decir, ¿qué he de morir?

— Eso depende del poder de Dios; pero me parece que no escaparás de las garras de la Flaca.

— ¿Voy a morir, dice usted?

— Habría que mandar por el cura, ¿no te parece?

— ¡El señor cura! — exclamó admirado. — ¿Traer al señor cura aquí, en la cuadra? ¿En qué está usted pensando?

— ¿Por qué no? ¿Por ventura es de azúcar y se va a derretir en el estiércol de caballo? Para eso es el cura. Cuando se le llama para asistir a un enfermo no tiene más remedio que presentarse.

— ¡Jesús! ¿Cómo he de atreverme yo?... ¡Junto a mí, en este estercolero!...

— ¡Eres más bestia que un carnero!... — Se encogió de hombres y se fué.

— ¡Ella sí que es bestia! No sabe lo que dice... — refunfuñó él muy indignado. Y se desplomó otra vez pesadamente sobre un montón de paja, y todavía reflexionó largo rato. — Le falta un tornillo a la vieja... Ahí es nada, nuestro querido señor cura que se pasea en sus habitaciones... que lee en sus libros... que conversa con Dios Nuestro Señor... ¿Cómo es posible que le hagan venir aquí?... Estas mujeres... con tal de mover la lengua... ¡Tonta!

Y así quedó, solo, clavado en su lecho, como si le hubiesen olvidado.

Witek venía a verle de vez en cuando y a echar avena a los caballos y abrevarlos; entonces le daba también agua a él y desaparecía al punto. Se iba corriendo a la boda que se reunía otra vez en casa de la Dominikowa para la ceremonia de la «mudanza»; de tiempo en tiempo también acudía Jozka; daba un grito, le metía en la mano un pedazo de torta de la boda, charlaba, cotorreaba, llenaba la cuadra de tanto ruido que las gallinas cacareaban de miedo en los setos, y se escabullía otra vez.

Hay que decir que no era para menos porque allí se divertían ya bonitamente, la música repercutía a través de los muros y se oía gritos alegres y cantos.

Kuba permanecía tendido, sosegado, pues los dolores le acometían ahora raramente. Sólo tenía el oído atento para

distinguir los rumores del jolgorio. De cuando en cuando charlaba con *Lapa*, que no le dejaba un instante, y comían entre los dos la torta de Jozka. O bien, haciendo chasquear la lengua, hablaba a los caballos que relinchaban alegremente y desviaban la cabeza del comedero para mirarle; la potranca llegó a romper la correa, y yendo hasta su lecho de paja, se puso a retozar con él y a frotar sus narices húmedas y calientes contra su cara.

— Has enflaquecido, pobrecita, has enflaquecido. — La acariciaba cariñosamente y le daba besos en sus narices hinchadas. No tengas cuidado, pronto me levantaré y se te cubrirán las costillas, aunque sea menester darte avena sin mezcla...

Callóse seguidamente y sin pensar en nada miró los nudos ennegrecidos de las tablas de las paredes, de los que habían rezumado filamentos de resina, como lágrimas de sangre cuajada...

El día soleado, aunque pálido, miraba a través de las hendeduras con sus ojos tranquilos; pero, por la puerta abierta, se derramaba una ancha ola de luz deslumbradora como las telarañas doradas encima del bálago. Algunas moscas se agitaban en ella con un zumbido amodorrado, adormecido.

Las horas se sucedían y se arrastraban lentamente, como esos viejos mendigos ciegos y cojos que caminan penosamente por las malas carreteras arenosas; cada una de ellas era como una piedra que cae en el abismo y se precipita, y se hunde y desaparece hasta que los ojos humanos no pueden distinguirla siquiera.

Algunas veces una bandada ruidosa y piadora de gorriones penetraba en la cuadra y se lanzaba insolentemente sobre el comedero.

— ¡Qué bestiezuelas más inteligentes! — murmuraba. — Pajarillos así de pequeños, y Nuestro Señor Jesús les ha dado entendimiento para que sepan dónde han de encontrar el alimento. Acuéstate, *Lapa*, acuéstate; que coman y alivien su miseria, porque el invierno se acerca para ellos también — dijo calmando al perro que quería echar fuera a los ladrones.

Los cerdos empezaron a gruñir en el patio y a restregarse contra las esquinas de la cuadra, que tembló toda. Luego metieron por la abertura de la puerta sus largos hocicos fangosos y se pusieron a gruñir.

— ¡Echalos, *Lapa!* ¡Malditos pedigüeños, nunca tienen bastante!

Después fueron las gallinas las que vinieron a cloquear delante del umbral: un gran gallo rojo avanzó la cabeza con precaución, se retiró, batió las alas y cantó; por último, el insolente no hizo más que saltar el umbral hasta un cesto lleno de avena, y toda la bandada le siguió; pero aun no habían empezado a picotear cuando se presentó grotorando una manada de gansos cuyos picos rojos brillaban en el umbral, balanceando sus largos cuellos tendidos y sibilantes.

— ¡Echalos, perrito, échalos! Esos malos bichos no saben más que disputar ni más ni menos que las mujeres.

De pronto se armó un batiburrillo. Se oyó un griterío y un revuelo y una nube de plumón vbló por los aires como si se hubiese despanzurrado un edredón. Lapa se había dado gusto; volvió jadeando, con la lengua colgante, y ladró alegremente.

— ¡Quieto, quieto ahí!

De la casa llegaban voces coléricas de Jagustynka, ruido de carreras, estrépito de muebles arrastrados de una habitación a otra.

— ¡Se preparan para la «mudanza»!

De tiempo en tiempo pasaba alguna carretela por la carretera. Pasó un carro rechinando estridentemente. Kuba lo reconoció en seguida.

— Es el carro de los Klemby, el de adrales, para un solo caballo. De seguro, van al bosque por hojarasca. ¡Claro, el eje de la rueda delantera está gastado, y por esto la arena se mete dentro y rechina con el frote!

Continuamente se oía vagos sonidos que procedían de los caminos: rumor de pasos, de conversaciones, de voces; sonidos lejanos, casi imperceptibles, llegaban hasta él en débiles vibraciones, pero los cazaba al vuelo y los identificaba siempre.

—El viejo Pietras que va a la taberna—murmuraba. —La Walentowa (1) que arma bronca... de fijo que los ánsares de alguna vecina han traspasado su seto... ¡Eso no es una mujer, es una furia del infierno! ¡Esta es la Kozlowa (2), me parece!... ¡Sí, sí! ¡Ya está corriendo y gritando!... ¡Vaya si es ella!... Pietrek Rafalow... el muy bestia tartajea como si tuviera peladillas en la boca... La yegua del cura que va a buscar agua, sí... ahora topa con las ruedas... ¡Ya veréis como aun se rompe una pierna cualquier día de estos!

Así, poco a poco, reconocía todos los ruidos, veía el pueblo en su sensible imaginación y se paseaba por sus calles en alas de su pensamiento, se atormentaba, corría de un lado a otro, se preocupaba y vivía la vida de toda la aldea. Se abstraía tanto que apenas se dió cuenta de que el día se extinguía lentamente. Los muros se ensombrecían, el agujero de la puerta palidecía y la penumbra invadía la cuadra.

Poco faltaba para anochecer cuando se presentó Jambrozy. Aun no se había despejado del todo, porque titubeaba aun y hablaba tan deprisa que era muy difícil comprenderle.

—¿Parece ser que te has hecho un esguince?

—Míreme y cúreme.

Sin decir nada se puso a levantar los paños ensangrentados, endurecidos y tan pegados a la pierna que Kuba aullaba como si lo desollaran vivo.

—¡Ni una señorita pariendo gritaría como tú! —dijo burlonamente el sacristán.

—¡Esto me hace un daño! ¡Dios mío, no tire usted! ¡Jesús! —rugió Kuba, poco menos que como una bestia.

—¡Ah, vamos, estás bien arreglado! ¿Te ha mordido la pantorrilla un perro, o qué? —exclamó admirado, porque la pantorrilla estaba desgarrada y llena de pus y toda la pierna hinchada como una colodra.

Por Dios, no diga usted nada... el guarda me ha disparado un tiro... pero...

---

(1) Mujer de Valentín. — (2) Mujer de Koziol.

— Verdaderamente... tienes la piel llena de perdigones como semilla de adormidera... ¿Te disparó de lejos? ¡Oh, oh!... Con este amasijo me parece que no hay nada que hacer... los huesecitos crugen sólo tocándolos... ¿Por qué no me has llamado en seguida?

— Tenía miedo... si hubiesen sabido... yo quería cazar unas liebres... y ya había disparado... y ya estaba yo en medio del campo... y entonces él me tiró a mí...

— Una vez dijo el guarda en la taberna que alguien cazaba furtivamente.

— ¡Cazaba furtivamente!... ¡Como si las liebres perteneciesen a alguien! ¡Carroña! El permanecía al acecho... yo estaba ya en el campo... y disparó los dos cañones... ¡Demonio del infierno!... Pero no diga usted nada... ellos llevarían la cosa al juez... los gendarmes... y me quitarían la escopeta... Yo pensaba que esto se curaría sólo... Auxílieme pronto, porque esto me duele y me desgarra de tal manera...

— ¡No sabía que fueras tan cuco! ¡Parece que nunca ha roto un plato y que no sabe nada de nada, y resulta que se reparte los lebratos con el señor!... ¡Anda, anda!... ¡Pero tendrás que pagar esa partición con tu pierna!...

Examinó otra vez la herida y se puso gravemente preocupado.

— ¡Demasiado tarde, demasiado tarde!

— ¡Alívieme, alívieme! — gritó Kuba espantado.

Jambrozy no contestó nada, se arremangó la camisa, sacó del bolsillo su bien afilada navaja y se puso a extraer los perdigones y a sacar el pus, apretando.

Kuba aulló como un animal al que degüellan; pero Jambrozy le cerró la boca con su piel de carnero, y se calmó porque el dolor le había hecho desvanecerse. El viejo le limpió la pierna, le untó con un bálsamo cualquiera, lo envolvió en paños limpios, y sólo entonces pudo volver en sí.

— Has de ir al hospital... — masculló en voz baja.

— ¿Al hospital?... — Aun no había recobrado los sentidos.

— Si te cortasen la pierna, tal vez entonces curarías.

— ¿La pierna?

— ¡Claro! ¡No sirve de nada, es podre, ya está toda negra!

— ¿Me la cortarían? — preguntó sin comprender.

— Por la rodilla. No tengas miedo; mi pata me la cortaron al ras de la nalga y todavía vivo.

— ¿Entonces, no habría más que cortar la parte mala y estaría otra vez bien?

— En un abrir y cerrar de ojos. Pero es preciso que vayas al hospital.

— No, tengo miedo, no... al hospital, no...

— ¡Tonto!...

— Allí le cortan a uno en pedazos, vivo, allí... Córtela usted... le pagaré todo lo que quiera, pero córtela... Al hospital no quiero ir, prefiero reventar aquí...

— Entonces, vas a reventar aquí... Eso sólo te lo puede cortar el doctor. Ahora mismo voy a ver al alcalde para que te procure el traslado en carro y te lleven a la ciudad.

— Son palabras inútiles porque no iré al hospital...— dijo obstinadamente.

— ¡Anda, imbécil! ¡Como si te hubiesen de consultar antes!

— ¡Cortada la pierna, volvería a estar bueno!... — repitió Kuba en voz baja, luego que el otro se hubo marchado.

Una vez hecha la cura, su pierna cesó de dolerle; pero todo el miembro se entumeció hasta la ingle y sentía como hormigueos en todo el costado; más no hizo caso y se puso a cavilar profundamente.

— ¡Me curaría! Eso debe ser verdad, puesto que Jambrozy ha perdido un remo entero... anda con una pierna de palo... y dice que cura uno en un abrir y cerrar de ojos... Pero Boryna me echaría a la calle... ¡Anda, un mozo de cuadra con solo una pierna!... Ni serviría para el arado ni para las demás faenas. Entonces, ¿qué haría yo?... No podría hacer más que apacentar el ganado o ir a mendigar... por el vasto mundo, en cualquier parte, en el pórtico de una iglesia... o irme a pudrir al pie de un estercolero como un zapato viejo. ¡Jesús misericordioso! ¡Oh, Jesús!—De pronto comprendió claramente y casi se puso en pie, presa de un aturdimiento de espanto. — ¡Jesús, Jesús! — repitió como

calenturiento, con la mente extraviada y estremeciéndose.

Un llanto profundo, doloroso, se desbordó de sus ojos y lanzó un grito de impotencia como si se viera caer al precipicio sin salvación ni auxilio posibles.

Aulló y se agitó largo tiempo en aquel suplicio; pero a través de aquéllas lágrimas y aquella desesperanza, empezaron a surgir diferentes ideas y decisiones; poco a poco se calló y al calmarse se concentró tan profundamente en sí mismo, que no oía nada; como en sueños creyó oír vagamente música, cantos y gritos muy cercanos.

En aquel momento la boda se trasladaba a casa de Boryna. Se efectuaba la «mudanza» de Jagusia, que iba a instalarse en casa de su marido.

Poco antes habían conducido una robusta vaca y habían transportado en un carro un cofre, colchas y diversos objetos que había recibido en dote.

Y ahora, poco más de un padrenuestro de la puesta del sol, cuando el crepúsculo descendía y el mundo se cubría de bruma, porque el tiempo iba a cambiar, el gentío salía de casa de la Dominikowa.

La música iba a la cabeza tocando aires alegres, seguía Jagna todavía con su traje de desposada, escoltada por su madre, sus hermanos y las comadres; y, luego, el grueso de los invitados, sin orden, formaban la cola del cortejo.

Caminaban lentamente a lo largo del estanque que se iba poniendo más obscuro y se borraba, ahogado por el crepúsculo, entre brumas cada vez más espesas, en la calma de las tinieblas todavía sordas y ciegas; el rumor de los pasos y la música tenían una sonoridad breve, como si saliesen del fondo del agua.

Los jóvenes cantaban de tiempo en tiempo, alguna comadre echaba un gorgorito o algún campesino lanzaba un enérgico «da-daná»; pero todo aquello no duró mucho porque aun no había entrado la gente en calor, y, además, un frío húmedo helaba hasta los tuétanos.

Cuando llegaron al camino de los setos, junto a la casa de Boryna, las doncellas de honor entonaron el canto:

Y lloraba la muchacha
estando frente al altar;
cuatro cirios encendieron
y el órgano se puso a tocar.
Pero, tú, niña, ¿pensaste
que aquello podía durar?
Un poco ayer, hoy otro poco,
después sufrir y penar
¡Da-da-ná! luego, en la tierra,
siempre sufrir y penar!

En el corredor, ante el umbral, les esperaban ya Boryna, los mozos de honor y Jozka.

La Dominikowa entró la primera, llevando en un hatillo una rebanada de pan, un puñado de sal, un trozo de carbón, cera para un cirio y un manojo de espigas bendecidas el día de la Asunción. Cuando Jagus franqueó el umbral, las comadres echaron detrás de ella hilos de hilvanes y cañamiza para impedir la entrada al Maligno y para que todo le saliese bien a la desposada.

Al mismo tiempo se saludaron unos a otros, se abrazaron, desearon a los recién casados la felicidad, la salud, todo lo que Dios puede conceder, y así llegaron al centro de la habitación, cuyos bancos y rincones quedaron pronto ocupados.

Los músicos rascaban sus instrumentos afinándolos, pero bajito, en atención a Boryna, dedicado a obsequiar a los presentes. Con una botella en la mano iba de un compadre a otro, llenaba la copa, obligaba a aceptar, estrechaba a la gente entre sus brazos y bebía a la salud de cada uno; el albéitar le ayudaba, sirviendo por el otro lado, y, al mismo tiempo, Magda y Jozka hacían circular en platos porciones de pastel relleno de miel y queso; Jozka lo había puesto al horno expresamente para la «mudanza» con objeto de ganarse la voluntad de su padre.

Pero no se divertían mucho; claro que nadie derramaba su copa por el suelo, ni se volvía de espaldas cuando pasaba el aguardiente; se bebía hasta con placer, pero no se llegaba al entusiasmo, no se conseguía el grado de ebullición, no

se pasaba de algunas burbujitas como el agua que hierve con poca lumbre; la gente permanecía sentada, ceñuda. Los reunidos se movían pesadamente, torpemente, a penas se hablaban, y esto en voz baja; hasta había entre los viejos quien bostezaba a hurtadillas, se desperezaba y suspiraba por un poco de paja donde echarse a dormir lo antes posible.

En cuanto a las mujeres, con ser una ralea amiga de zaragata y que nunca se cansa de divertirse, estaban aplanadas en los bancos, se ocultaban en los rincones y no hablaban más que palabras sueltas.

Jagusia se había metido en la alcoba conyugal para cambiar el vestido de boda por sus avíos de domingo, y salió para hacer los honores y recibir a la gente; pero su madre no consintió que tocase nada.

—¡Disfruta bien de tu boda, hija mía! ¡Bastante tendrás que trabajar y pasar penas! — murmuraba. Y más de una vez la apretó contra su pecho y la abrazó con lágrimas en los ojos, hasta tal punto que la cosa pareció chusca a muchos, porque, vamos, después de todo, su marido no iba a llevarla por el vasto mundo, ni tan siquiera a un pueblo vecino, y no había de temer la miseria. Todas se burlaban de aquella ternura maternal y se afilaban las lenguas echando pullas, sobre todo, porque ahora, en la «mudanza», al entrar Jagus en posesión de la casa conyugal, de tanta tierra y tantos bienes, era cuando abrían los ojos. Más de una madre de hijas de larga fecha casaderas sentía que la envidia le mordía el pecho. Y las muchachas también estaban un poco apabulladas y experimentaban un tantico de mal humor.

Pasaron al otro lado, al departamento que había sido hasta entonces de los Antek, donde Ewka preparaba la cena con Jagustynka. El fuego roncaba en la chimenea y Witek traía troncos y más troncos que iba metiendo debajo de las enormes marmitas.

Los invitados se dispersaron por toda la casa y no había una rendija por donde no atisbase una mirada de envidia.

¿Y cómo era posible no tener envidia de tanta suerte?

La casa era la mejor del pueblo, grande, clara, alta, las habitaciones limpias como en un castillo señorial, bien blanqueadas, con tablas en el piso que relucía de limpieza; buenos los muebles y variados los utensilios, y luego, todos aquellos cuadros, veinte por lo menos, y todos con cristal. Y esto no era todo: establo para las vacas, cuadra para los caballos y el hórreo y el cobertizo. Y, acaso, ¿no era bastante el inventario de las bestias? Cinco colas de vaca, sin contar el toro, que por sí sólo ya daba bastante provecho; tres caballos; y los campos, y los cerdos, y los gansos, y...

Suspiraban con dolor y la una o la otra empezaba a decir:

— ¡Dios mío, por qué el Señor Jesús lo da siempre todo a estas tales que no lo tienen merecido!

— ¡Esas lo han entendido; se han sabido manejar!

— Siempre pasa así, el que corre más llega primero.

— ¿Pues por qué la Ulisia de usted no ha sido lista para pasar delante?

— Porque tiene bastante temor de Dios y lleva una vida honesta.

— Y las demás, también.

— A ciertas mujeres se les perdona todo, hasta que se las haya encontrado de noche con algún mozo.

— ¡Y una así, tiene suerte!...

— Porque no tiene vergüenza.

— Vamos, vengan — gritó Jendrzych; — está tocando la música y en la sala no hay unas faldas con quien bailar.

— ¡Miren qué gusto tiene el mozo!... ¿Pero es que tu madre te lo permitirá?...

— Sobre todo no pierdas los calzones en ese viaje, porque podrías enseñar el espejo de la luna.

— Y ten las piernas más juntas.

— Ve a bailar con la Walentowa, que es tan estrafalaria como tú.

Jendrzych se contentó con soltar un taco, agarró a la primera que se presentó y se la llevó sin hacer caso de lo que le decían a sus espaldas.

En la sala bailaban ya; pero despacio y como de mala

gana. Sólo Nastka Golembianka y Szymek Paczes bailaban con entusiasmo. Se habían apalabrado antes y desde los primeros acordes se habían agarrado fuerte y bailaban largo y tendido; a cada descanso se cogían por el talle y se paseaban por la sala, hasta el punto de sentir ligeros estremecimientos de deseo; chachareaban alegremente, reían a carcajadas, y caminaban cadera contra cadera, lo que motivaba que la Dominikowa lanzase hacia su hijo miradas de inquietud.

La gente no empezó a zarandearse de veras hasta que entró el alcalde; llegaba tarde porque había tenido que acompañar a los reclutas a la cabeza de partido. Luego que hubo apurado una copa, y después otra, entabló conversación con los anfitriones y empezó a echar pullas a los recién casados.

—El nuevo marido es como una pared enjalbegada y la nueva esposa como un fino paño rojo.

—Mañana podrá usted decirlo...

—Usted tiene práctica, Maciej, y, por lo tanto, no habrá usted perdido el día.

—Pero no es ningún ganso para hacer eso delante de la gente...

—¡No apostaría yo un medio cuartillo de aguardiente! Echa una piedra en un matorral y verás como siempre sale volando algún pajarillo. ¡Os lo digo yo, el alcalde!

Todos soltaron la carcajada, pues Jagna había escapado al otro departamento.

También las mujeres soltaban cuanto les venía a la boca.

Pronto aumentó el jaleo y la alegría se apoderó de los corazones. El alcalde contribuyó a ello honestamente, pero el aguardiente hizo también lo suyo. Boryna no lo escatimaba y dejaba a menudo que la botella hiciese la ronda; las danzas se hicieron también más vivas, más animadas, y ya se empezaba a cantar, a patalear y a dar vueltas en torno a la sala trazando un círculo cada vez mayor.

Precisamente en aquel momento apareció Jambrozy; se sentó en seguida que hubo franqueado el umbral, y lanzó golosas miradas hacia la bombona del aguardiente.

— ¡La cabeza de usted sólo se vuelve hacia el lado donde suenan las copitas! — soltó el alcalde.

— Suenan porque se han hecho para sonar. Y el que da de beber al que tiene sed, practica el bien — contestó seriamente.

— ¿Quieres agua, odre viejo?

— Lo que es bueno para el ganado es malo para el hombre. No en balde se dice que aquel a quien salva el agua, salvado está... pero el aguardiente pone a todo el mundo en pie sobre sus piernas.

— Bueno, pues bebe aguardiente, ya que eres tan buen calculador.

— Beba usted a la mía, señor alcalde. También se dice que el que celebra el bautizo con agua, riega la boda con vino y la muerte con lágrimas.

— ¡Tiene usted razón, beba usted otra!

— Tampoco echaré a correr delante de una tercera. Yo bebo siempre una por mi primera mujer y dos por la segunda.

— ¿Y eso, por qué?

— Porque murió a tiempo para poder buscarme una tercera.

— Todavía piensa en mujeres, y está ya tan hacia poniente que tiene la noche en los ojos.

— Mi bastón dislocaría aún las piernas de una mujer, aunque fuese de noche.

Toda la sala retembló con las carcajadas.

— Vamos a casarle a usted con Jagustynka — gritaron las mujeres.

— Le gusta el aguardiente como a usted y en cuanto al pico no le va en zaga — completaron las demás.

— Dice el refrán que un hombre trabajador y una mujer que tiene buena labia, se comen medio mundo entre los dos.

El alcalde se sentó a su lado y los demás a continuación, donde encontraban sitio, en los bancos, y cuando no hubo más, se quedaron en pie y se apretaron en grupos; ocupaban casi la mitad de la estancia, sin preocuparse de los bailadores.

Al punto empezaron a cruzarse cuchufletas, invenciones de toda clase, saetazos, relatos alegres y anécdotas divertidas, que hacían reír hasta a las paredes. Pero quien llevaba ventaja era Jambrozy. El muy pillastre hacía imitaciones tan acabadas y contaba mentiras tan despampanantes que la gente se moría de risa. Entre las mujeres era la Wachnikowa la que mejor manejaba las cartas; era la que más alborotaba el cotarro y el alcalde le hacía el acompañamiento tan allá como se lo permitían el respeto de sí mismo y de su cargo.

Los músicos rascaban tanto como podían, y los jóvenes danzaban alegremente, gritaban y daban vigorosos taconazos; se distraían tanto y con tal regocijo que se olvidaron hasta de que estaban en el mundo. Alguien distinguió a Jankiel en el corredor y en un santiamén lo arrastraron a la sala. El judío se quitó el gorro, hizo reverencias y saludó amistosamente a todo el mundo, sin hacer caso de la granizada de pullas que le silbaban en los oídos como piedras.

— ¡Rojo de mal pelo! ¡Anabaptista! ¡Hijo de yegua!

— ¡Callaos! ¡Dadle de beber; hay que obsequiarle!

— Pasaba por el camino, y he querido ver como los señores se divierten. Dios le bendiga, señor alcalde, voy a beber *wodka:* ¿por qué no he de beberla a la salud de los recién casados?

Boryna sacó una botella y sirvió. Jankiel enjugó la copita con su capote, se cubrió la cabeza, bebió de un trago, y luego se sorbió una segunda.

— Quédese, Jankiel, no le servirán nada impuro. ¡Eh, la charanga, tocadnos algo judío, que Jankiel pueda bailar! — gritaron riendo.

— Claro que puedo bailar; no es ningún pecado.

Pero antes de que los músicos hubiesen comprendido el por qué de aquellos gritos, Jankiel se escurrió a la sordina por el corredor y desapareció en el patio: iba adonde estaba Kuba para recuperar su escopeta.

Ni siquiera notaron su salida, porque Jambrozy no había interrumpido sus chirigotadas y la Wachnikowa le seguía el aire como con el bajo de viola. Así pasó el tiempo hasta la

hora de cenar; pronto la música se amortiguó, se pusieron las mesas y hubo ruido de vajilla; pero ellos seguían despotricando.

En vano invitaba Boryna a sentarse a la mesa; nadie le oía. Jagus insistió varias veces para que se acercasen; pero ocurrió que el alcalde la cogió por una mano y la atrajo hasta el centro del grupo, y la colocó junto a sí, reteniéndole la mano.

Por fin, Jasiek, apodado *el Perverso*, gritó con toda su fuerza:

— ¡Cada cual a su plato! Venga todo el mundo, que esto va a enfriarse.

— ¡Cierra el hocico, cabezota, que ya se encontrará para ti una fuente que lamer!

— El sacristán miente de tal manera que se siente el olor. ¡Y se figura que hay quien le crea!...

— Oye, tú, Jasiek; si te ponen algo en los hocicos, tómalo, que es tuyo; pero a mí no me toques porque no te saldrá bien.

— ¡Lo veremos! — replicó el muchacho. Era algo bobo y duro de entendederas.

— Un buey no tardaría más en conseguirlo, y acaso menos — le contestó Jambrozy.

— Lo que el cura echa en el cubo, Jambrozy se lo lleva, y por eso cree que lo es todo.

— Dejad entrar un buey en la iglesia, y todo lo que sabrá hacer será levantar la cola. ¡Bestia friegasuelos! — refunfuñó ofendido, porque había sido la madre de Jasiek la que había tratado de defenderle. Se dirigió antes que nadie a las mesas y los demás fueron trás él a ocupar su sitio precipitadamente, pues ya las cocineras traían las fuentes humeantes y la sala se llenaba de olores.

Se sentaron por orden de edad, como es de rigor en el banquete de la «mudanza»; la Dominikowa y sus hijos ocupaban el centro. Los mozos y mozas de honor se colocaron entre ellos y Boryna y Jagusia permanecieron en medio de la sala para servir y tener la vista en todo.

Se restableció la calma, descontando que detrás de las

ventanas alborotaban y se peleaban los muchachos y que *Lapa* daba vuelta a la casa ladrando, queriendo a toda costa entrar en el corredor. Los invitados se pusieron a comer con parsimonia, sirviéndose una buena parte de las fuentes rebosantes; no se oía más que el ruido de las cucharas frotando el borde de los platos y el tintineo de vasos que hacían la ronda.

Jagusia invitaba constantemente a que se sirviesen o llenaba personalmente los platos de carne y aun de otras cosas, rogando a todo el mundo que no hiciese cumplidos; este papel le sentaba a maravilla; con mucha oportunidad decía a cada cual una palabra halagüeña y lograba hacerse tan amable que más de un mozo le lanzaba miradas llenas de deseo. Su madre estaba que no cabía en la piel de placer y dejaba la cuchara para contemplarla mejor y entregarse completamente a su gozo. Boryna también se daba cuenta de lo mismo, pues cuando ella quiso ir a reunirse con las cocineras, corrió tras ella, la alcanzó en el corredor y, agarrándola por el talle, la abrazó vigorosamente.

— ¡Mi ama querida! ¡Sabes cumplir tu cometido como una verdadera señora!

— ¡Claro que soy el ama! Vete pronto a la sala; Gulbas y Simón tienen la cara ceñuda y no comen casi nada. Tienes que brindar con ellos.

Era de ver como la escuchó e hizo lo que ella ordenaba. Jagusia estaba contenta y regocijada. Tenía conciencia de ser el ama y no la primera que se presenta, sino casi una señora de estirpe; desempeñaba sus deberes con soltura y, al mismo tiempo, sintiendo crecer en ella el sentimiento de su importancia, la seguridad de sí misma y un orgullo lleno de fuerza. Circulaba a través de la sala con andar desenvuelto, viendo las cosas al primer golpe de vista, y lo dirigía todo con tanta habilidad que se hubiera dicho que hacía años y años que dirigía su casa.

— El viejo no tardará en darse cuenta de la casta de mujer que ha tomado, y allá él; pero me parece que será un ama de casa perfecta — cuchicheó Ewka a Jagustinka.

— Hacer bien no es muy difícil cuando la despensa está

llena—replicó la otra maliciosamente.—Pero esto cambiará en cuanto el viejo le dé asco y ella empiece a correrla con los mozos.

—Ella no hará eso; Mateusz está detrás y no la perderá de vista.

—¿Cómo? ¿Cree usted que no la perderá de vista? ¿Acaso hay alguien que pueda obligarla si ella no quiere?

—Boryna.

—¡Vamos! ¡Boryna! Hay otro que es más fuerte que los dos... ¿lo oye usted? Déjeles algún tiempo y lo verá con sus propios ojos —dijo con sonrisa maliciosa.—Witek, echa a ese perro; no hace más que ladrar hasta romper los oídos. Y haz que se marchen esos chicos, porque van a romper un cristal y a hundir el revestimiento.

Witek dió un brinco y salió con un látigo; el perro se calló y se oyeron los gritos y el ruidoso galope de los chiquillos en fuga. Los persiguió hasta la carretera y volvió agachándose porque una granizada de piedras y de barro caía sobre él.

—¡Oye, Witek!—le llamó en la sombra Roch que estaba en el patio, junto a la esquina de la casa.—Llama a Jambrozy, y dile que ocurre algo muy urgente y que le aguardo en la galería.

Un buen padrenuestro después se presentó Jambrozy, furioso porque le habían llamado en el mejor momento de la comida, cuando iban a servir el lechón con guisantes.

—¿Acaso se pega fuego la iglesia, o qué?

—No grite; venga a ver a Kuba; creo que va a morir.

—Bueno, pues que reviente y que no impida a los demás que coman a su gusto. Ya estuve a verle después de vísperas y le dije que había de prepararse para ir al hospital. Allí le cortarán la pierna y pronto estará curado.

—¡Usted le ha dicho eso! Ahora comprendo. Me parece que se ha cortado la pierna él mismo...

—¡Jesús, Virgen Santa! ¡Cómo! ¿El mismo se la ha cortado?

—Venga usted cuanto antes y véalo. Yo iba a acostarme en el establo y había llegado apenas al patio, cuando *Lapa*

me saltó encima ladrando y lloriqueando, me tiró del capote hasta desgarrármelo con los dientes y yo sin comprender lo que quería. Corrió hacia el umbral del establo aullando y entonces fuí a ver que pasaba. Kuba estaba tendido, atravesado en el umbral, con la cabeza todavía dentro de la cuadra. De momento pensé que había querido salir al aire libre y que se había desvanecido al intentarlo.

Lo llevé a su camastro y encendí la linterna para ir a buscar agua: estaba lleno de sangre, blanco como la pared, y la sangre le brotaba de la pierna. ¡Vamos pronto, antes de que dé el último suspiro!

Entraron en la cuadra y Jambrozy se aplicó activamente a hacerle volver en sí; Kuba yacía inerte, apenas respiraba, y estertoreaba con las mandíbulas encajadas; hubo que separárselas con la punta de un cuchillo para verterle un poco de agua en la garganta.

Tenía la pierna cortada por la rodilla; sólo estaba retenida por un poco de piel y sangraba abundantemente.

Charcos de sangre enrojecían el suelo, donde había un hacha ensangrentada; la piedra de afilar, dejada habitualmente debajo del alero de la cuadra, estaba a poca distancia del umbral.

— ¡Eso es, se la ha cortado él mismo! Tenía miedo al hospital y el imbécil ha creído que él mismo podía hacer eso! Pero, de todos modos, hay que tener un temple de todos los diablos para cortarse la pata uno mismo. ¡Parece increible! ¡Y toda esta sangre que ha perdido!

Kuba abrió los ojos y los miró con mirada bastante consciente.

— ¿Se ha desprendido?... Le he dado dos veces, pero no he podido ver claro... — murmuró.

— ¿Te duele?

— ¡Nada, absolutamente nada! He perdido enteramente las fuerzas; pero me siento muy bien. — Permanecía sosegadamente acostado y no dió ni un grito cuando Jambrozy le arregló la pierna, se la lavó y se la vendó con paños humedecidos.

Roch, de rodillas, iluminaba con la linterna y rezaba

con tanto fervor que las lágrimas le corrían por la cara. En cuanto a Kuba sonreía satisfecho, con una especie de ternura emocionada, como un niño abandonado en un campo que, antes de darse cuenta de que está sin madre, sonríe a las hierbas que susurran por encima de él, mira el sol, tiende sus manecitas hacia los pájaros que pasan, y gorjea a su manera, completamente dichoso. Así se sentía Kuba; el sosiego y el bienestar inundaban todo su sér y tenía el alma tan alegre y ligera que su mal le parecía cosa de nada. Se vanagloriaba en voz baja... de haber afilado bien el hacha... de haber extendido la pierna sobre el umbral... de haberse asestado un golpe en medio de la rótula... Le había dolido mucho, pero la pierna no había cedido al primer golpe... Entonces asestó otro con todas sus fuerzas... y ahora ya no le dolía. Por lo tanto, aquello había servido de algo... Si tan sólo tuviese un poco más de fuerzas, no se enmohecería ni un momento más en aquel camastro, e iría a la boda... y se pondría a bailar... y comería un bocado o dos, porque tenía gana de comer.

— Estáte quieto, acostado, y no te muevas. Pronto te traerán de comer; yo mismo avisaré a Jozia.

Roch le acarició la cara y salió con Jamborzy al patio.

— Esto podrá durar hasta mañana; se dormirá sin hacer más ruido que un pajarillo; ha perdido toda la sangre.

— Habría que traerle al cura mientras está en su conocimiento.

— Pero es que el cura a ido a pasar la velada a Wola, en casa de los castellanos.

— Voy a ir a buscarlo; no hay tiempo que perder.

— De aquí a Wola hay una milla (1), y a pie, de noche y a través del bosque, no llegaría usted. Ahí muy cerca están los carruajes de los que han de marcharse después de cenar; no ha de hacer usted más que montar y largarse.

Condujeron un coche a la carretera y Roch se sentó en el pescante.

---

(1) La «mila» (milla) polaca tiene 7 verstas, algo más de 7 kilómetros.

— Sobre todo no olvide usted a Kuba; hay que velar por él — exclamó al emprender la marcha.

— ¡No tema usted; no lo dejaré solo!

Al poco le había olvidado y gracias que se acordó de decirle a Jozia que le llevase de comer. Se volvió a la mesa, y se agarró tan fuerte y afectuosamente a la botella que al cabo de escaso tiempo no sabía ya nada de Dios ni del mundo.

Jozia, que era una niña de buen corazón, juntó en un plato todo lo que pudo, se dió prisa en echar un medio cuartillo de *wodka* y se lo llevó amablemente.

— Kuba, coma un poco; usted también ha de tener su parte de alegría en la boda.

— ¡Dios te bendiga! Parece salchicha de la buena. ¡Qué olor tan rico!

— La he asado expresamente, para que esté buena. — Y le puso el plato en la mano, porque estaba la cuadra muy obscura. — Beba primero la *wodka*.

La bebió de un trago.

— ¡Siéntate una miajita, me aburro solo!...

Tomó un bocado y empezó a roer, a masticar; pero le era imposible engullir nada.

— ¿Con que se divierten a pedir de boca?

— Una boda semejante, con tanta gente, no la he visto jamás en mi vida.

— ¡Ya lo creo, la boda de Boryna! No tiene nada de extraño — murmuró él con orgullo.

— ¡Sí, sí! Y padre está de muy buen humor, y continuamente, continuamente va detrás de Jagusia.

— ¡Toma! Es una hermosa muchacha y tiene un lindo palmito, como una castellana.

— ¿Sabe usted? Szymek de la Dominikowa le hace la corte a Nastka Golembianka.

— La vieja no lo permitirá, porque en casa de Nastka son diez bocas para tres yugadas.

— Por eso los separa cada vez que los encuentra y no les quita el ojo de encima.

— ¿Está el alcalde?

— Hace reír a los demás y es el que más parlanchinea con Jambrozy.

— ¡Y por qué no, encontrándose en una boda así, en casa de un ricacho como tu padre! ¿Y en casa de los Antek? ¿No sabes qué tal les va! — preguntó en voz baja.

— Es natural que lo sepa. Al anochecer he ido corriendo y he llevado a los niños carne, galletas, pan... Antek ha arrojado al camino cuanto les he llevado... ¡Le ha dado una cólera, una cólera!... Y en su casa no hay más que miseria y llantos... Hanka no hace más que pelearse con su hermana, y a lo que parece ya se han agarrado por el moño.

El no contestó; pero se sonó fuertemente las narices y su respiración se aceleró extrañamente...

— Jozia — dijo al cabo de un instante, — parece que la potranca gime; desde el anochecer se acuesta a cada momento; estoy seguro de que va a parir. Habría que vigilarla, prepararle bebida. ¡Cómo se queja la pobre bestia! Yo no puedo hacer nada para ayudarla... estoy terriblemente débil... ni tanto así de fuerza...

El esfuerzo que acababa de hacer le había extenuado y se calló. Pareció dormirse.

Jozka escapó apenas pudo.

— ¡Tsechu! ¡Tsechu! ¡Potra!... — exclamó al volver en sí.

La potranca lanzó prolongados relinchos, y empezó a tirar de la cadena, haciendo sonar sus eslabones.

— De todos modos quiero comer una vez a medida de mi hambre. Tú tendrás también tu parte, caninche, tendrás también tu parte, pero no has de lloriquear.

Empezó por la salchicha, pero no hubo manera... aquello no le apetecía, no le apetecía absolutamente nada; se le quedaba pegado en los labios.

— ¡Jesús, tanta salchicha, tanta carne... y no poder... no poder!...

En balde intentó, lamió, olió: no era posible; la mano se le desplomó sin fuerza; y guardó debajo de la paja, sin soltarlo, lo que tenía entre los dedos.

— ¡Dios mío! Hay aquí más de lo que he visto delante en toda mi vida y no puedo comerlo.

Una pena le oprimió el corazón y las lágrimas le corrieron por las mejillas: lloraba amargamente, hipando, como un niño castigado sin motivo.

— Ya comeré después; ahora voy a descansar un poco y después será la fiesta — pensó.

Pero, después, tampoco pudo; se amodorró sin soltar la salchicha, sin darse cuenta de que *Lapa* se la comía poco a poco...

De pronto despertó, porque después de la cena la música empezó a tocar con tal ímpetu que temblaban las paredes de la cuadra y las gallinas coclearon de espanto bajo el techo de la pocilga.

Los gritos salían a grandes raudales y brotaban de la casa como fuegos rojos en la noche obscura, repercutiendo en la cuadra con un estrépito de trueno.

Era un tumulto extraordinario de gritos de loca alegría, de estallidos de júbilo, y a cada momento retemblaba el suelo con las carreras de los bailadores. Los chillidos de las muchachas desgarraban el aire.

Kuba escuchó al principio; pero pronto perdió la noción de las cosas. El sueño se apoderó de él y lo transportó a regiones donde imperaban tinieblas tumultuosas, bajo aguas mugientes... al fondo de pavorosas selvas convulsionadas por la tormenta.

Y cuando el torrente de alegría era más impetuoso, cuando los tronitosos golpeteos de tacón parecía que iban a hundir la casa, se despertaba un poco, su alma emergía de las tinieblas y salía de su olvido, volviendo de aquellas regiones prodigiosamente distantes. Y, entonces, trataba de escuchar.

A veces intentaba comer o susurraba con voz tenue y tierna:

— ¡Tsechka, tsech, tsech!

Pero su alma le abandonaba poco a poco y subía hacia otros mundos; como un pajarillo de Jesús, describía círculos imperfectos, y sin poder desprenderse todavía se aferraba aún a esta santa tierra, para descansar de su fatiga, para confundir sus sollozos de huérfano en el tumulto humano; volvía en medio de sus amados, caminaba entre

los vivientes, llamaba tristemente a sus hermanos e imploraba algún socorro de su corazón; finalmente, fortificada por la misericordia y el poder de Jesús, se izaba hasta no sé qué campos primaverales, hasta aquellos inmensos barbechos divinos, insondables a la vida, bañados de una luz eterna y de una eterna alegría.

Y volaba siempre más alto, siempre más lejos, más lejos siempre, hasta aquella morada...

... Hasta aquel paraje donde ya no se oía los llantos humanos ni el rumoreo doloroso de alma alguna...

... En aquel paraje donde no hay más que perfumes de lirios olorosos, donde los campos floridos rumorean con dulzura de miel, donde los ríos de estrellas corren por lechos suntuosamente coloreados y donde el día es eterno.

... En aquella región donde no flotan más que mudas oraciones, donde odoríferas humaredas se arrastran perpetuamente como nieblas, donde tintinean las campanillas, donde los órganos tocan a la sordina, donde se celebra perpetuamente el santo sacrificio y donde los hombres ya sin pecado, y los ángeles y los santos cantan en común las alabanzas del Señor, en aquella santa iglesia inmortal, la iglesia de Dios, donde el alma humana no ha de hacer más que orar, suspirar, llorar de contento y regocijarse con el Señor por los siglos de los siglos.

Hacia tal paraje subía a vuelo tendido aquella alma atormentada y sedienta de reposo, el alma de Kuba.

.....

Y la casa entera seguía bailando, y todos se divertían cuanto podían, más aún que la víspera, porque el agasajo había sido aun mejor abastecido, y los amos de la casa instaban aun a comer y beber. Todos bailaban hasta caer rendidos.

Aquello hervía ahora como agua en un fuego ardiente. Cada vez que los bailadores daban señales de cansancio, la música estallaba con nueva fuerza, y como un campo azotado por la tempestad, no podían hacer más que encorvarse, tomar aliento, taconear y pasar a una nueva danza, dando un gran grito, cantando toda aquella muchedumbre de una manera tumultuosa y arrebatada.

Sus almas se habían como fundido de calor, su sangre no era más que una masa en ebullición, su razón les abandonaba, sus corazones estaban locos y excitados, cada uno de sus nervios se estremecía a compás, cada movimiento era para ellos un baile, cada grito les parecía un canto, cada mirada un rayo de alegría delirante.

Y esto duró toda la noche, hasta el alba.

El día se levantó pesadamente, silenciosamente; sombríos e impenetrables amontonamientos de nubes derramaban sobre el mundo resplandores de aurora; pero, en el momento mismo en que el sol iba a despuntar, el cielo se obscureció y se ensombreció de pronto y empezó a nevar. Al principio no eran más que finísimos copos que se balanceaban en el aire como cometas en día de vendaval, pero no tardó en nevar de veras.

La nieve caía a plomo sobre la tierra, como a través de una espesa criba; caía por igual, uniformemente, sin ruido alguno, y cubría los techos, los árboles, los setos y la tierra toda como con un inmenso paño gris que se ha puesto a blanquear, como plumas sin desbarbar.

La boda tocaba precisamente a su fin; pero aun debían reunirse por la noche en la taberna para la tornaboda (1). Los invitados empezaron a dispersarse, cada cual hacia su casa.

Los mozos y las doncellas de honor, con la música delante, formando otra vez en grupo delante del corredor, entonaron concertadamente la última canción nupcial:

¡Buenas noches, desposados,
buenas noches!
Que el curso de la noche os sea propicio
y quedamos a vuestro servicio.
¡Buenas noches!

. . . . . .

Y en aquél mismo momento Kuba ponía su alma ante los santos pies de su querido Señor Jesús.

. . . . . .

(1) En polaco «poprawiny», banquete que se celebra al día siguiente de la boda.

OBRAS DE PIERRE LOTI

De la Academia Francesa

	Ptas.
Fantasma de Oriente	2
Jerusalén (2.ª edición)	3'50
El casamiento de Loti	3'50
Peregrino de Angkor	3'50
Aziyadé	3'50
Flores de hastío	3'50
Pascuala Ivanovitch	3'50
El castillo de la Hermosa del Bosque Durmiente.	3'50
Carmen Sylva	3'50
El Japón	4
Reflejos en la senda obscura	4
Figuras y cosas que pasaron	4
Galilea (2.ª edición)	4
El desierto (2.ª edición)	4
Persia (Hacia Ispahán (en reimpresión)	4
Divagaciones de un desterrado	4
Madama Crisantemo	4
Pescador de Islandia	4
Novela de un spahi	4
Un oficial pobre	4
Diario íntimo	4
Supremas visiones de Oriente (2.ª edición)	4
Pekín	5
El Moghreb	5
La India (2.ª edición)	5

Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas

Tomos publicados

I. Heine.
II. Leopardi.
III. Shelley.
IV. Shakespeare.
V. Víctor Hugo.
VI. Wordsworth.
VII. Pascoaes.
VIII. Verlaine.

IX. Musset.
X. Novalis.
XI. Carducci.
XII. Dante.
XIII. Tennyson.
XIV. Balmont.
XV. Horacio.
XVI. Goethe.
XVII. Carrasquilla.
XVIII. Maragall.
XIX. Lord Byron.
XX. Mörike.
XXI. Rubén Darío.
XXII. Camoes.
XXIII. Nazariantz.
XXIV. Ibarbourou (2.ª edición, ampliada).
XXV. D'Annunzio.
XXVI. Gomes Leal.
XXVII. Petofi.
XXVIII. Querol.
XXIX. Antero de Quental.
XXX. Hölderlin.
XXXI. Omar Kayyam.
XXXII. Ausias March.
XXXIII. Fr. Luis de León.
XXXIV. Nietzsche.
XXXV. Andrés Chénier.
XXXVI. Paul Fort.
XXXVII. Samain.
XXXVIII. Salvador Albert.
XXXIX. Delmira Agustini.
XL. Eugenio de Castro.
XLI. Juan Alcover.
XLII. Lamartine.
XLIII. Alfonsina Storni.
XLIV. Guerra Junqueiro.
XLV. Gabriela Mistral.
XLVI. Djelal Eddin Rumi.
XLVII. Edgar Poe.
XLVIII. E. González Martínez.
XLIX. Daniel de la Vega.
L. Fernando Maristany, (en preparación).
LI. María Monvel.

Cada tomo en rústica..... Ptas. 1'50

La evolución de la humanidad

PRIMERA SECCIÓN

Introducción (Prehistoria, Protohistoria); Antigüedad

Vol. 1. — **LA TIERRA ANTES DE LA HISTORIA** (Los orígenes de la Vida y del Hombre) por EDMUNDO PERRIER.

Vol. 2. — **LA HUMANIDAD PREHISTÓRICA** (Esbozo de Prehistoria general) por JAIME DE MORGAN.

Vol. 3. — **EL LENGUAJE** (Introducción lingüística a la Historia) por F. VENDRYES.

Vol. 4. — **LA TIERRA Y LA EVOLUCIÓN HUMANA** (Introducción geográfica a la Historia), por LUCIANO FEBVRE, con el concurso de L. BATAILLON.

Vol. 5. — **LAS RAZAS Y LA HISTORIA** (Introducción etnográfica a la Historia) por EUGENIO PITTARD.

Vol. 6. — **DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS** (La organización social entre los primitivos y en el Oriente antiguo), por A. MORET y G. DAVY.

Vol. 7. — **EL NILO Y LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA**, por A. MORET.

Vol. 8. — **MESOPOTAMIA. LAS CIVILIZACIONES BABILÓNICA Y ASIRIA**, por L. DELAPORTE.

Vol. 9. — **LA CIVILIZACIÓN EGEA**, por G. GLOTZ.

Vol. 10. — **LA FORMACIÓN DEL PUEBLO GRIEGO**, por A. JARDÉ.

Vol. 11. — **EL GENIO GRIEGO EN LA RELIGIÓN**, por C. SOURDILLE.

Vol. 12. — **EL ARTE EN GRECIA**, por A. DE RIDDER Y W. DEONA.

Vol. 13. — **EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORÍGENES DEL ESPÍRITU CIENTÍFICO**, por L. ROBIN.

Vol. 14. — **LA CIUDAD GRIEGA** (El desarrollo de las instituciones) por G. GLOTZ.

Vol. 15. — **EL IMPERIALISMO MACEDONIO Y LA HELENIZACIÓN DEL ORIENTE,** por J. JOUGUET.

Vol. 16. — **LA ITALIA PRIMITIVA Y LOS COMIENZOS DEL IMPERIALISMO ROMANO,** por LEÓN HOMO.

Vol. 17. — **ROMA Y GRECIA** (El genio romano en la Religión, la Literatura y el Arte) por ALBERTO GRENIER.

Vol. 18. — **LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS ROMANAS: REPÚBLICA Y CESARISMO,** por LEÓN HOMO.

Vol. 19. — **ROMA Y LA ORGANIZACIÓN DEL DERECHO,** por J. DECLAREUIL.

Vol. 20. — **LA ECONOMÍA ANTIGUA,** por J. TOUTAIN.

Vol. 21. — **LOS CELTAS,** por HENRI HUBERT.

Vol. 22. — **EL IMPERIO ROMANO,** por VÍCTOR CHAPOT.

Vol. 23. — **GERMANIA,** por HENRI HUBERT.

Vol. 24. — **PERSIA,** por CLEMENTE HUART.

Vol. 25. — **CHINA Y ASIA CENTRAL,** por MARCEL GRANET.

PRECIO DE CADA VOLUMEN: PTAS. 12.

LADISLAO REYMONT

LOS CAMPESINOS

Premio Nobel de Literatura

Tomo I. *Otoño* — Tomo III. *Primavera*

» II. *Invierno* — » IV. *Verano*